

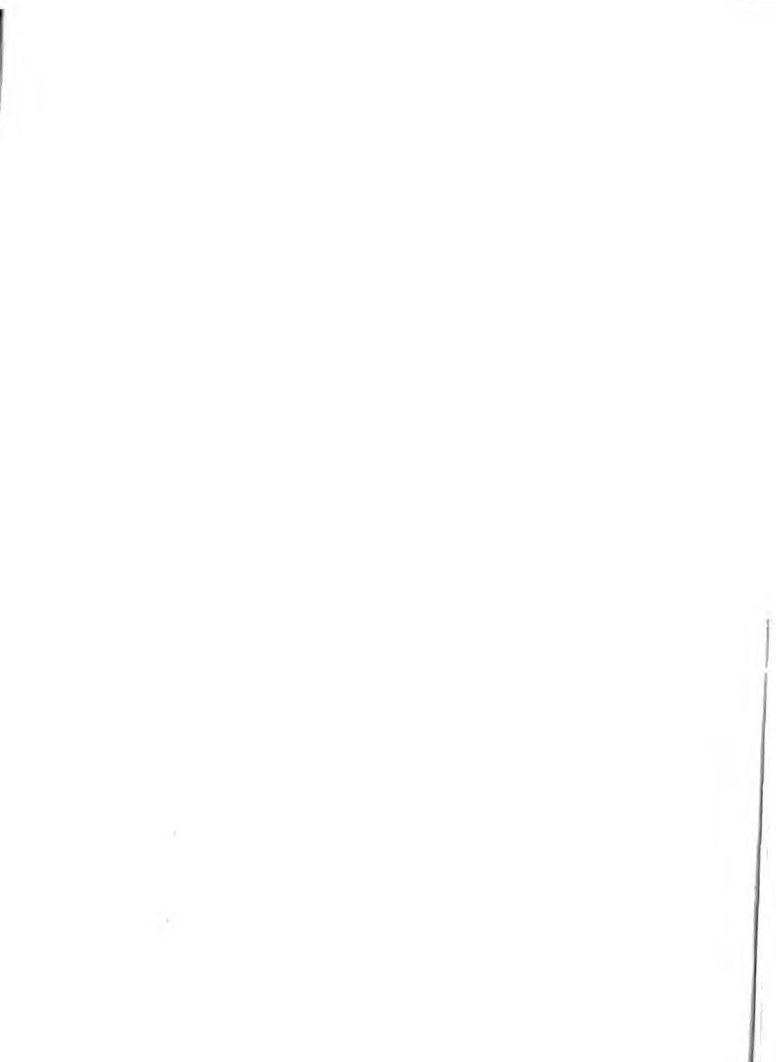




LIBRARY  
OF THE  
UNIVERSITY  
OF ILLINOIS

881  
P62.Sr  
v.10







Wid

Dion.

La

ha

PLUTARCO

---

# Vidas paralelas

TOMO X Y ÚLTIMO

Dión. - Bruto. - Artojerjes. - Arato.  
Galba. - Otón.

La traducción, de A. Ranz Romanillos,  
ha sido revisada y corregida por C.



MADRID, 1921





881

P68. Sr

v. 10

## DION

---

I.—Así como decía Simónides, ¡oh Sosio Seneción!, que Troya no estaba mal con los Corintios porque le hubiesen hecho guerra con los Griegos, pues que Glauco, Corintio de origen, había sido en su auxilio, de la misma manera no deberán quejarse de la Academia ni los Romanos ni los Griegos, pues que van a tener igual parte en este escrito, que contendrá las vidas de Bruto y de Dion. Como de ellos éste hubiese oído al mismo Platón, y aquél hubiese sido instruido en sus doctrinas, ambos, saliendo de una misma palestra, se arrojaron a los mayores certámenes. No es de extrañar, pues, que, habiendo sido muy semejantes, y casi puede decirse hermanas, sus acciones, hayan acreditado de cierta la sentencia de aquel su adiestrador a la virtud, cuando decía que es necesario que el poder y la fortuna concurren en uno con la prudencia y la justicia para que las empresas políticas lleguen a ser grandes e ilustres. Porque así como Hipómaco, el director de palestra, decía que a los que en la suya se habían ejercitado los conocía de lejos en el aire del cuerpo aun cuando los veía llevar carne de la plaza, es

natural de la misma manera que la razón presida con igualdad a las acciones de los que han sido de un mismo modo educados, poniendo en ellas justamente con la decencia apropiada a cada caso cierta uniformidad y concordia.

II.—La suerte y fortuna de ambos, que fueron las mismas en el éxito, aunque no en el modo y los medios, forman la semejanza de sus vidas: ambos murieron, en efecto, antes del fin de sus empresas, no habiendo podido darles feliz cima aun a costa de muchos y grandes combates, y lo más admirable es que a ambos se les anunció por un medio sobrehumano su fin, habiéndoseles aparecido fantasmas odiosos y enemigos. Mas en esta materia hay cierta doctrina que destierra todos estos embaimientos, enseñando que a ningún hombre que está en su sano juicio se le aparece la forma o imagen de un Genio, sino que sólo los niños, las mujerzuelas y los delirantes por enfermedad, cuando sufren alguna enajenación del espíritu o mala complexión y disposición del cuerpo, dan entrada a opiniones vanas y extravagantes, estando imbuídos en la superstición de hallarse poseídos de un mal Genio. Y si Dion y Bruto, hombres de espíritu y filósofos, nada expuestos o sujetos a ilusiones, dieron tanto valor y se conmovieron con la aparición de tal modo que llegaron a referirla a otros, no sé cómo podremos evitar el admitir otra doctrina todavía más repugnante de los antiguos, según la cual ciertos demonios malos y de perversa intención, envidiosos de los

hombres buenos y contrarios a sus buenas obras, excitan en ellos perturbaciones y miedos para estorbar e impedir toda virtud, con la dañada intención de que, no permaneciendo aquéllos firmes y puros en el camino del bien, no gocen de mayor dicha que ellos después de su muerte. Mas esto habremos de dejarlo para otro tratado: en este libro, que es el décimo de las VIDAS PARALELAS, demos ya principio por la del más antiguo.

III.—Dionisio el Mayor, luego que usurpó el poder, casó con una hija de Hermócrates Siracusano; pero a ésta, no estando todavía bien asegurada la tiranía, los Siracusanos en una sedición le hicieron en su persona tales afrentas e insultos, que a consecuencia de ellos voluntariamente se dejó morir. Recobró luego Dionisio y afianzó más su autoridad, y volvió a casarse con dos mujeres a un tiempo, la una de la Lócride, llamada Doris, y la otra del país, llamada Aristómaca, hija de Hiparino, varón muy principal entre los Siracusanos, y colega en el mando de Dionisio cuando por la primera vez fué nombrado generalísimo para la guerra. Dicese que el matrimonio con las dos fué en un mismo día, que nadie supo a cuál de las dos se acercó primero, y que en adelante se partió con igualdad entre ambas, comiendo en unión con él, y alternando por noches en el lecho. Deseaba el pueblo de Siracusa que la natural tuviera alguna ventaja sobre la forastera; pero habiendo dado ésta a luz el hijo primogénito de

Dionisio, este suceso suplió por la desventaja del origen. Aristómaca estuvo largo tiempo al lado de Dionisio sin tener hijos, sin embargo de que éste lo deseaba y procuraba hasta el punto de dar muerte a la madre de la Locrense, por haberse sospechado que había hecho estéril con pócimas a Aristómaca.

IV.—Era Dion hermano de ésta, y al principio alcanzó honor por la hermana; pero después, habiendo dado muestras de prudencia, por sí mismo se ganó tanto el afecto del tirano, que entre otras muchas distinciones dió orden a los tesoreros de que si Dion pedía alguna cosa, se la entregasen, y, entregada, se lo participaran en el mismo día. Era desde luego de carácter altivo, magnánimo y valeroso, pero sobresalió más en estas calidades después que arribó a Sicilia Platón, más bien por una feliz y divina suerte que no por ninguna disposición humana; y es que algún buen Genio, preparando de lejos, según parece, a los Siracusanos el principio de su libertad y la destrucción de la tiranía, trajo a Platón de Italia a Siracusa, e inclinó a Dion a escuchar su doctrina, siendo éste todavía muy joven, pero teniendo para aprender más disposición que cuantos acudieron a oír al filósofo y mayor presteza y diligencia para seguir la virtud, como el mismo Platón lo dejó escrito y los hechos lo testifican. Porque con haber sido educado bajo el tirano en costumbres oscuras, y avezándose a una conducta sujeta y tímida, a hacerse servir con orgullo, a un lujo desmedido

y a un método de vida propio de quien hace consistir lo honesto en los placeres y en la satisfacción de los deseos, no bien llegó a probar el fruto de la razón y de una filosofía adiestradora a la virtud cuando al punto se inflamó su espíritu, y gobernándose por su excelente disposición a lo bueno, con ánimo sencillo y juvenil esperó que en Dionisio haría igual impresión la misma doctrina, y así trabajó y se afanó por que éste, quitando algún tiempo a los negocios, acudiera también a oír a Platón.

V.—Llegado el caso de que lo oyese, el filósofo habló en general de la virtud y trató después largamente de la fortaleza, para probar que los tiranos de todo tienen más que de fuertes; y como, convirtiendo luego su discurso a la justicia, hiciese ver que sólo es vida feliz la de los justos, y la de los injustos infeliz y miserable, no pudo ya el tirano aguantar aquellos discursos, creyéndose reprendido, y se incomodó con los que se hallaban presentes, porque le oían con admiración y se mostraban encantados de su doctrina. Por último, irritado, le preguntó con enfado qué era lo que quería con su venida a Sicilia; y como le respondiese que buscaba un hombre de bien, le replicó el tirano: «Pues a fe que parece que todavía no lo has encontrado.» Creyó Dion que el enojo no pasaría más adelante, y se dió prisa a acompañar a Platón a una galera que conducía a la Grecia al espartano Polis; pero Dionisio había enviado reservadamente quien rogara a Polis, como objeto

principal, que diera muerte a Platón; y si esto no, que no dejara de venderlo, pues que ningún daño le haría, sino que, siendo justo, sería igualmente feliz en medio de la servidumbre. Dicese, por tanto, que Polis llevó a Platón a Egina y lo vendió, teniendo los Eginetas guerra con los Atenieses, y habiendo publicado por bando que el Ateniese que fuese hecho cautivo se vendiese en Egina. Mas no por esto fué Dion tenido de Dionisio en menor honor y aprecio, pues desempeñó embajadas muy importantes, enviado a los Cartagineses, y continuó siempre admirado en gran manera, sufriendo de él sólo Dionisio que le hablara con libertad y le dijera sin recelo lo que se le ofreciese, como se vió en la reprensión acerca de Gelón. Porque estaban, a lo que parece, haciendo mofa del reinado de Gelón, y como dijese el mismo Dionisio que había sido la risa (1) de la Sicilia, los demás fingieron celebrar mucho el chiste; pero Dion, indignado: «Pues tú mandas—le dijo—porque a causa de Gelón tuvieron en ti confianza; pero por ti ya no la alcanzará ningún otro»; porque, en realidad, Gelón hizo ver el más bello espectáculo en una ciudad gobernada monárquicamente, y Dionisio el más feo y abominable.

VI.—Tenía Dionisio tres hijos de la Locrense y cuatro de Aristómaca, de los cuales dos eran hembras, Sofrosine y Arete, y de éstas a Sofrosine la casó con Dionisio su hijo, y a Arete con

(1) Es un juego pueril con alusión al nombre de Gelón, porque *gelos* en griego significa risa.

su hermano Tearides. Muerto éste, Dion tomó por mujer a Arete, que era su sobrina. Enfermó en esto Dionisio en términos de desconfiarse de su vida, e intentó Dion hablarle de los hijos de Aristómaca; pero los médicos, para lisonjear al que iba a suceder en la autoridad, no le dieron tiempo, sino que, según dice Timeo, propinándole a su petición una medicina narcótica, le privaron de sentido, juntando el sueño con la muerte. Con todo, a la primera conferencia que tuvieron con Dionisio el Joven las personas de su confianza, habló Dion con tal tino acerca de lo que, según las circunstancias, convenía, que hizo ver que a su lado no eran todos los demás en prudencia sino unos muchachos, y en franqueza y libertad unos esclavos de la tiranía, aconsejando a aquel joven baja y cobardemente a medida de su gusto. Sobre todo, dejó pasmados a los que estaban temblando por el peligro que al poder de Dionisio amenazaba de parte de Cartago, ofreciendo que si Dionisio deseaba la paz, pasando al Africa al punto haría cesar la guerra con las mejores condiciones, y si apetecía la guerra, mantendría a sus expensas y le daría para hacerla cincuenta galeras equipadas.

VII.—Maravillóse sobremanera Dionisio de su magnanimidad, y se pagó mucho de su pronta disposición a servirle; pero los otros, dándose por reprendidos con su largueza, y por humillados con su poder, tomando de aquí mismo principio, no se abstuvieron de expresión ninguna con que pudieran

excitar odio en aquel joven contra él, persuadiéndole que por medio de las fuerzas marítimas aspiraba a la tiranía, y que quería con las naves traspasar el poder a los hijos de Aristómaca, que eran sus sobrinos, aunque las causas principales para el odio y la envidia las tomaban de la diferencia de su conducta y de la ninguna semejanza en el tenor de vida. Porque aquéllos, apoderándose desde luego del trato y la confianza de un tirano joven y mal educado con placeres y lisonjas, estaban continuamente inventando algunos amores y distracciones no interrumpidas de beber, de frecuentar mujerzuelas y de otros pasatiempos indecorosos, con los que, dulcificada la tiranía como el hierro, apareció humana a los gobernados, y cedió de la misma dureza, embotada, no tanto por la bondad y mansedumbre como por la desidia del tirano. Desde aquel punto, yendo siempre a más, y creciendo de día en día la relajación de aquel joven, rompió ésta y quebrantó aquellas ataduras de diamante con que dijo Dionisio el Mayor dejaba asegurada la monarquía; porque, según es fama, luego que se dió a estos excesos, hubo ocasión en que pasó noventa días seguidos en beber, y en todo este tiempo, estando el palacio cerrado e inaccesible a los negocios serios, sólo le ocuparon las embriagueces, las befas, las canciones, las danzas y las truhanadas.

VIII.—Hacíase, pues, Dion molesto, como era natural, no teniendo ninguna blandura ni condescendencia juvenil; por lo que aquéllos, dando a sus



virtudes con cierta apariencia nombres de vicios, graduaban de soberbia su gravedad, y de insolencia su franqueza: si hacía amonestaciones, parecía que los acusaba, y si no se prestaba a sus extraños, que los miraba con desprecio. Por otra parte, su mismo genio le inclinaba a cierta entereza y severidad poco accesible y comunicable para el trato, pues no sólo no era afable y risueño para un joven cuyos oídos estaban corrompidos con las lisonjas, sino que aun muchos de los que le tenían más tratado, y a quienes agradaba más la sencillez e ingenuidad de sus costumbres, reprendían en sus audiencias el que hablaba a los que tenían negocios con más aspereza y despego de lo que convenía; sobre lo que Platón, como profetizando, le escribió más adelante que pusiera cuidado y se fuera a la mano en la terquedad, que regularmente se contrae viviendo solo. Mas, sin embargo, aun entonces mismo, cuando parecía que se le tenía en grande aprecio por los negocios, y porque era el único que mantenía y conservaba en pie la tiranía conmovida y vacilante, conocía él que, si era el primero y el mayor, no se debía a la voluntad del tirano, sino a la necesidad que de él tenía.

IX.— Pensando que la causa de esto era la falta de instrucción, trabajaba por inclinarle a los estudios liberales y a que gustara los discursos y doctrinas que forman las costumbres, para que dejara de temer la virtud y se acostumbrara a complacerse con las cosas honestas; porque no era por índole este Dionisio de los tiranos más perversos,

sino que su padre, por temor de que mudara de modo de pensar, y juntándose con hombres prudentes le armara asechanzas y le privara de la autoridad, le tenía cerrado estrechamente en su casa, ocupado, a falta de todo otro trato y de negocios en que ejercitarse, en hacer carros, candeleros, sillas y mesas de madera. Porque Dionisio el Mayor era hombre tan desconfiado y tan suspicaz y medroso respecto de todos los hombres, que no se cortaba el cabello con navaja de afeitar, sino que cuando se presentaba alguno de sus colonos se lo quemaba con un carbón. A su habitación no entraban ni su hermano ni su hijo con los vestidos que llevaban, sino que para pasar adelante era necesario que se desnudara cada uno de la ropa con que iba vestido y tomara otra, viéndole desnudo los de la guardia. Porque una vez su hermano Leptines, para hacerle la descripción de un terreno, tomando la lanza de uno de los de la guardia, dibujó con ella aquel sitio, al hermano le riñó ásperamente, y al que le dió la lanza le quitó la vida. De sus amigos se guardaba con sumo cuidado, por lo mismo que conocía su capacidad y prudencia, pues decía que los tales más quieren dominar que ser dominados. A un tal Marsias, que él mismo había promovido, y a quien había nombrado para una comandancia, le dió asimismo muerte porque había tenido un sueño en el que le parecía que pasaba con la espada al mismo Dionisio, diciendo que el haber tenido entre sueños esta visión nacía de haber meditado y hablado frecuentemente sobre

ello; tan tímida y tan llena de maldades tenía el alma por el miedo aquel mismo, que se irritó con Platón porque no hizo ver que era el más esforzado de los hombres.

X.—Viendo, pues, Dion al hijo de Dionisio pervertido y estragado en sus costumbres, como hemos dicho, por falta de educación, lo exhortaba a que procurase instruirse, a que rogara con todo encarecimiento al mayor de los filósofos que viniera a Sicilia, y venido que fuese, se pusiera en sus manos, para que, formadas por la razón sus costumbres a la virtud, y asemejado él mismo al ejemplar más divino y más hermoso de cuanto existe, al que cuando obedece todo lo criado, destruido el desorden, resulta lo que llamamos mundo, se procurara a sí mismo y a sus ciudadanos la mayor felicidad; haciendo que lo que ahora ejecutan éstos de mala gana por la necesidad del mando, lo ejecutasen con placer, viéndole mandar paternalmente con prudencia y justicia, y convertido en rey de tirano, pues que las cadenas diamantinas no eran, como decía su padre, el temor, la violencia, la muchedumbre de las naves ni la guardia de diez mil bárbaros, sino el amor, la pronta voluntad y el agradecimiento, producidos por la virtud y la justicia; cosas que, aunque parecen más suaves que aquellas otras fuertes y duras, dan mayor estabilidad al mando. Fuera de esto, decía ser poco airoso y apetecible que el que manda sobresalga en los adornos del cuerpo y en la brillantez de su casa y que se confunda en la conversación y en el modo

de explicarse con el hombre más obscuro, y que no procure tener regia y convenientemente adornado el palacio de su alma.

XI. — Como Dion le hiciese frecuentemente estas exhortaciones, mezclando en ellas algunos de los discursos de Platón, excitó en Dionisio un vehemente y furioso deseo de la doctrina y enseñanza de Platón. Enviáronse, pues, al punto a Atenas muchas cartas de parte de Dionisio y muchas protestas de parte de Dion, a las que se agregaron otras de los Pitagóricos de Italia, instando también para que viniese, y ocupando aquella alma nueva, descaminada con la opulencia y el poder, la contuviese con los más poderosos discursos. Platón, avergorzándose, como dice él mismo, de que pareciese que sólo en palabras valía algo, no siendo para emprender obra alguna, y esperando que corregido un hombre solo, como un miembro principal, en él podría sanarse toda la Sicilia doliente, accedió a la venida. Mas los enemigos de Dion, temiendo ya la mudanza de Dionisio, le persuadieron que restituyera del destierro a Filisto, hombre ejercitado en la elocuencia, e instruído en las artes de la tiranía, a fin de tener en él un contrarresto contra Platón y la filosofía. Porque Filisto desde los primeros momentos de establecerse la tiranía se puso decididamente de su parte y defendió la ciudadela, habiendo sido largo tiempo comandante de su guardia. Corría, además, la voz de que tenía cierto trato con la madre de Dionisio el Mayor, no sin conocimiento de éste; pero

después que ocurrió que Leptines, de una mujer que tomó para sí estando casada con otro, tuvo dos hijas, y dió la una en mujer a Filisto sin participarlo en ninguna manera a Dionisio, irritado éste, hizo poner en custodia y aprisionar a la mujer de Leptines, y desterró de la Sicilia a Filisto, el cual se acogió a unos huéspedes suyos orillas del Adriático, y allí, disfrutando de ocio, parece que fué donde compuso la mayor parte de su historia. Porque no volvió en vida de Dionisio el Mayor sino que ahora, después de su muerte, lo restituyó, como decimos, la envidia de estos otros contra Dion, por ser de su partido y un firme apoyo de la tiranía.

XII.—Vuelto Filisto, al punto se asoció a la tiranía, habiendo al mismo tiempo denuncias y acusaciones de otros contra Dion ante el tirano sobre que había tratado con Teodotes y Heráclides para destruir la tiranía. Y, a lo que parece, él esperaba poder despojar a ésta por medio de Platón, cuando llegase, de lo que tenía de demasiado despótica y desmandada, haciendo de Dionisio un imperante benigno y legítimo; mas si se resistía y no se ablandaba, tenía resuelto destruir su autoridad y restituir a los Siracusanos su gobierno, no porque le agradase la democracia, sino porque la prefería a la tiranía para los que no acertaban a establecer una aristocracia justa y saludable.

XIII.—Este era el estado de los negocios cuando llegó Platón a Sicilia; en el primer recibimiento se le hicieron los mayores honores y obsequios, pues al apearse de la galera estaba preparada una

de las carrozas reales adornada magníficamente, y el tirano hizo un pomposo sacrificio, como si la ciudad hubiera tenido algún próspero suceso. Por otra parte, la moderación en los convites, el arreglo del palacio y la mansedumbre del mismo tirano en cuantos negocios ocurrían hicieron concebir a los ciudadanos las más lisonjeras esperanzas de una mudanza. Había una especie de manía en todos por la doctrina y la filosofía, y aun dura la voz de que el palacio estaba lleno de polvo de tantos como eran los que trazaban líneas geométricas. Al cabo de pocos días se celebraba en palacio un sacrificio solemne y patrio, y haciendo el heraldo, según costumbre, la plegaria de que se conservase inalterable la tiranía por largo tiempo, se refiere que Dionisio, que se hallaba presente, le increpó diciendo: «¿No cesarás de maldecirme?» Disgustó sobremanera este suceso a Filisto, por creer que el poder de Platón sería con el tiempo y la costumbre invencible si ahora con una ligera conferencia así había cambiado y mudado el ánimo de aquel joven.

XIV.—De aquí en adelante se censuró ya a Dion, no por uno u otro solamente y en voz baja, sino por todos y en público, pues decían: «Está visto el objeto que tiene en embaucar y en cierta manera encantar a Dionisio con la doctrina de Platón, para que, abdicando y renunciando éste voluntariamente la autoridad, recaiga en él mismo, y pase después a los hijos de Aristómaca, que son sus sobrinos...» Algunos, fingiéndose disgustados,

decían: «No ha mucho que los Atenienses llegaron aquí con poderosa fuerza de mar y tierra, y se gastaron y destruyeron antes de tomar a Siracusa, y ahora disuelven la tiranía de Dionisio por medio de un sofista, persuadiéndole que, retirándose de los diez mil estipendiarios, y dejando sus trescientas naves, los diez mil caballos y un número de infantes muchas veces mayor, se entretenga en buscar en la Academia el tan celebrado último bien, y se haga feliz por medio de la geometría abandonando la felicidad del imperio, de la opulencia y del regalo a Dion y a sus sobrinos.» Habiéndose seguido a esto desde luego sospechas, y después enojo y división manifiesta, se le entregó reservadamente a Dionisio una carta escrita por Dion a los magistrados de Cartago, en que les decía que cuando hubieran de tratar de paz con Dionisio no fueran a verle sin hallarse él presente, para que por él se arreglara todo a su satisfacción. Esta carta la leyó Dionisio a Filisto, y habiendo conferenciado con él, según dice Timeo, se dirigió con una fingida reconciliación a Dion, con quien al efecto usó de afectadas excusas; y diciéndole que todo estaba ya acabado, lo llevó solo por debajo del alcázar hacia el mar, donde le mostró la carta, haciéndole reconvencciones sobre que, ayudado de los Cartagineses, trataba de rebelarse contra él. Quiso Dion defenderse, pero no le dejó, sino que como estaba le hizo embarcar en un barquichuelo, dando orden a los marineros de que lo condujeran a Italia, y allí lo echaran en tierra.

XV.—Hecho esto, luego que se publicó y divulgó entre todos, ocupó el llanto la casa del tirano a causa de las mujeres, y toda la ciudad de Siracusa se puso en movimiento esperando novedades y repentinas mudanzas del tumulto excitado contra Dion y la desconfianza de los demás para con el tirano; lo que, advertido por Dionisio, como también entrase en recelos, procuró consolar a los amigos de Dion y a las mujeres, queriendo hacerles entender que aquello no era destierro, sino una peregrinación para quitar el motivo de hacer quizá, impelido de la ira, alguna cosa peor contra la firmeza de aquél, estando presente. Puso dos naves a disposición de la familia de Dion, dándoles orden de que cargaran en ellas cuanto quisieran de su hacienda y sus esclavos y se lo llevaran al Peloponeso. Era grande la riqueza de Dion, y casi tiránicos su pompa y aparato para el servicio cotidiano; todo lo que recogieron y condujeron sus amigos. Enviáronle además de esto otras muchas cosas las mujeres y otros de sus allegados y deudos, de manera que en caudales y riqueza hacía un papel muy brillante entre los Griegos, y en la opulencia del desterrado se echaba bien de ver el poder de la tiranía.

XVI.—Hizo al punto Dionisio que Platón se trasladara a la ciudadela, preparándole así una honrosa prisión bajo la forma de un benigno hospedaje, para que no marchara con Dion a dar testimonio de la injusticia que a éste había hecho. Mas con el tiempo y la continuación de estar juntos,



acostumbrado, como fiera que es tocada y manejada del hombre, a sufrir su trato y su doctrina, llegó a tomarle un amor tiránico, queriendo ser él solo amado de Platón y admirado sobre todos los demás, y manifestando que estaba pronto a hacer mudanza en los negocios y en la tiranía misma siempre que no tuviera en más que su amistad la de Dion. Era, pues, para Platón una verdadera desgracia esta pasión de Dionisio, furioso de celos, como los amantes desatendidos, y que, como ellos, en breves instantes se irritaba, se aplacaba e interponía ruegos, deseando con ansia oír sus discursos y participar del estudio de la filosofía, pero avergonzándose de este deseo ante los que trataban de separarle de él, como si aquello fuera dejarse corromper. Ocurrió en esto una guerra, y despidió a Platón, conviniendo en que restituiría a Dion para el verano. Y en esto le faltó, pero le envió las rentas que producían sus posesiones, rogando a Platón que, en cuanto al tiempo, le admitiera la excusa de la guerra, pues luego que se hiciera la paz restituiría a Dion; mas que le encargara que entre tanto estuviera tranquilo, sin promover novedad ninguna ni desacreditarle entre los Griegos.

XVII.—Procuró Platón que así lo hiciese, y llamando la atención de Dion hacia la filosofía, lo mantenía en su escuela en la Academia. En la ciudad habitaba en casa de un tal Calipo, conocido suyo, y para recreo adquirió un campo, del que después, al restituirse a Sicilia, hizo donación a

Espeusipo. Era éste uno de los amigos con quien más trataba y conversaba en Atenas, queriendo Platón templar y amenizar las costumbres de Dion con un trato sazonado y chistoso, y que oportunamente se prestaba también a los estudios serios, porque éste era el carácter de Espeusipo, por el que le celebró como gracioso y festivo Timón en sus versos jocosos. Dando en este tiempo Platón un coro de mancebos, Dion fué el que ejercitó el coro y quien hizo todo el gasto, fomentando Platón para con los Atenienses esta ambición y munificencia, que más bien procuraba amor a Dion que gloria a él mismo. Recorría Dion las demás ciudades, y en ellas conversaba y andaba en concurrencias y fiestas con los varones más virtuosos y más versados en los negocios, sin mostrar modales orgullosos, tiránicos o afeminados, sino modestia, virtud y fortaleza; pasaba el tiempo en conferencias sazonadas sobre las letras y la filosofía, con lo que se ganó la estimación de todos, y honores públicos y decretos de parte de las ciudades. Los Lacedemonios lo hicieron Espartano, despreciando el enojo de Dionisio, sin embargo de que entonces los estaba auxiliando eficazmente contra los Tebanos. Dícese que en una ocasión convidó a Dion Pteodoro de Megara a que pasara a su casa; era Pteodoro, según parece, un hombre poderoso y rico; viendo, pues, Dion a su puerta mucha gente y turba de negociantes, y que a él mismo había dificultad en hablarle y verle, como observase que sus amigos lo llevaban mal y se

incomodaban: «¿Por qué vituperáis a éste?—les dijo—; nosotros hacíamos otro tanto en Siracusa.»

XVIII.—Al cabo de algún tiempo concibió celos Dionisio, y temiendo del aprecio y amor que Dion se había adquirido entre los Griegos, dejó de enviarle sus rentas, poniendo la hacienda de éste al cuidado de sus propios administradores. Queriendo además desvanecer con los filósofos la mala opinión que por Platón tenía, reunió muchos de los que pasaban por hombres instruidos, y aspirando a la gloria de aventajarse a todos en la disputa, se veía en la precisión de usar mal de las especies que a éste había oído. Volvió otra vez a desearle, y se reprendía a sí mismo de no haber sabido aprovecharse de su presencia, ni haberle oído por todo el tiempo que le convenía; y como tirano, arrebatado en sus deseos y pronto para la ejecución de todo proyecto, puso al punto por obra el de hacer venir a Platón, y no dejó piedra por mover hasta alcanzar de Arquitas y los otros Pitagóricos que, constituyéndose fiadores de sus promesas, llamaran a Platón, pues por medio de éste habían contraído al principio amistad y hospitalidad con Dionisio. Enviáronle, pues, éstos a Arquedemo, y Dionisio mandó barcos y amigos que rogaran a Platón. Escribió, además, con entereza y claridad que ninguna benigna condición obtendría Dion si Platón no se prestaba a pasar a Sicilia; pero si se prestaba, todas. Llegáronle asimismo a Dion repetidas instancias de su hermana y su mujer para que rogase a Platón con-

descendiera con Dionisio, y no le dieran ningún pretexto. De este modo dice Platón que se resolvió a pasar por tercera vez el mar de Sicilia,

Para otra vez probar la cruel Caribdis (1).

XIX.—Yendo, pues, fué grande el gozo que causó a Dionisio y grande la esperanza de que llenó a la Sicilia, que también había hecho plegarias, y deseaba con ansia que Platón viniera a contraponerse a Filisto, y la filosofía a la tiranía. Era asimismo extraordinario el placer con que lo recibieron las mujeres, y singular la confianza que inspiró a Dionisio, como ningún otro, siéndole permitido presentarse ante él sin haber pedido permiso. Como éste le hiciese repetidas veces dádivas y él las rehusase otras tantas, Aristipo de Cirene, que se hallaba allí a la sazón, dijo que Dionisio era magnánimo con seguridad, porque a ellos que necesitaban de muchas cosas les daba poco, y mucho a Platón, que no recibía nada. Después de los primeros obsequios, habiendo empezado Platón a hablar de Dion, al principio se desentendía Dionisio; después ya tuvieron lugar las quejas y la enemistad, ocultas por entonces a los de afuera; porque Dionisio las disimulaba, y con otros agasajos y honores procuraba apartar a Platón de su amor a Dion, bien que a aquél no se le ocultaron desde luego su mala fe y sus engaños,

---

(1) Es un verso de Homero en el libro XII de la *Odisea*.

sino que aguantaba y disimulaba. Hallábanse entre sí en esta disposición, creyendo que los demás no lo entendían; pero sucedió que Helicón de Cícico, uno de los amigos de Platón, predijo un eclipse de sol; y habiendo sucedido como lo anunció, admirado el tirano, le dió de regalo un talento de plata; y Aristipo, chanceándose con los otros filósofos, les dijo que él también tenía que anunciar un suceso extraño. Como le rogasen que lo expresara: «Anuncio—les dijo—que de aquí a breve tiempo Platón y Dionisio serán enemigos.» Ello es que Dionisio vendió luego la hacienda de Dion, y se guardó el dinero, y a Platón, que tenía su habitación en el jardín de la casa, lo trasladó al cuartel de las tropas extranjeras, que muy de antemano lo aborreían y buscaban medio de perderle a causa de que persuadía a Dionisio que abdicara la tiranía y viviera sin guardias.

XX.—Estando Platón en tan gran peligro, Arquitas, que lo llegó a entender, envió al punto una embajada y una galera de treinta remos, reclamándole de Dionisio, y haciendo a éste presente que no había pasado Platón a Siracusa sino en virtud de haberlos tomado a ellos por fiadores de su seguridad. Procuraba Dionisio excusar su enemistad contra Platón con banquetes y con otros obsequios que le hacía cuando estaba para despedirle, llegando hasta prorrumpir en esta expresión: «¿Podremos temer, ¡oh Platón!, que nos hagas graves y terribles recriminaciones con tus discípulos?»; a lo que, sonriéndose, «No permita Dios

—le respondió—que en la Academia estemos tan faltos de asuntos que tratar que nos quede tiempo para hacer memoria de ti.» Y con esto se dice que aquél le despidió; pero en verdad que no guarda gran consonancia con esta relación lo que el mismo Platón nos ha dejado escrito.

XXI.—Servían estas cosas a Dion de sumo disgusto; y al cabo de poco se consideró en la precisión de hacerle la guerra, luego que llegó a entender lo ocurrido con su mujer; sobre lo que Platón había escrito con alguna obscuridad a Dionisio, y fué en esta forma. Después del destierro de Dion, Dionisio, al dejar marchar a Platón, le hizo el encargo de informarse reservadamente de si habría algún inconveniente en casar a su mujer con otro, porque corría la voz, verdadera o fingida por los enemigos de Dion, de que el matrimonio de éste no había sido a su gusto, ni vivía en grande armonía con su mujer. Por tanto, luego que Platón llegó a Atenas y trató con Dion de todos los negocios, escribió al tirano una carta en que hablaba con claridad de todo, pero poniendo esta especie para él solo: que había hablado con Dion de aquel asunto, y no le quedaba duda de que se daría por muy ofendido si Dionisio lo llevase al cabo. Como por entonces hubiese grandes esperanzas de un acomodamiento, ninguna novedad hizo con la hermana, y la dejó permanecer en palacio con el hijo de Dion; pero cuando del todo se descompusieron, y Platón fué otra vez despedido con enfado, entonces casó a Arete, contra su voluntad, con Timócrates, uno

de sus amigos, no imitando en esto la condescendencia de su padre. Porque según parece se declaró enemigo de éste Polixeno, que estaba unido en matrimonio con su hermana Testes, y habiendo huído Polixeno por miedo y retirándose de la Sicilia, envió a llamar a la hermana y le dió quejas de que sabiendo la huída de su marido no se la participó; pero ésta, sin sobresaltarse ni concebir el menor temor: «¿Tan mala casada te parezco, ¡oh Dionisio! —le dijo—, y tan desavenida con mi marido, que, si hubiera tenido noticia de su huída, no me había de haber ido con él para participar de su suerte? Pero no la tuve, pues por mejor hubiera tenido llamarme mujer de Polixeno fugitivo que hermana de un tirano.» Habéndole hablado Testes con esta entereza, se dice que se admiró el tirano, y admiraron asimismo los Siracusanos su virtud, en términos que, después de disuelta la tiranía, siempre le tributaron distinciones y honores regios, y después de su muerte acompañaron su entierro todos los ciudadanos. Paréceme que ésta no es una digresión inútil.

XXII.—Dion desde entonces convierte ya su ánimo a la guerra, no entrando en ella Platón por respeto a la hospitalidad de Dionisio y por su vejez; pero inflamando a Dion Espeusipo y otros de sus amigos, y exhortándole a dar la libertad a la Sicilia, que le tendía las manos y le recibiría con los brazos abiertos; porque, según parece, mientras Platón residió en Siracusa, Espeusipo y los demás filósofos tuvieron más trato con aquellos habitan-

tes, y se enteraron mejor de su modo de pensar; pues aunque al principio por temor se recataban y guardaban, recelando que aquello pudiera ser tentativa del tirano, al fin ya tuvieron confianza; y entonces era uno mismo el lenguaje de todos, pidiendo e instando que viniera Dion, aunque no tuviera naves, ni infantería, ni caballería, embarcándose sólo en una nave de comercio, para prestar su persona y su nombre a los Sicilianos contra Dionisio. Enterado de todo esto por Espeusipo, se confirmó en su propósito, aunque para ocultarlo reclutó tropas estipendiarias reservadamente y por medio de interpuestas personas. Auxiliáronle en él muchos hombres de estado y muchos filósofos, con Eudemo de Chipre, a quien después que ya había muerto dedicó Aristóteles su diálogo del alma, y Timónides de Leucade. Habían traído asimismo a su partido a Miltas Tesaliano, varón dado a la adivinación, y uno de los concurrentes a la Academia. De los que habían sido desterrados por el tirano, que no bajaban de mil, sólo veinticinco se alistaron en el ejército, separándose de la expedición por miedo los demás. Era el punto de reunión la isla de Zacinto, adonde acudieron los soldados, que no llegaron a ochocientos, pero todos hombres acreditados en muchos y grandes combates y, por tanto, muy ejercitados y aguerridos; así, en pericia y valor eran muy aventajados, y los más propios para inflamar y llenar de ardimiento al gran número de hombres decididos que esperaba Dion tener en la Sicilia.



XXIII.—Con todo, cuando éstos oyeron por la primera vez que aquel ejército se formaba contra Dionisio y la Sicilia, se quedaron aturcidos, y decayeron de ánimo, pareciéndoles que sólo cegado y enfurecido con la ira, o desesperado de poder reunir mayores medios, se arrojaba Dion a un hecho temerario, y a sus jefes y reclutadores los reconvinieron con enfado por no haberles anunciado desde luego la guerra a que eran destinados. Mas después que Dion les hizo ver lo deleznable y podrido de la tiranía, y los enteró de que más bien que como soldados los llevaba como caudillos de los muchos Siracusanos y Sicilianos que hacía tiempo se hallaban dispuestos a abrazar su partido, y después que en seguida de Dion les habló Alcimenes, que, siendo entre los Aqueos el primero en gloria y linaje, había concurrido a la expedición, se tranquilizaron y volvieron a su primera confianza. Era esto en medio del verano, reinando los vientos etesias en el mar, y la Luna se hallaba en el plenilunio. Dispuso, pues, Dion un magnífico sacrificio a Apolo, acompañándole en gran pompa los soldados al templo con las armas empavesadas, y después del sacrificio, teniendo mesas preparadas, les dió en el circo de los Zacintios un espléndido banquete, en el que, maravillándose de la vajilla de oro y plata y de las mesas preciosas, muy superior todo a la opulencia de un particular, reflexionaron que un hombre ya de cierta edad y dueño de tanta riqueza no se arrojaría a empresas de tamaña entidad sin una esperanza cierta y sin

contar con amigos que desde allá le ofrecieran grandes y cuantiosos auxilios.

XXIV.—Después de las libaciones y de las solemnes plegarias se eclipsó la Luna, lo que ninguna maravilla causó a Dion, que sabía calcular los períodos de los eclipses y cuándo la sombra llega a obscurecer la Luna, interponiéndose la Tierra entre ésta y el Sol; pero siendo conveniente dar aliento a los soldados que se habían sobresaltado, púsose en medio de ellos el adivino Miltas, diciéndoles que tuvieran buen ánimo y formaran las mejores esperanzas, porque aquel portento lo que significaba era el obscurecimiento de cosas que entonces brillaban, y que no habiendo cosa más brillante que la tiranía de Dionisio, apagarían su esplendor en el momento que llegaran a la Sicilia. Esto fué lo que Miltas anunció en público a todos; pero en cuanto a las abejas que se vieron formar enjambre en la popa de una de las naves de Dion, dijo reservadamente a los amigos que esto le hacía temer no fuera que, siendo desde luego brillantes sus sucesos, al cabo de haber florecido por un breve tiempo, se marchitasen. Dícese asimismo que a Dionisio le fueron enviadas muchas señales prodigiosas de parte de los dioses; porque un águila arrebató la lanza de uno de los soldados estipendiarios, y levantándola y llevándola a grande altura, la dejó caer al abismo. El mar que bate en la ciudadela ofreció un día agua dulce y potable, cosa que se hizo notoria a todos habiéndola gustado. Nacióronle unos lechoncillos que tenían todos sus miembros cabales, fal-

tándoles sólo las orejas. Revelaban los adivinos que esto era indicio de rebelión y desobediencia, significando que los ciudadanos no se someterían ya a su tiranía, que la dulzura del agua del mar indicaba para los Siracusanos la mudanza de sus negocios de mal en bien, y, finalmente, que el águila es ministro de Júpiter, la lanza insignia de autoridad y poder, y con lo ocurrido denunciaba desaparacimiento y ruina a la tiranía el mayor de los dioses. Así nos lo dejó escrito Teopompo.

XXV.—Embarcáronse los soldados de Dion en dos transportes, yendo en pos de ellos un tercer barco de pequeño porte y dos falúas de treinta remos. Llevaba, además de las armas que tenían los soldados, doscientos escudos, muchas ballestas y lanzas y gran provisión de víveres, para que nada les faltase en la navegación, mayormente habiendo de hacerla en alta mar a velas desplegadas, por temor de la tierra y por saber que Filisto se hallaba surto en Yapigia con su escuadra para observarle. Tuvieron un viento bonancible y blando por doce días, y al décimotercio se hallaba frente al Paquino, promontorio de Sicilia. Propuso, desde luego, el piloto a Dion que desembarcaran cuanto antes, pues si se apartaban de tierra y voluntariamente se alejaban del promontorio, habían de tener que andar muchos días y muchas noches errantes por el mar, esperando en el fin del verano que se levantara el viento ábrego; pero Dion, temiendo el desembarco cerca de los enemigos, y prefiriendo el acometer por lo más retirado, mandó

pasar adelante del Paquino. En seguida se movió un viento cierzo, que con encrespadas olas retiró las naves de la Sicilia, y al mismo tiempo truenos y relámpagos, al aparecer del Arcturo, movieron en el aire gran tempestad con copiosa lluvia, con lo cual perdieron el tino los marineros, y yendo perdidos por el mar, se hallaron de repente con que las naves habían sido impelidas del viento a Cercina de Africa, por aquella parte por donde se presenta más inaccesible y brava la playa de la isla. Estando, pues, a pique de estrellarse en aquellos escollos, hicieron fuerza de remo para apartarse, lo que con dificultad consiguieron, hasta que la tempestad se aplacó, y tropezando por fortuna con un barco, supieron que se hallaban en el sitio llamado las Cabezas de la gran Sirte. Desmayaron con esta desagradable noticia, y más reinando entonces una gran calma; pero de pronto se levantó un viento húmedo de tierra de la parte de Mediodía cuando menos lo esperaban; tanto, que aun experimentándola, no creían aquella mudanza. Arrecióse, pues, poco a poco, y tomó cuerpo el viento, con lo que, desplegando todas las velas y dando gracias a los dioses, se engolfaron con rumbo a Sicilia, huyendo del Africa, y con rápido curso al quinto día arribaron a Minoe, pueblo pequeño de Sicilia perteneciente a la dominación de Cartago. Hallábase allí a la sazón el comandante cartaginés Sinalo, huésped y amigo de Dion; mas como no tuviese noticia de su venida ni de que le perteneciese aquella escuadra, trató de impedir el desembarco de

los soldados; pero éstos salieron al encuentro armados, y aunque a nadie mataron, porque Dion se lo previno así por su amistad con el comandante, persiguieron a los fugitivos, y se apoderaron del distrito. Mas luego que los caudillos se vieron y saludaron, Dion restituyó la ciudad a Sinalo sin haber hecho en ella el menor daño, y éste, dando alojamiento a los soldados, proveyó a Dion de las cosas de que tenía necesidad.

XXVI.—Lo que principalmente los alentó fué lo ocurrido con la casual ausencia de Dionisio, el cual hacía muy poco que con ochenta naves había marchado a Italia. Así, aunque Dion exhortaba a los soldados a que se repusieran allí por algunos días, hallándose mal parados de resulta de haber estado tan largo tiempo en el mar, ellos no lo permitieron, apresurándose a aprovechar la ocasión, por lo que clamaban que Dion los llevase a Siracusa. Descargando, pues, allí todo el sobrante de armas y demás efectos, y encargando a Sinalo que se lo remitiese cuando hubiese oportunidad, marchó para Siracusa. Apenas se había puesto en camino se le pasaron doscientos caballos de los Agrigentinos que habitan el Ecnomo, y después de éstos, los Geloos. Corrió prontamente la voz por Siracusa, y Timócrates, el que estaba casado con la mujer de Dion, hermana de Dionisio, puesto al frente de los amigos que habían quedado en la ciudad, envió al punto a Dionisio un mensajero con cartas en que le avisaba la llegada de Dion; en tanto atendía a los alborotos y movimientos

de la ciudad, en la que todos estaban ya en agitación, aunque por miedo y por no acabar de creerlo no se decidían; pero al mensajero le ocurrió un caso muy particular y extraño, y fué que, habiendo hecho su navegación a Italia, al pasar por los términos de Regio para ir a Caulonia, donde se hallaba Dionisio, se encontró con un amigo suyo que se retiraba con los restos de un sacrificio que acababa de hacer, y recibiendo de éste una porción de la carne, continuó con celeridad su viaje. Habiendo andando parte de la noche, le obligó el cansancio a reposar un poco, y así como estaba se echó a dormir en una selva al lado del camino. Al olor de la carne vino un lobo, y para llevársela, estando atada a la alforja, dió a correr llevándose también ésta, en la que estaban las cartas. Cuando el mensajero despertó y lo advirtió, dió muchas vueltas e hizo muchas diligencias en busca de la alforja, y como hubiese sido en vano, resolvió no ir sin las cartas a la presencia del tirano, sino más bien huir de él cuanto antes.

XXVII.—No supo, pues, Dionisio sino tarde y por otros medios la guerra de Sicilia. A Dion se le unieron en la marcha los Camarineos, y le acudían en gran número, excitados con su venida, los que habitaban en los campos de Siracusa. Los Leontinos y Campanos, que con Timócrates guardaban el fuerte de Epipolas, habiéndoles llegado una voz falsa esparcida por Dion de que ante todas cosas se dirigía a sus ciudades, se marcharon, abandonando a Timócrates para socorrer a los suyos.

Luego que Dion, que se hallaba acampado en Marcras, tuvo noticia de estos sucesos, movió cuando todavía era de noche sus soldados, y llegó al río Anapo, que no dista de la ciudad mas que diez estadios. Deteniendo allí su marcha, sacrificó junto al río, y adoró al sol saliente. Predijéronle al mismo tiempo los adivinos la victoria de parte de los dioses, y como los que se hallaban presentes viesesen coronado a Dion durante el sacrificio, por un movimiento simultáneo se coronaron todos, no bajando de cinco mil los que se le habían agregado en el camino. Armados malamente con lo que pudo haberse a la mano, suplían con su buena voluntad la falta de armamento; de manera que al marchar Dion dieron a correr, excitándose y alentándose unos a otros con alegría y regocijo a la libertad.

XXVIII.—De los ciudadanos que se hallaban en Siracusa, los más nobles y principales, vestidos de gala, corrieron a las puertas; pero la muchedumbre dió contra los amigos del tirano, e hizo pedazos a los llamados emisarios, hombres malvados y abominables, que, mezclándose entre los demás Siracusanos y fingiendo negocios, observaban cuanto pasaba y denunciaban al tirano el modo de pensar y de explicarse cada uno. Estos, pues, fueron los primeros que llevaron su merecido, destrozados por los que con ellos se tropezaron. Timócrates, no habiendo podido incorporarse con los que custodiaban la ciudadela, montó a caballo y se salió de la ciudad, llenándolo todo con su huída de turbación y miedo, y exagerando las

fuerzas de Dion, para que no pareciese que abandonaba la ciudad con ligero motivo. En esto ya Dion se acercaba y se dejaba ver, yendo el primero vistosamente armado, y a su lado de una parte su hermano Megacles, y de la otra Calipo el Ateniense, con coronas sobre la cabeza. De los estipendiarios, ciento seguían a Dion, formando su guardia, y a los demás, bellamente adornados, los conducían los caudillos, saliendo a verlos los Siracusanos, y recibéndolos como una pompa sagrada y divina de la libertad y de la democracia, que al cabo de cuarenta y ocho años tornaba a la ciudad.

XXIX.—Luego que Dion entró por la puerta Menitide, sosegado el alboroto, hizo publicar, a son de trompetas, que Dion y Megacles, habiendo venido a destruir la tiranía, libertaban de la servidumbre del tirano a los de Siracusa y a los demás Sicilianos; y como quisiese hablar a los ciudadanos por sí mismo, subió por la Acradina, teniendo puestas los Siracusanos a uno y otro lado de la calle víctimas, mesas y tazas, y por doquiera que pasaba arrojaban sobre él flores y frutas, dirigiéndole plegarias como a un Dios. Había debajo de la ciudadela y de la Pertapila un reloj de sol, dispuesto por Dionisio, elevado y en parte que se descubría desde lejos. Subió a él, y arengó al pueblo, exhortando a los ciudadanos a recobrar la libertad. Estos, con muestras de gratitud y aprecio, los nombraron a ambos generales con absoluto poder, y a su voluntad y ruego eligieron otros veinte magistrados que los acompañaran en el mando, de los cuales



la mitad eran de los que habían vuelto con Dion del destierro. Parecióles a los adivinos otra vez que el haber tomado Dion bajo sus pies para arreglar aquello en que tenía puesta su vanidad Dionisio y había sido por él consagrado, era una señal muy plausible; pero por cuanto era un reloj en el que estaba subido cuando se le nombró general, temían no fuera que su suerte tuviese una repentina mudanza. En seguida, tomando las Epipolas, puso a los ciudadanos presos en libertad, y formó trincheras delante de la ciudadela. Al día séptimo llegó a ésta Dionisio, y a Dion le trajeron en unos carros las prevenciones que había dejado confiadas a Sinalo. Distribuyólas entre los ciudadanos, y de los demás, cada uno se aliñó y preparó lo mejor que pudo, procurando mostrarse valientes soldados.

XXX. — Dionisio envió desde luego, privadamente, mensajeros a Dion para descubrir terreno; pero diciéndoles éste que hablaran en común a los Siracusanos, como hombres libres que eran, se hicieron por los mensajeros proposiciones muy humanas de parte del tirano, prometiéndoles moderar los tributos y no ser compelidos a otras guerras que las que con él decretasen; de lo que los Siracusanos se burlaron. Mas Dion respondió a los mensajeros que excusara Dionisio conferencias con aquéllos mientras no se desistiese de la autoridad, pero que desistiéndose le ayudaría en cuanto pudiera necesitar, y en cualquiera otra cosa justa que pudiese, acordándose del deudo que entre los

dos había. Aplaudióselo Dionisio, y otra vez le envió mensajeros proponiendo que pasaran a la ciudad algunos de los Siracusanos, y que, cediendo éstos en unas cosas y él mismo en otras, tratarían de lo que pudiese ser útil a la ciudad. Fuéronle, pues, enviados aquellos ciudadanos que merecieron la confianza de Dion, y comenzó a hablarse mucho entre los Siracusanos de que Dionisio iba a abdicar la tiranía, más por su propia voluntad que por condescender con Dion; siendo todo esto dolo y ficción del tirano, y un lazo que a los Siracusanos armaba; porque a los que pasaron a hablarle los puso en un encierro, e hinchendo de vino muy por la mañana a los soldados que tenía a sueldo, los envió a carrera contra la muralla de circunvalación de los Siracusanos. Hecha así esta incursión imprevista por los bárbaros, con empeño de tomar a fuerza de arrojo y precipitación la muralla, a su primera acometida ninguno de los Siracusanos tuvo resolución para aguardar y defenderse, a excepción únicamente de los estipendiarios de Dion, los cuales apenas sintieron el alboroto acudieron a dar auxilio; pero ni aun éstos podían pensar en el modo de darle, no oyendo nada por la gritaría y dispersión de los Siracusanos, que huían por entre ellos y se los llevaban de paso, hasta que Dion, pues que nadie atendía a lo que decía, se propuso mostrarles con obras lo que debía hacerse, cargando el primero a los bárbaros, con lo que se trabó alrededor de él un repentino y reñido combate, ya que, siendo conocido no menos de los

enemigos que de los propios, todos aquéllos corrieron a acometerle a un tiempo. Hallábase ya Dion por razón de su edad más pesado de lo que para estos combates convenía; pero resistiendo y acuchillando con vigor y aliento a los que le cargaban, fué herido de lanza en una mano, y la coraza apenas bastaba ya a resistir a los dardos y a los golpes dados de cerca, pues pasaban el escudo, llegando a ser herido de muchos dardos y lanzas, hasta que, quebrantados aquélla y éste, cayó Dion, y fué preciso que los soldados le arrebataran y salvaran. Nombróles entonces por caudillo a Timónides; y recorriendo la ciudad a caballo, contuvo a los Siracusanos en su fuga; y haciendo tomar las armas a los estipendiarios que custodiaban la Acradina, los condujo contra los bárbaros; a unos hombres descansados y en su primer fervor, contra los que se hallaban fatigados y desistían ya de la empresa; porque habiendo esperado apoderarse al primer ímpetu y acometida de toda la ciudad, como después se hubiesen encontrado, contra lo que se habían prometido, con hombres belicosos y valientes, se replegaron a la ciudadela. En la retirada fueron todavía más acosados por los Griegos, por lo que huyeron y se encerraron dentro de las murallas, no habiendo muerto mas que a setenta y cuatro hombres de las tropas de Dion, y perdido ellos muchos más de los suyos.

XXXI.—Alcanzada, pues, esta brillante victoria, los Siracusanos coronaron y dieron por prez a cada uno de los estipendiarios cien minas, y

éstos coronaron a Dion con corona de oro. Bajaron en esto heraldos de parte de Dionisio, trayendo a Dion cartas de las mujeres relacionadas con él. Había entre las cartas una con este sobrescrito: «A mi padre, de Hiparino»; porque éste era el nombre del hijo de Dion, aunque Timeo dice que, del de su madre, Arete, se llamaba Areteo; pero en estas cosas más crédito debe darse, según entiendo, a Timónides, amigo y compañero de armas de Dion. Leyéronse o los Siracusanos las demás cartas, reducidas a quejas y ruegos de las que las enviaban; y aunque no querían permitir que se abriese en público la que se tenía por del hijo, porfió Dion y la abrió como las otras. Era, sin embargo, de Dionisio, quien, por lo que hace a la escritura, hablaba con Dion; pero en cuanto a los negocios, con los Siracusanos, teniendo la apariencia del ruego y de una prudente demanda, pero dirigiéndose a poner en mal a Dion. Porque contenía recuerdos de lo mucho que con tanto celo había hecho en favor de la tiranía; amenazas contra las personas que le eran más caras, la hermana, el hijo y la mujer; protestas incidentes, mezcladas con lamentos, y, además, que fué lo que sobre todo le alteró, la propuesta de que no destruyese, sino que tomase para sí la tiranía; ni diese la libertad a unos hombres que le aborrecían y le guardaban enemiga, sino que se quedase mandando para dar a sus deudos seguridad.

XXXII.—Leída esta carta, no les ocurrió a los Siracusanos admirar la imparcialidad y grandeza

de ánimo de Dion, que por lo honesto y lo justo no atendía a tan inmediatos parentescos, sino que, tomando de aquí principio y ocasión para sospechas y celos, como si estuvieran en una absoluta precisión de contemporizar con el tirano, pusieron la vista en otros caudillos; y, sobre todo, habiendo sabido que llegaba Heráclides, se encendió más en ellos este deseo. Era Heráclides uno de los desterrados, buen militar, conocido por el mando que había tenido bajo los tiranos, pero no de ánimo constante, sino movible en todo y poco seguro para la comunidad de mando y de gloria. Indispuesto en el Peloponeso con Dion, había determinado venir por sí con escuadra propia contra el tirano, y llegado a Siracusa con siete galeras y tres barcos, encontró cercado otra vez al tirano, y a los Siracusanos inflamados e inquietos. Captóse, pues, al punto el favor de la muchedumbre, porque su carácter tenía cierto atractivo, siendo de los que se plegan y de los que seducen a gentes que gustan de que se les adule; así trajo y puso fácilmente de su parte a aquellos que repugnaban la gravedad de Dion como modesta y desagradable por el orgullo y engreimiento que les había dado la victoria; queriendo ser lisonjeados como libres aun antes de serlo.

XXXIII.— En primer lugar, corriendo por movimiento propio a la junta pública, eligieron a Heráclides general de la armada, y cuando, presentándose Dion, se quejó de que el mando dado a éste era una revocación del que antes le habían confe-

rido, pues que no era ya absoluta autoridad si otro tenía el mando de la armada, con violencia anularon los Siracusanos el nombramiento de Heráclides. Hecho esto así, le llamó Dion a su casa, y, habiéndole dado algunas quejas sobre que no era justo ni conveniente que quisiera competir con él por la gloria en unos momentos en que con poco esfuerzo podía perderse todo, convocó a nueva junta, en la que nombró a Heráclides general de la armada, y persuadió a los ciudadanos que se le dieran guardias del mismo modo que a él. En las palabras y en la apariencia se mostraba aquél obsequioso con Dion, reconociendo la obligación en que le estaba; seguía sumiso, y ejecutaba sus órdenes; pero, seduciendo y acalorando bajo mano a la muchedumbre y a los amigos de novedades, cercó a Dion de disgustos y sinsabores, constituyéndole en la situación más difícil, porque si disponía que Dionisio saliera de la ciudadela en fuerza de una capitulación, se le calumniaría de que le tenía consideración y le salvaba, y si, no queriendo molestar al pueblo, andaba remiso en el sitio, se creería que alargaba la guerra para mandar por más tiempo y mantener en el terror a los ciudadanos.

XXXIV.—Había en Siracusa un cierto Sosis, que tenía nombre entre los Siracusanos por su maldad y su insolencia, estando creído que el colmo de la libertad se cifraba en llevar hasta el último punto la osadía. Tratando, pues, de perder a Dion, lo primero que hizo fué levantarse en la junta pública y reconvenir agriamente a los Siracusanos

de que no advirtiesen que, por librarse de una tiranía necia y soñolienta, se habían entregado a un déspota vigilante y sobrio; mostrándose después más abiertamente enemigo declarado de Dion, por entonces se retiró de la plaza, pero al día siguiente se le vió correr por la ciudad desnudo, bañadas la cabeza y la cara en sangre, como si huyera de algunos que le perseguían. Presentóse en esta disposición en la plaza, diciendo que los soldados estipendiarios de Dion le habían acometido, y mostró la cabeza lastimada; con lo que tuvo a muchos que tomaron parte en sus quejas y que levantaron el grito contra Dion, clamando que su proceder era violento y tiránico si con asesinatos y peligros quitaba a los ciudadanos el poder manifestar libremente su opinión. Con todo, reunida la junta pública, aunque en confusión y desorden, se presentó Dion a hacer su defensa, y manifestó que Sosis era hermano de uno de los soldados de Dionisio, y que a su instigación había querido conmover y alborotar la ciudad, no quedándole ya a Dionisio otro camino de salvarse que el de introducir la desconfianza y discordia entre los ciudadanos. Al mismo tiempo, habiendo registrado los cirujanos la herida de Sosis, encontraron que era puramente superficial, y no hecha con impresión extraña que le hiciera penetrar, porque las heridas de espada tienen mayor profundidad por en medio, y la de Sosis era ligera por igual, teniendo muchos principios, como era natural en quien por el dolor aflojaba, y luego volvía a querer continuar. Lle-

garon también a este tiempo a la junta algunos ciudadanos de crédito trayendo una navaja, y exponiendo que yendo por la calle se habían encontrado con Sosis bañado en sangre, y que decía a gritos que iba huyendo de los soldados de Dion, por quienes acababa de ser herido. Añadían que habiendo ido en busca de los agresores, no habían encontrado mas que aquella navaja puesta en el hueco de una piedra, de la que habían visto venir corriendo a Sosis.

XXXV.—Como fuese ya con esto peligrosa la situación de Sosis, y aun se agregase la declaración de los de su casa, quienes atestiguaron que era todavía de noche cuando salió de ella solo con la navaja, los que culpaban a Dion se retiraron, y el pueblo, habiendo condenado a muerte a Sosis, mudó de modo de pensar en cuanto a Dion. Mas no por esto le eran menos sospechosos los soldados de éste, mayormente después que se habían dado diferentes combates navales contra el tirano; porque Filisto había venido de Yapigia con muchas galeras en auxilio de Dionisio, y como aquellos forasteros fuesen soldados de infantería, creían los Siracusanos que no podrían serles de provecho para aquella clase de guerra, sino que más bien los tendrían sumisos a sus órdenes, siendo ellos gente de mar y que sobrepujaban en esta especie de fuerza. Pero la suerte hizo que aun se les acrecentó a aquellos soldados el orgullo con la buena suerte que tuvieron en el mar, donde, venciendo a Filisto, le trataron cruel y bárbaramente; aunque Eforo



dice que, tomada su nave, se quitó él a sí mismo la vida; pero Timónides, que desde el principio se encontró en todos estos sucesos con Dion, escribiendo al filósofo Espeusipo, dice que Filisto quedó cautivo de resulta de haber encallado en tierra su galera, y que, habiéndole quitado los Siracusanos la coraza y mostrádole desnudo, le hicieron diferentes insultos, siendo ya viejo; que después le cortaron la cabeza, y entregaron su cadáver a los muchachos, diciéndoles que lo arrastraran por la Acradina y lo arrojaran a las canteras. Timeo, para hacer que este insulto aparezca mayor, refiere que los muchachos ataron el cadáver de Filisto con una cuerda de la pierna coja, y lo arrastraron por la ciudad, haciendo grande escarnio todos los Siracusanos al ver arrastrado por una pierna a aquel que había dicho a Dionisio que no debía salir huyendo de la tiranía en un veloz caballo, sino sólo tirado por una pierna; aunque Eforo refiere esta expresión como dicha a Dionisio por otro, y no por el mismo Filisto.

XXXVI.—Mas Timeo, aprovechando una ocasión justa, como lo era la de la adhesión y celo de Filisto por la tiranía, sacia su deseo de hablar mal de él. En esto quizá pueden merecer indulgencia los que han sido agraviados, aun para llegar al extremo de ensañarse con un cadáver que carece de sentido; pero en los que después escriben los sucesos, no habiendo sido ofendidos en vida por él, y aprovechándose de sus escritos, su misma gloria parece que exige que no le echen en cara con afrenta y

vilipendio sus desgracias, de las que nada hay que pueda asegurar aun al hombre más recto y justo de parte de la fortuna. Tampoco Eforo obra cuerda-mente en alabar a Filisto; pues, sin embargo de mostrarse tan hábil en cubrir con motivos decentes las acciones injustas y las costumbres estragadas, y en encontrar al intento las más seductoras expresiones, por más esfuerzos que hace no puede evitar que de su relación misma resulte contra sí haber sido el hombre más adicto a la tiranía y el que más solicitó y más admiró el lujo, el poder, la riqueza y los enlaces de los tiranos. En fin, en cuanto a Filisto, el que no alabe sus acciones, ni tampoco le eche en cara su suerte, ese será el que mejor desempeñe el oficio de historiador.

XXXVII.—Después de la muerte de Filisto envió Dionisio a Dion quien le propusiera que le haría entrega de la ciudadela, de las armas y de sus tropas con el sueldo completo de éstas para cinco meses, bien que pidiendo que bajo la fe de un tratado se le permitiera retirarse a Italia y, habitando allí, disfrutar en los términos de Siracusa la posesión llamada Giatis, que era un campo dilatado y fértil, que desde la orilla del mar entraba tierra adentro. No admitió Dion el mensaje, sino que le envió a decir que suplicara sobre el objeto de éste a los Siracusanos, los cuales, esperando tomar vivo a Dionisio, despidieron a sus embajadores; pero él lo que hizo fué entregar la ciudadela a su hijo mayor, Apolócrates, y aguar-

dando un viento favorable, teniendo ya puestas en las naves las personas que más apreciaba y lo más escogido de su riqueza, se hizo a la vela, sin que de ello tuviese noticia el general de la armada, Heráclides. Este, como se viese maltratado y perseguido de los ciudadanos, se valió de Hipón, que era uno de los demagogos, para que propusiera al pueblo un nuevo repartimiento de tierras, como que la igualdad era principio de libertad, y la pobreza, de esclavitud para los miserables. Púsose a su lado Heráclides, y conmoviendo al pueblo contra Dion, que se oponía, persuadió a los Siracusanos a que, además del repartimiento, decretaran privar a los soldados forasteros de su sueldo, y nombrar otros generales, siéndoles ya molesto Dion. Los Siracusanos, pues, intentando levantarse repentinamente como de una larga enfermedad de la tiranía, y manejarse intempestivamente como los pueblos que tenían el hábito de la libertad, se hicieron a sí mismos gran daño, y aborrecieron a Dion porque, como un buen médico, quería mantener la ciudad en un arreglo esmerado y sobrio.

XXXVIII. — Habiéndose congregado en junta para elección de los nuevos magistrados, estándose entonces en medio del estío, por quince días seguidos sucedieron truenos extraordinarios y señales del cielo infaustas, que por superstición apartaron al pueblo de nombrar otros generales. Mas luego que a los demagogos les pareció que ya la serenidad era permanente, quisieron llevar a efecto la junta;

pero la casualidad hizo que un buey de carretero, aunque hecho a ver gentes, se inquietase y enfureciese contra el conductor, y huyendo a carrera del yugo, se dirigió al teatro, donde inmediatamente alborotó y dispersó a la muchedumbre, que dió a correr desordenadamente; el buey continuó en su fuga saltando y trastornando cuanto encontraba en aquella parte de la ciudad que después ocuparon los enemigos. A pesar de todo esto, y no haciendo cuenta ninguna de ello, nombraron los Siracusanos veinticinco magistrados, de los que era uno Heráclides, y hablando reservadamente a los soldados extranjeros, trataron de seducirlos y separarlos de Dion para traerlos a su partido, prometiéndoles que serían con ellos iguales en derechos. Mas aquellos soldados desecharon sus proposiciones y, conservándose fieles y adictos a Dion, se pusieron armados a su lado para defenderle y protegerle, y así lo sacaron de la ciudad, sin hacer la menor ofensa a nadie, y sólo reconviniendo agriamente a los que encontraban por su ingratitud y perversidad; pero los Siracusanos, despreciándolos por su corto número y porque no habían sido los primeros en la agresión, llevados de que eran muchos más, los acometieron, en la inteligencia de que los vencerían fácilmente dentro de la ciudad y acabarían con todos.

XXXIX. — Constituido con esto Dion en el apuro y en la desgraciada situación de haber de pelear con sus conciudadanos, o perecer con sus soldados, dirigía a los Siracusanos los más encarecidos rue-

gos, tendiendo a ellos las manos y mostrándoles el alcázar lleno de enemigos, que se asomaban por las murallas y eran espectadores de cuanto pasaba; pero, no habiendo modo de templar el ímpetu de aquella muchedumbre y dominando en la ciudad, como en un mar proceloso, el viento de los demagogos, dió orden a sus soldados, no de trabar pelea, sino sólo de volver cara con resolución y gritería blandiendo las armas; con esto ya no aguardó ninguno de los Siracusanos, sino que dieron a huir por las calles sin que nadie les persiguiese, porque Dion hizo retroceder a los soldados y los condujo a los términos de los Leontinos. Fueron con esto los magistrados de los Siracusanos la risa y escarnio de las mujeres, y queriendo reparar la afrenta, armaron otra vez a los ciudadanos y marcharon en persecución de Dion. Alcanzárone al pasar un río, y se acercaron con su caballería en actitud de combatir; pero cuando vieron que ya no sufría con mansedumbre y bondad paternal sus demasías, sino que con denuedo volvía y ordenaba sus soldados, entregándose a una fuga más vergonzosa que la primera, se retiraron a la ciudad, con muerte de algunos ciudadanos.

XL.—Recibieron a Dion los Leontinos con las mayores muestras de honor y aprecio, y a los soldados les ofrecieron pagarles su haber, y los hicieron ciudadanos. Dispusieron luego enviar a los Siracusanos embajadores con proposición de que tuvieran la consideración debida a aquellos soldados forasteros; pero ellos mandaron otra embajada

para acusar a Dion. Reuniéronse con los Leontinos los aliados y, habiendo conferenciado entre sí, declararon que no tenían razón los Siracusanos; pero éstos no hicieron cuenta de lo resuelto por los aliados, engreídos y soberbios con que habían sacudido toda obediencia, y antes les estaban sujetos y les tenían sus propios magistrados.

XLI.—Llegaron en esto a la ciudad algunas galeras enviadas por Dionisio, en las que venía Nipsio de Nápoles, que conducía víveres y caudales a los sitiados, y habiéndose dado un combate naval, quedaron vencedores los Siracusanos, y tomaron cuatro de las naves de aquel convoy. Insolentes con la victoria, y empleando el tiempo, por la anarquía en que vivían, en francachelas y convites desordenados, de tal manera se olvidaron de lo que importaba, que, teniéndose ya por dueños de la ciudadela, perdieron la ciudad. Porque Nipsio, viendo que en todo el pueblo no había quien tuviera juicio, sino que la muchedumbre estaba entregada a músicas y embriagueces desde el día hasta alta noche, y que los caudillos se regocijaban también con aquellas fiestas y no se cuidaban mucho de hacer su deber con unos hombres beodos, aprovechando hábilmente la ocasión, acometió a la muralla y, apoderándose de ella y destruyéndola, dió suelta a los bárbaros, diciéndoles que hicieran de los ciudadanos que les vinieran a las manos lo que quisieran o pudieran. Advirtieron bien pronto los Siracusanos el mal que les había sobrevenido; pero tarde y con dificultad acudieron asombrados y pas-

mados a su remedio; porque era un horroroso saqueo el que experimentaba la ciudad, siendo muertos los hombres, derruídas las murallas y conducidas las mujeres y los niños a la ciudadela entre los mayores lamentos, pues los caudillos se habían acobardado del todo, y para nada podían servirse de los ciudadanos contra unos enemigos que por todas partes estaban ya mezclados y confundidos con ellos.

XLII.—Siendo éste el estado de las cosas, y amenazando ya el peligro a la Acradina, todos ponían la vista en el único que podía levantar sus esperanzas; pero nadie lo proponía, avergonzados de la ingratitud e indiscreción con que respecto de Dion se habían portado. Mas siendo ya urgente la necesidad, salió una voz de entre los aliados y la milicia de caballería de que se llamara a Dion y se trajera a los Peloponenses del país de los Leontinos. No bien se había adoptado esta resolución y dándose esta voz, cuando fueron comunes entre los Siracusanos las aclamaciones, el gozo y las lágrimas, rogando a los dioses por que Dion pareciese, deseando verle y recordando su valor y denuedo en los peligros, y cómo no sólo era imperturbable él mismo, sino que también a ellos les daba espíritu y los conducía impávidos a los enemigos. Enviáronle, pues, al punto de los aliados a Arcónides y Telesides y otros cinco de la caballería, entre ellos Helánico. Marcharon éstos a desempeñar su comisión corriendo a rienda suelta, y llegaron a la ciudad de los Leontinos casi al fin del

día. Apeáronse, y lo primero que hicieron fué ir a echarse llorosos a los pies de Dion, a quien refirieron los infortunios de los Siracusanos. Habían ya acudido algunos de los Leontinos, y los más de los Peloponenses se agolparon a Dion, pensando, por la prisa y por los ruegos de aquellos hombres, que había ocurrido alguna grande novedad. Congregados al punto en junta pública, a la que prontamente concurrieron, y entrando Arcónides y Helánico con los que los acompañaban, expusieron brevemente el cúmulo de males que les habían sobrevenido, y rogaban a los soldados de Dion fueran en socorro de los Siracusanos, olvidándose de los agravios recibidos, pues ya los habían pagado, sufriendo mucho más de aquello que los ofendidos podían desear.

XLIII.—Cuando éstos hubieron dado fin a su discurso, quedó en el más profundo silencio todo el teatro. Levantóse Dion, y como al empezar a hablar las muchas lágrimas que corrían de sus ojos le cortasen la voz, los soldados le exhortaban a que tomase aliento mostrándose con él afligidos. Recobrándose, pues, Dion un poco de su grave pesar: «Peloponenses y aliados—dijo—, os he reunido aquí para que deliberéis sobre vosotros mismos; por lo que a mí hace, no me es dado deliberar perdiéndose Siracusa, pues si no puedo salvarla, voy, a lo menos, a enterrarme entre el fuego y las ruinas de la patria. Si queréis todavía dar auxilio a hombres tan desacordados y desventurados como nosotros, mantened en pie a la ciudad de los Siracusanos,



que es vuestra obra; pero si, irritados con éstos, la abandonáis, del valor y amor que antes de ahora me habéis manifestado recibiréis de los dioses digno premio, teniendo presente en vuestra memoria que Dion ni a vosotros os desamparó cuando fuisteis agraviados, ni ahora en la adversidad desampara a los ciudadanos.» Aun no había concluido, cuando los soldados, levantando gritería, corrieron a él diciendo que los llevara en socorro de Siracusa cuanto antes, y los embajadores de los Siracusanos les dieron las gracias estrechándolos entre sus brazos, haciendo plegarias a los dioses para que sobre Dion y sobre los soldados derramaran los mayores bienes. Sosegado el tumulto, les dió orden Dion de que fueran a prevenirse y, comiendo los ranchos, vinieran armados a aquel mismo lugar, teniendo resuelto marchar en socorro de Siracusa aquella misma noche.

XLIV.—En Siracusa, los generales de Dionisio durante el día hicieron inmensos males en la ciudad; pero venida la noche se retiraron a la ciudadela, habiendo perdido unos cuantos de los suyos; entonces, haciéndose animosos los demagogos de los Siracusanos, y esperando que los enemigos se pararían en lo ejecutado, excitaban otra vez a los ciudadanos a que no hicieran cuenta de Dion, y si venía con sus soldados, no recibirlos, ni darles esta prueba de que se les reconocía como aventajados en valor, sino salvar ellos por sí mismos la ciudad y la libertad. Enviaron, pues, de nuevo mensajeros a Dion los generales, disuadiéndole de

venir, y los de caballería con los principales ciudadanos, diciéndole que acelerase el paso; y por lo mismo caminaba con reposo y sosiego. Llegada la noche, los enemigos de Dion ocuparon las puertas con ánimo de cerrárselas; pero Nipsio, dando otra vez salida de la ciudadela a las tropas asalariadas, que mostraban todavía mayor ardor y fueron entonces en mayor número, destruyó desde luego todo el muro y asoló y saqueó la ciudad. Dábase ya muerte, no sólo a los hombres, sino a las mujeres y a los niños; era muy poco lo que se robaba, y mucho lo que se destrozaba y hacía pedazos. Porque, dándose ya los de Dionisio por perdidos y aborreciendo de muerte a los Siracusanos, querían sepultar, digámoslo así, la tiranía entre las ruinas de la ciudad, y, anticipándose a la venida de Dion, recurrían a la destrucción y perdición más pronta, que es la del fuego, dándole con tizones y hachas a lo que tenían cerca, y lanzando con los arcos a lo que les caía lejos saetas encendidas. Huían los Siracusanos, y de ellos unos eran cogidos y asesinados en las calles, y los que se recogían a las casas eran echados de ellas por el fuego, siendo ya muchas las que ardían y caían encima de los que las abandonaban.

XLV. — Esta calamidad fué la que principalmente franqueó las puertas de la ciudad a Dion, estando ya de acuerdo todos; porque la casualidad hacía que aun hubiese acertado el paso cuando oyó que los enemigos se habían encerrado en la ciudadela; pero entrado ya el día, los de caballería fueron los

primeros que le dieron noticia de la segunda invasión, y después se presentaron algunos de los que antes se habían opuesto, rogándole que acelerara la llegada. Como el mal se agravase, Heráclides envió a su hermano, y después a Teodotes su tío, pidiéndole que los socorriese, pues nadie había que hiciese frente a los enemigos, él se hallaba herido y la ciudad casi podía contarse por destruída y abrasada. Hallábase Dion cuando le llegaron estas nuevas a distancia todavía de setenta estadios de la ciudad; pero manifestando a sus soldados el peligro e instándoles, ya no marcharon despacio, sino que los condujo a carrera a la ciudad, sucediéndose los mensajeros unos a otros para darle prisa. Habiendo, pues, sido increíble la presteza y diligencia de los soldados, entró por las puertas, dirigiéndose a la parte de la ciudad llamada el Hecatompedo, y a las tropas ligeras les dió orden de marchar inmediatamente contra los enemigos, para que al verlas cobraran ánimo los Siracusanos. La infantería de línea la ordenó él mismo, y con ella los ciudadanos que acudían y se prestaban a agregarse a la milicia, formando divisiones y dándoles caudillos para que se presentara más terrible, cargando a un mismo tiempo por todas partes.

XLVI.—Dispuestas así las cosas y hechas plegarias a los Dioses, se le vió marchar con sus tropas por la ciudad contra los enemigos; con lo que fueron grandes en los Siracusanos la algazara, el gozo y las aclamaciones, mezcladas con votos y exhortaciones, llamando a Dion salvador y numen

tutelar, y a sus soldados, hermanos y ciudadanos. No había en aquella sazón ninguno tan amante de sí mismo y de la vida que no se mostrara más cuidadoso por Dion solo que por todos los demás, viéndole marchar el primero al peligro por entre la sangre, el fuego y los montones de cadáveres tendidos en las plazas. No dejaban también de infundir terror los enemigos, que, enfurecidos y soberbios, estaban formados junto al muro, al cual no se podía llegar sin gran dificultad y trabajo. Mas el peligro que más fatigaba a los soldados era el del fuego, que hacía muy embarazosa su marcha, ya porque los circundaba de luz la llama que devoraban las casas, ya porque tenían que dirigir sus pasos por entre escombros todavía ardientes, y ya porque iban tropezando sin poder sentar con seguridad los pies a causa de los grandes y continuos hundimientos, caminando, además, entre polvo mezclado de humo, con el cuidado de no desordenarse y perder la formación. Cuando ya llegaron a los enemigos, la pelea era de pocos contra pocos, por la estrechez y desigualdad del sitio; pero con la gritería y excitación de los Sircusanos, que daban ánimo a los soldados, hubieron de ceder los de Nipsio, que en su mayor parte se salvaron refugiándose a la ciudadela, que estaba inmediata; pero a los que quedaron fuera y se esparcieron por la ciudad los persiguieron los soldados de Dion y les dieron muerte. El tiempo no dió entonces oportunidad para disfrutar de la victoria, ni para hacer las demostraciones de gozo

y gratitud que tan grande suceso pedía, por tener que acudir a sus casas los Siracusanos, quienes con dificultad pudieron apagar el fuego en toda aquella noche.

XLVII.—Luego que se hizo de día no se detuvo ninguno de los demagogos, sino que, dándose por perdidos, huyeron; Heráclides y Teodotes se resolvieron a presentarse por sí mismos y entregarse en manos de Dion, confesando sus yerros y rogándole que lo hiciera mejor con ellos que ellos lo habían hecho con él; pues era propio de Dion, que tanto sobresalía en las demás virtudes, aventajarse también en saber domar la ira respecto de unos ingratos que ahora reconocían haber sido vencidos por él en aquella misma virtud por la que se le habían mostrado contrarios. Hechas estas súplicas por Heráclides y Teodotes, instaban a Dion sus amigos que no usara de benignidad con unos hombres malos y perversos, sino que abandonara a Heráclides al encono de los soldados y arrancara del gobierno el vicio de captar popularidad, enfermedad furiosa, no menos perjudicial que la tiranía. Dion, para aplacarlos, les dijo que los demás generales en lo que principalmente se ejercitaban era en las armas y en la guerra, y él había gastado mucho tiempo en la Academia para estudiar cómo se domina la ira, la envidia y toda codicia; de lo que no era muestra el usar de afabilidad y dulzura con los amigos y con los hombres de bien, sino, habiendo sido agraviado, el acreditarse de compasivo y benigno con los ofensores, y que

quería hacer ver que no tanto era superior a Heráclides en poder y en valor como en bondad y justicia, pues la superioridad verdadera en éstas había de ponerse. Porque en la victoria y ventajas de la guerra, cuando no las dispute ningún hombre, entra a la parte la fortuna; ¿y acaso porque a Heráclides le hiciera desleal y malo la envidia había de estragar Dion su virtud con la ira? Porque el que sea más justo el vengarse y tomar satisfacción que el ser el primero en ofender es determinación de la ley, cuando por naturaleza ambas cosas provienen de la misma debilidad; y si bien el borrar la maldad del hombre no es cosa muy hacedera, no es tampoco tan ardua y desesperada que no pueda hacérsele cambiar, vencida por los favores del que muchas veces se empeña en hacer bien.

XLVIII.—En consecuencia de estos discursos, dejó Dion ir libre a Heráclides, y, volviendo su cuidado a la circunvalación, dió orden de que cada uno de los Siracusanos, cortando una estaca de valladar, la trajera y pusiera junto al muro, y, empleando por la noche a sus soldados, mientras los Siracusanos descansaban, sin que nadie lo entendiese dejó cercada la ciudadela; de manera que al día siguiente sorprendió a los ciudadanos, no menos que a los enemigos, con la presteza de tamaña obra. Dió luego sepultura a los Siracusanos que habían muerto, y habiendo rescatado los cautivos, que no bajaban de dos mil, convocó a junta pública. Presentóse en ella Heráclides, haciendo la proposición de que se nombrara

a Dion generalísimo de tierra y de mar; y habiendo sido admitida por los buenos ciudadanos, que querían se sancionase, la muchedumbre marinera y artesana concitó una sedición, manifestándose disgustada de que Heráclides quedara despojado del mando del mar, por parecerle que, si bien en lo demás Heráclides no estaba adornado de grandes cualidades, a lo menos era infinitamente más popular que Dion y más manejable para la plebe. Condescendió en esto Dion, y restituyó a Heráclides el mando de la armada; pero habiéndose opuesto a los que insistían sobre el repartimiento de terrenos y de las casas, anulando lo que acerca de esto se había antes establecido, indispuso y enajenó los ánimos, de donde tomó otra vez ocasión Heráclides, y, acantonado en Mesena, sedujo a los soldados y marineros que con él se hallaban y los irritó contra Dion, haciéndoles entender que aspiraba a la tiranía, y al mismo tiempo concluyó ocultamente un convenio con Dionisio por medio de Faraces de Esparta. Llegaronlo a descubrir los principales ciudadanos de Siracusa, y se movió una sedición en el ejército, de la que resultó tal escasez y hambre en Siracusa, que el mismo Dion quedó sin saber qué hacer, e incurrió en la reprensión de sus amigos, que le hacían cargo de haber fomentado contra sí a un hombre como Heráclides, intratable y pervertido por la envidia y por la maldad.

XLIX.—Hallándose Faraces acampado junto a Nápoles en el campo de Agrigento, condujo Dion

a los Siracusanos, con intento de pelear con él en otra oportunidad; pero como Heráclides y la marinería gritasen que Dion no quería terminar la guerra por medio de una batalla, sino dilatarla para mantenerse en el mando, se vió en la precisión de trabar combate, y fué vencido. La derrota no fué grande, sino más bien una dispersión y desorden entre los soldados mismos que se alborotaron, por lo que Dion, resuelto a volver a dar batalla, los redujo al orden, persuadiéndoles e inspirándoles confianza; pero a la entrada de la noche se le dió aviso de que Heráclides, zarpando con su escuadra, navegaba sobre Siracusa, con la determinación de apoderarse de la ciudad y de negarles la entrada a él y a su ejército. Tomando, pues, consigo en el momento a los más esforzados y resueltos, caminaron a caballo toda aquella noche, y a la hora tercera del día siguiente estaban ya a las puertas, habiendo andado setecientos estadios. Como Heráclides se hubiese atrasado con sus naves, por más prisa que quiso darse, se mantuvo en el mar, y andando errante sin objeto cierto, se encontró con Gesilo de Esparta, quien le dijo que venía de Lacedemonia a ser caudillo de los Sicilianos, como antes Gilipo. Recibióle, pues, con gran complacencia y, pensando en oponerle como un antídoto a Dion, lo presentó a los aliados, y enviando un heraldo a Siracusa, propuso a los Siracusanos que admitieran aquel general Espartano. Respondióle Dion que los Siracusanos tenían bastantes generales, y si los negocios requerían



absolutamente un Espartano, en él lo tenían, pues era Espartano por adopción. Con esto Gesilo cedió en la pretensión del mando, y, pasando a verse con Dion, reconcilió con él a Heráclides, que dió muchas palabras e hizo los mayores juramentos, accediendo a éstos el mismo Gesilo, que, por su parte, juró ser vengador de Dion y tomar satisfacción de Heráclides si se portase mal.

L.—De resultas de este suceso desarmaron los Siracusanos la escuadra, porque, no teniendo en qué emplearla, no les servía mas que de gasto con la gente de mar y de motivo de indisposición entre los generales. Sitiaron el alcázar, acabando el muro con que le circunvalaban; y como, no socorriendo nadie a los sitiados, les faltasen los víveres, y los soldados extranjeros se les hubiesen insubordinado, perdió el hijo de Dionisio toda esperanza, y, entrando en conciertos con Dion, le entregó el alcázar con las armas y todos los pertrechos de guerra, recogió la madre y las hermanas, y, cargando cinco galeras, marchó a unirse con su padre, dejándole partir Dion con toda seguridad, y no quedando Siracusano alguno que no saliera a gozar de aquel espectáculo; tanto, que los que se hallaban ausentes se quejaban de no haber visto aquel día en que el Sol empezaba a alumbrar a Siracusa libre. Y si aun ahora entre los grandes ejemplos que se refieren de la mudanza de fortuna es el mayor y más notable este del destierro de Dionisio, ¿cuál debió ser entonces el gozo de aquellos ciudadanos y qué debieron pensar los que con tan pocos medios des-

truyeron la más poderosa tiranía que jamás se había visto?

LI.—Como Dion, luego que dió la vela Apolócrates, se encaminase al alcázar, no pudieron aguantar más las mujeres que en él habían quedado, ni esperaron a que entrase, sino que corrieron a la puerta, Aristómaca llevando de la mano al hijo de Dion, y Arete yendo en pos de ésta, llorando e incierta de cómo había de saludar al marido, habiendo estado enlazada con otro. Abrazó Dion primero a la hermana y después al hijo; y entonces Aristómaca, presentando a Arete: «Hemos sido desdichadas—le dijo—, ¡oh Dion!, durante tu destierro; con tu venida y tu victoria nos has librado de opresión y angustia a todos nosotros, a excepción de ésta, a quien yo, miserable, he visto ser por fuerza, vivo tú, casada con otro. Ahora, pues, que la fortuna nos ha puesto en tu poder, di cómo tomas la necesidad en que esta infeliz se ha visto, y si te ha de abrazar como tío o como marido.» Dicho esto por Aristómaca, no pudiendo Dion contener las lágrimas, abrazó con el mayor cariño a su esposa y, entregándole el niño, le dijo que marcharan a su propia casa, a la que él también se fué a habitar, habiendo hecho entrega de la ciudadela a los Siracusanos.

LII.—Habiéndole salido tan felizmente los negocios, la primera cosa en que se propuso gozar de su prosperidad fué en hacer favores a sus amigos y donativos a los aliados, y más especialmente en hacer participantes de su humanidad y munifi-

cencia a los más allegados que tenía en la ciudad, y a los soldados que le habían servido, excediendo su magnanimidad a sus facultades; pues por lo que hace a sí mismo se trataba sencilla y frugalmente como cualquiera particular, siendo de maravillar que, teniendo puesta la vista en su brillante fortuna no sólo la Sicilia y Cartago sino toda la Grecia, y no reputando todos por tan grande a ningún general de los de aquella edad, ni hallando con quien compararlo en valor y en buena suerte, usara de tanta moderación en el vestido, en la servidumbre y en la mesa, como si se mantuviera en la Academia al lado de Platón y no viviera con extranjeros y soldados, para quienes los continuos festines y recreos son un desquite de los trabajos y peligros. Y si Platón le había escrito que a él solo sobre la tierra miraban todos, él, a lo que parece, no miraba mas que a un pequeño recinto de una sola ciudad, esto es, a la Academia, sabiendo que aquellos espectadores y jueces, no tanto admirarían ninguna acción brillante ni ninguna empresa atrevida como estarían en observación de si hacía un uso prudente y modesto de su fortuna, y si se mostraba templado en la prosperidad y en la opulencia. Por lo que hace a la severidad en el trato y a la gravedad para con el pueblo, tenía propuesto de no rebajar o quitar nada, a pesar de que el estado de las cosas pedía cierta condescendencia y de que, como hemos dicho, Platón le había reprendido escribiéndole que la terquedad y dureza son propias de la soledad, sino que él,

naturalmente, debía de ser despegado, y parece que se proponía mejorar en costumbres a los Siracusanos, demasiado muelles y delicados.

LIII.—Era preciso que estuviese siempre receloso de la enemistad de Heráclides, el cual, en primer lugar, llamado al consejo, no quiso concurrir, diciendo que, por ser un particular, adonde debía asistir era a la junta pública con los demás ciudadanos. Además de esto, acusaba a Dion de no haber demolido la ciudadela; de que, queriendo el pueblo deshacer el sepulcro de Dionisio el Mayor y arrojar su cadáver, no se le permitió, y, finalmente, que llamaba consejeros y compañeros para el mando de la ciudad de Corinto, desdeñando sus propios ciudadanos. De hecho había llamado a los de Corinto, por creer que con más facilidad establecería con su venida el gobierno que meditaba. Considerando a la democracia pura, no como un gobierno, sino como el mercado de todos los gobiernos, según expresión de Platón, pensaba desterrarla de Siracusa y establecer y plantear, al modo de los Lacedemonios y Cretenses, un gobierno mixto de democracia y monarquía, en que la aristocracia tuviera la principal dirección; porque veía que también en los Corintios dominaba la oligarquía y eran pocos los negocios públicos que se administraban en la junta popular. Atendiendo, pues, a que Heráclides principalmente se le había de oponer para estos arreglos, siendo por otra parte turbulento, mudable y dispuesto a sediciones, a los que en otro tiempo había estorbado quitarlo de en

medio, en esta ocasión se lo permitió, y así, introduciéndose en su casa, en ella le dieron muerte, la que los Siracusanos manifestaron sentir mucho. Pero Dion, disponiendo que se le hiciera un magnífico entierro, acompañando la pompa con todo el ejército, y arengándoles después, logró que se la perdonasen, por creer que no podrían dejar de ser continuas las disensiones si a un tiempo gobernaban Heráclides y Dion.

LIV.—Tenía Dion un amigo en Atenas llamado Calipo, del que decía Platón que, no por gustar de la doctrina, sino por la iniciación y por ciertas amistades vulgares, se le había hecho conocido y familiar; pero él, por otro lado, no carecía de instrucción en la milicia, en la que además se había adquirido un nombre, tanto, que había sido el primero que con Dion había entrado en Siracusa coronado, y en los combates era ilustre y distinguido. Habiendo perecido en la guerra los principales y mejores amigos de Dion, y, por otra parte, quitado de en medio a Heráclides, vió que el pueblo de Siracusa había quedado sin caudillo, y que los soldados de Dion principalmente le atendían y respetaban, con lo que Calipo, el más malvado de los hombres, vino a concebir la esperanza de que la Sicilia había de ser el premio de la muerte de su huésped; aun hay quien dice que había recibido veinte talentos de los enemigos por precio de esta maldad. Corrompió, pues, y sedujo a algunos de los aliados contra Dion, valiéndose para ello de este principio sumamente perverso y astuto:

denunciando continuamente algunos rumores contra Dion, o que verdaderamente se habían esparcido, o levantados por él, adquirió tal autoridad y poder, por el crédito que había sabido conciliarse, que con reserva o a las claras hablaba a los que quería contra Dion, permitiéndolo éste para que no se le ocultase ninguno de los descontentos o que se hiciesen sospechosos. Con esto vino a suceder que en breve Calipo pudo dar con los malos y mal dispuestos y asociárselos, y si alguno desechaba la proposición y daba cuenta a Dion de la tentativa con él hecha, no le cogía a éste de nuevo ni se inquietaba, suponiendo que Calipo no hacía mas que lo que él le había mandado.

LV.—En el tiempo en que ya se trataba este género de asechanza, tuvo Dion una visión grande y prodigiosa: hallándose una tarde solo sentado en la galería de su casa, pensando en sus cosas, de repente oyó un ruido, y volviendo la vista a uno de los corredores a tiempo que aun duraba la luz del día, vió a una mujer gigantesca, que en el traje y en el rostro en nada se diferenciaba de las Furias, estar con una escoba barriendo la casa. Pasmado, pues, y lleno de miedo, hizo llamar a sus amigos y les refirió la visión que se le había aparecido, rogándoles que se quedasen y estuviesen con él allí la noche, hallándose del todo sobrecogido y temeroso de que volviera a presentársele aquel espectro estando solo; no volvió, sin embargo, a suceder. Al cabo de pocos días su hijo, que apenas era manco, por cierto disgusto y enfado, nacido de pe-

queña y pueril causa, se tiró de cabeza desde lo alto del tejado, y se mató.

LVI.—Mientras estaba Dion cercado de tales disgustos, Calipo adelantaba más y más sus asechanzas, y había hecho correr entre los Siracusanos la voz de que Dion, hallándose sin hijos, estaba en ánimo de llamar a Apolócrates el de Dionisio y declararle su sucesor, como sobrino que era de su mujer y nieto de su hermana. Ya habían llegado a tener sospechas Dion y las mujeres de lo que pasaba, y además eran frecuentes las denuncias que se les hacían de todas partes; pero pesarosó Dion de lo ocurrido con Heráclides y de aquella muerte, como si en su vida y en sus acciones le hubiese quedado cierta mancha impresa que no le dejaba obrar, en todo encontraba dificultades y andaba dando largas, habiéndose dejado decir muchas veces que estaba pronto a morir y a presentarse al que quisiera traspasarle, más bien que haber de precaverse de amigos y enemigos. Viendo, pues, Calipo que las mujeres estaban instruídas menudamente de toda la conjuración, y concibiendo temor, se presentó a ellas negándolo, y con lágrimas les dijo que les daría las seguridades que quisiesen; pero ellas no se contentaban con nada menos que con que prestase el grande juramento. Era en esta forma: bajando el que le prestaba al santuario de Ceres y Proserpina, con ciertas ceremonias se circundaba de la púrpura de la Diosa, y tomando una tea encendida, hacía el juramento. Cumpliendo con todas estas cosas Calipo, y juran-

do, de tal modo se burló de las Diosas, que aguardó los días consagrados a la fiesta de la Diosa por quien juraba, y en uno de estos días cereales ejecutó la muerte de Dion, pareciéndole que no era bastante impío con la Diosa y con su festividad si en otro tiempo él mataba a su iniciado (1).

LVII.—Siendo ya muchos los que estaban en la conjuración, y hallándose Dion con sus amigos sentado en una habitación que tenía muchas camas, unos cercaron la casa y otros tomaron las puertas y ventanas; pero los de Zacinto, que eran los que habían de echarle mano, entraron sin llevar puñales en la cinta; al mismo tiempo, los de la parte afuera trajeron a sí las puertas y las tenían sujetas; los otros, habiéndose echado sobre Dion, trataban de sujetarlo y sofocarlo; pero viendo que nada les aprovechaba, pedían un puñal. Nadie se atrevió a abrir las puertas, sin embargo de ser muchos los que estaban dentro, y es que cada uno echaba cuenta de salvarse a sí mismo si abandonaba a Dion, y así ninguno fué a su socorro. Como fuese demasiado despacio, Licón Siracusano alargó a uno de los Zacintios un sable por una de las ventanas, y con él como a una víctima degollaron a Dion, a quien tenían ya sujeto y atemorizado de antemano. Inmediatamente después, a la hermana y a la mujer, que estaba encinta, las hicieron llevar a la cárcel, donde sucedió que la infeliz mujer

---

(1) Alude a los misterios de Eleusis, en los que, al iniciarse Dion, debió de ser Calipo el que le recibió, y es sabido el gran delito que esto producía.



dió a luz un hijo varón, y aun lograron que se le permitiera criarlo, habiéndolo recabado de los guardias a tiempo que ya Calipo empezaba a experimentar alguna turbación en sus negocios.

LVIII.—Porque al principio, habiendo quitado del medio a Dion, logró hacerse ilustre y apoderarse de Siracusa, lo que participó a la misma ciudad de Atenas, a la que después de los dioses debía reverenciar y temer, habiéndose arrojado así a la maldad. Pero parece que es cierto lo que se dice, que aquella ciudad, si los hombres buenos se dan a la virtud, los produce excelentes, y si los malos siguen la senda del vicio, son los más perversos, así como su terreno da la miel más sabrosa y la cicuta más mortífera. Pero no por largo tiempo estuvo Calipo siendo una acusación de la fortuna y de los dioses, de que miraban con indiferencia a un hombre que había adquirido por medio de tal impiedad tan grande mando y tanto esplendor, porque muy presto pagó la pena merecida; habiendo intentado, en efecto, tomar a Catana, al punto perdió a Siracusa, de manera que se refiere haber dicho él mismo que había perdido una ciudad por tomar una raedera. Invadiendo después a Mesana, perdió a la mayor parte de los soldados, entre ellos los que habían dado muerte a Dion, y no queriendo recibirle ninguna ciudad de la Sicilia, sino antes aborreciéndole y desechándole todos, se acogió por último a Regio. Allí, pasándolo miserablemente, y no pudiendo asistir a las tropas asalariadas, fué muerto por Leptines y Poliperconte, que usaron

casualmente del mismo sable con el que dicen haberlo sido Dion, conociéndolo en el tamaño, porque era corto como todos los de Esparta, y muy pulido y gracioso en su hechura; de este modo pagó Calipo su merecido. Por lo que hace a Aristómaca y Arete, luego que fueron sueltas de la cárcel vinieron a poder de Ictes de Siracusa, que había sido uno de los amigos de Dion, el que al principio dió muestras de ser fiel a la amistad y tratarlas con decoro; pero seducido, por último, de los enemigos de Dion, les previno una embarcación como para enviarlas al Peloponeso, y mandó que en la travesía las diesen muerte y las arrojasen al mar; y no falta quien diga que vivas las sumergieron, y al hijo con ellas. Pero también éste tuvo la pena que merecieron sus crímenes, porque él mismo fué muerto habiendo caído cautivo en poder de Timoleón, y a dos hijas suyas los Siracusanos las sacrificaron a Dion, de las cuales cosas en la vida de Timoleón se escribe circunstanciadamente.

---

## BRUTO

---

I.—El progenitor de Marco Bruto era Junio Bruto, cuya estatua de bronce pusieron los antiguos Romanos en el Capitolio, en medio de las de los reyes, con espada desenvainada, para dar a entender que fué quien tuvo el valor de arrojar de Roma a los Tarquinios. Mas aquél, teniendo un carácter áspero y que no había sido suavizado por la doctrina, sino que se conservaba con el temple del más duro acero, llevó la ira contra los tiranos hasta dar muerte a sus propios hijos; en cambio, este cuya vida escribimos, templando sus costumbres con la educación y la elocuencia por medio del estudio de la filosofía, y despertando con el manejo de los negocios su índole firme, aunque benigna, parece que se dispuso y preparó con mayor cuidado al ejercicio de la virtud, de manera que aun los que no le miraban bien por la conjuración contra César, lo que hubo de generoso y noble en esta acción lo atribuían a Bruto, y lo que ésta tuvo de atroz y repugnante lo echaban sobre Casio, que, aunque era deudo y amigo de Bruto, no era en sus costumbres igualmente sencillo y puro. El linaje de su madre, Servilia, subía a Ser-

vilio Ahala, que, aspirando Espurio Melio a la tiranía y moviendo con esta mira sedición en el pueblo, tomó un puñal bajo la ropa y, bajando a la plaza, se puso al lado de Melio, como si tuviera que tratar con él algún negocio, y al inclinarse éste para oírle le hirió y mató. En este punto no hay disputa; en cuanto al linaje paterno, los que por muerte de César mostraron enemiga y encono contra Bruto dicen que no sube al que expulsó a los Tarquinius, porque no le quedó sucesión después de haber dado muerte a los hijos, sino que éste era plebeyo, descendiente de un mayordomo de Bruto, y que hacía poco habían aspirado a las magistraturas; pero el filósofo Posidonio dice que, aunque fué cierto murieron los dos hijos de Bruto, quedó otro tercero todavía muy niño, de quien aquel linaje provenía, y que en algunos varones señalados de la misma familia, a quienes había conocido, se echaba de ver que su semblante tenía cierta semejanza con el que la estatua representa. Mas en este punto baste lo dicho.

II. — De la madre de Bruto, Servilia, era hermano Catón el filósofo, a quien sobre todos se propuso imitar Bruto, siendo su tío, y después su suegro. De los filósofos griegos, para decir la verdad, ninguna secta le era nueva o extraña, aunque más particularmente se había dedicado a las de los discípulos de Platón, y no siendo muy adicto a la Academia llamada nueva o media, estaba decidido por la antigua. Miró siempre con admiración a Antíoco Escalonita, e hizo su amigo y comensal

al hermano de éste, Aristón, varón inferior a muchas filósofos en la elocuencia y erudición, pero en su probidad y modestia comparable a los primeros. Por lo que hace a Empilo, de quien él mismo y sus amigos hacen mención en sus cartas, tratándole igualmente de su comensal, era orador y dejó una relación pequeña, pero no despreciable, de la muerte de César, la que se intitulaba *Bruto*. Ejercitose éste en latín lo bastante para las arengas y para las contiendas del foro, y en griego se descubre por algunas de sus cartas que se dedicó a imitar la concisión sentenciosa de los Espartanos, como cuando escribió a los de Pérgamo, hallándose ya en la guerra: «Oigo que habéis dado dinero a Dolabela; si lo habéis dado por vuestra voluntad, reconoced que habéis hecho mal, y si ha sido por fuerza, hacédmelo ver con darme a mí voluntariamente.» Otra vez a los de Samos: «Vuestros consejos celebrados con negligencia, y vuestros auxilios tardíos, ¿qué fin pensáis que tendrán?» En otra carta acerca de los de Patara: «Los Jantios, por haber despreciado mis beneficios, hicieron de su patria el sepulcro de su simpleza; y los Patareos, que se pusieron confiados en mis manos para todo, gozan de su libertad; está, pues, en vuestro arbitrio el optar entre el juicio de los Patareos y la suerte de los Jantios.» Este es el estilo de sus cartas.

III.—Siendo todavía joven, hizo viaje a Chipre con Catón, su tío, enviado contra Tolomeo. Como éste se hubiese quitado a sí mismo la vida teniendo

Catón necesidad de detenerse en Rodas, le había sido preciso mandar a Canidio, uno de sus amigos, para la custodia de aquellos grandes intereses; y temiendo que éste podía no preservarse puro de ocultación, escribió a Bruto que se dirigiera sin dilación a Chipre desde Panfilia, porque se hallaba allí convaleciendo de una enfermedad. Embarcóse, pues, aunque muy a su pesar, ya por sentir ajada la opinión de Canidio, maltratado con esta desconfianza de Catón, y ya también porque todo aquel cuidado y escrupulosa diligencia, siendo todavía joven y dado a sus estudios, no lo miraba como muy liberal ni como muy propio de su persona. Con todo, se venció en esto a sí mismo hasta merecer los elogios de Catón, y habiendo reducido a dinero toda aquella riqueza, encargándose de la mayor parte de los caudales, se embarcó para Roma.

IV.— Cuando ya la república estuvo dividida en dos parcialidades, habiendo tomado las armas Pompeyo y César, y el gobierno se puso en desorden, parecía cosa cierta que Bruto seguiría el partido de César, porque su padre había sido muerto poco antes por Pompeyo; pero, anteponiendo el interés común a los personales y propios, como juzgase que la causa de Pompeyo para la guerra era más justa que la de César, abrazó la de aquél; y eso que antes, cuando se encontraba con Pompeyo, ni siquiera lo saludaba, teniendo por grande abominación dar la palabra al matador de su padre; entonces, no obstante, se puso a sus órdenes, mirándole

como caudillo de la patria, y pasó a Sicilia en calidad de legado de Sestio, a quien había cabido en suerte aquella provincia. Mas viendo que nada señalado podía hacerse allí, y que ya estaban al frente uno de otro Pompeyo y César para disputarse el mando de la república, partió para la Macedonia, deseoso de tener parte en la contienda; dícese que, contento y maravillado Pompeyo, cuando fué a presentársele se levantó de su asiento y le abrazó como a persona muy distinguida y aventajada en presencia de todos. En el ejército, las horas que no estaba al lado de Pompeyo las empleaba en escribir y en los libros, no sólo en el tiempo anterior, sino cuando ya se iba a dar la batalla de Farsalia. Era el rigor del verano y hacía un excesivo calor, estando acampados en un país pantanoso, y como no llegasen con tiempo los que le traían la tienda, fatigado con este incidente, apenas a mediodía pudo unirse y comer un bocado; y mientras los demás dormían o tenían la atención puesta en lo que iba a suceder, él se detuvo escribiendo hasta la tarde, ocupado en ordenar un compendio de Polibio.

V.—Dícese que César no dejó de tener cuidado de Bruto, sino que en la batalla previno a los jefes que tenía cerca de sí que no le matasen, y antes le guardasen consideración, llevándole a su presencia si voluntariamente se prestaba a ello; pero que si hacía resistencia lo dejaran y no lo violentasen, y que esto lo hacía en obsequio de la madre de Bruto, Servilia, porque siendo joven había tratado

a ésta, que se mostraba muy prendada de él, y habiendo nacido Bruto en el tiempo en que estos amores se hallaban en su mayor fuerza, estaba creído que había nacido de él. Refiérese asimismo que cuando en el Senado se estaba tratando de aquella terrible conjuración de Catilina, que estuvo a punto de arruinar la república, contendían entre sí Catón y César, siendo de distinto dictamen. En esto le entraron a César un billete que se puso a leer para sí, clamando Catón que César ejecutaba una acción muy reparable en recibir avisos y billetes de los enemigos; y como muchos se mostrasen también inquietos, entregó César el billete a Catón, el cual, luego que vio ser un billete amoroso de su hermana Servilia, se lo tiró a César, diciéndole: «Toma, borracho»; y volvió a continuar su discurso; ¡tan sabidos y públicos eran los amores de Servilia con César!

VI.—Padecida aquella gran derrota, Pompeyo se retiró por mar y, cercado el campamento, Bruto pudo anticiparse a salir por una puerta, dirigiéndose a un sitio pantanoso, inundado de agua y poblado de cañas, del que marchó aquella noche llegando sin tropiezo a Larisa; y habiendo escrito desde allí, César celebró saber que se había salvado, y mandándole que fuese a su campo, no sólo le dió por quitado de toda culpa, sino que le mantuvo a su lado honrándole como al que más. Nadie sabía decirle el camino que había tomado Pompeyo, con lo que César estaba en la mayor incertidumbre; pero marchando sólo con Bruto procuró explorar



su ánimo, y habiendo juzgado por ciertas expresiones que Bruto había conjeturado acertadamente acerca de la fuga de Pompeyo, abandonando toda otra ruta se dirigió al Egipto. A Pompeyo, pues, retirado a este reino, conforme Bruto lo había pensado, allí le alcanzó su hado; mas éste templó también la ira de César respecto de Casio. Tomando por su cuenta defender en Nicea al rey Deyotaro, quedó vencido por lo grave de los cargos; pero rogando y suplicando por él, le salvó gran parte de su reino. Refiérese que César la primera vez que oyó hablar en público a Bruto prorrumpió en esta expresión: «Este joven no sé qué es lo que quiere; pero todo lo que quiere lo quiere con vehemencia»; y es que su misma entereza e inflexibilidad para no pedir nada por favor, sino obrando en virtud de raciocinio y de una premeditada resolución, cuando ya se determinaba, le hacía emplear medios seguros y efectivos. Para las peticiones injustas era inaccesible a la lisonja; y teniendo por indigno de un hombre grande el dejarse vencer de los que son desvergonzadamente importunos, a lo que algunos llaman vergüenza, solía decir que los que no saben negar nada le parecía que no podían haber hecho buen uso de la flor de su juventud. Al marchar César al Africa contra Catón y Escipión, encomendó a Bruto la Galia cisalpina, por buena dicha de esta provincia, porque tratando los encargados de otras a sus habitantes como cautivos, para éstos era Bruto descanso y consuelo aun de los males antes sufridos, de todo lo que

hacía que el engrandecimiento fuese para César, de tal manera, que cuando después de su vuelta recorría la Italia, le fueron un espectáculo muy agradable las ciudades sujetas a Bruto, y Bruto mismo, que había aumentado su gloria y le recibía también con reconocimiento.

VII.—Eran varias las preturas, y no se dudaba que la de mayor dignidad, llamada pretura urbana, sería de Bruto o Casio. Dicen algunos que ya por otras causas estaban desacordados entre sí, sin que esto hubiese salido al público, y que con este motivo creció la discordia, sin embargo del deudo que tenían, porque Casio estaba casado con Junia, hermana de Bruto; pero otros aseguran que esta contienda fué obra de César, que reservadamente daba esperanzas a entrambos, hasta que, excitados y acalorados uno y otro, se mostraron competidores, conteniendo Bruto con su buena opinión y con su virtud contra las muchas y brillantes hazañas de Casio en la guerra de los Partos. Enterado César de la pretensión, y consultando sobre ella con sus amigos, dijo: «Las alegaciones de Casio son más justas, pero a Bruto se ha de dar la primera.» Nombrado, pues, Casio para la segunda, no tuvo tanto agradecimiento por la que se le dió como enojo y encono por aquella en que fué vencido; y Bruto, en general, participaba del poder de César a medida de su voluntad, pues si hubiera querido, estaba en su mano el ser el primero de los amigos de éste y el de mayor influjo; pero le retrajo y apartó el deudo y amistad con Casio, no

porque se hubiese reconciliado con él desde aquella competencia, sino porque daba oídos a sus amigos, que le prevenían no se dejase seducir y ablandar por César, y antes huyera los agasajos y obsequios de un tirano que los prodigaba, no por hacer honor a su valor, sino para debilitar su firmeza y enervar su aliento.

VIII.—No dejaba César de tener algunas sospechas, ni carecía del todo de antecedentes contra él; sólo que, si por una parte temía su carácter firme, su opinión y sus amigos, por otra confiaba en sus costumbres. Y, en primer lugar, denunciándosele que Antonio y Dolabela intentaban novedades, dijo que no le daban cuidado aquellos obesos y bien mantenidos, sino los otros descoloridos y flacos, aludiendo a Bruto y Casio. Acusando después ante él algunos a Bruto, y previniéndole que se guardara de él, se tocó el cuerpo con la mano y dijo: «¿Pues qué, os parece que Bruto no ha de esperar esta carne?»; queriendo dar a entender que después de él a nadie correspondía como a Bruto tener un poder igual al suyo; y en verdad que habría llegado a ser el primero sin disputa si, contento con ser por algún tiempo el segundo, hubiera dejado que decayera su poder y se marchitara la gloria de sus triunfos. Mas Casio, hombre iracundo y que más bien era personalmente enemigo de César que por la república enemigo del tirano, le acaloró e inflamó; dicese que Bruto llevaba a mal aquel imperio, y Casio aborrecía al emperador. Entre las varias quejas que contra él tenía, era

una el haberle quitado unos leones que había prevenido para sus juegos edilicios, y que César se apropió habiéndolos ocupado en Megara cuando aquella ciudad fué tomada por Caleno. Estas fieras se dice que fueron una gran calamidad para los Megarenses, porque cuando ya la ciudad era entrada, abrieron las puertas y cerrojos y desataron las cadenas para que aquellos leones detuvieran a los enemigos; pero las fieras se volvieron contra ellos mismos y, como corriesen sin armas, los despedazaron; de manera que aun para los enemigos fué aquél un espectáculo terrible.

IX.—Respecto de Casio, ésta dicen que fué la principal causa para conjurar contra César; en lo que no tienen razón, porque desde el principio había en la masa de la sangre de Casio un odio y rencor ingénitos contra toda casta de tiranos, como lo manifestó siendo todavía niño yendo a la misma escuela con Fausto, el hijo de Sila, pues como éste le hablase con jactancia entre los demás muchachos, celebrando la monarquía de su padre, levantándose Casio, le dió de bofetadas. Querían los tutores y parientes de Fausto reclamar sobre este hecho y perseguirlo en justicia, pero se opuso Pompeyo, y haciendo comparecer a los dos niños, se informó de lo sucedido, y se refiere que allí mismo dijo Casio: «Mira, Fausto, atrévete a proferir aquí aquella expresión con que me irritaste, para que otra vez te vuelva a bañar los dientes en sangre.» ¡Este era el temple de Casio! En cuanto a Bruto, eran muchas las expresiones de sus amigos, y mu-

chos los dichos y escritos de los ciudadanos con que le provocaban y excitaban a la empresa. Porque en la estatua de su progenitor Bruto, el que destruyó la autoridad real, escribían: «¡Así existieras ahora, Bruto!» y «¡Ojalá vivieras, Bruto!», y el tribunal del mismo Bruto, que era a la sazón pretor, se encontraba por las mañanas lleno de escritos que decían: «Bruto, ¿duermes? En verdad que tú no eres Bruto.» La causa de todo esto eran los aduladores de César, que inventaban en su obsequio honores propios para concitar envidia, y ponían por la noche diademas a sus estatuas con el fin de mover a la muchedumbre y apellidarle rey en lugar de dictador; y resultó lo contrario, como con la mayor puntualidad lo hemos escrito en la vida de César.

X. — Habiendo Casio hablado a sus amigos, todos se mostraban prontos si Bruto se ponía al frente, porque la empresa no necesitaba tanto de manos y de arrojo como de la opinión de un hombre tal cual era Bruto para que la diera valor y la hiciera parecer justa con sólo el hecho de concurrir a ella; cuando, de lo contrario, en la ejecución estarían más desanimados, y después de ésta se hallarían más expuestos a ser perseguidos, porque se creía que Bruto no se habría negado a aquel hecho en caso de tener una causa honesta. Habiéndole hecho fuerza estas reflexiones, se fué a ver a Bruto por primera vez después de la diferencia que hemos referido, y habiéndose reconciliado y saludado afablemente, le preguntó si para el día

primero de marzo tenía resuelto concurrir al Senado, porque había llegado a entender que los amigos de César se disponían a hacer proposición entonces acerca del reinado de éste. Respondióle Bruto que no concurriría, y replicándole a esto Casio: «¿Y si nos llamasen?», entonces dijo Bruto: «No seré yo el que calle, sino que emplearé las manos y pereceré antes que la libertad.» Alentado con esto Casio, «¿Qué Romano mirará tranquilo—le dijo—que tú perezcas? ¿Es posible, Bruto, que así te desconozcas? ¿Te parece que son los tejedores o los taberneros los que arrojan en tu tribunal aquellos escritos, y no los primeros y más aventajados ciudadanos? Los cuales, si de los otros pretores esperan donativos, espectáculos y gladiadores, de ti reclaman como una deuda hereditaria la ruina de la tiranía, dispuestos a todo por ti si te muestras cual esperan y cual es la opinión que de ti tienen». Abrazó con esto a Bruto, y despidiéndose de él, se fueron cada uno en busca de sus amigos.

XI.—Había entre los amigos de Pompeyo un tal Quinto Ligario, a quien César había absuelto de la causa contra él intentada con este motivo (1). No estando agradecido por la absolución que consiguió, sino resentido siempre por el origen que la acusación tuvo, era enemigo de César, y uno de los más íntimos amigos de Bruto; y habiendo ido éste a verle con ocasión de hallarse enfermo, «¡Oh

---

(1) Gracias a la intervención de Cicerón, cuyo hermoso discurso se conserva.

Ligario—le dijo—, en qué ocasión estás malo!», y él, levantándose al punto apoyado en el codo, y tomándole la diestra: «Si tienes, ¡oh, Bruto!—le dijo—, algún pensamiento que sea digno de ti, en este caso estoy bueno».

XII.—En consecuencia de esto iban tanteando con cuidado a aquellos de sus conocidos que les inspiraban mayor confianza, comunicándoles el secreto y asociándolos a la empresa, para lo que hacían elección, no precisamente de los más amigos, sino de los que sabían que eran más resueltos, teniendo al mismo tiempo opinión de virtud y de que miraban con desprecio la muerte. Por esta causa se guardaron de Cicerón, que en cuanto a fidelidad y en cuanto a afecto era el primero para todos ellos, no fuera que, faltándole por carácter la osadía y habiendo adquirido antes de tiempo la circunspección y cautela de los viejos, que le hacía proceder en todo con la mayor cuenta, aspirando a una absoluta seguridad, embotara los filos de su resolución en un negocio que lo que requería era presteza. Entre otros de sus amigos también dejó Bruto a un lado a Estatilio el Epicúreo y a Favonio, el admirador de Catón, porque habiéndoles hecho alguna remota indicación, y aun ésta por rodeos, en la conversación familiar y tratando asuntos de filosofía, Favonio le respondió que la guerra civil era peor que una monarquía ilegítima, y Estatilio le expresó que al hombre sabio y de juicio no le estaba bien ni le incumbía exponerse a nada, ni perder su quietud por los ne-

cios y malos. Hallábase presente Labeón, y contradijo a uno y a otro, y Bruto, haciendo como que tenía la cuestión por difícil y de no expedita resolución, calló por entonces, pero luego participó a Labeón el proyecto. Entró en él con calor, y después les pareció conveniente solicitar y atraer al otro Bruto, llamado por sobrenombre Albino, pues aunque de suyo no era esforzado ni de grande ánimo, contaba con el apoyo de un gran número de gladiadores que estaba mateniendo para darlos en espectáculo a los Romanos, y gozaba, además, de la confianza de César. Habiéndole hablado primero Casio y Labeón, nada les respondió; pero yendo él en seguida a buscar a Bruto, enterado de que éste estaba al frente de la empresa, se ofrecía a concurrir a ella con la más pronta voluntad, habiendo sido la reputación de Bruto la que atrajo a los más y a los de mayor crédito y opinión de virtud; y sin embargo de que nada juraron, de que se dieron seguridades de unos a otros, ni intervino ningún sacrificio, de tal manera guardaron el secreto en su pecho, lo callaron y reservaron, que se hizo increíble su designio, a pesar de que los agüeros, los prodigios y las víctimas de los dioses lo estaban anunciando.

XIII.—Veía Bruto que pendía de él lo más excelente de Roma en saber, en linaje y en virtud, y se le representaba todo el peligro; mas con todo, fuera de casa procuraba encerrar dentro de sí mismo su cuidado y componer su semblante. Dentro de ella y por la noche ya no era lo mismo, sino



que de una parte la grandeza del cuidado le descubría contra su voluntad durante el sueño, y de otra, embebido en la idea y agitado en dudas, no podía ocultar a su mujer, compañera de su lecho, que traía una inquietud desacostumbrada, y que revolvía en su ánimo algún proyecto peligroso y difícil. Era Porcia hija, como hemos dicho, de Catón, y se casó con ella Bruto, su primo, no de doncella, sino de viuda, cuando todavía era joven-cita, muerto su primer marido, habiéndole quedado de éste un niño de corta edad llamado Bíbulo, del cual se conserva todavía hoy un librito con el título de *Cosas memorables de Bruto*. Siendo Porcia mujer dada a la filosofía, amante de su marido y llena de prudencia y cordura, no se resolvió a preguntar a éste acerca de su secreto, sin haber hecho antes en sí misma la siguiente prueba. Tomó una navaja de aquellas con que los barberos cortan las uñas, y habiendo hecho retirar del dormitorio a todas las criadas, se hizo en el muslo una cortadura profunda, tanto, que fué muy grande el flujo de sangre que se siguió, y se le levantaron vivos dolores y violenta fiebre de resulta de la herida. Angustiábase Bruto y lo sentía profundamente, mientras Porcia, en lo más recio de su incomodidad, le habló de esta manera: «Yo, Bruto, siendo hija de Catón vine a tu casa, no como las concubinas a participar sólo de tu lecho y de tu mesa, sino a participar también de tus satisfacciones y de tus pesares. Por lo que hace a ti, no tengo de qué quejarme; pero de mi parte, ¿qué prueba o qué

retribución te puedo dar, si ni siquiera divides conmigo tus secretos, y un cuidado que al parecer exige fidelidad? Bien sé que la naturaleza femenil es débil para poder guardar secreto; pero alguna fuerza tienen, ¡oh Bruto!, la buena educación y el honesto trato. En mí, con ser hija de Catón, se reúne el ser mujer de Bruto; y si antes podía desconfiar de poder corresponder a estos títulos, ahora ya estoy cierta de que aun al dolor soy invencible.» Y al decir esto le muestra la herida y le refiere la prueba que había hecho. Queda Bruto pasmado, y tendiendo las manos pidió a los dioses le concedieran salir bien de la empresa, y comparecer como marido digno de Porcia, tomando después disposición para la curación de aquella heroica mujer.

XIV. — Convocado un Senado, al que no se dudaba asistiría César, se determinaron a que en él fuese la ejecución, porque allí podrían estar juntos sin hacerse sospechosos, y se hallarían presentes los mejores y más distinguidos ciudadanos; y efectuado aquel gran designio, al punto declararían restablecida la libertad. Hasta el lugar parecía designado por los dioses, y que les era favorable, porque era un pórtico unido al teatro con asientos alrededor, en el que había una estatua de Pompeyo erigida allí por la república cuando éste embelleció aquel sitio con los pórticos y el teatro. Para aquel pórtico se había convocado el Senado que había de tenerse a mitad de marzo, en el día que es llamado los Idus por los Romanos; de manera

que parece que algún genio condujo allí a César para ser inmolado en desagravio a Pompeyo. Llegado este día, Bruto salió de su casa con un puñal en la cinta, sin que lo supiese otro que su mujer; los demás, habiéndose juntado en casa de Casio, acompañaron a la plaza a un hijo suyo que iba a tomar la toga viril. Desde la plaza pasaron todos al pórtico de Pompeyo, donde hacían tiempo, porque se decía que César iba a venir luego al Senado. De lo que allí se hubiera admirado cualquiera que estuviese en lo que iba a suceder sería de la serenidad e imperturbabilidad de aquellos hombres, porque teniendo muchos, por ser pretores, que celebrar audiencia, no sólo oyeron tranquilamente, como si nada llamase su atención, a cuantos acudieron y se presentaron, sino que dieron unas sentencias arregladas y cuales correspondía, viéndose que se habían enterado con cuidado de los negocios. Hubo un ciudadano que, no queriendo sujetarse a pagar una multa que se le había impuesto, apeló a César, gritando y alborotando acaloradamente, y Bruto, vuelto a los que se hallaban presentes: «A mí—les dijo—César no me quita ni me quitará que decida conforme a las leyes.»

XV.—Sucedióronles, sin embargo, muchos accidentes propios para hacer que se sobresaltasen: el primero, haberse tardado César hasta estar muy adelantado el día, siendo detenido en casa por su mujer sin resolverse a hacer las libaciones, e impedido para salir por los agoreros. Segundo, llegando uno a Casca, que era de los conjurados, le

tomó la mano y le dijo: «Tú bien te has guardado de mí, ¡oh Casca!, y no has querido decirme nada; pero Bruto me lo ha manifestado todo.» Como Casca se quedase pasmado, echándose el otro a reír: «¿De dónde, amigo—le dijo—, has enriquecido tan pronto para aspirar a ser edil?» ¡Tan expuesto estuvo Casca a deslizarse, y con la duda hacer traición al secreto! Al mismo y a Casio los saludó con la mayor expresión un varón senatorio llamado Popilio Lena, y hablándoles pasito al oído: «Hago votos con vosotros—les dijo—para que tenga próspero fin lo que meditáis, y os aconsejo que no deis largas, porque no deja de divulgarse vuestro intento.» Y dicho esto se retiró, haciéndoles sospechar que ya la cosa era pública, En esto corrió uno a Bruto desde su casa, anunciándole que su mujer se moría, porque Porcia, agitada con la idea de lo que sucedería, y no pudiendo llevar un cuidado de tal tamaño, con dificultad podía estar queda en casa, y saliendo fuera de sí a cualquiera voz o cualquiera ruido, a manera de las que están poseídas de los furios báquicos, a cuantos llegaban de la plaza les preguntaba: «¿Qué hace Bruto?», y continuamente después de éstos estaba enviando otros. Por último, como pasase mucho tiempo, ya su naturaleza no pudo resistir más, sino que se quebrantó y abatió, faltándole el espíritu en aquellas angustias, y antes de poder retirarse a su cuarto, sentada como estaba en el patio entre las criadas, la sobrecogió un desmayo con una violenta convulsión. Mudósele asi-

mismo el color y perdió enteramente la voz, con lo que aquéllas levantaron el grito, y acudiendo con prestéza los vecinos a la puerta de casa, corrió al punto el rumor y la fama de que era muerta; pero recobróse luego, y vuelta en sí, las mujeres que tenía a su lado pensaron en los medios de que se recobrase; mas Bruto, aunque se turbó, como era natural, con la voz que llegó a sus oídos, no por eso abandonó el interés común por acudir al propio, arrastrado de su particular afecto.

XVI. — Anuncióse en esto que llegaba César conducido en litera, porque, desalentado con lo que habían significado las víctimas, iba en ánimo de no resolver negocio ninguno de entidad, sino diferirlos, pretextando hallarse indispuerto. Arri mósele al apearse de la litera aquel mismo Popilio Lena, que poco antes había manifestado a Bruto y Casio que hacía votos por que acometieran y salieran bien de su empresa, y se puso a hablar con él por bastante tiempo, teniéndole parado y atento a lo que le decía. Los conjurados, si así se les puede llamar, no percibían lo que le hablaba; pero conjeturando, por lo que tenían en su imaginación, que aquel coloquio era una denuncia de su proyecto, quedaron enteramente desconcertados, y mirándose unos a otros, se advertía en sus semblantes que miraban como indispensable el no aguardar a que los prendieran, sino quitarse la vida por su propia mano. Casio y algunos más se observaba que por debajo de la toga empuñaban las espadas; pero Bruto, notando que la disposición y actitud

de Lena era de hombre que rogaba con ahinco, y no de quien denunciaba, aunque nada dijo, porque se hallaban entre otros muchos, con mostrar un semblante alegre, tranquilizó a Casio y a los demás. De allí a poco, Lena besó la mano a César, y se retiró, no dejando duda con esto de que le había hablado de sí mismo, o de cosa que le pertenecía.

XVII.—Al entrar el Senado en el salón, los demás conjurados se colocaron alrededor de la silla de César, como si tuvieran algo que tratar con él, y se dice que Casio, volviéndose a la estatua de Pompeyo, imploró su auxilio como si le oyera, mientras Trebonio, saludando a Antonio, y trabando conversación con él, le detuvo a la parte de afuera. Al entrar César se levantó el Senado; pero luego que se sentó, aquéllos le rodearon en tropel, enviando delante a Tilio Cimbro, con pretexto de pedirle por un hermano desterrado; todos intercedían con él, tomando a César las manos y besándole en el pecho y la cabeza. Al principio desechó sus súplicas; pero viendo que no desistían, se levantó con enfado, y entonces Tilio retiró con entrambas manos la toga de los hombros, y Casca fué el primero, porque se hallaba a la espalda, que, desenvainando el puñal, le dió una herida poco profunda en el hombro. Echóle mano César a la empuñadura y, dando un grito, le dijo en lengua latina: «Malvado Casca, ¿qué haces?» Y éste, llamando a su hermano, le pedía en griego que le socorriese. Herido ya de muchos, miró en rededor,

queriendo apartarlos; pero cuando vió que Bruto alzaba el puñal contra él, soltó la mano de que tenía asido a Casca, y cubriéndose la cabeza con la toga, entregó el cuerpo a los golpes. Hiriéronle sin compasión, empleándose contra su persona muchos puñales, con los que se lastimaron unos a otros, tanto que Bruto recibió una herida en una mano, queriendo concurrir a aquella muerte, y todos se mancharon de sangre.

XVIII.—Muerto César de esta manera, Bruto, saliendo en medio del salón, quiso hablar para contener al Senado, procurando tranquilizarle; pero éste huyó en desorden, y en la puerta hubo gran confusión, atropellándose unos a otros, sin que nadie los persiguiese ni los impeliese, porque los conjurados tenían firmemente resuelto no dar muerte a ninguno otro, sino llamar y restituir a todos los ciudadanos a la libertad. Al principio, cuando empezaron a tratar del proyecto, a todos los demás les había parecido conveniente acabar después de César con Antonio, hombre inclinado a la tiranía, insolente, que se había formado cierto poder por medio de su trato y familiaridad con los soldados, y que más que con su osadía natural y su ambición reunía entonces la dignidad del consulado, siendo colega de César; pero Bruto se opuso a este pensamiento, alegando primero que no era justo, y recurriendo en segundo lugar a la esperanza de que podía mudar, porque no desconfiaba de que, siendo Antonio de buena índole, ambicioso y amante de gloria, quitado el estorbo de César, querría

cooperar a la libertad de la patria, excitado a lo honesto con el ejemplo y por la emulación con ellos. De este modo salvó Bruto a Antonio, el cual, en aquellos primeros instantes de miedo, huyó disfrazado con el traje de un hombre plebeyo. Bruto y sus socios corrían al Capitolio con las manos ensangrentadas, y mostrando los puñales desnudos, llamaban a los ciudadanos a la libertad. Al principio hubo en la ciudad lamentos, y las carreras que con motivo del suceso no pudieron menos de verificarse aumentaron la turbación y desorden; pero cuando se vió que no había ninguna otra muerte, ni ningún robo de las cosas que estaban a mano, subieron confiados en busca de los de la conjuración al Capitolio los senadores y muchos de los de la plebe. Habiéndose juntado un gran concurso, habló Bruto al pueblo en términos propios para atraerle, y convenientes a lo que se había ejecutado. Como aplaudiesen y les gritasen que bajaran, bajaron sin recelo a la plaza los demás juntos en pos unos de otros; pero a Bruto, desde lo alto, lo condujeron en medio con gran pompa muchos de los principales, hasta colocarlo en la tribuna en el sitio que se llama los *Rostros*. A este espectáculo la muchedumbre, aunque de muchas castas y con disposición de tumultuarse, tuvo respeto a Bruto, y esperó con orden y en silencio a ver lo que era aquello; habiéndose presentado a hablar, prestaron atención a lo que decía; pero mostraron luego que no era de su agrado lo sucedido, pues habiendo empezado a hablar Cina acu-



sando a César, se mostraron irritados y le llenaron de improperios, hasta tal punto que tuvieron que retirarse otra vez al Capitolio. Allí, temiendo Bruto que se les sitiase, despidió a los ciudadanos más valerosos, que eran los que los habían acompañado, por no considerar justo que, no habiendo tenido parte en la culpa, la tuvieran en el peligro.

XIX.—Con todo, reunido al otro día el Senado en el templo de la Tierra, como Antonio, Planco y Cicerón propusiesen una amnistía y concordia, pareció conveniente no sólo ofrecer la impunidad a los conjurados, sino que además los cónsules consultasen acerca de los honores que habían de concedérseles; tomados estos acuerdos, se disolvió el Senado. Envió en seguida Antonio a su hijo como en rehenes al Capitolio, con lo que bajaron Bruto y los suyos, saludándose y abrazándose todos mutuamente, confundidos unos con otros, y a Casio se le llevó Antonio a cenar a su casa, a Bruto Lepido, y de los demás cada uno a aquel con quien tenía mayor amistad, o a quien miraba con más inclinación. Congregado otra vez al día siguiente al amanecer el Senado, en primer lugar se decretaron honores a Antonio, por ser quien cortaba y sofocaba el germen de la guerra civil, y después de prorrumpir todos los presentes en alabanzas de Bruto, se procedió a la distribución de las provincias, decretándose a Bruto la isla de Creta; a Casio, el Africa; a Trebonio, el Asia; a Cimbro, la Bitinia, y al otro Bruto, la Galia confinante con el Po.

XX.—Tratóse después de esto del testamento y

de las exequias de César, y pretendiendo Antonio que aquél se leyese y que el entierro no fuese oculto y sin la debida pompa, para no dar nueva ocasión de incomodidad al pueblo, Casio se le opuso con ardor; pero Bruto cedió y se prestó a su deseo, cometiendo en esto una nueva falta a juicio de todos, pues ya con haber conservado la vida a Antonio se creyó que había creado a la conjuración un enemigo poderoso y malo de reducir, y que ahora, con haber condescendido en que las exequias se hicieran según el deseo de Antonio, había consumado el anterior yerro. Porque, en primer lugar, como por el testamento se hubiesen de dar setenta y cinco dracmas a cada uno de los Romanos y se hubiesen legado al pueblo los huertos que tenía César al otro lado del río, donde está ahora el templo de la Fortuna, fué grande el amor y deseo que de él se excitó en los ciudadanos; y después, traído el cadáver a la plaza, como Antonio hiciese su elogio según costumbre y viese al recorrer sus hechos que la muchedumbre se mostraba conmovida, queriendo inclinarla a la compasión, tomó en sus manos la túnica de César empapada en sangre, y la manifestó desplegada, haciendo que apareciese el gran número de las heridas. Con esto ya todo se puso en desorden, porque empezaron unos a gritar que se diera muerte a los asesinos, y arrebatando otros, como antes se había hecho con el tribuno de la plebe Clodio, los escaños y mesas de las oficinas, los amontonaron y levantaron una grande hoguera, sobre la que pusieron el cadáver, quemán-

dole y como consagrándole en medio de muchos lugares santos, inaccesibles e inviolables. No bien se encendió el fuego, cuando unos por una parte y otros por otra, tomando tizones a medio quemar, corrieron a las casas de los matadores para incendiarlas; pero éstos, fortificándose muy bien, evitaron entonces el peligro. Había un tal Cina, poeta, el cual no sólo no había tenido parte alguna en la conjuración, sino que más bien era de los amigos de César. Había tenido un sueño en el que le parecía que, convidado por César a la cena, se había excusado; pero éste se había empeñado y precisádole a asistir, y que, por fin, tomándole de la mano, le había introducido a un sitio anchuroso y obscuro, al que con repugnancia y susto le había seguido. Después de este sueño, hizo la casualidad que en aquella noche le dió calentura, y sin embargo, siendo a la mañana el entierro, creyó que sería reparable el no concurrir, por lo que se metió entre la muchedumbre, que ya andaba alborotada. Viéronle, y teniéndolo por otro del que era, pues creyeron fuese el que pocos días antes había llenado de improperios a César en el Senado, le hicieron pedazos.

XXI.—Después de la mudanza de Antonio, esta disposición del pueblo fué la que más cuidado dió a Bruto y los suyos, obligándoles a salir de la ciudad y a detenerse desde luego en Ancio, dando lugar a que se pasase y disipase el encono para volver después a Roma, lo que esperaban se verificaría pronto en una muchedumbre en quien el im-

petu de la ira es inconstante y momentáneo, y más teniendo de su parte al Senado, que, dejando a un lado a los despedazadores de Cina, había hecho formar causa y poner presos a los que se habían dirigido contra las casas de los otros. Agregábase a esto que, disgustado ya el pueblo porque Antonio casi se había erigido en monarca, echaba de menos a Bruto, de quien aguardaba que concurriría a dar en persona los juegos de que con motivo de su pretura era deudor a la ciudad; pero habiendo éste sabido que muchos de los que habían militado con César, y habían recibido de su mano tierras y ciudades, le armaban asechanzas, introduciéndose a este efecto en partidas pequeñas en la ciudad, no se atrevió a venir, y el pueblo gozó de los espectáculos en su ausencia, sin que por eso se perdona-se gasto o dejasen de ser brillantes; porque teniendo compradas muchas tierras, dió orden de que nada se reservase u omitiese, sino que se hiciera uso de todo, y bajando él mismo a Nápoles, habló por sí a muchos de los representantes, y acerca de un tal Canucio, que en los teatros gozaba entonces de la mayor fama, escribió a sus amigos para que trataran con él y se lo agenciasen, porque no era permitido hacer violencia a ningún griego. Escribió también a Cicerón, rogándole que no dejase de asistir a los juegos.

XXII.— Cuando se hallaban los negocios en este estado, sobrevino otra mudanza con la llegada de César el joven, porque siendo hijo de una sobrina del dictador, lo adoptó éste por hijo suyo y le

nombró su heredero. Hallábase en Apolonia cuando fué muerto César, entregado al estudio de la elocuencia, y además esperaba allí a éste, que tenía resuelto marchar muy en breve contra los Partos. Luego que tuvo noticia de aquel suceso, se vino a Roma, y tomando el nombre de César por principio de hacer suya la muchedumbre, con esto y con distribuir a los ciudadanos el dinero que les había sido legado se formó un partido contra el de Antonio, y haciendo otros donativos, ganó y atrajo al suyo a muchos de los que habían militado bajo César. Como Cicerón, por su odio contra Antonio, favoreciese los intentos de César, Bruto le reprendió ásperamente, escribiéndole que Cicerón no esquivaba tener un señor, sino que lo que temía era un señor que le aborreciese, y trabajaba por la elección de una servidumbre más benigna, escribiendo y diciendo que César era humano, «y nuestros padres—añadía—no podían sufrir señores, por benignos y suaves que fuesen, y que si bien entonces no se determinaba a hacer la guerra, tampoco a estarse absolutamente en ocio, pues lo que tenía firmemente resuelto era no ser esclavo, admirándose de que Cicerón temiese la guerra civil y sus peligros, y no mirase con horror una paz ignominiosa e indigna, pidiendo por salario de derribar a Antonio el tener a César por tirano».

XXIII.—Así hablaba Bruto en sus primeras cartas; pero cuando ya todo quedó dividido entre César y Antonio, y los ejércitos se vendían, como en subasta, al que más daba, desesperando ente-

ramente de los negocios, determinó dejar la Italia, y a pie se encaminó a Elea, en busca del mar, por la Lucania. Debiendo Porcia regresar desde allí a Roma, quería ejecutarlo sin noticia de Bruto, por la gran pena que le causaba; pero un cuadro le hizo traición y la descubrió en medio de que era mujer de mucho espíritu, porque contenía un suceso griego que era la despedida de Héctor, llevándose consigo Andrómaca el hijo, y quedándose con los ojos fijos en aquél. La representación de este acto tan tierno le arrancó a Porcia las lágrimas, y yéndosele todo el día en mirarle, prorrum-pía en sollozos; y como Acilio, uno de los amigos de Bruto, recitase aquellos versos de Andrómaca a Héctor:

Tú me eres, Héctor, padre y madre cara,  
y amado hermano, y floreciente esposo,

dijo sonriéndose Bruto: «Pues en cuanto a mí, no cuadra replicar con lo que respondió Héctor:

Tú a las criadas de la rueca y telas  
la diaria tarea les reparte;

porque si le falta a Porcia el cuerpo para igualarnos en hechos de valor, en su ánimo se sacrifica por la patria al par de nosotros.» Así nos lo dejó escrito el hijo de Porcia, Bíbulo.

XXIV.—Embarcándose allí Bruto, se dirigió a Atenas, donde el pueblo le hizo el más afectuoso recibimiento por medio de aclamaciones y decretos. Habiéndose alojado en casa de un huésped

suyo, se dedicó a oír al académico Teomnesto y al peripatético Cratipo; entregado con ellos a la filosofía, parecía que estaba ocioso y del todo descuidado; pero procuraba en tanto las cosas de la guerra sin dar de sí la menor sospecha, porque envió a la Macedonia a Herostrato para ir atrayendo a los que en aquella parte mandaban tropas, y en Atenas hizo de su partido a los jóvenes romanos que estaban allí haciendo sus estudios, entre los cuales se hallaba el hijo de Cicerón (1), al que celebra sobremanera, diciendo que, despierto o dormido, siempre se admiraba de verle ciudadano, y tan excelente y tan enemigo de tiranos. Dando ya a las claras principio a su empresa, como supiese que no se hallaban lejos algunas embarcaciones romanas que conducían caudales del Asia, y que en ellas navegaba el pretor, varón de buen carácter y conocido suyo, salió a avistarse con él cerca de Caristo. Hablóle, y habiéndole traído a su propósito, entregado de las naves, quiso agasajarlo con esplendor, porque hacía la casualidad que esto era en el día natal de Bruto. Cuando hubo llegado el momento de beber, se echaron brindis por la victoria de Bruto y por la libertad de Roma, y queriendo éste confirmarlos más en su partido, pidió un vaso mayor, y tomándole, sin ocasión ni motivo ninguno prorrumpió en este verso:

Matóme el hado, y el Latonio Apolo (2).

(1) Y también el poeta Horacio.

(2) Verso que pone Homero en boca de Patroclo en el libro X de la *Iliada*.

Añaden a esto que cuando en Filipos salió por correr la suerte de la última batalla, la seña que dió a sus soldados fué Apolo, por lo que el haber prorrumpido en aquel verso se ha tenido por indicio y anuncio de su última desventura.

XXV.—Además de esto, Antistio le dió quinientos mil sextercios del dinero que trajera también a Italia. Acudían de otra parte a él con el mayor placer cuantos andaban errantes de los que pertenecieron al ejército de Pompeyo, y quitó a Cina quinientos caballos que conducía para Dolabela al Asia. Pasó por mar a Demetriade y se apoderó de crecido número de armas que se remitían entonces a Antonio, habiendo sido antes allegadas de orden de César el Dictador para la guerra contra los Partos. Hízole entrega Hortensio de la Macedonia, y cuando se habían sublevado y puesto de su parte los reyes y potentados de todo aquel país, se le da la noticia de que Cayo, el hermano de Antonio, llegado de Italia, se dirigía a los acantonamientos de las tropas que Gabinio había reunido en Dirraquio y Apolonia. Deseando, pues, Bruto anticiparse y tomarlas para sí, movió sin dilación con los que consigo tenía, y en medio de la nieve marchó por lugares ásperos y difíciles, adelantándose mucho a los que llevaban las provisiones de boca. Llegado ya cerca de Dirraquio, con la fatiga y el frío experimentó una cruel hambre, accidente que suele hacerse sentir a las bestias y a los hombres cuando se fatigan en tiempo de nieves, o porque el calor, retirándose todo adentro, con la frial-



dad y condensación consume mucho alimento, o porque cierto soplo delgado y tenue que despidе la nieve al deshacerse corta el cuerpo y descompone el calor que está difundido por todo él, pues aun el sudor se dice que proviene del calor que se apaga en la superficie al encontrarse con el frío. Mas de estas cosas hemos tratado con mayor detención en otros escritos.

XXVI.—Estando Bruto a punto de desfallecer, sin que hubiese nadie que pudiera alargarle algún alimento, se vieron los que le acompañaban en la precisión de acogerse al auxilio de los enemigos, y llegándose a las puertas, pidieron pan a los de la guardia. Estos, al oír lo que había sucedido a Bruto, fueron a presentársele, llevándole qué comer y qué beber, en recompensa de lo cual, cuando tomó la ciudad, no sólo trató a éstos con singular humanidad, sino a todos por amor de ellos. Cayo Antonio, al pasar cerca de Apolonia, llamó para que se le reuniesen a los soldados que allí tenía; pero como éstos se habían incorporado a Bruto, y entendió que los apoloniatas eran asimismo de su partido, sin tocar en la ciudad se encaminó a la de Butroto. Perdió, en primer lugar, en aquella jornada tres cohortes, destrozadas por Bruto, y queriendo después arrojar a los que habían tomado ciertos puestos cerca de Bulida, para lo que trabó combate con Cicerón, fué de él vencido; porque éste fué el caudillo de quien se valió entonces Bruto, y por su medio obtuvo ventajas en diferentes encuentros. Sorprendiendo después a Cayo

en estado de tener esparcidas sus fuerzas en lugares pantanosos, no permitió que se le acometiera estando sólo a la vista con la caballería, y dando orden de que no se le molestara, pues que dentro de poco habrían de contarse entre los suyos, lo que efectivamente sucedió, porque se entregaron ellos mismos, y entregaron al pretor, con lo que Bruto llegó a reunir considerables fuerzas. Por bastante tiempo mantuvo a Cayo en sus honores, sin quitarle las insignias de su autoridad, no obstante que Cicerón y otros muchos le escribían de Roma que se deshiciese de él; pero cuando ya empezó a tentar a los jefes y a promover alteraciones, lo puso preso en una nave. Los soldados, seducidos por él, se marcharon entonces a Apolonia, y como llamasen a Bruto para que fuese a tratar con ellos, les respondió que esto era ajeno a las costumbres patrias, según las cuales ellos eran los que debían ir en busca del general para tratar de aplacar su enojo por el yerro cometido; y habiéndolo así ejecutado, les concedió el perdón.

XXVII.—Estando para trasladarse al Asia, le llegaron nuevas de las mudanzas ocurridas en Roma, porque el nuevo César al principio había sido ayudado por el Senado contra Antonio; pero después que hubo arrojado a éste de la Italia, ya él mismo había empezado a causar justos recelos, aspirando al consulado contra la ley, y manteniendo numerosas tropas cuando la república para nada las había menester. Como él viese, pues, que esto el Senado lo llevaba a mal, y que dirigía sus

miradas afuera, fijándolas en Bruto, a quien había hecho confirmar por nuevo decreto sus provincias, comenzó a temer, y además de enviar personas que solicitaran a Antonio a hacer amistad con él, acantonando las tropas en los contornos de la ciudad, obtuvo el consulado, siendo apenas mozo de veinte años, como él mismo lo escribió en sus *Commentarios* (1). Intentó en seguida causa capital contra Bruto y sus cómplices por haber dado muerte, sin juicio precedente, a un hombre tan principal como César, constituido en las mayores dignidades, y presentó por acusadores: de Bruto, a Lucio Cornificio, y a Marco Agripa, de Casio. Declaradas por desiertas las causas, los jueces tuvieron por fuerza que pronunciar sentencia condenatoria; dícese que al llamar el pregonero a Bruto a juicio desde el tribunal, según es de estilo, la muchedumbre abiertamente prorrumpió en sollozos, que los primeros ciudadanos, bajando los ojos a tierra, no se atrevieron a hacer ninguna demostración, y que, habiéndose visto llorar a Publio Silicio, por este solo motivo de allí a poco fué uno de los proscritos a muerte. Después, reconciliados entre sí los tres, César, Antonio y Lépido, se repartieron las provincias y extendieron tablas de proscripción a muerte de doscientas personas, entre las que murió Cicerón.

XXVIII.—Anunciados en la Macedonia estos sucesos, no pudo contenerse Bruto de escribir a

---

(1) Hoy perdidos.

Hortensio que diera muerte a Cayo Antonio, en debida satisfacción por Decio Bruto y por Cicerón; por éste, como amigo, y por aquél, en razón del deudo de parentesco que con él tenía. Por lo tanto, habiendo venido después Hortensio en Filipos a las manos de Antonio, le dió éste muerte sobre el sepulcro de su hermano. Dícese de Bruto haber sido más la vergüenza que le causó el motivo de la muerte de Cicerón que el dolor que sintió por ella; lo que echó en cara a sus amigos de Roma, diciéndoles que más servían por culpa suya propia que por culpa de los tiranos, viendo y presenciando cosas que ni oírse podían con paciencia. Pasando, pues, al Asia el ejército, que ya era brillante, se dedicó a prevenir y formar su armada en la Bitinia y en las cercanías de Cizico; y recorriendo por tierra las ciudades, procuró mantenerlas en sujeción, dió audiencia a los poderosos y escribió a Casio llamándole del Egipto a la Siria; pues siendo así que ellos no tanto ejercían una magistratura cuanto que se constituían en libertadores de su patria, traían divididas y errantes aquellas fuerzas con que habían de destruir a los tiranos, cuando convenía que, puesta la atención y el cuidado en aquel propósito, no se alejaran mucho de la Italia, sino que a ella marcharan para ir en socorro de los ciudadanos. Como Casio se hubiese mostrado pronto y bajase a su llamamiento, fué a encontrarse con él, y se vieron por primera vez en Esmirna, desde que, separados en el Pireo, el uno se había encaminado a la Siria y el otro a la Macedonia. Fué, pues,

grande el placer y la confianza que mutuamente tuvieron en vista de las fuerzas que cada uno de los dos había reunido, por cuanto, habiendo partido de la Italia comparables a los más oscuros desterrados, sin dinero, ni armas, ni un barco, ni un soldado, ni una sola ciudad de su parte, antes que hubiese pasado mas que un breve tiempo habían vuelto a juntarse disponiendo ya de tantas naves, tanta caballería e infantería y tantos fondos, que podían entrar dignamente en contienda sobre el Imperio de Roma.

XXIX.— Pensaba Casio que el honor entre ambos debía ser igual; pero le previno Bruto, siendo por lo común el que iba a buscarle, ya porque aquél le precedía en edad, y ya porque no tenía una constitución igualmente robusta para el trabajo. La opinión que se tenía de Casio era creerle inteligente en las cosas de la guerra, pronto a la ira, de los que se hacen obedecer por el miedo, y para con los amigos y familiares, de sobra chistoso y decididor. De Bruto se refiere que era amado de la muchedumbre por su virtud, adorado de sus amigos, admirado de los buenos, y de nadie aborrecido, ni aun de los enemigos, por ser hombre de una índole sumamente benigna, magnánimo, impasible a la ira, al deleite y a la codicia, y que mantenía siempre su ánimo firme e inflexible en lo honesto y en lo justo. Sobre todo, lo que principalmente le ganó el afecto general fué la confianza que se tenía en la rectitud de sus intenciones; porque ni del mismo Pompeyo, apellidado grande, se esperaba que, si

vencía a César, cediera de su poder en obsequio de las leyes, sino que conservaría siempre el mando con el nombre de cónsul, de dictador u otro más suave que sirviera para embaucar al pueblo. De este mismo Casio, hombre violento e iracundo, y que muchas veces declinaba a lo útil de lo justo, más creían todos que peleaba, peregrinaba y se exponía a los peligros para procurarse algún poder que para procurar la libertad a sus conciudadanos. Porque aun tomándolo de más antiguo, a los Cinas, los Marios y Carbones, proponiéndose la patria por premio y por despojo, no les faltó mas que decir a las claras que combatían por la tiranía; pero a Bruto ni sus mismos enemigos le atribuyeron semejante mudanza, y antes se refiere que muchos oyeron decir a Antonio que de sólo Bruto se creía haber herido a César movido de la belleza y excelencia de la acción, y que los demás fueron impelidos de odio y envidia contra su persona, coligiéndose de lo mismo que nos dejó escrito que más obró en él la virtud que la ambición. Escribía, pues, a Atico estando ya próximo al peligro: «Que sus cosas se hallaban en el mejor punto posible de fortuna, porque o venciendo daría la libertad al pueblo romano, o vencido quedaría libre de servidumbre; y siéndoles todo lo demás cierto y seguro, una sola cosa era la incierta: si vivirían o si morirían con libertad. Decía que Marco Antonio llevaría la pena debida a su inconsideración, pues pudiendo ser contado entre los Brutos, los Casios y los Catones, había preferido ser una dependencia

de Octavio; y si ahora no es vencido con él, no se pasará mucho tiempo sin que éste le derribe.» Pareció que de este modo había adivinado acertadamente sobre lo futuro.

XXX.—En Esmirna propuso que se le diese parte de los caudales que en gran cantidad había allegado Casio, pues él había gastado cuanto tenía en formar una escuadra con la que iban a ser dueños de todo el mar interior. No lo consentían los amigos de Casio, a quien hablaban de este modo: «No es justo que lo que con tus ahorros y a costa de hacerte odioso has podido juntar lo recoja ahora aquél para hacer larguezas y recomendarse a los soldados»; sin embargo, le dió la tercera parte de todos los fondos. Separáronse de nuevo para atender cada uno a lo que le incumbía, y escogiendo Casio a Rodas, no trató bien a aquellos isleños, a pesar de que, habiéndole saludado a la llegada con los títulos de rey y señor, les respondió: «Ni rey ni señor, sino matador y castigador del que aspiraba a serlo.» Bruto pidió a los de Licia caudales y tropa, y como el demagogo Naucrates hubiese persuadido a las ciudades que no le obedeciesen, y hubiesen tomado ciertas alturas para impedir a Bruto el paso, en primer lugar envió contra ellos, mientras comían los ranchos, alguna caballería, que les mató seiscientos hombres, y apoderándose después del territorio y de las aldeas, los envió a todos libres sin rescate, queriendo atraer con el amor aquellas gentes. Mas ellos eran obstinados; guardaron el enojo por el mal que habían

experimentado y despreciaron la humanidad y buen trato, hasta que, persiguiendo a los más belicosos, los encerró en Janto y les puso sitio. Corre por la ciudad un río, y nadando por debajo del agua conseguían escaparse; pero luego los cogía poniendo redes, que bajaban bien hondas, en cuyos extremos se habían colocado campanillas, y éstas anunciaban al punto que había caído alguno. Hicieron los Jantios salida contra unas máquinas y les pegaron fuego; pero los sintieron los Romanos y los obligaron a encerrarse. Hacía a la sazón un fuerte viento, el cual arrojó las llamas sobre las almenas, por donde el fuego se comunicó a las casas vecinas, y temiendo Bruto por la ciudad, dió orden para que lo apagaran y fueran en su auxilio.

XXXI.—Apoderóse repentinamente de los Jantios un furor terrible y cual no es dado explicar, parecido más bien al deseo de morir; así, todos, con sus hijos y mujeres, libres, esclavos y de toda edad, lanzaban del muro a los enemigos, que iban en su auxilio contra el incendio, y recogiendo cañas, leña y todo combustible, atraían hacia la ciudad el fuego, echando en él todo material, y esforzándose por todas maneras en avivarlo y mantenerlo. Cuando, por haber corrido la llama y abarcado toda la ciudad, se descubrió terrible desde afuera, afligido Bruto con semejante acontecimiento, andaba a caballo alrededor, deshaciéndose por darles socorro, y tendiendo las manos a los Jantios, les rogaba que tuvieran consideración y salvaran la ciudad; pero nadie le daba oídos, sino



que de mil maneras se mataban todos unos a otros, no sólo los hombres y las mujeres, sino aun los niños pequeños, de los cuales unos, con gritos y lamentos, se arrojaban al fuego; otros se estrellaban, tirándose desde lo alto, y otros se metían por las espadas de sus padres a buscar la muerte, descubriendo el cuello y pidiendo que los pasasen. Vióse, cuando ya estaba asolada la ciudad, una mujer colgada de un cordel, que tenía un niño muerto suspendido del cuello, y que con un hacha encendida se conocía haber dado fuego a su casa. Siendo éste un espectáculo tan trágico, no le sufrió a Bruto su corazón el verlo, y como aun el oírlo referir le arrancase lágrimas, ofreció por pregón premio a los soldados por cada uno de los Licios que salvaran, y se refiere que sólo fueron ciento cincuenta los que no esquivaron este beneficio. Así, los Jantios, como si hubiera un período de largo tiempo determinado por el Destino para la destrucción de la ciudad, renovaron entonces con el mayor arrojó la fortuna de sus antepasados, porque también éstos en la guerra pérsica se dieron del mismo modo muerte, incendiando la ciudad.

XXXII.—Encontróse después Bruto con que la ciudad de Patara trataba de hacerle fuerte resistencia, y no se atrevía a opugnarla por temor de otra locura igual; por tanto, como tuviese en su poder cautivas algunas mujeres, las envió libres sin rescate. Eran éstas hijas y mujeres de varones principales, y haciendo ver a los Patarenses ser Bruto un hombre sumamente moderado y justo,

los persuadieron a ceder y hacer entrega de la ciudad, y de resultas se sometieron todos los demás y se pusieron en sus manos, contentos de que les hubiese cabido un caudillo tan justo y benigno; tal que, exigiendo Casio al mismo tiempo de los Rodios cuanto oro y plata tenían, de lo que recogió alrededor de ocho mil talentos, y multando a la ciudad sobre éstos en otros quinientos, él no impuso a los Licios mas que ciento cincuenta talentos, y sin causarles ninguna otra vejación, partió de allí a la Jonia.

XXXIII.—Muchos fueron los hechos dignos de memoria que entonces ejecutó, distribuyendo los honores y castigos según el mérito de cada uno; pero sólo referiré aquel que fué de mayor placer y satisfacción para él mismo y para todo Romano de buenos sentimientos. Cuando Pompeyo Magno arribó al Egipto y a Pelusio, huyendo de César, después de haber perdido aquella gran batalla, los tutores del rey, que todavía era niño, entraron en consejo con otros de sus amigos, y los dictámenes no estaban acordes, porque a unos les parecía que debía darse acogida a Pompeyo y a otros que convenía lanzarle del Egipto. Entonces un tal Teodoto de Quio, que se hallaba en la corte del rey en calidad de maestro asalariado de retórica, y que, a falta de otros hombres buenos, había sido admitido en el consejo, manifestó en su voto que erraban unos y otros, los que opinaban que se le recibiese y los que decían se le despidiera, pues lo que únicamente convenía era recibirle y darle muerte,

añadiendo al terminar su discurso que hombre muerto no muerde. Siguió el conciliábulo este dictamen, y murió Pompeyo Magno, siendo ejemplar de una resolución increíble e inesperada, y víctima de la elocuencia y habilidad de Teodoto, de lo que el mismo sofista se jactaba. Llegó al cabo de poco al Egipto César, y pagando los demás su merecido, perecieron aquellos malvados malamente; pero habiendo podido Teodoto alcanzar de la fortuna algún tiempo para una vida infame, menesterosa y errante, no pudo entonces ocultarse a Bruto mientras recorría el Asia, sino que, descubierto y recibiendo el condigno castigo, la muerte fué la que le dió nombre, no la vida.

XXXIV.—Llamó en esto Bruto a Sardis a Casio, al que a su arribo salió a recibir con sus amigos, y puesto todo el ejército sobre las armas, a ambos les dió el dictado de emperadores. Sucedió lo que es natural en empresas grandes cuando son muchos los amigos y caudillos, que se suscitaron reconvenções y sospechas de unos a otros; y antes de hacer ninguna otra cosa, cerrados en una cámara, sin que hubiese testigos de afuera, primero usaron de quejas y después de censuras y acusaciones. Como de aquí pasasen a las lágrimas y a palabras fuertes con acaloramiento, admirados los amigos de tan violento y pronto enfado, temían no pasara a más; pero no se resolvían a entrar. Marco Favonio, el que se había propuesto por modelo a Catón, y que más que con el discurso hacía de filósofo con un calor y un ímpetu casi furioso,

intentaba introducirse en la sala, y los esclavos pugnaban por impedirselo; pero era difícil contener a Favonio en tomando cualquiera empeño, porque era violento en todo y sumamente resuelto, no haciéndole grande fuerza el ser senador romano; pero muchas veces, con lo cínico y libre de su franqueza, quitaba a los hechos lo que podían tener de ofensivos, y la importunidad misma solía tomarse a chanza y juego. Atropellando, pues, entonces a fuerza por las puertas, entró pronunciando con voz contrahecha aquellos versos que pone Homero en boca de Néstor:

Oídme, pues que ambos sois más mozos.

y los demás que siguen, a lo que Casio se puso a reír; pero Bruto le echó de allí, llamándolo verdadero can y falso cínico. Mas, sin embargo, así tuvo fin por entonces aquella desazón, retirándose sin que pasara adelante. Dió Casio de cenar aquella noche, y Bruto llevó consigo a sus amigos; cuando se habían sentado, se presentó Favonio, que ya iba bañado, y protestando Bruto que acudía sin haberlo convidado, le dijo que pasara a la silla más alta; pero él penetró por fuerza y tomó asiento en el medio, y el convite no dejó de ser entretenido y ameno.

XXXV.—Al día siguiente, Bruto notó de infamia por sentencia a un ciudadano romano, buen militar y que le era fiel, llamado Lucio Pela, acusado en juicio de concusión por los Sardonios; esta

determinación disgustó sobremanera a Casio, que pocos días antes se había contentado con reprender en secreto a dos amigos suyos acusados de los mismos crímenes, absolviéndolos en la sentencia y manteniéndolos a su lado. Culpó, pues, a Bruto de sobradamente recto y justo en un tiempo en que era preciso usar de mucha discreción y humanidad; pero éste le trajo a la memoria los Idus de marzo, que fué el día en que dieron muerte a César, no porque él vejase y molestase a todos los hombres, sino porque otros lo ejecutaban a la sombra de su poder, de manera que si podía haber algún motivo para aflojar en la justicia, menos malo sería disimular con los amigos de César que ser indulgentes con los amigos propios que delinquieren, pues respecto de aquéllos se diría que nos faltaba el valor, cuando respecto de éstos pasaríamos plaza de injustos en momentos en que nos cercan tantos peligros y trabajos. ¡Tal era el modo de pensar de Bruto!

XXXVI.— Cuando estaban para pasar del Asia, se dice que a Bruto se le presentó un terrible portento, porque, con ser por naturaleza de poco dormir, aun reducía el sueño con las ocupaciones y la templanza a un tiempo más estrecho; así es que nunca se acostaba de día, y de noche sólo reposaba cuando nada le quedaba que hacer, ni tenía con quién conferenciar, recogidos ya todos. Entonces, instando la guerra y teniendo sobre sí todo el peso de los negocios de ella, puesta su atención en el resultado que tendría, sobre el anochecer, después

de la cena, descansaba un poco, y luego todo el tiempo restante lo empleaba en los negocios urgentes. Despachados éstos y arreglados, leía en un libro hasta la tercera vigilia, que era cuando solían entrar a hablarle los centuriones y tribunos. Estando, pues, para pasar el ejército del Asia, era ya muy avanzada la noche, la tienda tenía luz bastante escasa, el ejército todo estaba en el mayor reposo, y hallándose meditando y echando cuentas entre sí sobre tantos asuntos, le pareció que entraba alguno. Volvióse a mirar a la puerta, y notó la terrible y fiera visión de un cuerpo de extraordinario aspecto que estaba en silencio al lado de su lecho. Tuvo resolución para hablarle y hacerle esta pregunta: «¿Quién eres tú, seas Dios u hombre, y a qué has venido aquí?» Y el fantasma le contestó: «Soy, ¡oh Bruto!, tu mal Genio, y me verás en Filipos»; a lo que Bruto le repuso sin turbarse: «Bien, te veré.»

XXXVII.—Desaparecido que hubo el espectro, llamó a sus criados, que le dijeron no haber oído voz alguna ni notado ninguna visión; por entonces continuó en su vigilia, pero luego que se hizo de día, se fué a ver a Casio y le refirió lo ocurrido. Este, que se hallaba imbuído en los principios de Epicuro, y en tales disputas solía estar en oposición con Bruto: «Doctrina nuestra es—le dijo a Bruto—que no es cierto todo lo que padecemos o vemos, sino que la sensación es una cosa fugitiva y falaz, siendo todavía la mente más pronta que ella, y dotada de la facultad de mudarla, sin que

preceda causa conocida en toda especie o forma; porque la impresión es semejante a la cera, y el alma del hombre, que tiene en sí lo figurado y lo que figura, tiene el poder de variar y figurar fácilmente por sí una misma cosa, como se ve claro en las mudanzas y rarezas de los ensueños mientras dormimos, volviéndolas y revolviéndolas la fantasía de muy leve principio, y presentándonos toda especie de afectos e imágenes. En su poder está moverse cuando quiera, y su movimiento es o imaginación o conocimiento; y tu cuerpo mortificado tiene pendiente y agitado para estas conversiones tu espíritu. Por lo que hace a Genios, lo probable es que no los hay, y que, aun cuando los haya, no tienen forma ni voz de hombre, ni poder ninguno que alcance a nosotros; por mí, yo desearía que estuviéramos confiados, no sólo con tantas armas, tantos caballos y tantas naves, sino también con el auxilio de los Dioses, siendo caudillos en tan honesta y santa empresa.» Con estos discursos alentó y consoló Casio a Bruto; y al salir del campamento los soldados, dos águilas se dirigieron con raudo vuelo a las primeras insignias, y marcharon y siguieron hasta Filipos, alimentadas por los mismos soldados, de donde se fueron con igual vuelo un día antes de la batalla.

XXXVIII.—Las naciones que se encontraron al paso en la mayor parte las redujo Bruto a su obediencia, y si se les había desertado alguna ciudad o algún potentado, atrayéndolos otra vez a todos, llegaron así hasta el mar de Tasos. Allí, ro-

deando a las tropas de Norbano, acampado en las llamadas Gargantas y en las inmediaciones de Simbolo, le obligaron a abandonar el puesto, y estuvo en muy poco que se apoderaran de todas aquellas fuerzas, habiéndose quedado atrás César por hallarse enfermo, sino que vino en auxilio Antonio con tan maravillosa prontitud, que Bruto mismo no podía persuadirselo. Vino asimismo César a los diez días, y se acampó en oposición de Bruto, y en oposición de Casio, Antonio. Al terreno que quedaba en medio le llaman los Romanos los Campos Filipos, adonde acudieron entonces unos contra otros los mayores ejércitos de los Romanos. En el número no era el de Bruto muy inferior al de César; pero en el brillo y esplendor de las armas comparecía admirable, porque eran de oro en su mayor parte, y en todas ellas no se había escaseado la plata, en medio de que en todo lo demás tenía Bruto acostumbrados a los caudillos a usar de sobriedad y parsimonia en los gastos. Mas la riqueza que se trae entre manos y que adorna el cuerpo creía que comunicaba cierta altivez a los que son de carácter ambicioso, y que los aficionados al interés se hacían más esforzados cuando en las armas que los rodean ven un caudal.

XXXIX. — César hizo dentro del campamento la purificación de su ejército, repartiendo una pequeña cantidad de trigo y cinco dracmas por hombre para el sacrificio; pero Bruto, condenando su mezquindad y apocamiento, en primer lugar hizo la purificación en campo raso, como es costumbre, y



después suministrando para gran número de sacrificios por centurias, y dando cincuenta dracmas a cada soldado, en el amor y denuedo del ejército se aventajó mucho a los contrarios. Mas, a pesar de esto, en la purificación pareció que Casio tuvo contra sí una señal infausta, y fué que el lictor le alargó al revés la corona, y se dice también que días antes una victoria de oro de Casio se había caído al suelo en cierta celebridad y pompa, por haber tropezado el que la llevaba. Dejáronse ver además por muchos días aves carnívoras en gran número sobre el campamento, y se notó que unos enjambres de abejas se posaron dentro del valladar en un solo sitio; el que los agoreros hubieron de hacer excluir de él para remediar una superstición que al mismo Casio lo sacaba de sus principios de la secta epicúrea, y que tenía enteramente acobardados a los soldados, por lo que no era su ánimo que por entonces se decidiese la guerra, sino que más bien se ganara tiempo, puesto que en cuanto a fondos eran superiores, y en armas y gente les excedían los enemigos. Mas Bruto, desde luego, había querido apresurar el resultado, o para restituir cuanto antes la libertad a la patria, o para redimir a todos los hombres del peso de los gastos, bagajes y nuevas demandas con que incesantemente eran molestados, y viendo entonces que su caballería en los encuentros y escaramuzas diarias vencía siempre y llevaba lo mejor, todavía cobró más ánimo. Como hubiese sucedido, por otra parte, en aquellos días que algunos se habían pa-

sado a los enemigos, y se hubiesen suscitado rencillas y sospechas de unos contra otros, muchos de los amigos de Casio abrazaron en el consejo de guerra el dictamen de Bruto; pero Atilio, uno de ellos, le contradecía proponiendo que se aguardara hasta el invierno. Preguntóle Bruto qué era en lo que pensaba mejorar al cabo de un año, y él respondió: «Cuando en otra cosa no, habré vivido este tiempo más.» Habiendo incomodado esto sobremanera a Casio, no dejó de ofender a los demás, y quedó determinado que al día siguiente se había de dar la batalla.

XL.—Bruto ostentó durante la cena las mejores esperanzas, haciendo uso de su instrucción en la filosofía, y se retiró a descansar. De Casio dice Mesala que cenó casi solo, no teniendo a su mesa sino muy pocos de sus más íntimos amigos; que en ella se le vió pensativo y taciturno, no siendo éste su carácter, y que, concluída la cena, le apretó fuertemente la mano, y sólo le dijo con su acostumbrado afecto en lengua griega: «Te prometo, Mesala, que me sucede lo mismo que a Pompeyo Magno, que es verme precisado a aventurar al lance de una sola batalla la suerte de la patria. Tenemos, no obstante, buen ánimo, poniendo la vista en la fortuna, de la que no es justo desconfiar, aunque no andemos los más acertados en el consejo.» Dicho esto, refiere Mesala que le saludó por última despedida, sin embargo de que él le tenía convidado a cenar para el día siguiente, que era su cumpleaños. Al amanecer estaba puesta en el campa-

mento de Bruto y en el de Casio la señal de combate, que era la túnica de púrpura. Reuniéronse ambos en medio de los campamentos, y dijo Casio: «¡Ojalá, oh Bruto, alcancemos la victoria, y nos sea dado pasar juntos una vida feliz! Pero pues son inciertas las mayores empresas de los hombres, y si la batalla no se decide según nuestro buen deseo, no nos ha de ser fácil volvernos a ver, ¿qué opinión tienes acerca de la fuga y de la muerte?» A lo que respondió Bruto: «Cuando yo, ¡oh Casio!, era todavía joven y sin experiencia de negocios, no sé cómo llegué a proferir una expresión atrevida, porque culpé a Catón de haberse dado muerte, no mirando, como obra loable y digna del que haya de ser tenido por hombre, ceder a su mal Genio y no recibir con tranquilidad lo que quiera que suceda, sino huir de ello a manera de esclavo fugitivo; ahora, puesto en los trances de fortuna, pienso muy de otro modo, y si Dios no ordenase convenientemente las cosas, no me empeñaré en urdir nuevas esperanzas y nuevos preparativos, sino que moriré alabando a mi fortuna de que, habiendo consagrado a la patria mi vida en los Idus de marzo, he vivido en lugar de aquélla otra libre y gloriosa.» Casio oyó complacido este discurso, y abrazando a Bruto: «Pensando de este modo—le dijo—, marchemos a los enemigos, porque o venceremos, o no temeremos a los vencedores.» Trataron en seguida del orden de la formación a presencia ya de sus amigos, y Bruto pidió a Casio le dejara el mando del ala derecha, que por la edad y la pericia mili-

tar creían corresponder a Casio. Otorgóselo, pues, éste, y dispuso que Mesala, que mandaba la más aguerrida de todas las legiones, se colocara en el ala derecha, con lo que Bruto sacó al punto al campo la caballería bellamente adornada, sin tardar tampoco en la formación de los infantes.

XLI.—Hallábase entonces ocupado Antonio en correr un foso desde los pantanos, junto a los que estaba acampado hacia la llanura, para interceptar a Casio el camino del mar, y César permanecía sosegado, no digamos él mismo, que se hallaba enfermo, sino su ejército, que no esperaba que los enemigos moviesen pelea, y sí sólo que hiciesen correrías contra sus obras, incomodando con tirar saetas y mover rebatos a los trabajadores. Como no atendiesen, pues, a los que habían tomado formación contra ellos, se maravillaban de la grande y confusa gritería que oían hacia el foso. Distribuyéronse en esto a los jefes billetes de parte de Bruto, en que estaba escrita la seña, y él mismo recorría a caballo las filas inspirando aliento; pero fueron muy pocos aquellos a quienes la seña pasó: así, la mayor parte, sin más aguardar, cargaron con ímpetu y algazara a los enemigos. Hubo por esta causa desconcierto y desunión entre las legiones; así es que, primero la de Mesala, y en seguida las que movieron con ella, flanquearon la izquierda de César, y ofendiendo ligeramente a los de retaguardia con muerte de pocos, pues se contentaron con haberlos flanqueado, vinieron a caer sobre el campamento. César, como lo dice él mismo en sus comen-

tarios, habiendo tenido un ensueño Marco Artorio, uno de sus amigos, en que se le prevenía que César se retirara, saliendo del campamento se había adelantado un poco llevado en hombros, y se creyó que le habían muerto, porque su litera vacía fué pasada de dardos y lanzas. Dióse muerte en el campamento a los que vinieron a las manos, y dos mil Lacedemonios, que acababan de llegar de auxiliares, fueron destrozados.

XLII.—No habiendo envuelto a los soldados de César, sino confundiéndose con ellos, fácilmente vencieron a hombres sorprendidos y desordenados, y de este modo desbarataron tres legiones, entrándose con los fugitivos en su campamento, arrebatados del mismo ímpetu de la victoria; entre ellos se hallaba Bruto; pero lo que los vencedores ignoraban la ocasión lo reveló a los vencidos, porque dando éstos en la hueste contraria, que se hallaba desguarnecida por habersele separado su derecha, el centro no lo rechazaron, sino que hubieron de sostener con él un reñido combate; mas rechazaron el ala izquierda por el desorden ocurrido desde el principio y no saber ésta lo que pasaba, y persiguiéndola hasta su propio campamento, empezaron a destrozarlo, sin que en esto interviniese ninguno de los dos generales, porque Antonio, esquivando al principio el ataque, según dicen, se había retirado a la laguna, y César no podía comparecer, por haberse salido del campamento, y aun a Bruto le habían mostrado algunos sus espadas teñidas en sangre, para hacerle entender que lo habían

muerto, y le decían cuál era su edad y su figura. También el centro había rechazado a los contrarios con gran mortandad, viéndose bien claro que Bruto había vencido y que había sido derrotado Casio; esto sólo fué lo que enteramente los perdió, no habiendo aquél socorrido a Casio por creerle vencedor, y no aguardando éste a Bruto por juzgarle vencido; pues Mesala ponía el término de la victoria en haberle tomado tres águilas y muchas insignias a los enemigos, no habiendo tomado ellos ninguna. Al retirarse Bruto después de saqueado el campamento de César, se admiró de no ver entre esto el pabellón pretoriano de Casio sobresaliendo, como es de costumbre, ni tampoco las otras tiendas, según el sitio que debían ocupar, pues realmente las más habían sido derribadas y tiradas luego que los enemigos cayeron sobre el campamento. Los que adelantaban más sus observaciones, decían que veían muchos morriones resplandecientes y escudos de plata discurrir por el campamento de Casio, pareciéndoles que ni en el número ni en la clase eran aquéllas las armas del piquete de guardia; pero que, por otra parte, no se descubría el número de cadáveres que era consiguiente, si tantas legiones hubiesen sido vencidas de poder a poder. Esto fué lo que dió a Bruto la primera sospecha de lo sucedido, y dejando una guardia en el campamento de los enemigos, llamó a los que les seguían el alcance para ir en socorro de Casio.

XLIII.—Lo que a éste ocurrió fué lo siguiente: no había visto con gusto aquella primera carga de

los soldados de Bruto, dada sin seña y sin orden, ni le había agradado tampoco el que inmediatamente que hicieron ceder a los enemigos, sin pensar en cortarlos y envolverlos, se hubiesen entregado al saqueo y pillaje. Cargóle a él mismo el ala derecha de los enemigos, más bien por cierto cuidado y detenimiento de los soldados que por su ardimiento o por disposición de los generales, y al punto su propia caballería dió a huir desordenadamente hacia el mar. Vió que también la infantería comenzaba a flaquear, y se esforzó a contenerla y hacerla volver al combate, tanto que a un abanderado que huía le arrebató de las manos la insignia y la puso fija ante sus pies; mas ya ni aun los que estaban a su lado se mantenían con decisión en sus puestos. Traído a este extremo, se retiró con unos pocos a un collado que daba vista a la llanura; pero no divisó otra cosa sino que su campamento había sido asolado, porque era corto de vista. Los que consigo tenía vieron que se encaminaban hacia aquel sitio muchos de caballería, los cuales habían sido enviados por Bruto; pero Casio discurrió que eran enemigos que iban en su alcance, y sin embargo envió a Titinio, uno de los que allí se hallaban, para que se informase. Desde luego fué conocido por aquella tropa, la cual, al ver a un su amigo que se mantenía fiel a Casio, comenzó a hacer exclamaciones de gozo; los que le eran más allegados le saludaban y abrazaban con afecto, apeándose de los caballos, y los demás se le ponían alrededor, celebrando su triunfo con desme-

dida alegría, causando con esto un gravísimo mal; porque entendió Casio que, en realidad, Titinio había caído en manos de los enemigos, y prorrumpiendo en esta expresión: «Por nuestro demasiado apego a la vida hemos sufrido que uno de nuestros amigos a nuestra vista haya sido arrebatado por los enemigos», se retiró a una tienda que estaba vacía, llevando consigo a uno de sus libertos, llamado Píndaro, al que, desde el infortunio de Craso, tenía preparado para este ministerio. Salvóse, pues, de los Partos; pero entonces, cubriéndose la cabeza con el manto y dejando descubierto el cuello, lo alargó al cuchillo, porque se encontró la cabeza separada del cuerpo. A Píndaro nadie volvió a verle después de esta muerte, con lo que hizo sospechar a algunos que la ejecutó sin ser mandado. Fueron de allí a un momento conocidos aquellos soldados de Bruto, y Titinio, coronado por ellos, corría en busca de Casio; pero cuando, por el clamor y los lamentos de sus amigos, conoció lo sucedido al general y su necedad propia, desenvainó la espada y, culpándose a sí mismo de descuidado y tardo, se pasó con ella.

XLIV.—Bruto, sabedor de la derrota de Casio, se retiró, y estando ya cerca de los reales, tuvo noticia de su muerte. Lloró largamente sobre su cuerpo, y apellidándole el último de los Romanos, porque ya no esperaba que hubiese otro espíritu como aquél, lo envolvió y lo hizo conducir a Tasos, para que no se excitase algún levantamiento si allí se le hacía el funeral. Reuniendo luego sus soldados,



trató de darles ánimo, y viendo que habían quedado faltos aun de lo más preciso, les prometió hasta dos mil dracmas por plaza, en resarcimiento de lo perdido. Ellos con este discurso recobraron la confianza, admiraron la esplendidez del donativo, y al retirarse le acompañaron con algazara, aplaudiéndole de que entre los cuatro generales sólo él se había conservado invicto. Testificó el hecho cuánta razón tenía para creer que ganaría la batalla, pues que con pocas legiones arrolló a cuantos se le opusieron; y si hubieran entrado en acción todas las tropas, y los más de los que concurrieron a ella no hubieran pasado de largo por los enemigos para ir en busca de sus despojos, parece que ninguna parte de éstos habría quedado en pie.

XLV.—Murieron de esta parte ocho mil hombres, incluso los siervos armados, a los que Bruto llamaba *Brigas*; de la otra parte dice Mesala que, en su entender, murió más del doble. Por lo mismo fué mayor el desaliento que la sobrecogió, hasta que a la caída de la tarde llegó a la tienda de Antonio un esclavo de Casio, llamado Demetrio, que al punto recogió del cadáver el manto y la espada, y presentadas estas prendas subió tan de punto su confianza, que al rayar el día siguiente sacaron las tropas dispuestas para la batalla. Bruto, como uno y otro campo se hallasen en estado de poca seguridad, porque el suyo, estando lleno de prisioneros, necesitaba una fuerte y vigilante guardia, y el de Casio no llevaba bien la mudanza de caudillo,

habiéndose excitado en los vencidos un poco de envidia y odio contra el ejército vencedor, determinó si tener dispuestas sus fuerzas, pero evitó el combate. De los prisioneros, a la chusma esclava, que mezclada con hombres armados daba que sospechar, mandó que se le diese muerte, y de los libres dió soltura a algunos, diciendo que más bien habían sido presos por los enemigos, pues allí había cautivos y esclavos, y en su ejército no más que libres y ciudadanos. Mas como observase que sus amigos y los jefes estaban en este punto inexorables, oculta y reservadamente les daba después escape. Había un tal Volumnio, comediante, y un tal Saculión, juglar, entre los cautivos, de los que como ninguna cuenta hubiese hecho Bruto, se le presentaron sus amigos, acusándolos de que ni aun entonces cesaban de insultarlos y motejarlos por burla. Calló a esto Bruto, teniendo puesta su atención en otros cuidados, y Mesala Corvino determinó que, después de haberlos azotado en la tienda, fueran entregados desnudos a los soldados de los enemigos, para que vieran cuáles eran los amigos y camaradas que les convenían, a lo que algunos de los que se hallaban presentes asintieron; pero Publio Casca, el primero que hirió a César, «No parece—dijo—que es buen modo de hacer exequias a Casio en su muerte ocuparnos en risas y chanzas; y tú, ¡oh Bruto!—añadió—, mostrarás en qué memoria tienes a este general, castigando o conservando a unos hombres dispuestos a mofarse y maldecir de él.» Incomodado Bruto al oírlo: «¡Por qué

me preguntáis, ¡oh Casca!—le replicó—, y no hacéis lo que os parezca?» Y teniendo esta respuesta por una aprobación en cuanto a aquellos desventurados, los sacaron de allí y les dieron muerte.

XLVI.—Repartió después de esto el donativo a los soldados, y reprendióles ligeramente por haber marchado en tropel contra los enemigos sin recibir la seña ni guardar la orden; les ofreció que si se portaban bien les entregaría dos ciudades para el saqueo y para sólo su provecho, que eran Tesalónica y Lacedemonia; y éste es el único cargo de la vida de Bruto que carece de disculpa, sin que sirva para ella que Antonio y César hubiesen concedido premios de victoria más duros y crueles a sus soldados, habiendo faltado muy poco para lanzar de toda la Italia a sus antiguos habitantes, a fin de que aquéllos ocupasen un territorio y unas ciudades a que ningún derecho tenían, porque al cabo éstos no se proponían otro fin de la guerra que el mandar; pero a Bruto, por el concepto que se tenía de su virtud, no le era permitido en la opinión pública ni vencer ni salvarse sino con la honestidad y la justicia, y más después de muerto Casio, a quien se atribuía que aun al mismo Bruto lo arrastraba a veces a medidas violentas; pero así como en una navegación, roto el timón, se buscan y acomodan otros palos, no bien, sino sacando de ellos el partido posible para aquel apuro, de la misma manera Bruto, entre tanta gente, y en medio de negocios tan inciertos y escabrosos, no teniendo ya un colega con quien partir el peso, se

veía precisado a valerse de los que tenía cerca de sí, y a hacer y decir muchas cosas según el gusto y deseo de éstos; y deseaban todo cuanto creían podría conducir a hacer mejores los soldados de Casio, porque eran hombres de mal manejo, osados por la anarquía en el campamento, y por la anterior derrota acobardados al frente de los enemigos.

XLVII.—No era mejor el estado de los negocios para César y Antonio, reducidos en cuanto a víveres a lo muy preciso, y amenazados, por el desabrigo del campamento, de un malísimo invierno. En efecto; arrinconados a las lagunas, habiendo sobrevenido después de la batalla las lluvias del otoño, se llenaban las tiendas de lodo y agua, que luego se congelaba por el frío. Cuando tal era su situación, les llegaron nuevas del descalabro que sus soldados habían sufrido en el mar; porque viniéndole a César tropas de Italia en bastante número, las naves de Bruto las habían acometido y destrozado, y los pocos hombres que habían podido salvarse de las manos de los enemigos, acosados del hambre, se mantenían de las velas y las maromas de junco. Oída esta noticia, se apresuraron a hacer que una batalla decidiese, antes de que supiera Bruto cuánto había mejorado su suerte, porque en un mismo día se habían dado ambos combates, el de tierra y el de mar; y más bien por accidente que por maldad de los caudillos de las naves, ignoraba Bruto aquella victoria, sin embargo de mediar ya veinte días; porque segura-

mente no se habría arriesgado a la segunda batalla teniendo hechos abundantes acopios de víveres para el ejército, hallándose situado en lo mejor del país, de manera que su campamento estaba al abrigo del invierno y no podía ser fácilmente forzado por los enemigos, y dándole grandes esperanzas y mucho ánimo al hallarse dueño del mar y haber vencido por tierra con el ejército de su mando. Sino que, siendo ya indispensable la monarquía, por no sufrir el estado de las cosas públicas el mando de muchos, Dios, que quería quitar y remover el único estorbo que se oponía al que podía apoderarse de la autoridad, interceptó el camino al conocimiento de aquel próspero suceso, aun faltándole muy poco para llegar a Bruto: estando, efectivamente, ya decidido al combate, el día antes por la tarde se pasó del ejército enemigo un tal Clodio, diciendo que César, noticioso de haber sido derrotada su escuadra, precipitaba la batalla; pero no se dió crédito a este anuncio, ni el que le hacía fué presentado a Bruto, por mirarle todos con desprecio, diciendo que o lo habría oído mal, o lo habría inventado para hablarles según su gusto.

XLVIII.—En aquella misma noche se dice haberse vuelto a presentar a Bruto aquel espectro, y que habiéndose aparecido de la misma manera, nada dijo, sino que luego se retiró; pero Publio Volumnio, hombre dado a la filosofía, y que desde el principio militó con Bruto, no habla de semejante prodigio, aunque dice que la primer águila se llenó de abejas, que el brazo de uno de los guías

despidió sin causa conocida olor de esencia de rosa, y aunque se lavó y limpió muchas veces, nada se adelantó, y que antes de la misma batalla se combatieron dos águilas en el espacio que mediaba entre las dos huestes, estando toda la llanura en increíble silencio y todos mirándolo; y cedió y se retiró la que estaba a la parte de Bruto. Fué también muy sonado entonces lo del Etíope, que abierta la puerta dió de frente con el alférez que conducía la primer águila, y que fué hecho pedazos por los soldados con las espadas para desvanecer el agüero.

XLIX.—Sacó en orden de batalla su hueste, y formándola al frente de los enemigos, se detuvo largo tiempo, porque al revistar el ejército concibió sospechas y se le hicieron denuncias contra algunos; observó además que los de caballería no estaban muy prontos para dar principio al combate, sino que siempre era su ánimo esperar a ver cuál sería el porte de la infantería. En tanto, uno de los militares más distinguidos, premiado sobresalientemente por su valor, se apea del caballo al lado del mismo Bruto y se pasa a los enemigos: llamábase Camulato. Mucha pesadumbre recibió Bruto al verlo, y ya con el enojo, ya con el recelo de mayores mudanzas y traiciones, marchó sin más dilación contra los enemigos, cuando ya el Sol tocaba en la hora nona; y por su parte vencía, yendo adelante y cargando él a la izquierda de los enemigos que se replegaban, con lo que los de caballería se alentaron, acometiendo juntamente con

la infantería a los que empezaban a desordenarse; pero como los caudillos extendiesen la otra ala para que no fuese envuelta de los enemigos, a los que era inferior en número, quedó con esto descubierto el centro, y siendo más débil, no pudo resistir al choque contrario, sino que fué el primero en dar a huir. Los que lo cortaron, envolvieron al punto al mismo Bruto, que con la mano y el consejo, en medio de lo más crudo de la pelea, hizo las más insignes obras de soldado y de general para alcanzar la victoria; pero le perdió en esta ocasión lo mismo en que tuvo ventaja en la anterior batalla; porque entonces el ala vencida de los enemigos al punto se perdió toda; mas de los soldados de Casio que fueron puestos en fuga murieron pocos, y los que se salvaron, habiendo quedado tímidos y medrosos con la derrota, comunicaron su desaliento e indisciplina a la mayor parte del ejército. En esta división, Marco, el hijo de Catón, peleando y trabajando entre los jóvenes más ilustres y esforzados, no huyó ni se rindió, sino que, obrando con la mano, mostrando quién era y llamándose a sí mismo con el nombre paterno, cayó muerto entre muchos cadáveres de enemigos. Murieron con él muchos buenos, poniéndose delante en defensa de Bruto.

L.—Había entre los amigos de éste un tal Lucilio, hombre de la mayor probidad, el cual, viendo que unos soldados de la caballería de los bárbaros no hacían cuenta de los demás y con empeño seguían a Bruto, se propuso servirles a todo riesgo

de estorbo en sus designios; y hallándose a espaldas de ellos a corta distancia, les dijo que él era Bruto, y se lo hizo creíble con rogarles que lo condujeran ante Antonio, por cuanto temía a César, y en aquél confiaba. Celebrando ellos el encuentro, y teniéndolo a la mayor fortuna, le conducían allá, aunque ya era de noche, enviando delante algunos de los mismos que anticiparon a Antonio la noticia. Celebrólo también éste, y marchó a encontrarse con los que se lo traían. Corrieron allá asimismo cuantos llegaron a entender que traían vivo a Bruto, unos compadeciendo su suerte y otros creyendo indigno de tanta gloria a un hombre que, por apego a la vida, había venido a ser presa de los bárbaros. Cuando ya estaban cerca, Antonio se paró, dudando cómo debería recibir a Bruto, y Lucilio, ya en su presencia, con el más confiado ánimo, «A Marco Bruto, ¡oh Antonio!—dijo—, no lo ha hecho ni lo hará prisionero ningún enemigo; no permita Dios que hasta este punto prevalezca la fortuna sobre el valor; vivo está, o, si muerto, habrá sido de un modo digno de él. Yo he engañado a tus soldados, y aquí me tienes, que no rehúso sufrir por este crimen los más duros tormentos.» Dicho esto por Lucilio, todos se quedaron absortos; y Antonio, puesta la vista en los que le habían conducido: «No será extraño—les dijo—, ¡oh camaradas!, que llevéis a mal el teneros por burlados con este error; pero es bien sepáis que os habéis encontrado con una presa de más precio que la que buscabais, pues buscando un enemigo, es un ami-



go el que me habéis traído. Con Bruto no sé por los dioses qué había de haber hecho si me lo hubieran presentado vivo; y me es más grato encontrarme con tales amigos, que no con enemigos.» Esto dicho, abrazó a Lucilio, y por entonces lo encomendó a uno de sus más íntimos, y en adelante constantemente lo encontró siempre uno de los más fieles y seguros amigos que tuvo.

LI.—Bruto, habiendo pasado ya de noche un arroyo cuyas orillas eran escarpadas y cubiertas de matas, no fué mucho más adelante, sino que en un sitio despejado, en el que había una piedra grande rodada, se sentó, teniendo consigo a muy pocos de los caudillos y de sus amigos, y mirando al cielo poblado de estrellas, pronunció dos versos, de los cuales el uno en esta sentencia nos le refirió Volumnio:

No permitas, ¡oh Jove!, se te oculte  
de tantos males el autor funesto (1);

y del otro dice que se le había olvidado. De allí a poco, nombrando a cada uno de sus amigos muertos en la batalla, lloró principalmente sobre la memoria de Flavio y Labeón, de los cuales éste era su legado, y Flavio prefecto de los operarios. En esto uno de ellos, que tenía sed y conoció que Bruto la padecía igualmente, tomando su casco se encaminó al río. Oyóse entonces ruido por uno de los lados, y Volumnio se adelantó a ver lo que

---

(1) Es un verso de Eurípides en la *Medea*.

era, y con él el escudero Dárdano. Volvieron de allí a poco, y preguntando por el agua, respondió Bruto a Volumnio con una modesta sonrisa: «Nos la bebimos; pero se traerá otra para vosotros»; y enviado él mismo, estuvo muy expuesto a ser cautivado de los enemigos, y con gran dificultad se salvó herido. Conjeturó Bruto que no había sido mucha la gente que había perecido en la batalla, y se ofreció Estatilio a pasar por entre los enemigos, pues de otro modo no era posible llegar al campamento, y levantando en alto un hacha encendida, si lo hallaba salvo, volver otra vez adonde estaban. El hacha bien se levantó, habiendo llegado Estatilio al campamento; pero como al cabo de largo tiempo no volviese, «Si Estatilio vive—dijo Bruto—, no dejará de venir»; pero lo que ocurrió fué que al regresar dió en los enemigos y le quitaron la vida.

LII.—Siendo ya alta noche, se reclinó allí mismo donde se hallaba sentado, y se puso a conversar con su esclavo Clito. Como Clito nada le respondiese, echándose sólo a llorar, se volvió hacia el escudero Dárdano y le dijo en secreto algunas palabras. Finalmente, recordando en lengua griega a Volumnio los estudios y cuestiones en que juntos se habían ejercitado, le incitaba a que, aplicando su mano a la espada, ayudase el golpe. Rehusó con abominación Volumnio, y lo mismo todos los demás; y como alguno le dijese que ya no convenía permanecer allí, sino huir, levantándose, «Huir, sin duda—repuso—; mas no por pies, sino por manos»; y alargándoles la diestra de uno en uno

con el más alegre semblante, les dijo ser grande el placer que tenía en que de sus amigos ninguno se había desmentido, que sólo debía culpar a la fortuna de los males de la patria y que se reputaba a sí mismo más feliz que los vencedores, no sólo en lo anterior, sino entonces mismo, por cuanto dejaba una opinión de valor que nunca alcanzarían éstos, ni a fuerza de armas, ni a fuerza de intereses, no pudiendo desvanecer la idea de que los injustos habían oprimido a los justos, y los malos a los buenos para apoderarse de un mando que no les tocaba. Rogándoles, pues, y exhortándolos a que se salvaran, se retiró a alguna distancia con dos o tres, de los cuales era uno Estratón, que había contraído amistad con él con motivo del estudio de la oratoria. Colocóle, pues, a su lado, y afianzando con ambas manos la espada por la empuñadura, se arrojó sobre ella y murió, aunque algunos dicen que fué el mismo Estratón quien, a fuerza de ruegos de Bruto, volviendo el rostro, le tuvo firme la espada, y que él, arrojándose con ímpetu de pechos, se había atravesado el cuerpo, quedando al golpe muerto.

LIII.—A este Estratón, Mesala, que era amigo de Bruto, reconciliado con César, se lo recomendó cuando tuvo oportunidad, diciéndole no sin llanto: «Este es, ¡oh César!, el que a mi Bruto le sirvió, pagándole el último oficio.» Admitióle César, a quien asistió en los trabajos y combates de Accio, entre los apreciables griegos que tuvo entonces a su lado. De Mesala dicen que César le alabó más adelante, porque habiendo sido denodado en Filipos por

Bruto y mostrádosele después acérrimo en Accio, le había dicho: «Yo, César, siempre soy de la autoridad y partido que tiene a su favor la razón y la justicia.» A Bruto le encontró ya muerto Antonio, y dió el mejor de sus mantos de púrpura para que envolviera el cuerpo; sabedor después de que había sido substraído, hizo dar muerte al que lo subtrajo. Las cenizas las envió a la madre de Bruto Servilia; y de Porcia, mujer del mismo Bruto, refieren el filósofo Nicolao y Valerio Máximo (1) que queriendo darse muerte, y no dejándole lugar ni medio para ello sus amigos, que la observaban y guardaban continuamente, se tragó un ascua encendida, y cerrando y apretando la boca, de este modo pereció. Corre, sin embargo, una carta de Bruto a sus amigos, en la que se quejaba y les echaba en cara que habían abandonado a Porcia y dado lugar a que de enfermedad se dejara morir. Parece, pues, que Nicolao no tenía conocimiento del tiempo, porque de lo ocurrido a Porcia, de su amor y del modo de su muerte da noticia la misma carta, si acaso es de las legítimas.

---

(1) Dijolo también Marcial en un hermoso epigrama, que es e 42 del libro I, lo que prueba que así lo conservaba la tradición. El epigrama, aunque imperfectamente, puede traducirse así:

Al oír Porcia de su esposo Bruto  
 el hado infausto, en su dolor buscaba  
 armas que le robara un celo amigo.  
 Mas ella entonces. ¿Ignoráis—les dice—  
 que el impedir la muerte empeño es vano?  
 ¿De mi padre el ejemplo no os lo enseña?,  
 dijo, y, cual agua, bebe ardientes brasas.  
 «Ve ahora y quita a mi resuelta mano,  
 turba molesta, el homicida acero.»

## COMPARACION DE DION Y BRUTO

---

I.—Siendo muchos los bienes de todo género que en estos dos varones se acumularon, el que puede contarse por primero, que es haber llegado a ser grandes de pequeños principios, esto sobresale más en Dion, porque no tuvo quien con él concurriese, como tuvo Bruto a Casio, el cual, aunque en la virtud y en la opinión no le era comparable, en valor, pericia y hazañas no puso para la guerra menor parte; y aun algunos a él es a quien atribuyen el principio de la empresa, diciendo haber sido autor e instigador del pensamiento contra César respecto de Bruto, que por sí a nada se movía. Dion, así como las armas, las naves y las tropas, igualmente parece que puso por sí mismo solo los amigos y los colaboradores de la obra. Ni allegó tampoco Dion, como Bruto, riqueza y poder de los negocios mismos y de la guerra, sino que invirtió en la guerra su riqueza propia, consagrando a la libertad de sus conciudadanos los medios que tuvo para subsistir en su destierro. Además, Bruto y Casio, echados de Roma, no siéndoles dado permanecer en reposo, cuando ya eran perseguidos como reos de pena capital,

por necesidad recurrieron a la guerra, y confiando sus personas a las armas, más puede decirse que se expusieron a los peligros por sí mismos que por sus conciudadanos; pero Dion, pasando en el destierro una vida más extensa y placentera que el tirano que le desterraba, voluntariamente abrazó el peligro por salvar a la Sicilia.

II.—No era tampoco igual beneficio que redimir a los Siracusanos de Dionisio el libertar de César a los Romanos, porque aquél ni siquiera negaba que era tirano, y llenaba la Sicilia de infinitos males; pero el Imperio de César, si al formarse se hizo sentir a los que se le oponían, para los que ya le habían dado entrada y le estaban sometidos no tenía de tiránico mas que el nombre y la idea, sin que se hubiese visto de él obra ninguna de crueldad o tiranía, y antes hizo ver que siendo en el estado de las cosas necesaria la monarquía, fué dado por algún buen genio como el médico más suave y benigno. Así es que a César inmediatamente lo echó de menos el pueblo romano, hasta el término de hacerse terrible e irreconciliable a los que le dieron muerte, y, por el contrario, para Dion fué un grave cargo ante sus conciudadanos la evasión de Dionisio, y el no haber permitido violar el sepulcro del primer tirano.

III.—En las mismas acciones de guerra Dion se mostró siempre un general irrepreensible, dirigiendo perfectamente las que él dispuso y enmendando y corrigiendo las que otros habían desgraciado, mientras que Bruto, aun respecto del últi-

mo combate en que se aventuró todo, parece que ni se arrojó a él con prudencia ni encontró enmienda al descalabro; sino que luego perdió y abandonó toda esperanza, no tratando ni siquiera, como Pompeyo, de probar fortuna, y esto sin embargo de que aun le quedaban medios de confiar en las mismas armas y de que con sus naves dominaba seguramente todo el mar. Lo que más se ha reprendido en Bruto, que es el que, habiendo debido la vida al favor de César, y salvado a cuantos quiso, siendo uno de sus amigos, preferido en los honores a muchos, hubiese puesto manos en su persona, esto ciertamente no habrá nadie que lo diga de Dion, sino más bien lo contrario, pues siendo deudo de Dionisio, mientras se mantuvo en su amistad dirigió y promovió sus intereses; pero después de ser desterrado de su patria, ofendido en su mujer y privado de su patrimonio, tuvo ya manifiestas causas para una guerra justa y legítima. Pero esto, en primer lugar, ¿no puede convertirse y valer en sentido contrario? Porque lo que cede en la mayor alabanza de los hombres, que es el odio a la tiranía y la aversión a toda maldad, esto en nadie se vió más claro ni con mayor pureza que en Bruto, el cual, no teniendo en particular nada por que quejarse de César, sólo se expuso por la pública libertad; y Dion, a no haber sido personalmente injuriado, no habría hecho la guerra; lo que aparece con mayor claridad de las cartas de Platón, por las que se ve que a Dionisio lo destruyó Dion arrojado de la tiranía, no

retirándose él de ella. Mas a Bruto fué el bien público el que le hizo amigo de Pompeyo y enemigo de César, poniendo siempre en sola la justicia el término de su odio o de su amor; pero Dion hizo muchas cosas en servicio de Dionisio, mientras éste se puso en sus manos, y cuando desconfió de él, por enojo le movió la guerra. Por lo mismo, no todos sus amigos tuvieron por cierto que no aseguraría y consolidaría para sí el imperio, destruído Dionisio, halagando a los ciudadanos con un nombre más blando de tiranía; cuando en orden a Bruto, aun de boca de sus mismos enemigos se oía que de cuantos conjuraron contra César, él solo no se propuso desde el principio hasta el fin otro objeto que el de restituir a los romanos su patrio y legítimo gobierno.

IV.—Aun sin esto, el combate contra Dionisio no era lo mismo que el combate contra César, porque a Dionisio no había ninguno, aun de sus más íntimos amigos, que no lo despreciase, viéndole pasar la mayor parte del tiempo en beber, en el juego y en el trato con mujerzuelas; pero el meditar la ruina de César, y no asustarse del talento, del poder y de la fortuna de aquel cuyo nombre solo no dejaba dormir a los reyes de los Partos y los Indios, era de un alma superior y dotada de tales alientos que con ella nada pudiera el miedo. Por lo mismo, con sólo aparecerse Dion en la Sicilia se rebelaron millares de millares contra Dionisio, mientras que cuando la gloria de César, aun después de muerto, erigió a sus amigos, y su nom-



bre al que lo tomó, de un joven sin medios lo elevó al punto a ser el primero de los Romanos, convirtiéndose luego en una especie de encanto contra la enemistad y el poder de Antonio. Si dijese alguno que Dion no expulsó al tirano sino en fuerza de grandes y repetidos combates, habiendo dado Bruto muerte a César desarmado y sin guardias, esto mismo fué obra de una inteligencia suma y de una consumada pericia, sorprender cuando estaba sin armas y sin guardias a un hombre rodeado de tan inmenso poder; pues no le dió muerte súbitamente cayendo sobre él solo o con pocos, sino habiendo concertado el plan mucho antes, y tratándolo con muchos, de los cuales ninguno le faltó; porque o desde luego distinguió quiénes eran los de más probidad, o con ponerlos en la confianza los hizo virtuosos. Mas Dion, o por falta de aquel discernimiento se confió a hombres malos, o con valerse de ellos los tornó malos de buenos que antes eran; y al varón prudente no está bien le suceda ni lo uno ni lo otro; así Platón le reprendió de haber elegido tales amigos, que al cabo le perdieron.

V.—Finalmente, Dion en su muerte nadie encontró que volviera por él; y a Bruto, de sus enemigos, Antonio le sepultó decorosamente, y César le conservó sus honores. Había una estatua suya de bronce en Milán de la Galia Cisalpina; vióla tiempo después César, hallando que era muy parecida y de bella ejecución. Pasó adelante; pero luego, parándose ante ella, hizo llamar a presencia de muchos a los magistrados, y les dijo habían fal-

tado a las estipulaciones con que tomara su ciudad, teniendo dentro de ella a un enemigo suyo. Negáronlo al principio, como era natural, y después se miraron unos a otros dudando por quién lo diría; pero cuando, volviéndose César hacia la estatua y arrugando las cejas, les dijo: «Pues éste, siendo mi enemigo, ¿no está aquí colocado?», entonces todavía se sobrecogieron más y callaron, y él, sonriéndose, celebró a los galos, porque se conservaban fieles a sus amigos sin atender a la fortuna, y mandó que la estatua quedara en su puesto.

---

## ARTOJERJES

---

I.—El primer Artojerjes, distinguido entre todos por su bondad y magnanimidad, se llamó Longímano, porque tenía la mano derecha más grande que la izquierda: fué hijo de Jerjes. El segundo, cuya vida escribimos, se llamó Memnón, y nació de hija de aquél; porque fueron cuatro los hijos de Darío y Parisatis: el mayor, Artojerjes; después de éste, Ciro, y los más jóvenes, Ostanes y Oxatres. Ciro tomó del antiguo Ciro el nombre, y aquél se dice que lo tomó del Sol, porque los persas al Sol le llamaron Ciro. Artojerjes al principio se llamó Arsicas, aunque Dinón dice que se llamó Oartes; pero, sin embargo de que Ctesias en lo general llenó sus libros de fábulas y patrañas vulgares, no es de creer que ignorase el nombre de un rey en cuya corte habitó, siendo su médico, el de su mujer, su madre y sus hijos.

II.—Tuvo Ciro desde su primera edad un carácter altivo e impetuoso, cuando el otro parecía más dulce en todo y de un genio más bondadoso y apacible. Tomó mujer bella y virtuosa por disposición de sus padres, y la conservó contra la voluntad de éstos; porque habiendo dado muerte el

rey a un hermano de la misma, determinó darla también a ella; pero Arsicas se echó a los pies de la madre, y con sus ruegos y lágrimas alcanzó, aunque no sin dificultad, que ni se la quitara la vida ni se la separara de su lado. Amó siempre más la madre a Ciro, y quería que éste reinara, por lo cual, habiendo caído enfermo el padre, vino llamado desde el mar, y subió muy esperanzado de que la madre habría negociado el que fuese declarado sucesor del trono, porque Parisatis tenía para esto una razón plausible, de la que ya había antes hecho uso el antiguo Jerjes, instruído por Demarato, pues decía que a Arsicas lo había dado a luz cuando Darío su esposo no era sino particular, y a Ciro cuando ya reinaba. Mas, sin embargo, no fué escuchada, y se declaró por rey al primogénito, mudándole su nombre en el de Artojerjes, y a Ciro sátrapa de la Lidia y capitán general de las provincias marítimas.

III.—A poco tiempo de haber muerto Darío, pasó el rey a Pasargada con el objeto de recibir la iniciación regia de los sacerdotes de Persia. Existe allí el templo de una diosa guerrera que puede presumirse sea Minerva, y el que ha de ser iniciado debe entrar en él y, deponiendo la estola propia (1), vestirse la que llevaba Ciro el Mayor antes de ser rey, comer pan de higos, tragar terebinto y beberse un vaso de leche agria. Si además de estas cosas tienen que ejecutar algunas otras,

---

(1) La estola era ropa talar que cubría todo el cuerpo.

no es dado saberlo a los de afuera. Cuando iba Artojerjes a cumplir con ellas, llegó a él Tisafernes, trayendo a su presencia a uno de los sacerdotes que había sido presidente de la educación dada a Ciro con los otros jóvenes según las leyes patrias, y le había enseñado la magia; por lo cual ninguno había de haber sentido más que no hubiese sido declarado rey, y de ninguno se debía desconfiar menos para darle crédito acusando a Ciro. Acusábase, pues, de asechanzas en el templo, y de que tenía meditado, mientras el rey se vestía la estola, acometerle y quitarle la vida. Algunos dicen que en virtud de esta denuncia se le prendió; pero otros sostienen que Ciro había entrado en el templo, y que, hallándose escondido, lo descubrió el sacerdote. Cuando ya iba a sufrir la muerte, la madre le tomó en su regazo, le enredó con sus cabellos, juntó con la de él su garganta, y a fuerza de quejas y lamentos le consiguió el perdón, y que fuera enviado otra vez al mar; mas él, no contento con aquel mando, ni teniendo en memoria el indulto, sino la prisión, aspiraba con la ira, más todavía que antes, a ocupar el reino.

IV.—Dicen algunos haberse rebelado al rey porque lo que le fué dado no le bastaba ni para la cena diaria; pero esto es necedad, pues, aun cuando no hubiera otra cosa, estaba la madre, de cuyos bienes podía tomar y disponer cuanto y como quisiese, prestándose la misma a todo. Dan también testimonio de su riqueza las muchas tropas que en diferentes puntos mantenía por medio de sus ami-

gos y huéspedes, como dice Jenofonte, pues no los reunía en uno, procurando todavía ocultar sus preparativos, sino que tenía en muchas partes reclutadores bajo diferentes pretextos. Además, la madre, que se hallaba en la corte, cuidaba de desvanecer la sospecha del rey, y el mismo Ciro le escribía respetuosamente, ya para decirle algunas cosas, y ya para darle quejas contra Tisafernes de que tenía emulación y desavenencias con él. Entraba también cierta parte de desidia en el carácter del rey, que para los más pasaba por bondad; al principio parece que efectivamente se propuso imitar la mansedumbre del otro Artojerjes, su tocayo, mostrándose muy afable en las audiencias, y esmerándose en honrar y hacer gracia a cada uno según su clase. A los castigos les quitaba todo lo que tenían de infamantes, y en punto a dádivas, no menos placer tenía en hacerlas que en recibirlas, mostrándose en el dar placentero y benigno; y por pequeño que fuese el don, no dejaba de recibirlo con la mejor voluntad: así, habiéndole presentado un tal Omiso una granada de extremada magnitud, «¡Por Mitra—dijo—que este hombre haría pronto de pequeña grande una ciudad si se le confiase!»

V.—En un viaje, unos le llevaban unas cosas y otros otras; y como un pobre menestral, que no encontraba qué darle, corriese al río y, cogiendo agua en las manos, se la trajese, le dió tanto gusto a Artojerjes, que le envió una ampolla de oro y mil daricos. Euclides Lacedemonio habló insolent-

temente contra él, y se contentó con intimarle por medio de un tribuno lo siguiente: «A ti te es dado decir de mí cuanto quieras; pero a mí decir y hacer.» En una cacería le avisó Teribazo de que tenía el sayo descosido, y preguntándole qué haría, le respondió: «Ponerte otro y darme a mí ése.» Hízolo así Artojerjes, diciéndole: «Te lo doy, pero no te permito que lo lleves.» Y como él, sin hacer caso, porque no era hombre malo, aunque sí algo falto y atolondrado, se hubiese puesto el sayo, adornándose además con dijes de oro mujeriles, que también le había dado el rey, los cortesanos se mostraron disgustados, porque aquello no debía hacerse; pero el rey lo tomó a risa, y le dijo: «Te permito llevar los dijes por mujer, y el sayo, por loco.» En la mesa del rey no se sentaban sino su madre y su mujer legítima, colocándose ésta en el asiento inferior y la madre en el superior; pero Artojerjes admitía a su misma mesa a sus dos hermanos Ostanes y Oxatres, que eran los dos más jóvenes. Lo que, sobre todo, dió a los Persas un espectáculo sumamente grato fué la carroza de la mujer de Artojerjes, Estatira, que siempre iba desnuda de todo cortinaje, dando lugar aun a las mujeres más infelices de saludarla y acercársele, con lo que aquel reinado se ganaba el amor de la muchedumbre.

VI.—Mas los hombres inquietos y amigos de novedades se daban a entender que los negocios pedían a Ciro, por ser varón magnánimo y guerrero, y que la extensión de tan grande imperio necesi-

taba un rey que tuviera espíritu y ambición. Ciro asimismo, confiando no menos en los de las provincias altas que en los que tenía cerca de sí, se determinó a la guerra, y escribió a los Lacedemonios implorando su auxilio y pidiendo le enviasen hombres, a quienes ofrecía dar, si se le presentaban como infantes, caballos; si con caballos, parejas; si tenían campos, aldeas; si aldeas, ciudades; y que a los soldados no se les contaría la soldada, sino que se les mediría. Haciendo además jactancia de su persona, decía que su corazón pesaba más que el de su hermano; que filosofaba más que él; que era mejor mago, y podía beber y aguantar más vino; y que éste de miedo en las cacerías no montaba a caballo, ni en la guerra se sentaba en carro con trono. Los Lacedemonios, pues, enviaron la correa (1) a Clearco, dándole orden de estar en todo a la disposición de Ciro; de resulta de lo cual subió éste hacia la corte con un numeroso ejército de bárbaros, y con poco menos de trece mil Griegos auxiliares, buscando diferentes achaques y pretextos para haber reunido aquellas fuerzas. No consiguió, sin embargo, deslumbrar por mucho tiempo, porque Tisafernes acudió por sí mismo a avisarlo al rey, y fué grande la turbación y alboroto que esto causó en palacio, echándose a Parisatis principalmente la culpa de aquella guerra, y moviéndose muchas sospechas y delaciones contra sus amigos. La que hostigó sobre todo a

---

(1) Modo particular de comunicar órdenes secretas, de que usaban los Lacedemonios, descrito en la vida de Lisandro.



Parisatis fué Estatira, quejándose amargamente de la guerra, y clamando: «¿Dónde están ahora aquellas seguridades?; ¿dónde aquellos ruegos con que libertaste al insidiador de su hermano, y con que has venido a cercarnos de guerra y de males?» Por esta causa Parisatis concibió el más terrible odio contra Estatira, y como fuese de índole rencorosa y propiamente bárbara en sus iras y en su mala intención, atentó contra su vida. Dinón dice que esta maldad se verificó durante la guerra, y Ctesias que después; y como no parece regular que éste ignorase el tiempo, habiendo presenciado los sucesos, ni se ve causa alguna para que sacase de su propia época este hecho y no lo refiriese como había pasado (aunque muchas veces le sucede que su narración, convirtiéndose a lo fabuloso y dramático, se aparta de la verdad), aquí tendrá el lugar que éste le ha dado.

VII.—Llegáronle a Ciro en la marcha voces y rumores de que el rey no pensaba en dar batalla desde luego, ni en apresurarse a venir a las manos con él, sino permanecer en Persia hasta que le llegaran las tropas pedidas de todas partes, habiendo hecho abrir un foso de diez pies de ancho y otros tantos de hondo, que corría por la llanura hasta cuatrocientos estadios; y aun no hizo alto en que Ciro entrase dentro de él y llegase hasta no lejos de la misma Babilonia; pero habiendo tenido Teribazo resolución para decir el primero que no era razón evitable el combate, ni que retirándose de la Media, de Babilonia y aun de Susa se encerrara

en la Persia quien tenía multiplicadas fuerzas que el enemigo, y diez mil sátrapas y generales que en prudencia y pericia militar valían más que Ciro, se decidió por que se marchara al combate sin más dilación. Y cuando de pronto se dejó ver con un ejército de novecientos mil hombres bien equipados, asombró y sobresaltó a los enemigos, que por la excesiva confianza y desprecio marchaban en desorden y sin armas, de manera que sólo con gran dificultad y mucha gritería y alboroto pudo traerlos Ciro a formación. Caminando después el rey con reposo y concierto, causó con aquel buen orden admiración a los Griegos, que en tanto gentío no esperaban mas que gritería confusa, correrías y grande desorden y dispersión. Dispuso también con singular acierto colocar contra los Griegos, delante de su hueste, los más fuertes de sus carros falcados, para que antes de venir a las manos les desordenaran las filas con la violencia de su impulso.

VIII. — Siendo muchos los que han referido esta batalla, entre los cuales Jenofonte la ha descrito de manera que casi la hace ocurrir a nuestra vista, pintando los sucesos no como pasados, sino como si entonces mismo aconteciesen, y haciendo con la viveza de su expresión sentir al que lee los afectos y los peligros, no sería de escritor prudente ponerse ahora a hacer otra narración que la de aquellas particularidades dignas de memoria que éste hubiese pasado en silencio. El lugar, pues, donde se dió se llama Cunaxa, y dista de Babilo-

nia quinientos estadios. Propuso Clearco a Ciro antes de la batalla que se colocara a retaguardia de los griegos y no expusiera su persona; y se refiere haberle respondido: «¿Qué es lo que dices, Clearco? ¿Me propones que, aspirando al reino, me muestre indigno de reinar?» Erró sin duda Ciro en arrojarle temerariamente a los peligros y no guardarse de ellos; pero no fué menos, si es que no fué más grande, el yerro de Clearco en no querer que los Griegos se opusieran de frente al rey, y en apoyar su derecha sobre el río para no ser envuelto, pues al que en todo no buscaba mas que la seguridad, y toda su atención la ponía en no sufrir ni el menor descalabro, le era lo mejor haberse quedado en su casa. Pero haber andado armado diez mil estadios sin que negocios propios lo exigiesen, con sólo el objeto de colocar en el trono real a Ciro, y ponerse después a examinar el lugar y la formación más a propósito, no para salvar al caudillo y a aquel en cuyo auxilio era venido, sino para pelear él mismo con menor riesgo e incomodidad, es como si uno, por temor de lo presente, no hiciera cuenta del objeto principal, ni tuviera en consideración cuál es el fin de un ejército, pues que ninguno de los soldados del rey había de haber aguantado el choque de los Griegos; y que, rechazados aquéllos y ahuyentado o muerto el rey, se había de haber logrado que, salvo y vencedor, reinase Ciro, de los mismos sucesos se deduce con claridad. Por tanto, más de culpar es la exagerada precaución de Clearco que la temeridad de Ciro, en

que con éste todo se hubiese perdido, pues si el mismo rey se hubiera puesto a pensar dónde colocaría los Griegos para recibir de ellos menos daño, no hubiera encontrado otro sitio mejor que aquel en que estuviese más lejos de él mismo y de los que con él peleaban, desde el cual él mismo no percibió que era vencido, y Ciro se anticipó a morir antes de sacar ninguna ventaja de la victoria de Clearco. Y no porque Ciro no hubiese conocido qué era lo que convenía, disponiendo que Clearco formara allí en el centro; pero éste, con decir que dejara a su cuidado el disponer lo mejor, todo lo desbarató y destruyó.

IX.—Porque los Griegos arrollaron a los bárbaros como y cuanto quisieron, y, persiguiéndolos, corrieron casi toda la llanura; mas contra Ciro, que llevaba un caballo noble, pero duro de boca y de sobrados alientos, llamado *Pasaca*, según dice Ctesias, movió el caudillo de los Cadusios Artageres, diciendo a grandes voces: «¡Oh tú, que infamas el glorioso nombre de Ciro, el más injusto y más temerario de los hombres, vienes atrayendo en mal hora a los valientes Griegos contra las riquezas de los Persas, con esperanza de dar muerte a tu señor y tu hermano, que tiene millares de millares de esclavos mejores que tú; pero ahora lo verás, pues antes perderás aquí tu cabeza que puedas ver el rostro del rey.» Dicho esto, le lanzó un dardo, y la coraza resistió firme al golpe, con lo que no llegó a ser herido Ciro, sino sólo conmovido en la silla; porque el golpe fué violento. Al

volver Artagerses el caballo, tiró Ciro contra él, y le acertó, entrando la punta del dardo por el cuello sobre la clavícula. Así casi todos convienen en que Artagerses fué muerto por Ciro; pero por cuanto de la muerte de éste no habló Jenofonte sino llana y brevemente, como que no la presenció, nada parece que se opone a que expresemos con distinción lo que acerca de ella refieren Dinón y Ctesias.

X.—Dice, pues, Dinón que, muerto Artagerses, Ciro acometió denodadamente a los que protegían al rey, llegando a herirle a éste el caballo; pero pudo salvarse. Proporcionóle Teribazo que montase otro caballo, diciéndole: «Acuérdate, ¡oh rey!, de este día, porque no es de olvidar»; y otra vez Ciro acosó con su caballo a Artojerjes, y le derribó. Indignóse sobremanera el rey al tercer encuentro, y diciendo «más vale morir», lanzó un dardo contra Ciro, que temeraria y ciegamente se metía por las saetas enemigas; tiráronle también los que junto al rey estaban, y cayó Ciro, según dicen algunos, herido de mano del rey; según algunos otros, dándole el golpe mortal uno de Caria, a quien el rey concedió, en premio de esta acción, que llevara siempre un gallo de oro sobre una lanza al frente de la hueste en los ejércitos; porque los Persas a los de Caria les llamaban gallos, a causa de los penachos con que adornaban sus cascos.

XI.—La relación de Ctesias, procurando abreviar y compendiar mucho en pocas palabras, es como sigue: Ciro, luego que dió muerte a Artager-

ses, dirigió su caballo contra el rey, y éste el suyo contra él, ambos sin hablar palabra. Anticipóse Arieo, amigo de Ciro, a tirar contra el rey, pero no le hirió. El rey, haciendo entonces tiro con su lanza, no acertó a Ciro, pero alcanzó y dió muerte a Satifernes, hombre de valor y leal a Ciro. Tirando éste contra aquél, le pasó la coraza y le hirió en el pecho, hasta penetrar la saeta dos dedos, haciéndole el golpe caer del caballo. Desordenáronse con esto y huyeron los que tenía alrededor de sí, y levantándose con muy pocos, de los cuales era uno Ctesias, tomó una altura inmediata, donde respiró. A Ciro, mientras acosaba a los enemigos, enardecido su caballo, lo llevó a gran distancia, venida ya la noche, desconocido de los enemigos y buscado de los suyos. Engreído con la victoria y lleno de ardor y osadía, corrió gritando: «Rendíos, miserables!» Repitiólo en lengua persa muchas veces, y algunos se retiraban adorándole; mas cáesele en esto la tiara de la cabeza, y volviendo contra él un mancebo persa, llamado Mitridates, le hiere con un dardo en una sien, junto al ojo, sin saber quién fuese. Como le corriese mucha sangre de la herida, cayó Ciro desmayado y soporoso, y el caballo, dando a huir, corría desbocado, cuyos jaeces, caídos al suelo, recogió el escudero del que hirió a Ciro, bañados todos en sangre. A éste, que con la herida apenas podía dar paso, procuraban unos cuantos eunucos que allí se hallaban subirle en otro caballo y salvarle; mas no estando para ello, y yendo con gran dificultad por su paso, le

cogieron por los brazos y así le llevaban muy pesado ya del cuerpo y cayéndoseles, pero creído de que era vencedor, por oír a los que huían que aclamaban por rey a Ciro y le rogaban los mirase con indulgencia. En esto unos Caunios, hombres de mala vida, miserables, y que por muy poco jornal iban de trabantes en el ejército del rey, se encontraron mezclados como amigos entre las gentes de Ciro, y no bien hubieron visto las sobrevestas purpúreas, siendo blancas las que usaban todos los del servicio del rey, conocieron que eran enemigos. Atrevióse, pues, uno de ellos a herir con un dardo a Ciro por la espalda sin conocerle, y rota la vena de la corva, cayó Ciro, dando al mismo tiempo con la sien herida sobre una piedra, y falleció. Esta es la narración de Ctesias, con la que, como con una mala navaja, le va matando poco a poco.

XII.—Cuando ya había muerto, acertó a pasar a caballo Artasiras, especulador del rey, y conociendo a los eunucos que se lamentaban, preguntó al que tenía entre ellos de más confianza: «Dime, Parsica, ¿a quién lloras aquí sentado?», a lo que respondió: «¿No ves, ¡oh Artasiras!, a Ciro muerto?» Maravillado Artasiras, procuró consolar al eunuco, encargándole la custodia del muerto, y él corrió a Artojerjes, que ya lo daba todo por perdido, y que se hallaba mal parado de sed y de sus heridas, y le dice con regocijo que ha visto muerto a Ciro. Su primer movimiento fué querer ir a verlo por sí, diciendo a Artasiras que lo llevase al sitio; pero

como llegasen continuas noticias y fuese grande el miedo con motivo de que los Griegos seguían el alcance, y todo lo vencían y avasallaban, se tuvo por más conveniente enviar exploradores en mayor número, y se enviaron treinta con hachones. Estaba el rey a punto de morir de sed, y el eunuco Satibanes corría por todas partes buscando qué bebiese, porque el terreno aquel carecía de agua y no estaba cerca el campamento; mas al fin, a costa de mucha diligencia, dió de aquellos Caunios miserables con uno que en un odre ruin tenía de agua podrida y de mala calidad hasta unas ocho cotilas (1). Tomóle, pues, y lo trajo al rey; y habiéndose bebido éste toda el agua, le preguntó si no le había sabido mal semejante bebida, y él juró por los dioses que en su vida había bebido ni vino más dulce, ni agua más delicada y limpia; tanto, que le añadió: «Al hombre que te la ha dado, si buscándole no puedo yo darle la debida recompensa, pediré a los dioses que le hagan feliz y rico.»

XIII.—Llegaron en este punto los treinta regocijados y alegres, anunciándole su inesperada ventura, y empezando además a cobrar ánimo con el gran número de los que volvían a pasarse a él, bajó del collado rodeado de antorchas. Cuando estuvo junto al cadáver, luego que, según una ley de los Persas, se le cortó la mano derecha y la cabeza, separándolas del cuerpo, mandó que le trajesen la cabeza; y cogiéndola por los cabellos, que

---

(1) La cotila se ha dicho que era medida de líquidos de cabida de medio cuartillo y onza y media.



eran espesos y ensortijados, la mostró a los que todavía dudaban y huían. Admirábanse éstos y lo adoraban, de manera que en breve reunió unos setenta mil hombres, que regresaron otra vez a los reales, siendo los que había llevado a la batalla, según dice Ctesias, sobre cuatrocientos mil; pero Dinón y Jenofonte refieren haber sido muchos más los que entraron en acción. De muertos dice Ctesias que Artojerjes le refirió haber sido nueve mil, y que a él le parece que en todo no bajaron los que perecieron de veinte mil. En esto puede haber duda; pero lo que es una insigne impostura de Ctesias es decir que él mismo fué enviado a los Griegos con Faleno de Zacinto y algunos otros, porque Jenofonte sabía que Ctesias moraba en la corte del rey, puesto que hace mención de él, y es claro que tuvo en las manos sus libros; y si hubiera ido y sido intérprete de las conferencias, no habría dejado de nombrarle cuando nombra a Falino de Zacinto; y es que, siendo Ctesias sumamente ambicioso y no menos apasionado de los Lacedemonios y de Clearco, siempre deja para sí mismo algunos huecos en la narración, y cuando se ve en ella, dice muchas y grandes proezas de Clearco y de Lacedemonia.

XIV.—Después de la batalla envió los más ricos y preciosos dones al hijo de Artagerses, muerto a manos de Ciro, y honró magníficamente a Ctesias y a todos los demás. Habiendo hallado al Cautivo aquel que le dió el odre, de obscuro y pobre lo hizo ilustre y rico. Se notó cierto estudio hasta en

los castigos de los que faltaron, porque a un Medo llamado Arsaces que en la batalla huyó a Ciro y otra vez se le pasó después de muerto éste, queriendo en él castigar la timidez y cobardía, y no la traición ni la maldad, le condenó a que, tomando en hombros una ramera desnuda, la paseara así un día entero por la plaza. A otro que sobre haberse pasado se había atribuido con falsedad haber muerto a dos enemigos, dispuso que le atravesaran la lengua con tres agujas. Creyendo él mismo, y queriendo que todos creyeran y dijeran que él había sido quien había muerto a Ciro, a Mitrídates, que fué el primero en tirar contra Ciro, le envió magníficos dones, encargando a los que habían de entregárselos que le dijeren: «Con estas preseas te premia el rey por haberle presentado los arreos del caballo de Ciro, que te encontraste.» Pidiéndole asimismo recompensa aquel de Caria que dió a Ciro en la pierna la herida de que murió, previno a los que se la llevaban le dijeren en la propia forma: «Este regalo te lo hace el rey por segundas albricias, porque el primero fué Artasiras, y después de él tú le anunciaste la muerte de Ciro.» Mitrídates, aunque disgustado, recibió su regalo y nada dijo; pero al miserable Cario le sucedió lo que comúnmente padecen los necios, porque, deslumbrado con los bienes presentes, pensó que podía subirse a mayores, y desdeñando recibir lo que se le daba como albricias, se mostró ofendido, protestando y gritando que ninguno otro que él había muerto a Ciro, e injustamente se le privaba de aquella glo-

ria. Cuando se lo dijeron al rey, se irritó sobremanera y mandó que le cortasen la cabeza; pero la madre, que se hallaba presente: «No has de ser tú, ¡oh rey!—le dijo—, quien se dé con esto por satisfecho respecto de este abominable Cario, sino que de mí recibirá una recompensa digna de lo que ha tenido el arrojo de decir.» Habiéndoselo otorgado el rey, dió orden Parisatis a los ejecutores de la justicia para que, tomando bajo su poder aquel hombre, lo atormentaran por diez días, y sacándole después los ojos, le echaran en los oídos bronce derretido hasta que así falleciese.

XV.—Al cabo pereció también malamente Mitrídates de allí a poco tiempo por su indiscreción. Convidado, en efecto, a un banquete, al que asistieron los eunucos del rey y de su madre, se presentó en él engalanado con el vestido y alhajas de oro que aquél le había dado. Cuando ya estaban cenando, le dijo el eunuco de más valimiento entre los de Parisatis: «Bellísimo es, ¡oh Mitrídates!, ese vestido que te dió el rey; bellísimos igualmente los collares y demás adornos; pero más precioso el alfanje. ¡Ciertamente que te hizo venturoso y célebre entre todos!» Mitrídates, que ya tenía la cabeza caliente: «¿Qué es esto?—dijo—, ¡oh Esparamizes! De mayores y más preciosos dones de parte del rey me hice yo digno en aquel día.» Entonces Esparamizes, sonriéndose: «Nadie te lo disputa, ¡oh Mitrídates!—le contestó—; pero pues dicen los Griegos que la verdad es compañera del vino, ¿qué cosa tan grande y tan brillante es, amigo mío, en-

contrarse en el suelo los arreos de un caballo, e ir después a presentarlos?» Diciendo esto, no porque ignorase lo que había pasado, sino para hacer se franquease ante los demás que se hallaban presentes, picaba así la vanidad de Mitrídates, hablador ya y descomedido con el vino. Así es que, no pudiendo contenerse: «Vosotros—repuso—diréis todo lo que queráis de arreos y tonterías; lo que yo os aseguro sin rodeos es que Ciro fué muerto por esta mano, porque no tiré, como Artagerses, flojamente y en vano, sino que erré poco del ojo, y acertándole en la sien, y pasándosela, lo derribé al suelo, habiendo muerto de aquella herida.» Todos los demás, poniéndose ya en el fin de aquella conversación, y viendo la desgraciada suerte de Mitrídates, bajaron los ojos a tierra; y el que daba el convite: «Amigo Mitrídates—dijo—, bebamos ahora y comamos adorando el genio del rey, y dejemos a un lado razonamientos que son sobre los que pide un banquete.»

XVI.—En seguida refiere el eunuco a Parisatis aquella conversación, y ésta al rey, el cual se indignó en gran manera, creyéndose desmentido y que se le hacía perder el más precioso y más dulce fruto de la victoria, pues estaba empeñado en hacer entender a todos los bárbaros y a los Griegos que en los encuentros y choques, dando y recibiendo golpes, él había sido herido, pero había muerto a Ciro. Mandó, pues, que a Mitrídates se le quitara la vida, haciéndole morir enartelado, lo que es en esta forma: tómanse dos artesas hechas de manera que se ajusten exactamente la una a la

otra, y tendiendo en una de ellas supino al que ha de ser penado, traen la otra y la adaptan de modo que queden fuera la cabeza, las manos y los pies, dejando cubierto todo lo demás del cuerpo, y en esta disposición le dan de comer. Si no quiere, le precisan punzándole en los ojos; después de comer le dan a beber miel y leche mezcladas, echándoselas en la boca y derramándolas por la cara; vuélvenle después continuamente al sol, de modo que le dé en los ojos, y toda la cara se le cubre de una infinidad de moscas. Como dentro no puede menos de hacer las necesidades de los que comen y beben, de la suciedad y podredumbre de las secreciones se engendran bichos y gusanos que carcomen el cuerpo, tirando a meterse dentro. Porque cuando se ve que el hombre está ya muerto, se quita la artesa de arriba y se halla la carne carcomida, y en las entrañas enjambres de aquellos insectos pegados y cebados en ellas. Consumido de esta manera Mitrídates, apenas falleció al décimoséptimo día.

XVII.—Quedábale a Parisatis otro blanco, que era Masabates, aquel eunuco del rey que cortó a Ciro la cabeza y la mano. No le daba éste motivo ni asidero ninguno, y Parisatis discurrió este modo de traerle a sus lazos. Era para todo mujer astuta, y diestra en el juego de los dados, por lo que antes de la guerra jugaba muchas veces con el rey, y después de ella (1), cuando ya se habían reconciliado,

---

(1) Desde aquí hasta el fin de este período todo lo demás falta en el texto que se sigue; pero se halla en otras ediciones y códices manuscritos, y hace falta para el sentido.

no se negaba a las demostraciones del rey, sino que tomaba parte en sus diversiones y era sabedora de sus amores, terciando en ellos y presenciándolos, con el cuidado, sobre todo, de que conversara y se llegara a Estatira lo menos posible, por aborrecerla más que a nadie, y también para poder aparentar que ella era la que gozaba del mayor favor. En una ocasión, pues, en que el rey estaba alegre y sin qué hacer, lo provocó a jugar la suma de mil darieos; echaron los dados, y habiéndose dejado ganar, entregó el dinero. Fingió, sin embargo, sentimiento y gana de continuar, proponiendo que se pusiera a jugar de nuevo, y que fuera lo que se jugase un eunuco. Hicieron el convenio de que cada uno exceptuaría cinco, los que tuviese de mayor confianza, y de los demás el vencedor elegiría, y el vencido habría de entregarlo; bajo estas condiciones se pusieron a jugar. Dió grande atención al juego, no omitiendo nada de su parte, y como además le fuesen favorables los lances, ganó y se hizo dueña de Masabates, que no era de los exceptuados; y antes que el rey pudiera tener sospecha ninguna de su intención, lo entregó a los ejecutores de la justicia con orden de que lo desollaran vivo; el cuerpo, puesto de lado, lo amarraron en tres cruces, y la piel la tendieron con separación en otro palo. Hecho esto, el rey manifestó el mayor pesar, mostrándosele irritado, y ella por burla: «¡Cuán amable y gracioso eres — le decía — si así te dueles por un eunuco viejo y perverso, cuando yo, habiendo perdido mil

daricos, callo y aguanto!» El rey, aunque no dejó de sentir el engaño, nada hizo; pero Estatira, que abiertamente la contradecía en todo, hizo también con esta ocasión demostraciones de disgusto, no pudiendo sufrir que Parisatis diera muerte injusta y cruel, a causa de Ciro, a los hombres y a los eunucos más fieles al rey.

XVIII. — Habiendo Tisafernes engañado a Clearco y a los demás caudillos, y puéstolos en prisión con quebrantamiento de las capitulaciones confirmadas con juramento, dice Ctesias que Clearco le pidió le proporcionase un peine, y que, provisto de él, se compuso y ordenó el cabello, quedando muy agradecido a aquel favor, por el que le dió un anillo, prenda de amistad, para sus parientes y deudos en Lacedemonia, siendo lo que tenía grabado una danza de Cariátides. Añade que los víveres enviados a Clearco los substraían y consumían los soldados presos con él, dando a Clearco una parte muy pequeña, como si a ellos la debiera; y que él puso en esto remedio, negociando que se enviaran más provisiones a Clearco y que se les dieran separadamente a los soldados; y todo esto lo dispuso y ejecutó por favor y con beneplácito de Parisatis. Como entre estas provisiones se enviase todos los días a Clearco un jamón, le mostró de qué modo podría poner entre la carne un puñal y enviárselo escondido, rogándole lo ejecutase y que no diera lugar a que su fin pendiera de la crueldad del rey. Mas él no se prestó a semejante propuesta, y habiendo la madre intercedido con el

rey para que no se diese muerte a Clearco, el rey se lo otorgó bajo juramento; pero vuelto por Estatira, hizo quitar la vida a todos, fuera de Menón. De resulta de esto dice que Parisatis atentó a la vida de Estatira, preparándole un veneno, cosa poco probable en cuanto a la causa, pues no parece que Parisatis había de emprender acción tan atroz y exponerse por Clearco a los mayores peligros, arrojándose a dar muerte a la mujer legítima del rey, madre de los hijos que en común habían educado para el reino. Pero es bien claro que todo esto está exagerado en obsequio de la memoria de Clearco; porque dice también que, muertos los caudillos, todos los demás fueron comidos de perros o de aves; pero que en cuanto al cadáver de Clearco, levantándose un recio huracán, que acumuló un montón de tierra, la trajo sobre él y le cubrió, y que, habiéndose plantado allí unas palmas, en breve se formó un maravilloso palmar, que hizo sombra a aquel sitio, tanto, que el rey mismo se mostró muy pesaroso de haber dado muerte a un hombre tan amado de los dioses como Clearco.

XIX.—Parisatis, que desde el principio había mirado con aversión y celos a Estatira, viendo que su poder no nacía sino del respeto y honor en que la tenía el rey, y que el de ésta tomaba sus quilibros y su fuerza del amor y de la confianza, se resolvió a armarle asechanzas, aventurándose, como ella misma lo creía, a todo. Tenía una esclava muy fiel y que gozaba de todo su favor, llamada Gigis, de la cual dice Dinón haber sido quien dispuso el



veneno, y Ctesias, que sólo fué sabedora involuntariamente. Al que dió el veneno, éste le llama Belitara, y Dinón, Melanta. A pesar de sus antiguas sospechas y disensiones, habían empezado otra vez a visitarse y a cenar juntas, comiendo, aunque con recelo y precaución, de los mismos platos preparados por las mismas personas. Hay en Persia un ave pequeña que no hace ninguna secreción, sino que en lo interior toda es gordura, por lo que se cree que se mantiene del viento y del rocío, y su nombre es *Rintaces*. Dice, pues, Ctesias que Parisatis trinchó una de estas aves con un cuchillo untado por el un lado con el veneno, con lo que quedó emponzoñada una parte del ave, y que comió ella la parte intacta y pura, alargando a Estatira la que estaba inficionada. Dinón dice que no fué Parisatis, sino Melanta quien trinchó el ave, poniendo la carne envenenada al lado de Estatira. Como ésta hubiese muerto con grandes dolores y convulsiones, ella misma conoció la maldad, y el rey no pudo menos de concebir sospechas contra la madre, mayormente sabiendo su índole feroz e implacable. Por tanto, aplicándose al punto a hacer indagaciones, prendió y atormentó a los sirvientes y superintendentes de la mesa de la madre; por lo que hace a Gigis, Parisatis la tuvo mucho tiempo consigo en su habitación, sin querer entregarla al rey, que la reclamó; pero como más adelante hubiese pedido que la dejara ir una noche a su casa, el rey lo llegó a entender, puso quien la acechase y prendiese, y la condenó a

muerte. La pena que en Persia se da, según la ley, a los envenadores es la siguiente: tienen una piedra ancha sobre la que ponen la cabeza del criminal, y con otra piedra se la machacan y muelen hasta quedar deshechas la cara y la cabeza; y ésta fué la muerte que tuvo Gigis. A Parisatis no le dijo o hizo Artojerjes otro mal que enviarla con su voluntad a Babilonia, diciendo que mientras ésta estuviese allí, no vería aquella ciudad. Tales fueron y así pasaron las cosas domésticas.

XX.—Quería el rey y hacía esfuerzos por apoderarse de todos los Griegos que habían subido a la Persia como había vencido a Ciro y había conservado el reino; pero no habiéndolo conseguido, y antes habiéndose ellos salvado por sí mismos, puede decirse que desde la corte, no obstante haber perdido a Ciro y todos sus caudillos, lo que éstos hicieron fué descubrir y revelar lo que era el imperio de la Persia y las fuerzas del rey, reducido todo a mucho oro, lujo y mujeres, y en lo demás, orgullo y vanidad; con lo que toda la Grecia se tranquilizó y despreció a los bárbaros, y aun a los Lacedemonios les pareció cosa intolerable no sacar de su servidumbre a los griegos habitantes del Asia, y no poner término a sus insolencias. Haciéndoles, pues, la guerra, primero bajo el mando de Timbrón y después de Dercilidas, sin hacer nada digno de mentarse, la encargaron al rey Agesilao. Pasó éste con sus naves al Asia, y desplegando al punto singular actividad, alcanzó un ilustre nombre, venció de poder a poder a Tisafernes y

sublevó las ciudades. En vista de esto, meditando Artojerjes sobre el modo de hacer la guerra, envió a la Grecia a Hermócrates de Rodas con cantidad de oro y orden de regalar y corromper a los demagogos de más influjo en las ciudades, a fin de llevar la guerra griega sobre Lacedemonia. Hízolo así Hermócrates, logrando que se rebelaran las ciudades más principales; y habiéndose puesto también en movimiento el Peloponeso, los magistrados llamaron del Asia a Agesilao. Así se refiere que, al retirarse de aquella región, dijo a sus amigos que había sido expelido del Asia por el rey con treinta mil arqueros, porque el sello de la moneda persa es un arquero o sagitario.

XXI.—Echó también del mar a los Lacedemonios, valiéndose para caudillo de Conón el Ateniense con Farnabazo; porque Conón, después del combate naval de Egospótamos, se estacionó en Chipre, no para consultar a su seguridad, sino esperando, como en el mar cambio del viento, así mudanza en los negocios. Viendo, pues, que sus ideas necesitaban de poder y que el poder del rey necesitaba de un hombre capaz, envió una carta a éste sobre lo que meditaba, previniendo al portador que la entregara por medio de Zenón de Creta o de Policrito, médico de Mendeo, y si éstos no se hallasen presentes, por medio de Ctesias, también médico. Refiérese que Ctesias fué el que recibió la carta, y a lo que Conón escribía, añadió que le enviara a Ctesias, porque le sería útil para las empresas de mar; pero Ctesias dice que el rey,

de movimiento propio, le confió este encargo. Mas como después de la victoria naval que alcanzó en Gnido, por medio de Farnabazo y de Conón, hubiese despojado a los Lacedemonios del imperio del mar, puso de su parte a la Grecia toda, hasta el punto de dictar a los Griegos aquella tan nombrada paz que se llamó la paz de Antalcidas. El espartano Antalcidas era hijo de Leonte, y trabajando en favor del rey, negoció que todas las ciudades griegas del Asia y las islas con ella confinantes le serían tributarias, debiendo permitirlo así los Lacedemonios, en virtud de la paz ajustada con los Griegos, si es que puede llamarse paz una mengua y traición que trajo a la Grecia a un estado más ignominioso que el que tuvo jamás por término guerra ninguna.

XXII.— Por tanto, habiendo abominado siempre Artojerjes de todos los Espartanos, teniéndolos, como dice Dinón, por los hombres más impudentes, a Antalcidas, cuando subió a la Persia, le hizo los mayores agasajos; y en una ocasión, tomando una corona de flores y mojándola en un unguento preciosísimo, la envió desde la mesa a Antalcidas, maravillándose todos de tan extraordinario obsequio. Ahora, él era hombre muy sujeto a dejarse corromper del lujo y admitir semejante corona, cuando en Persia había remedado por nota a Leonidas y Calicrátidas. Y si Agesilao, según parece, al que dijo: «¡Desdichada Grecia, cuando los Lacedemonios *medizan!*», le respondió: «Nada de eso, sino cuando los medos *laconizan*», la gracia de

este chiste no quitó la vergüenza y mengua del hecho, pues ello fué que perdieron el principado por haber combatido mal en Leuctras, y antes había sido ya mancillada la gloria de Esparta con aquel tratado. Mientras Esparta conservó la primacía, tuvo Artojerjes a Antalcidas por su huésped, y le llamaba su amigo; pero después que, vencidos en Leuctras, decayeron de su altura, y que por falta de medios enviaron a Agesilao al Egipto, subió Antalcidas a la Persia a pedir a Artojerjes socorriese a los Lacedemonios; y éste de tal modo lo desdeñó, le desatendió y le arrojó de sí, que hubo de volverse afligido con el escarnio de los enemigos y el temor a los Eforos, y se dejó morir de hambre. Subieron también a solicitar el auxilio del rey Ismenias, y Pelópidas, después que había vencido en la batalla de Leuctras; pero éste nada hizo que pudiera parecer indecoroso: Ismenias, habiéndosele mandado que adorase, dejó caer el anillo del dedo, y bajándose a cogerlo, pasó por que había adorado. A Timágoras Ateniense, que por medio de Beluris, su escribiente, le dirigió un billete reservado, alegre de haberlo recibido, le envió diez mil daricos, y porque hallándose enfermo necesitaba tomar leche de vacas, hizo que le siguieran en el viaje ochenta vacas de leche. Mandóle además un lecho con su estrado y hombres que lo armaran, por creer que los griegos no sabrían, y portadores que le condujesen en litera hasta el mar, hallándose delicado. Cuando ya hubo arribado, le envió una cena tan suntuosa, que Ostanes, el hermano del

rey, le dijo: «Acuérdate, Timágoras, de esta mesa, porque no se te envía tan magníficamente adornada con ligero motivo»; lo que más era estímulo para una traición que recuerdo para el agradecimiento. En fin, los Atenienses condenaron a muerte a Timágoras por causa de soborno.

XXIII.—En una cosa dió gusto Artojerjes a los Griegos por tantas con que los había mortificado, y fué en dar muerte a Tisafernes, que les era el más enemigo y contrario, y se la dió por sospechas que contra él le hizo concebir Parisatis, pues no le duró mucho al rey el enojo, sino que luego se reconcilió con su madre y la envió a llamar, haciéndose cargo de que tenía talento y un ánimo digno del trono, y de que ya no mediaba causa ninguna por la que hubieran de recelar disgustarse viviendo juntos. Desde entonces, conduciéndose en todo a gusto del rey, y no mostrándose displicente por nada que hiciese, adquirió con él el mayor poder, alcanzando cuanto quería; esto mismo la puso en estado de observar que el rey estaba apasionadamente enamorado de Atosa, una de sus hijas, aunque, por respeto a la madre, ocultaba y reprimía esta pasión, como dicen algunos, no obstante que tenía ya trato secreto con aquella joven. No bien lo hubo rastreado Parisatis, cuando empezó a hacerle mayores demostraciones que antes, y a Artojerjes le ponderaba su belleza y sus costumbres como propiamente regias y dignas del más alto lugar. Persuadióle por fin que se casase con aquella doncella y la declarase su legítima mujer, no

haciendo caso de las opiniones y leyes de los Griegos, pues para los Persas él había sido puesto por Dios como ley y norma de lo torpe y de lo honesto. Todavía añaden algunos, de cuyo número es Heráclides de Cumas, que Artojerjes se casó también con su otra hija Amestris, de la que hablaremos más adelante. A Atosa la amó el padre con tal extremo después del matrimonio que, habiéndosele plagado el cuerpo de herpes, no se apartó de su amor por esta causa ni lo más mínimo, y sólo hizo plegarias por ella a Juno; la adoró sola entre los dioses, llegando a tocar con las manos la tierra, e hizo que los sátrapas y sus amigos le enviaran tantas ofrendas, que el espacio que media entre el templo y el palacio, que es de diez y seis estadios, estaba lleno de oro, plata, púrpura y pedrería.

XXIV.—Habiendo movido guerra a los egipcios por medio de Farnabazo e Ificrates, le salió desgraciadamente a causa de haberse éstos indisputado entre sí. A los Cadusios la hizo por sí mismo con trescientos mil infantes y diez mil caballos; pero habiendo invadido un país áspero y nebuloso, falto de los frutos que provienen de la siembra, y que sólo da para el sustento peras, manzanas y otras frutas silvestres a unos hombres belicosos e iracundos, no advirtió que iba a verse rodeado de las mayores privaciones y peligros, porque no encontraban nada que comer, ni había modo de introducirlo de otra parte. Manteníanse solamente con las acémilas, de manera que una cabeza de asno apenas se encontraba por sesenta dracmas. La cena

regia desapareció, y eran muy pocos los caballos que quedaban, habiéndose consumido los demás. En esta situación, Teribazo, que por su valor muchas veces ocupaba el primer lugar, otras muchas era retirado por su vanidad, y entonces se hallaba en desgracia y puesto en olvido, fué el que salvó al rey y al ejército. Porque siendo dos los reyes de los Cadusios y estando acampados aparte, se presentó a Artojerjes, y dándole parte de lo que pensaba ejecutar, se fué él en persona a ver a uno de los Cadusios, y al otro envió a su hijo. Cada uno engañó al suyo, diciéndole que el otro iba a enviar embajadores a Artojerjes para negociar con él paz y alianza; por tanto, que, si tenía juicio, le convenía llegar él el primero, para lo que le auxiliaría en todo. Diéronles crédito ambos, y procurando cada cual anticiparse, el uno envió embajadores a Teribazo, y el otro a su hijo. Como hubiese habido alguna detención, ya se levantaban sospechas y acusaciones contra Teribazo, y el mismo rey empezaba a mirarle mal, arrepintiéndose de haberse fiado de él y dejando campo abierto a sus enemigos para calumniarle. Mas cuando se presentaron, de una parte Teribazo y de otra su hijo, con los Cadusios, y extendiéndose los tratados se asentó la paz con ambos reyes, entonces alcanzó Teribazo los mayores honores, e hizo la retirada al lado del rey, el cual demostró en esta ocasión a todos que la pusilanimidad y delicadeza no nacen del lujo y del regalo, como cree el vulgo, sino de un natural viciado y pervertido que se deja arrastrar de err-



das opiniones. Porque ni el oro, ni la púrpura, ni todo el aparato y magnífico equipaje de doce mil talentos que seguía siempre a la persona del rey, le preservó de sufrir trabajos e incomodidades como otro cualquiera, sino que, con su aljaba colgada y llevando él mismo su escudo, marchaba el primero por caminos montuosos y ásperos, dejando el caballo, con lo que daba ligereza y aliviaba la fatiga a los demás, viendo su buen ánimo y su aguante; porque cada día hacía una marcha de doscientos o más estadios.

XXV.—Habiendo llegado a un palacio real, que en un país escueto y desnudo de árboles tenía jardines maravillosos y magníficamente adornados, como hiciese frío, permitió a los soldados que cortaran leña en el jardín, echando al suelo árboles, sin perdonar ni al alerce ni al ciprés. No se atrevían por su grandor y belleza, y entonces, tomando él mismo la segur, cortó el más alto y más hermoso de aquellos árboles. Con esto ya los soldados hicieron leña, y encendiendo muchas lumbradas, pasaron bien la noche. Con todo, la vuelta fué perdiendo muchos hombres, y puede decirse que todos los caballos. Pareciéndole que por aquel revés y por haberse desgraciado la expedición se le tenía en menos, concibió sospechas contra las personas más principales, y si a muchos quitó la vida por enojo, a muchos más por miedo; porque el temor es muy mortífero en el despotismo, así como no hay nada tan benigno, suave y confiado como el valor. Por tanto, aun en las fieras, las intratables

e indómitas son las medrosas y tímidas; pero las nobles y generosas, siendo más confiadas por su mismo valor, no se hurtan a los halagos.

XXVI.—Siendo ya anciano Artojerjes, entendió que sus hijos, ante sus amigos y ante los magnates, tenían contienda sobre el trono; porque los más juiciosos deseaban que, como él mismo había recibido por primogenitura el reino, así lo dejaría a Darío; pero Oco, el menor de todos, que era de espíritu fogoso y violento, tenía en el mismo palacio no pocos partidarios, y esperaba ganar al padre principalmente por Atosa, a la que obsequiaba para tomarla por mujer y para que reinara con él después de la muerte del padre; corrían incluso rumores de que en vida de éste tenía trato en secreto con ella, aunque de esto no supo nada Artojerjes. Queriendo, pues, quitar cuanto antes toda esperanza a Oco, precaver también que, arrojándose a seguir el ejemplo de Ciro, el reino se envolviese en guerras y contiendas, designó por rey a Darío, que se hallaba en la edad de cincuenta años (1), y le concedió llevar enhiesta la que llamaban *Citaris*. Era ley de Persia que el designado pedía una gracia, y el designante había de otorgar la que se pidiese, como fuese posible; y Darío pidió a Aspasia, mujer muy estimada antes de Ciro, y contada entonces entre las concubinas del rey. Era Aspasia de Focea, en la Jonia, hija de padres

---

(1) Es probable que hay yerro en este número, porque más adelante se llama joven a Darío; pero se ignora cuál era su verdadera edad.

libres y educada con particular esmero: presentáronse a Ciro con otras mujeres estando cenando, y las demás, habiendo tomado asiento, como Ciro, arrimándose a ellas, usase de chanzas y de chistes, no se mostraban desdeñosas; pero aquella se estuvo callada al lado del escaño, y llamándola Ciro, no obedeció. Querían los camareros conducirla; pero «Tendrá que sentir—dijo ella—cualquiera que venga a echarme mano»; con lo que por los circunstancias fué calificada de ingrata e incivil. Mas Ciro se holgó de ello, y echándose a reír, dijo al que había presentado aquellas mujeres: «¿Cómo hasta ahora no habías advertido que, entre todas, ésta sola me traías libre e intacta?» Y desde entonces comenzó a obsequiarla y a preferirla a todas, llamándola sabia. Quedó cautiva cuando, muerto Ciro, fué saqueado su campamento.

XXVII.—Con haberla pedido Darío causó disgusto al padre, porque los celos de los bárbaros en lo relativo a placeres son terribles; tanto, que no sólo el que se arrima y toca a una concubina del rey, sino aun el que se adelanta y pasa cuando es conducida en carruaje, incurre en pena de muerte. Teniendo, pues, a Astosa, a la que, arrastrado del amor, había hecho su mujer contra ley, y manteniendo trescientas setenta concubinas de extrema belleza, sin embargo, a la demanda de ésta respondió que era libre, y dió orden de que la tomase queriendo ella; pero que contra su voluntad no se la obligase. Llamóse, pues, a Aspasia, y como, contra lo que el rey esperaba, hubiese preferido a

Darío, la dió estrechado de la precisión de la ley; pero de allí a poco se la quitó, nombrándola sacerdotisa de Diana la de Ecbatana, llamada Anaitis, para que viviera en castidad el resto de su vida, creyendo tomar con esto del hijo una venganza no dura y grave, sino llevadera y mezclada en cierto modo con una burla; pero éste no la llevó con serenidad, o porque estuviese enamorado de Aspasia, o porque se juzgase afrentado y escarnecido del padre. Percibió esta disposición suya Teribazo, y todavía lo exasperó más, juntando con la ofensa de éste las suyas, que eran por este orden. Teniendo el rey muchas hijas, prometió dar Apama por mujer a Farnabazo, Rodoguna a Orontes, y a Teribazo Amestris. A los otros les dió sus prometidas; pero faltó a la palabra a Teribazo, casándose él mismo con Amestris, y desposando en su lugar con Teribazo a Atosa segunda; y como se hubiese casado también con ésta, enamorado de ella, del todo se desazonó y enemistó con él Teribazo, que ya de suyo no era de índole sosegada, sino inconsecuente y atolondrado. Por tanto, honrado unas veces entre los primeros, y otras perseguido y desechado con ignominia, ninguna de estas mudanzas las llevaba con cordura, sino que en la elevación era insolente, y cuando se le reprimía, no se mostraba modesto y contenido, sino iracundo y soberbio.

XXVIII.—Era, pues, Teribazo fuego sobre fuego, estando siempre inflamando a aquel joven con decirle que la *Citaris* puesta sobre la cabeza de nada servía a los que la llevaban si no trabajaban

por dar buena dirección a los negocios, y que sería por tanto muy necio si, intentando de una parte prevenirle en ellos el hermano con el favor del serrallo, y teniendo de otra el padre un genio tan caprichoso e inconstante, creyese que le era ya segura y cierta la sucesión; y que no era lo mismo no salir Oco con su intento, que quedar él privado del reino; porque Oco podía muy bien vivir feliz como hombre privado; pero a él, designado ya rey, le era preciso o reinar, o no existir. Por lo común, sucede aquello de Sófocles:

La persuasión del mal ligera corre;

porque es muy fácil y en pendiente la marcha a lo que se quiere, y los más de los hombres apetecen lo malo porque no tienen experiencia y conocimiento de lo bueno. Aquí, además, el esplendor del mando y el temor de Darío a Oco le dieron un grande asidero a Teribazo, y quizá no dejó de tener parte de culpa Venus, a causa de lo ocurrido con Aspasia.

XXIX.—Entregóse, pues, enteramente a Teribazo, y cuando ya eran muchos los rebeldes, un eunuco descubrió al rey la conjuración y el modo, estando plenamente informado de que tenían resuelto entrar aquella noche y matarle en el lecho. Oído por Artojerjes, le pareció cosa fuerte desatender tan grave peligro no dando valor a la denuncia; pero aun le pareció más fuerte y terrible el darlo por cierto sin ninguna prueba. Tomó, pues, este partido: al eunuco le mandó que estuviera so-

bre ellos y los siguiese, y él hizo que en el dormitorio abrieran un agujero en la pared que estaba a espaldas del lecho, y, poniéndole puertas, cubrió éstas con un tapiz. Llegada la hora, y avisado por el eunuco del momento de la ejecución, se estuvo en el lecho, y no se levantó de él hasta haber visto los rostros de los agresores y conociéndolos bien. Cuando vió que desenvainaban las espadas y se encaminaban en su busca, levantó sin dilación el tapiz y se retiró a la cámara inmediata, cerrando con estrépito las puertas. Vistos por él los matadores sin que hubiesen podido ejecutar su hecho, dieron a huir por la puerta por donde entraron, y decían a Teribazo que escapara, pues que habían sido descubiertos, y los demás se dispersaron y huyeron; pero Teribazo iba a ser preso, y dando muerte a muchos de los guardias, con dificultad acabaron con él herido de un dardo arrojado de lejos. Para Darío, que fué preso con sus hijos, convocó Artojerjes los jueces regios, no hallándose él presente, sino haciendo que otros le acusaran y dando orden de que los dependientes escribieran el dictamen de cada uno y se lo llevaran. Votaron todos con uniformidad, condenándole a muerte, y los ministros lo pasaron a la pieza próxima. Llamado el verdugo, vino prevenido del cuchillo con que se cortaba la cabeza a los sentenciados; pero al ver a Darío se quedó pasmado, y se retiró mirando a la puerta y manifestando que no podía ni se atrevía a poner mano en el rey; gritábanle y amenazábanle en tanto desde afuera los jueces, con lo que

volvió, y tomando a Darío con la otra mano por los cabellos, y acercándolo a sí, con el cuchillo le cortó el cuello. Dicen algunos que estuvo el rey presente al juicio, y que Darío, cuando se vió convencido con las pruebas, postrándose en el suelo, rogó y suplicó; pero aquél, levantándose encendido en ira, sacó el puñal y lo hirió hasta quitarle la vida. Añaden que después pasó a palacio y, adorando al Sol, dijo: «Retiraos alegres, ¡oh Persas!, y anunciad a los demás que el grande Oromazes ha dado el debido castigo a los que habían meditado crímenes tan atroces y nefandos.»

XXX.—Este fin tuvo aquella conjuración. Con esto Oco se alentó en sus esperanzas fomentado por Atosa; mas, con todo, aun le inspiraba miedo, de los legítimos, Ariaspes, que era el que quedaba, y de los espurios, Arsames; porque en cuanto a Ariaspes, deseaban los Persas que reinase, no tanto porque era mayor que Oco como por su condición benigna, sencilla y humana; y Arsames, además de tener talento, no se le ocultaba a Oco que gozaba de la predilección del padre. Insidió, pues, a entrambos, y siendo hombre tan propio para un engaño como para un asesinato, usó de la crueldad de su carácter contra Arsames, y de su maldad y ruindad contra Ariaspes. Envió, pues, a éste varios eunucos y amigos del rey que continuamente le estuviesen anunciando amenazas y expresiones terribles del padre, como que tenía resuelto quitarle la vida cruel e ignominiosamente. Dándole, pues, a entender cada día que le participaban estos

secretos, y diciéndole unas veces que el peligro no era próximo, y otras que no faltaba nada para que el rey pusiera por obra su designio, de tal manera le abatieron y fué tanto su aburrimento y su confusión sobre lo que haría, que preparó un veneno mortal y, tomándole, se quitó la vida. Cuando el rey supo el género de muerte de Ariaspes, le lloró, y sospechó la causa; pero no se resolvió, por la vejez, a inquirir y proceder sobre ella, y con esto aun se acrecentó su amor a Arsames, notándose que de él principalmente se fiaba, haciéndole su confidente; por lo cual Oco no dilató sus proyectos, sino que, echando mano de Arpates, hijo de Teribazo, por mano de éste le dieron muerte. Eran ya entonces con la vejez muy pocas las fuerzas de Artojerjes, y sobreviniéndole en este estado el pesar de la muerte de Arsames, no pudo ni por momentos tolerarle, sino que al punto, de dolor y abatimiento se le apagó lo poco que le quedaba de espíritu, habiendo vivido noventa y cuatro años y reinado sesenta y dos. Contribuyó no poco a que tuviera opinión de benigno y morigerado su hijo Oco, que sobrepujó a todos en fiereza y crueldad.

---



# ARATO

---

I.—Temiendo, a mi entender, ¡oh Polícrates!, el filósofo Crisipo la sensible aplicación de cierto proverbio antiguo, no lo escribió como él es en sí, sino como a él le parecía que estaría mejor, diciendo:

¿Quién del padre mejor hace el elogio  
que los hijos honrados y dichosos?

Pero Dionisódoro de Trecene lo censura, y pone el proverbio verdadero, que es así:

¿Quién del padre mejor hace el elogio  
que los astrosos e infelices hijos?

Y dice que el proverbio es hecho para tapan la boca a los que, no valiendo nada por sí, se adornan con las virtudes de algunos de sus antepasados y se dilatan en sus alabanzas. Mas para aquel a quien le cabe una generosa índole adquirida de los padres, según expresión de Píndaro, como tú que procuras asemejar la vida a los domésticos ejemplos, sería lo más provechoso estar continuamente oyendo o diciendo algún loor de los hombres ilustres de

su linaje, pues no por falta de virtudes propias en, salza entonces la gloria de las alabanzas ajenas— sino que, haciendo un cuerpo de sus hazañas y las de éstos, los celebra como autores de su linaje y de su conducta. Este es el motivo de haberte enviado la Vida que he escrito de Arato, tu conciudadano y progenitor, del que tú no desdices, ni en la gloria propia ni en el uso del poder; no porque tú no hayas trabajado desde el principio por conocer con la mayor puntualidad sus hechos, sino con el objeto de que tus hijos Polícrates y Pitocles se formen sobre los ejemplares domésticos, ora oyendo y ora leyendo lo que deben imitar, por cuanto no es de quien ama la virtud, sino de quien está enamorado de sí mismo, el tenerse siempre por mejor que los otros.

II.— La ciudad de Sicione, habiendo perdido su pura y dórica aristocracia, cayó, como cuando la armonía se desconcierta, en las sediciones y competencias de los demagogos, y no dejó de andar doliente e inquieta sin hacer mas que mudar de tiranos, hasta que, dada muerte a Cleón, eligieron por primeros magistrados a Timóclidas y Clinias, varones los más aventajados en gloria y poder entre aquellos ciudadanos. Cuando parecía que ya el gobierno había tomado alguna consistencia, murió Timóclidas, y Abántidas, hijo de Paseas, que meditaba usurpar la tiranía, dió muerte a Clinias, y de sus amigos y deudos a unos los desterró y a otros los dió muerte. Hacía asimismo diligencias por quitar la vida a Arato su hijo, que quedaba de

edad de siete años; pero este niño, escabulléndose entre los demás que huían y andando por la ciudad errante y medroso, destituido de todo amparo, sin que él supiese cómo, se entró en casa de una mujer, hermana de Abántidas y casada con Pro-fanto, hermano de Clinias, llamado Soso. Esta, naturalmente de índole generosa, y creyendo además que algún dios había llevado aquel niño a guarecerse en su casa, lo ocultó en ella, y después a la noche lo envió cautelosamente a Argos.

III.—Habiéndose de esta manera salvado y evitado el peligro Arato, muy desde luego se le infundió y fué creciendo en él un odio el más ardiente y violento contra los tiranos. Recibió en Argos de los huéspedes y amigos paternos una educación liberal, y viendo él mismo que su cuerpo adquiría talla y robustez, se dedicó a los ejercicios de la palestra, de tal modo que, habiendo lidiado los cinco certámenes, alcanzó las cinco coronas. Descúbrese en sus mismos retratos un cierto aire atlético, y lo grave y regio de su semblante no alcanza a desmentir que fuese tragón y bebedor. Quizá por esto mismo atendió al estudio de la elocuencia menos de lo que convenía a un hombre de estado, aunque no dejaba de ser más elegante que lo que han juzgado algunos por los comentarios que de él nos han quedado escritos de prisa y con los nombres vulgares, en medio de los negocios y según éstos ocurrían. Más adelante Dinias y Aristóteles el dialéctico a Abántidas, que acostumbraba asistir en la plaza a sus conferencias, tomando parte en ellas,

luego que le vieron cebado en este estudio, le armaron asechanzas y le quitaron la vida. A Paseas, el padre de Abántidas, le dió alevosamente muerte Nicocles, y se alzó él mismo con la tiranía. Dícese de él que era en su semblante sumamente parecido a Periandro, el hijo de Cipselo, al modo que a Alcmeón el de Anfiarao el persa Orontes, y a Héctor un joven Lacedemonio, de quien refiere Mirsilio que fué pateado y muerto de este modo por la muchedumbre que le estaba viendo, luego que advirtieron la semejanza.

IV.—Tuvo Nicocles cuatro meses de tiranía, en los que, habiendo causado a la ciudad infinitos males, estuvo en muy poco que no la perdiese por las asechanzas de los Etolios; y siendo ya mocito Arato, se hizo desde entonces espectable por su ilustre origen y por su ánimo, que no aparecía apocado o desidioso, sino antes resuelto sobre su edad y templado al mismo tiempo con un proceder circunspecto y seguro. Por tanto, los desterrados en él principalmente tenían puesta la vista, y el mismo Nicocles no desatendía sus operaciones, sino que se veía bien claro que estaba en acecho y observación de sus intentos, pero sin temor una determinación semejante ni una empresa tan arriesgada, y sospechando tan sólo que podía andar en tratos con los reyes que habían sido huéspedes y amigos de su padre. Y en verdad que Arato intentó seguir este camino; pero como Antígono, que le había hecho ofertas, se descuidase de cumplirlas, dando largas, y las esperanzas del Egipto y de Tolomeo

las considerase remotas, se resolvió a destruir por sí mismo al tirano.

V.—Los primeros a quienes comunicó sus pensamientos fueron Aristómaco y Ecdelo, de los cuales aquél era uno de los desterrados de Sicione, y Ecdelo Arcade de Megalópolis, hombre dado a la filosofía, activo y que en Atenas había sido discípulo del académico Arquelao. Habiéndolo éstos adoptado con ardor, trató con los demás desterrados, de los cuales sólo algunos, avergonzándose de abandonar la esperanza, se decidieron a tomar parte en la empresa; pero los más procuraron disuadir de ella a Arato, pareciéndoles que su arrojo provenía de inexperiencia en los negocios. Propóníase éste ocupar primero algún punto del país de Sicione, desde donde emprendiese hacer la guerra al tirano; pero en esto vino a Argos un Sicionio que se había fugado de la cárcel, el cual era hermano de Jenocles, uno de los desterrados. Presentado por Jenocles a Arato, le enteró del paraje de la muralla por donde, subiendo a ella, se había salvado, diciendo que por adentro casi era llano, aunque pegado a terrenos pedregosos y altos, y que por afuera no era tal que no se alcanzase a él con escalas. Luego que le oyó Arato, envió con Jenocles a dos de sus esclavos, Seuta y Tecnón, a reconocer la muralla, determinado, si le era posible ejecutarlo por sorpresa y corriendo de una vez el peligro, a aventurarlo todo cuanto antes, más bien que de particular contender con una guerra prolongada y continuados combates contra el tirano. Así,

cuando volvió Jenocles trayendo la medida del muro, aunque le expuso que el sitio, por su naturaleza, no era, en realidad, ni inaccesible ni difícil, pero que sería imposible el no ser sentidos, a causa de los perros de un hortelano, que, aunque pequeños, eran extraordinariamente alborotados e implacables, al momento puso manos a la obra.

VI.—La adquisición de armas no ofrecía dificultad cuando todos puede decirse se empleaban en robos y en correrías de unos contra otros. Las escalas las construyó sin reservarse el mecánico Eufnanor, no pudiendo inducir sospecha por su profesión, aun cuando era también del número de los desterrados. En cuanto a gente, cada uno de sus amigos, de la poca que tenían, le dió diez hombres, y él mismo armó treinta de sus propios esclavos. Tomó asimismo a sueldo algunos soldados de Jenófilo, capitán de bandoleros, entre los cuales se hizo correr la voz de que aquella salida se hacía al país de Sicione contra las yeguas del rey, y a los más se les envió delante en partidas a la torre de Polignoto, con orden de esperar allí. Envióse del mismo modo a Cafisias con otros cuatro bien armados, y éstos debían dirigirse de noche al hortelano, diciendo que eran pasajeros, y en siendo admitidos, encerrar a éste y a los perros, porque no había otro punto por donde poder entrar. Las escalas se desarmaban; metiéronse, pues, en ciertas medidas de granos, y puestas en carros se enviaron ocultas delante. A este tiempo se habían aparecido en Argos ciertos espías de Nicocles, que de-

cían francamente ser venidos a seguir y observar a Arato, y éste en aquel día, desde muy temprano, se presentó públicamente en la plaza, en la que se detuvo tratando con sus amigos. Ungióse después en el gimnasio, y tomando consigo algunos jóvenes de los de la palestra, con quienes solía beber y pasar el tiempo, se marchó a casa. A poco aparecieron sus esclavos en la plaza, uno tomando coronas, otro comprando lámparas y otro hablando con aquellas mujerzuelas que suelen tocar y bailar entre los brindis de los festines; con lo que engañó completamente a los espías, pues al ver estas prevenciones se decían unos a otros: «En verdad que no hay cosa más medrosa que un tirano, pues que Nicocles, estando enseñoreado de una ciudad tan poderosa y disponiendo de tantas fuerzas, teme a un mozo que consume en placeres y solaces continuos los recursos que tiene para pasar su destierro.»

VII.—Engañados de esta manera se retiraron, y Arato, después de comer, salió al punto de la ciudad, se reunió junto a la torre de Polignoto con los soldados y, conduciéndolos a Nemea, descubrió allí a la muchedumbre su designio. Hízoles en primer lugar ofertas y exhortaciones, y dándoles por seña *Apolo propicio*, se encaminó a la ciudad, acelerando unas veces y acortando otras el paso, según que la Luna lo permitía, aprovechándose de su luz en el camino; y cuando iba a ponerse llegó al huerto inmediato al muro. Aquí Cafisias le salió al encuentro, no habiendo podido asegurar los pe-

rros, porque habían dado a correr, aunque sí había encerrado al hortelano. Desmayaron con esto los más, y le proponían que desistiese; pero Arato los sosegó, diciéndoles que se retiraría si veían que los perros les oponían un grande estorbo. Despachó delante al mismo tiempo a los que conducían las escalas, al frente de los cuales iban Ecdelo y Mnasiteo, y él seguía a paso lento a tiempo que ya los perros ladraban y perseguían a la partida de Ecdelo; pero éstos, sin embargo, llegaron al muro y arrimaron sin inconvenientes las escalas. Al subir los primeros, el que hacía la ronda de la madrugada acertó a pasar con la campanilla, y eran muchas las luces y el ruido de los que le acompañaban. Con todo, ellos, cosiéndose así como estaban con las escalas, de éstos se ocultaron fácilmente; pero viniendo luego la otra ronda de la parte opuesta, estuvieron en el mayor peligro. Mas luego que ésta también pasó y se libraron del riesgo, subieron a la muralla los primeros Mnasiteo y Ecdelo, y tomando por uno y otro lado del muro las calles, enviaron a Tecnón en busca de Arato para prevenirle que acelerara la venida.

VIII.—Era corta la distancia que había del huerto a la muralla y a la torre, en la que estaba de centinela un perro grande de los de caza. Este, pues, no sintió la escalada, bien porque fuese naturalmente tardo de oído, o bien porque estuviese cansado del día anterior; pero, excitado desde abajo por los perrillos del hortelano, dió al principio unos ladridos sordos y oscuros, arreciólos más



cuando pasaron, y al cabo de poco atronaba con sus ladridos toda la comarca; de manera que los de la guardia, que estaban a la otra parte, preguntaron a gritos al que cuidaba del perro por qué ladraba éste con tanta furia y si había ocurrido novedad; pero él respondió desde la torre que nada había que pudiera dar cuidado, sino que el perro sin duda se había alborotado con las luces y con el ruido de la campanilla de los que habían hecho la ronda. Dió esto grande aliento a los soldados de Arato, por creer que este hombre les hacía espalda, siendo sabedor de la empresa, y que habría en la ciudad otros muchos que les ayudarían en ella. Mas aun así era bien peligrosa la situación de los que asaltaban la muralla, y la operación se dilataba, ora por romperse las escalas si no subían uno a uno, ora porque la oportunidad se pasaba, cantando ya los gallos y no faltando nada para que vinieran a la plaza los que traían del campo cosas que vender. Por lo tanto, el mismo Arato se apresuró a subir, habiendo sido en todo unos cuarenta los que subieron antes que él, y esperando a que subieran todavía muy pocos más de los que quedaban abajo, se encaminó a casa del tirano y al principal, porque allí dormían los de tropa extranjera. Cayendo de improviso sobre ellos, y prendiéndolos a todos, sin dar muerte a ninguno, envió al punto a sus amigos quien los llamara e hiciera venir de sus casas; y acudiendo éstos de todas partes, ya en tanto había venido el día y el teatro se hallaba lleno de gentes, pendientes todos

de la voz incierta que corría, sin que nadie supiese con seguridad lo que pasaba, hasta que se presentó un heraldo diciendo que Arato, hijo de Clinias, llamaba a los ciudadanos a la libertad.

IX.—Entonces, creyendo que era llegado lo que esperaban tanto tiempo había, corrieron en tropel a las puertas de la casa del tirano para pegarles fuego. Levantóse tan grande llamarada, que se dejó ver desde Corinto cuando ya ardió la casa, y admirados los Corintios, estuvieron para correr a dar auxilio. Nicocles pudo escapar oculto por ciertas cuevas y salir de la ciudad, y los soldados, apagando con los Sicionios el fuego, saquearon la casa, lo que no sólo no estorbó a Arato, sino que puso a discreción de los Sicionios todos los demás bienes de los tiranos. Nadie murió o salió herido, ni de los invasores ni de los enemigos, sino que la fortuna conservó pura y limpia de sangre vil esta empresa. Restituyó a los desterrados, tanto a los que lo habían sido por Nicocles, que eran ochenta, como a los que lo fueron por los anteriores tiranos, que no bajaban de quinientos, y habían andado por largo tiempo errantes, algunos por cincuenta años. Volviendo los más sumamente pobres, quisieron recobrar los bienes de que antes habían sido dueños, y echándose sobre sus posesiones y sus casas, pusieron en grande perplejidad a Arato, por ver que a su ciudad de la parte de afuera se le armaban asechanzas y era mirada con envidia de Antígono, a causa de la libertad, y que de la parte de adentro se ardía en disensiones e inquietudes. Así que,

tomando el mejor partido que las circunstancias permitía, la unió a la liga de los Aqueos, y como eran Dorios, no repugnaron admitir el nombre y gobierno de éstos, que entonces ni tenían grande esplendor ni mucho poder, pues eran ciudades pequeñas, y no sólo no poseían un terreno fértil y rico, sino que habitaban además sobre un mar desprovisto de puertos, que por lo común sólo con escollos y rocas tocaba al continente. Aun así éstos hicieron ver con la mayor claridad que el vigoroso poder de la Grecia es invencible, siempre que en ella haya unión y concordia y tenga la felicidad de lograr un prudente caudillo, pues que no siendo, como quien dice, mas que una parte muy pequeña de aquellos antiguos Griegos, y no componiendo entre todos las fuerzas de una sola ciudad de consideración, con la buena dirección y concordia y con sujetarse a no tener envidia al que entre ellos sobresalía en virtud, obediéndole y ejecutando sus órdenes, no sólo conservaron su libertad en medio de tantas y tan poderosas ciudades y tiranías, sino que aun pudieron libertar y salvar a la mayor parte de los otros Griegos.

X.—Era Arato en todo su porte un perfecto hombre de Estado, magnánimo, más diligente para las cosas públicas que para las suyas propias, implacable enemigo de los tiranos, y tal, por fin, que sólo el bien público decidía de sus odios y de sus amistades. Así, no tanto era amigo diligente y estable como enemigo indulgente y de benigna condición, pasando por la república de un estado a

otro, según lo pedían las circunstancias; de manera que a una voz decían con entera uniformidad las naciones, las ciudades, las juntas y los teatros no conocersele otro amor ni otra pasión que la de lo honesto y justo. Para la guerra y los combates no puede dudarse que era irresoluto y desconfiado, así como el más avisado para manejar con reserva los negocios, y para sorprender mañosamente a las ciudades y a los tiranos. De modo que, habiendo venido al cabo de muchos intentos que debían tenerse por desesperados, con atreverse a ellos, no fueron menos al parecer los que, siendo posibles, dejó de emprender por excesiva precaución. Pues no sólo hay ciertos animales cuya vista obra en lo obscuro, y a la luz del día se ciega, por la sequedad y delgadez del humor de sus ojos, que no sufre la concurrencia de la luz, sino que entre los hombres hay también talentos e ingenios que en las cosas claras, y como quien dice pregonadas, pierden fácilmente la serenidad, y en las empresas reservadas y ocultas proceden con seguridad y decisión, siendo causa de esta anomalía la falta de criterio filosófico en aquellas buenas índoles que llevan la virtud como fruto natural y espontáneo sin ciencia ni cultivo, lo que se demostraría mejor con ejemplos.

XI.— Arato, después que incorporó su persona y su ciudad en la liga de los Aqueos, se hizo apreciar de los magistrados, militando en caballería, o por su subordinación y obediencia; pues con haber puesto en la sociedad partes tan principales como

su propia gloria y el poder de su patria, se prestó siempre a servir como cualquiera ciudadano particular bajo las órdenes del que ejercía la autoridad entre los Aqueos, ora fuese Dimeo, ora Triense, o de otra ciudad más pequeña. Trajéronle también de parte de rey Tolomeo en donativo la cantidad de veinticinco talentos; tomólos el mismo Arato, y en seguida los entregó a sus conciudadanos pobres, ya para otros objetos, ya para rescatar los cautivos.

XII. — Estaban los desterrados implacables, incomodando sin cesar a los que poseían sus bienes; y como la ciudad se hallase muy expuesta a una sedición, no viendo esperanza sino en la amistad y humanidad de Tolomeo, emprendió un viaje de mar para rógar a este rey le facilitase algunas cantidades con que poder conseguir una transacción. Dió, pues, la vela de Metone sobre Malea, creyendo hacer con suma presteza la travesía; pero cediendo el piloto a un viento recio y al grande oleaje que se levantó en el mar, con dificultad pudo llegar y tomar puerto en Adria, que a la sazón era enemiga, porque estaba dominada de Antígono, que tenía en ella guarnición. Apresuróse, pues, a huir, y dejando la nave se apartó lejos del mar, no llevando consigo mas que a uno solo de sus amigos, llamado Timantes. Metiéronse en un sitio rodeado de maleza, donde tuvieron una mala noche, y en tanto ya se había presentado el comandante de la guardia, buscando a Arato; pero la familia le engañó, estando prevenida que dijese que al punto ha-

bía huído, embarcándose para la Eubea. Los efectos que conducía la nave y los esclavos los declaró por de enemigos, y la ocupó. No se pasaron muchos días cuando, estando Arato en el mayor apuro, le trajo la suerte una nave romana que fué a dar al sitio donde acudía, unas veces a atalayar, y otras a guarecerse. Hacía esta nave viaje a la Siria, y embarcándose en ella, persuadió al capitán a que lo condujese hasta la Caria. Condújole, y otra vez corrió no pocos peligros en el mar; de la Caria tuvo una larga navegación al Egipto, donde se avistó con el rey, que le miraba con inclinación por haberle obsequiado con pinturas y tablas de la Grecia, de las que juzgaba Arato con bastante inteligencia, y recogiendo y adquiriendo continuamente las más acabadas y primorosas, especialmente de mano de Pánfilo y Melanto, se las enviaba.

XIII.—Porque florecía aún la gloria del primor y de la buena pintura sicionia, como que era la única en que no se había alterado lo bello; tanto, que aquel tan admirado Apeles se trasladó a Sicione y compró en un talento el poder vivir con aquellos ciudadanos, reconociéndose más bien necesitado de participar de su gloria que de su arte. Por tanto, habiendo quitado Arato, luego que libertó a esta ciudad, todos los retratos de los tiranos, en cuanto al de Arístrato, que vivió en la era de Filipo, estuvo indeciso mucho tiempo; porque fué pintado Arístrato por todos los de la escuela de Melanto al lado de un carro que conducía una victoria, habiendo puesto también la mano Apeles

es aquella pintura, según refiere el geógrafo Polemón. Era obra muy para mirada, hasta tal punto que el mismo Arato se doblaba ya por consideración al arte; pero arrebatado otra vez su odio a los tiranos, dió por fin orden de que también se destruyese. Entonces se cuenta que el pintor Nealces, amigo de Arato, le suplicó y lloró; y como no lo moviese, le dijo que estaba bien hiciera la guerra a los tiranos, pero no a cuanto les tocase: «Dejemos, pues — continuó —, el carro y la victoria, que en cuanto a Arístrato, yo te daré el gusto de que se retire del cuadro.» Dado por Arato el permiso, borró Nealces la figura de Arístrato, y en su lugar sólo pintó una palma, sin atreverse a poner ninguna otra cosa, y se refiere que del Arístrato borrado quedaron los pies confundidos bajo el carro. Era, pues, tenido en estimación Arato por la causa que hemos dicho, y cuando se le conoció de cerca, aun ganó en la intimidad del rey, de quien recibió el donativo de ciento cincuenta talentos. De éstos trajo consigo, desde luego, cuarenta al Peloponeso, y haciendo partidas de los restantes, se los fué enviando después el rey poco a poco.

XIV. — Fué cosa grande, sin duda, proporcionar a los ciudadanos una suma tan crecida de dinero, que una parte pequeña de ella, alcanzada de los reyes por otros generales o demagogos, bastó para impelerlos a cometer injusticias, hacer bajezas y entregar sus patrias; pero fué mucho mayor la transacción y concordia que por medio de aquel dinero se negoció de los pobres para con los ricos, y la

salvación y seguridad que resultó para todo el pueblo. Mas también fué admirable la moderación de este insigne varón en tan gran poder, porque habiendo sido nombrado árbitro pacificador y dueño él solo para todos los negocios y dependencias de los desterrados, no lo consintió, sino que él mismo se agregó otros quince ciudadanos, con los cuales, a costa de gran trabajo y de muchas diligencias, consiguió establecer y afirmar entre los ciudadanos la paz y amistad, por los cuales méritos no sólo le tributó los correspondientes honores la universalidad de los ciudadanos, sino que, separadamente, los desterrados le erigieron una estatua de bronce, grabando estos versos elegíacos:

Tus consejos, desvelos y trabajos,  
y por la Grecia tus ilustres hechos,  
en las columnas de Hércules resuenan.  
Nosotros, a este suelo restituidos,  
¡oh Arato!, a los dioses salvadores  
tu bienhechora imagen consagramos,  
de tu virtud en grato testimonio,  
porque a tu patria los divinos bienes  
de la igualdad y la concordia diste.

XV.—Hechos por Arato estos tan señalados servicios, púsose por ellos fuera de la envidia que de sus conciudadanos pudiera venirle; pero el rey Antígono, inquieto a causa de él y queriendo, o atraerle del todo a su amistad, o calumniarle en el ánimo de Tolomeo, le hizo otros obsequios que él no admitía gustoso, y habiendo sacrificado a los dioses en Corinto, envió a Arato parte de las víctimas a Sicione, y en la cena, siendo muchos los convi-



dados, habló de este modo en medio de ellos: «Yo estaba en el concepto de que ese joven Sicionio sólo era por índole liberal y amante de sus ciudadanos; pero parece que es también un excelente juez de la conducta y de los intereses de los reyes, porque antes me miraba con indiferencia, y poniendo fuera de aquí sus esperanzas, admiraba la riqueza egipcia al oír hablar de elefantes, escuadras y palacios; pero ahora, habiendo visto por dentro todas estas cosas, que no son mas que farsa y aparato, enteramente se ha unido a mí. Tómole, pues, bajo mi protección con resolución de valerme de él para todo, y deseo que vosotros le tengáis por amigo.» Tomando pie de esta conversación los malignos y los envidiosos, anduvieron a competencia para escribir a Tolomeo mil infamias contra Arato, hasta el punto de que este rey le envió las quejas. ¡Tal era la envidia y perversidad que acompañaba a estas amistades tan disputadas y tan parecidas a las competencias amorosas de los reyes y los tiranos!

XVI.—Elegido por primera vez Arato general de los Aqueos, taló la Locride y la Calidonia vecinas, y habiendo de dar auxilio a los Beocios con diez mil hombres, no llegó a tiempo a la batalla en que éstos fueron junto a Queronea vencidos por los Etolios, con muerte del beotarca Abecrito y de mil Beocios más con él. Siendo general otra vez un año después, tomó por su cuenta el proyecto del Acrocorinto, no para promover los intereses de los Sicionios ni de los Aqueos sino con el objeto y la

mira de arrojar de allí una tiranía común a toda la Grecia en la guarnición que tenían los Macedonios; porque si Cares el Ateniese, habiendo ganado una batalla contra los generales del gran rey, escribió al pueblo de Atenas que había alcanzado una victoria hermana de la de Maratón, no andaría errado el que a esta acción la apellidara hermana de la destrucción de la tiranía por Pelópidas Tebano y Trasíbulo Ateniese, y aun se aventaja a ésta en no haber sido contra griegos, sino para desterrar una dominación dura y extranjera. Porque el istmo que separa los dos mares junta y enlaza en aquel lugar este nuestro continente; pero el Acrocorinto, monte elevado que se levanta del medio de la Grecia, cuando admite guarnición, se interpone y corta todo el país dentro del istmo al trato, al comercio, a las expediciones y a toda negociación por tierra y por mar, haciendo dueño único de todo esto al que allí manda y con su guarnición domina el territorio. Así parece que, no por juego, sino con mucha verdad, llamó Filippo el Joven a la ciudad de Corinto «grillos de la Grecia». Era, por tanto, para todos este lugar objeto de codicia y de disputa, pero más especialmente para los reyes y potentados.

XVII. — El ansia, pues, de Antígono por poseerle aun se dejaba atrás los amores más furiosos, trayéndole en continua solicitud para ver cómo con algún engaño se le arrebataría a los que de él eran dueños, ya que el usar de medios directos estaba fuera de toda esperanza. Muerto, pues, por él mismo con hierbas, según se cree, Alejandro, que era

el que entonces le ocupaba, como Nicea su mujer se hubiese apoderado de los negocios y tuviese en custodia el Acrocorinto, al punto envió a ella solapadamente a su hijo Demetrio, y dándole dulces esperanzas de casar con un rey y de tener a su lado a un joven apreciable, siendo ella de más edad, de este modo la sedujo, valiéndose del hijo como de un cebo. Mas viendo que no por esto abandonaba aquel importante punto, sino que lo guardaba siempre con cuidado, haciendo como que no le interesaba, sacrificó por sus bodas en Corinto, dió espectáculos, tuvo convites cada día, como pudiera hacerlo el que más relajara su ánimo con juegos y entretenimientos entre placeres y obsequios. Cuando le pareció tiempo, habiendo de cantar Amebeo en el teatro, acompañó él mismo a Nicea, que era conducida al espectáculo en una litera regiamente adornada, alegre y contenta con aquellas honras y muy distante de lo que iba a suceder. Llegados que fueron al punto donde se toma la vuelta para el monte, le dijo que se adelantasen al teatro, y dejándose de Amebeo y de la celebridad de la boda, se encamina al Acrocorinto más aprisa de lo que su edad requería, y encontrando cerrada la puerta, la hierde con su vara, mandando que le abran, y los de adentro le abren pasmados y sorprendidos. Apoderado de este modo de aquel puesto, no pudo irse a la mano, sino que con el gozo se puso por juego a beber en los cantones y en la plaza entre las tañedoras, adornado con coronas las sienas; y un hombre ya anciano y tan

experimentado en las mudanzas de fortuna se entregó a francaçhelas, dando la diestra y abrazando a cuantos encontraba; ¡de tal manera conmueve y saca de quicio el ánimo, aun más que el pesar y el temor, la alegría que no es moderada por la razón!

XVIII.—Antígono, apoderado como hemos dicho del Acrocorinto, le custodiaba por medio de aquellos en quienes tenía más confianza, habiendo dado la comandancia a Perseo el filósofo. Arato, en vida de Alejandro tenía ya entre manos el ocuparle; pero habiendo hecho los Aqueos alianza con Alejandro, desistió del intento; mas entonces volvió de nuevo a la empresa con esta ocasión. Había en Corinto cuatro hermanos, Siros de origen, de los cuales uno, llamado Diocles, servía a sueldo en la guarnición. Robaron los otros tres el tesoro del rey y, pasando a Sicione, fueron a dar con el cambista Egias, que era el mismo de quien para sus negocios se valía Arato. Depositaron, desde luego, alguna parte de aquel dinero, y lo restante Ergino, uno de ellos, yendo y viniendo, lo cambió poco a poco. Hizo de resultas amistad con Egias, y traído por éste a la conversación de la guardia del Acrocorinto, le dijo que, subiendo una vez a ver al hermano a lo más escarpado, había descubierto una senda oblicua que conducía a un punto donde el muro del fuerte era sumamente bajo. Empezó con esto Egias a chancearse con él y a decirle: «¡Conque, amigo, por tan poco dinero os habéis indispuerto con el rey, pudiendo ganar en una hora

sola inmenso caudal? ¿Pues qué, así los salteadores como los traidores, si son aprehendidos, no tienen que morir una vez?» Rióse Ergino, y sólo contestó por entonces que tantearía a Diocles, porque de los otros hermanos no se fiaba tanto; pero volviendo de allí a pocos días, convino en que conduciría a Arato a un sitio donde el muro no tenía mas que quince pies de alto, y a todo lo demás ayudaría con Diocles.

XIX.—Prometió Arato darle sesenta talentos si se lograba la empresa, y si ésta se desgraciaba, pero salía con ellos salvo, a cada uno de los dos casa y un talento. Mas siendo preciso depositar el dinero en Egias, y no teniéndole ni queriendo tomarle a logro, por no dar motivo a otros de comprender su designio, cogió su vajilla de plata y todos los arreos de oro de su mujer, y los empeñó a Egias por aquella suma. Era tal su magnanimidad y tan ardiente su amor a las acciones loables, que, sabiendo haber sido Timón y Epaminondas, de todos los Griegos, los que mayor opinión de justos se habían granjeado, por haberse negado a admitir grandes dones y no haber sacrificado al dinero lo honesto, no se detuvo en gastar secretamente en objetos en que él solo peligraba por todos los ciudadanos, los cuales ni siquiera tenían noticia de lo que emprendía. Porque ¿quién no admirará y no tomará interés aun ahora en la elevación de ánimo de un hombre que con tan crecida suma compraba el mayor peligro y empeñaba las que se tienen por más preciosas alhajas para me-

terse de noche entre los enemigos y poner a riesgo su vida, no teniendo de aquellos a quienes favorecía más prenda que la esperanza de una acción honesta sin ningún otro premio?

XX.—La empresa, que de suyo era arriesgada, la hizo más peligrosa todavía la siguiente equivocación que se padeció a los primeros pasos: Tecnón, el esclavo de Arato, fué enviado a que con Diocles se hiciera cargo del sitio, y él nunca antes se había visto personalmente con Diocles, sino que había formado idea de su figura por las señas que Ergino le había dado, teniéndole por de cabello encrespado, moreno y todavía imberbe. Yendo, pues, al lugar aplazado, esperó a Ergino, que había de acudir con Diocles a las inmediaciones de la ciudad, poco más acá del sitio llamado *Ornis*. En esto el hermano mayor de Ergino y Diocles, llamado Dionisio, que nada sabía de aquel designio, ni era por tanto del secreto, pero que se parecía a Diocles, acertó a pasar casualmente por allí. Tecnón, guiado de la semejanza al conocimiento de las señas, le preguntó si tenía alguna relación con Ergino; como respondiese que era hermano, enteramente se persuadió Tecnón de que hablaba con Diocles, y sin preguntarle el nombre ni esperar a más pruebas, le da la diestra, le habla de lo tratado con Ergino y le hace preguntas. El, llevando adelante la equivocación con sagacidad, conviene en todo y, volviendo a la ciudad, se lo lleva consigo en conversación, sin que pudiera caer en sospecha. Cuando ya estaban cerca y apenas faltaba otra cosa que el

que le echaran mano a Tecnón, quiso la buena suerte que se apareciese allí Ergino, y habiéndose penetrado de la equivocación y del peligro, por señas previno a Tecnón que huyera, y encaminándose ambos a casa de Arato, por pies pudieron salvarse. Mas no por eso cedió éste en sus esperanzas, sino que inmediatamente envió a Ergino con dinero para que lo entregara a Dionisio y le encargara el secreto. Hizolo así Ergino, y se vino después a casa de Arato, trayendo a Dionisio consigo. Luego que allí le tuvieron, ya no le dejaron de la mano, sino que lo aprisionaron y lo pusieron en buena custodia, dedicándose a tomar las convenientes disposiciones para la ejecución de su proyecto.

XXI.— Cuando ya todo estuvo a punto, mandó que las demás fuerzas pasaran la noche sobre las armas, y tomando consigo cuatrocientos hombres escogidos, que, a excepción de muy pocos, ignoraban también qué era lo que iba a hacerse, los condujo a las puertas de la ciudad, por la parte del templo de Juno. Estábase en medio de la estación del estío y en el plenilunio, y la noche era despejada y clara; de manera que de miedo reservaba lo posible las armas que resplandecían al reflejo de la Luna, no fuera que no pudiesen ocultarse a la guardia. Cuando ya los primeros estaban cerca, se levantó del mar una nubecilla que, corriéndose, ocupó la ciudad y los contornos, haciendo que quedaran en sombra. Allí los demás se sentaron y quitaron los zapatos, porque los pies desnudos ni

hacen mucho ruido ni se resbalan subiendo por las escalas, y Ergino llevó consigo siete jóvenes vestidos como de camino, y acercándose sin ser visto a la puerta, dió muerte al portero y a los de la guardia. Al mismo tiempo se pusieron las escalas, y dando prisa Arato a cien hombres para que subiesen y orden a los demás para que los siguiesen como pudieran, retiró luego las escalas, y por la ciudad se fué corriendo con aquellos mismos ciento hacia el alcázar, muy alegre con no haber sido sentido y dándose ya el parabién de la victoria. Estando todavía lejos, vino hacia ellos con luz una ronda de cuatro hombres, de la que no fueron vistos, porque todavía estaban dentro de la sombra de la Luna, mientras ellos la veían acercarse por su frente. Ocultándose, pues, entre algunas paredes y en las esquinas de las calles, se ponen en asechanza contra aquellos hombres, logrando dar muerte a tres de ellos; pero el cuarto, herido de una cuchillada en la cabeza, huyó gritando que estaban dentro los enemigos. De allí a poco hicieron ya señal las trompetas, y toda la ciudad se puso en pie para ver lo que era. Llenáronse los cantones de gente que corría, y se veían brillar muchas luces, unas abajo y otras también a la parte de arriba del alcázar, discurriendo por todo alrededor una confusa gritería.

XXII.—En esto Arato, empeñado en su marcha, seguía hacia la eminencia torpemente y con dificultad al principio, no teniendo certeza y andando a tienta por perderse y obscurecerse el sen-



dero entre los derrumbaderos, y por no conducir a la muralla sino por muchos rodeos y revueltas. Fué cosa maravillosa cómo en este momento la Luna disipó las nubes, según se dice, y tomó por su cuenta alumbrar en lo más escabroso del camino, hasta que llegó a la muralla por la parte que convenía, y aquí otra vez se encubrió y obscureció, volviendo las nubes. Los soldados de Arato, que en número de trescientos habían quedado a la puerta, junto al templo de Juno, luego que penetraron en la ciudad, agitada del mayor tumulto e invadida por todas partes, como no pudiesen encontrar la misma senda ni dar con la huella de la marcha que aquél llevaba, se apiñaron y resguardaron en una revuelta escondida de la roca, y allí aguantaron llenos de disgusto y cuidado. Porque ofendidos y combatidos Arato y los suyos desde el alcázar, descendía hasta lo bajo aquel rumor de los que pelean, y resonaba la vocería, repetida por la repercusión de las montañas, sin que pudiera saberse dónde tenía su origen. Mientras así dudaban a qué parte deberían volverse, Arquelao, comandante de las tropas del rey, que tenía muchos soldados a sus órdenes, subió con gritería y trompetas a acometer a Arato, y pasó más allá de los trescientos. Saliendo éstos entonces como de una emboscada, cargan sobre él, dan muerte a los primeros que alcanzan, y amedrentando a los demás y al mismo Arquelao, los obligan a retirarse y los persiguen, hasta que se dispersan y disipan por la ciudad. Cuando éstos acababan de ser vencidos, llegó Ergi-

no de parte de los que arriba combatían, anunciando que Arato estaba en reñida lid con los enemigos, que se defendían con valor, siendo terrible la contienda junto a la muralla, y que necesitaba de pronto auxilio. Pidiéronle ellos que los guiara al punto, y a la llegada con la voz se hicieron conocer, alentando a los amigos mientras la Luna hacía que las armas pareciesen a los enemigos más de los que eran, por lo largo de la marcha, así como lo estrepitoso de la noche hacía pensar que el rumor provenía de mucho mayor número de hombres. Finalmente, combatiendo todos juntos, rechazaron a los enemigos, se hicieron dueños del alcázar y tomaron la guarnición cuando empezaba a rayar el alba, viniendo luego el sol a ilustrar su obra. De Sicione acudieron las restantes fuerzas de Arato, recibéndolas en la puerta los Corintios con la mejor voluntad y aprehendiendo entre unos y otros a los soldados del rey.

XXIII.—Cuando pareció que todo estaba ya asegurado, bajó del alcázar al teatro, al que acudía inmenso gentío con deseo de verle y de oír el razonamiento que haría a los Corintios. Colocando, pues, a uno y otro lado al tránsito a los Aqueos, salió al medio de la escena, puesta la corona y muy demudado el semblante con la fatiga y falta de sueño, de manera que la arrogancia y alegría del ánimo quedaban ahogadas bajo el quebranto del cuerpo. Como, al presentarse, todos se deshiciesen en aplausos, pasando la lanza a la mano derecha y doblando un poco la rodilla y el cuerpo, perma-

neció así inclinado largo rato, recibiendo los parabienes y las aclamaciones de aquella muchedumbre que alababa su valor y ponderaba su fortuna. Luego que cesaron y quedaron tranquilos, rehaciéndose, pronunció acerca de los Aqueos un discurso muy propio del suceso, persuadiendo a los Corintios que se hicieran Aqueos, y les entregó las llaves de las puertas, entonces por primera vez puestas en sus manos desde el tiempo de Filipo. De los generales de Antígono, a Arquelao, que se le sometió, lo dejó ir libre; pero quitó la vida a Teofrasto, que no quiso rendirse. Perseo, perdido el alcázar, pudo huirse a Cencris, y se refiere que más adelante, en una disputa, al que propuso que sólo el sabio le parecía que era general: «A fe—le respondió—que, de los dogmas de Zenón, éste era el que antes me agradaba más; pero ahora he mudado de dictamen, adiestrado por un mozuelo de Sicione.» Esto es lo que dicen de Perseo los más de los historiadores.

XXIV.—Arato redujo inmediatamente a su poder el Hereo y el Lequeo (1), hízose además dueño de veinticinco naves de las del rey y de quinientos caballos, y vendió en almoneda cuatrocientos Siros. Los Aqueos guardaron el Acrocorinto con cuatrocientos infantes y cincuenta perros con otros tantos cazadores, que mantenían dentro del fuerte. Los Romanos, admirados, llamaron a Filopemen «el último de los Griegos», como si entre éstos nada se

---

(1) El templo de Juno y el puerto.

hubiese hecho de bueno después de él; pero yo por mí diría que, de las hazañas griegas, ésta fué la novísima y última, comparable, ora se mire a la osadía, ora a la felicidad del éxito, con las más ilustres y señaladas, como los sucesos no tardaron en comprobarlo. Porque los de Megara, desertando del partido de Antígono, se unieron con Arato, y los de Treceno, con los de Epidauro, se incorporaron a los Aqueos. Abriendo él la primera salida, acometió al Atica, y pasando a Salamina, la taló usando de las fuerzas de los Aqueos, como si las hubiera sacado de una cárcel para todo cuanto quería. Restituyó a los Atenenses los hombres libres sin rescate, dándoles éste principio y motivo de defección. Hizo a Tolomeo aliado de los Aqueos, dándole el mando para la guerra, así por tierra como por mar. Era tan grande su poder entre los Aqueos, que ya que no fuese permitido ser general todos los años, lo elegían un año sin otro, y en la realidad y en la opinión siempre tenía el mando, por ver que ni riqueza, ni gloria, ni la amistad con los reyes, ni el bien particular de su patria, y, en fin, que ninguna otra cosa anteponía al aumento y prosperidad de la liga de los Aqueos, por creer que, siendo débiles las ciudades cada una de por sí, se salvaban unas con otras enlazadas con el vínculo de la utilidad común; y al modo que en los cuerpos los miembros viven y respiran por la juntura de unos con otros, y cuando se separan y desunen se sigue la gangrena y la corrupción, así también las ciudades son destruidas y arruinadas

por los que dividen sus intereses, y se aumentan y crecen unas con otras cuando, siendo partes de un todo grande, es una misma la razón que los gobierna.

XXV.—Como viese que los pueblos principales entre los circunvecinos gozaban de independencia, incomodado con que los Argivos estuviesen esclavizados, armó asechanzas para quitar del medio a su tirano Aristómaco, queriendo de una parte remunerar a la ciudad con la libertad por la educación allí recibida, y de otra agregarla a los Aqueos. Encontráronse algunos que se resolvían a ello, al frente de los cuales se hallaban Esquilo y Carimenes el adivino; pero no tenían espadas ni cómo adquirirlas, estando impuestas graves penas por el tirano a los poseedores. Dispúsoles, pues, Arato en Corinto algunos alfanjes cortos, y escondiéndolos en unas enjalmas, puso éstas a unas acémilas que iban cargadas de efectos de poco valor, y así los envió a Argos. Admitió el adivino Carimenes a un hombre para la empresa, y llevándolo mal Esquilo y los de su bando, quisieron ejecutarla por sí solos, descartándose de Carimenes; súpolo éste; llevado de enojo los denunció en el momento de ir a poner manos en el tirano. Por fortuna, los más pudieron aún prevenir la denuncia, y huyendo de la plaza, se refugiaron en Corinto. Pasado poco tiempo, fué muerto Aristómaco por sus esclavos; pero se apresuró a apoderarse de la autoridad Aristipo, tirano más aborrecible todavía que aquél. Arato entonces, echando mano de cuantos Aqueos

allí había en edad proporcionada, fué a toda prisa en socorro de la ciudad, creyendo hallar dispuestos y preparados a los Argivos. Pero estando los más de ellos contentos, por la costumbre, con la esclavitud, como nadie acudiese a él, se retiró dejando contra los Aqueos el cargo de que en plena paz habían hecho la guerra, sobre lo que se les puso pleito ante los de Mantinea; y no compareciendo Arato, lo ganó Aristipo, adjudicándosele la multa de treinta minas. Odiaba, pues, Aristipo y temía al mismo tiempo a Arato, por lo que le acechaba para quitarle la vida, ayudándole en ello el rey Antígono; por todas partes hormigueaban los que se prestaban a este infame ministerio, y que espían la oportunidad; pero no hay guardia más cierta y segura del hombre que manda que el amor, porque cuando la muchedumbre y los principales se acostumbran a temer, no al caudillo, sino por el caudillo, ve éste con muchos ojos, oye con muchos oídos y precave lo que va a suceder. Propóngome, por tanto, cortar aquí la relación para tratar del método de vida de Aristipo, en que le constituyó la tan apetecible tiranía y el fasto de la monarquía, con tantos encomios celebrada.

XXVI.—Porque éste, con tener por su aliado a Antígono, con sustentar a muchos para la seguridad de su persona y no haber dejado en la ciudad con vida a ninguno de sus enemigos, a pesar de todo esto mandaba que los lanceros y todos los de la guardia se salieran afuera al corredor: a los esclavos, luego que cenaban, los echaba también

fuera y cerraba la puerta de en medio, y él, con su amiga, se retiraba a un pequeño gabinete en alto, cerrado con puerta levadiza, sobre la que ponía el lecho y dormía, como debía dormir quien vivía de aquel modo, con la mayor agitación y temor. La escalerilla de mano la quitaba la madre de su amiga, y encerrándola en otro cuarto, a la mañana la volvía a poner, llamando a este admirado tirano, que salía como una serpiente de su escondrijo. Mas el otro, que no con las armas y la fuerza, sino legítimamente, como premio de su virtud, se había granjeado un imperio perpetuo con vestir una túnica y un manto como cualquiera otro particular y haberse declarado enemigo común de todos los tiranos, hasta nuestros días ha dejado un linaje distinguido y apreciado entre los Griegos, mientras que de aquellos que se han apoderado de ciudadelas, que han mantenido lanceros y que se han encerrado con puertas y cerrojos para poner en seguro sus personas, muy pocos son los que han escapado de morir de golpe como las liebres, y de ninguno de ellos ha quedado casa, linaje o sepulcro que conserve su memoria.

XXVII.—Desgraciáronsele a Arato diferentes tentativas contra Aristipo, ya secreta, ya abiertamente, para apoderarse de Argos. En una ocasión llegó hasta arrimar las escalas al muro y a subir a él con muy pocos, dando muerte a los de la guardia, que acudieron a sostener el puesto. Después, venido ya el día y llegando el tirano con fuerzas por todas partes, los Argivos, como si aquella ba-

talla no tuviera por objeto su libertad, sino que se hallaran arbitrando sobre los juegos Nemeos, se estuvieron sosegados, equitativos y justos espectadores de lo que pasaba; pero Arato se defendió valerosamente, y aunque fué herido en un muslo con lanza arrojadiza, se sostuvo en los puntos ocupados sin retirarse hasta la noche, viéndose ya muy molestado de los enemigos. Y si hubiera aguantado todavía la fatiga por aquella noche, no se le habría malogrado la empresa, porque el tirano ya pensaba en la fuga y había remitido al mar muchos de sus efectos; pero ahora, no teniendo Arato quien se lo noticiase, faltándole el agua y no pudiendo valerse de su persona a causa de la herida, hubo de retirarse con sus soldados.

XXVIII.—Habiendo resuelto desistir de este medio, invadió abiertamente con ejército la Argólida y se puso a talar el país, donde, habiendo tenido con Aristipo una recia batalla junto al río Cares, se le culpó después de haber abandonado el combate y haber malogrado la victoria; porque siendo indudablemente vencedoras las otras tropas y habiendo ido de carrera muy adelante, él, no tanto por ser estrechado de los que contra sí tenía como por desconfiar de la victoria y haberse acobardado, se retiró muy en orden al campamento. Cuando los otros, volviendo de perseguir a los enemigos, se le mostraron disgustados de que, habiendo ellos rechazado a los enemigos y matádoles mucha más gente que la que habían perdido, se consintiese a los vencidos erigir contra ellos un



trofeo, avergonzado, determinó volver a la contienda por él, y no dejando pasar mas que un día, sacó otra vez ordenado su ejército; pero en vista de que habían acrecentado su número y se presentaban más osadas las tropas del tirano, no se atrevió, y recogió por capitulación los muertos. Cubrió, sin embargo, y compensó este yerro con su inteligencia y afabilidad para el gobierno y para el trato, y aun agregó la ciudad de Cleonas a los Aqueos. Celebró en ella los juegos Nemeos, como que le eran hereditarios y tenía a ellos preferente derecho. Celebráronlos asimismo los Argivos, y entonces por primera vez sufrió quebranto la inmunidad y seguridad concedida a los competidores, porque a cuantos Aqueos de los que lidiaron pudo aprehender al paso por su territorio los vendió como enemigos. ¡Tan extremado e implacable era en su odio a los tiranos!

XXIX.—Teniendo de allí a poco noticia de que Aristipo insidiaba a Cleonas, y que le temía viéndole establecido en Corinto, juntó por un bando su ejército y pasó a Cencris, llamando con este engaño a Aristipo para que en su ausencia cayese sobre Cleonas, como así sucedió, porque al punto movió de Argos con bastantes fuerzas. Arato, que ya desde Cencris había vuelto de noche a Corinto y tenía tomadas con guardias las avenidas, condujo allá los Aqueos, los cuales le siguieron con tanto orden, prontitud y ardor, que no sólo mientras estuvieron en marcha, sino aun después de haber pasado Cleonas siendo todavía de noche, y

de haberse formado para batalla, no tuvo de ello conocimiento ni sospecha Aristipo. Cuando al hacerse de día se abrieron las puertas y la trompeta hizo la señal, acometió con velocidad y gritería a los enemigos, y los puso al punto en fuga, persiguiéndoles por donde pensó que principalmente procuraría escapar Aristipo, por tener el terreno muchos senderos. Fuéronlos, pues, siguiendo hasta Micenas, y el tirano fué alcanzado y muerto, según dice Dinius, por un cretense llamado Tragisco; de los demás, murieron sobre mil quinientos. Arato, en medio de tanta ventura y de no haber perdido ni un solo hombre, con todo no tomó a Argos ni le dió la libertad, habiéndose introducido con las tropas del rey Agias y Aristómaco el menor, y apoderándose del mando; mas a lo menos produjo esta acción el efecto de desacreditar los dichos, bur-las y bufonadas de los que adulan a los tiranos y les hablan a su gusto, porque decían que al general de los Aqueos se le descomponía el vientre en las batallas, y le daban congojas y desmayos en el punto que se presentaba el trompetero, y que en habiendo ordenado la hueste y dado la seña, preguntaba a los jefes inmediatos y comandantes de los cuerpos si era necesaria para algo su presencia, porque ya estaban tirados los dados y se retiraba a aguardar apartado de allí el éxito. Anduvo esto tan válido, que era cuestión entre los filósofos en las escuelas si el palpitar el corazón y mudarse el color en los peligros provenía de miedo o de mala complexión del cuerpo y de cierta frialdad, citando siempre a

Arato, que, con ser un gran general, experimentaba estos accidentes en los combates.

XXX.—Acabado que hubo con Aristipo, volvió su atención y sus asechanzas contra Lidiades Megalopolitano, que tenía tiranizada su misma patria. No era Lidiades, por naturaleza, ruin e insensible al honor ni, como los más de los que dominan solos, se había arrojado por destemplanza o codicia a esta maldad, sino que, llevado del amor de la gloria, todavía joven, y seducido con las vanas y mentidas alabanzas que se hacen de la tiranía como de cosa feliz y admirable, sin reflexionar hicieron estas especies presa en su ánimo ambicioso, y erigido en tirano, en breve contrajo la arrogancia y orgullo propios de la monarquía. Como con aquellas prendas emulase la dicha de Arato y temiese sus asechanzas, concibió la idea de la más loable de todas las mudanzas, que fué libertarse primero a sí mismo de ser aborrecido, de temores, de encierros y de guardias, y de constituirse después el bienhechor de su patria. Llamando, pues, a Arato, abdicó la autoridad e incorporó su ciudad en la liga de los Aqueos, lo que apreciaron éstos sobremanera y le nombraron general. Al punto le vino el deseo de superar en gloria a Arato, para lo que promovió muchas empresas no necesarias, y entre ellas la de denunciar la guerra a los Lacedemonios; y como Arato se le opusiese, parecía que era envidia, y más que fué nombrado segunda vez general Lidiades, trabajando en contra Arato, y procurando que se diera a otro el mando, porque,

como hemos dicho, era general un año sin otro, y Lidiades mandó así hasta la tercera vez, elegido también alternativamente con Arato; pero cuando ya declaró su enemistad contra éste, acusándose muchas veces ante los Aqueos, no hicieron más caso de él, porque se vió que su competencia en virtud no tuvo un motivo sólido y puro, sino sólo aparente. Y así como dice Esopo que al cuclillo, cuando preguntó a las aves menores por qué huían de él, le respondieron éstas que porque había de venir a ser gavilán, del mismo modo parece que a Lidiades le acompañaba siempre una sospecha y desconfianza de la sinceridad de su conversión.

XXXI.—Fué también Arato muy aplaudido por su conducta en la guerra con los Etolios, cuando, intentando acometerles los Aqueos delante de Megara y llegando a auxiliarles con su ejército el rey Agis, en el momento de dar la batalla se opuso a los deseos de éstos, y aguantando muchos improperios y muchas burlas e insultos acerca de su timidez y cobardía, no sacrificó lo que creyó conveniente a lo que podía parecer una afrenta, sino que permitió a los enemigos pasar impunemente por Geranea hasta entrar en el Peloponeso. Mas cuando, después de haber entrado, tomaron repentinamente a Pelene, ya no fué el mismo, ni tuvo paciencia para esperar que se reunieran y juntaran de los diferentes puntos todas las fuerzas, sino que sin dilación con las que tenía a mano acometió a los enemigos, debilitados con la misma victoria extraordinariamente por su desorden e indisciplina.

Porque en el momento mismo de entrar, los soldados se esparcieron por las casas, de las que se expelían unos a otros y armaban pendencias sobre los despojos, y los caudillos y jefes de los cuerpos, corriendo las calles, robaban las mujeres y las hijas de los Pelenios, y quitándose los cascos se los ponían a éstas para que ninguno se las apropiara, sino que por el casco se viera quién se había hecho amo de cada una. Estando, pues, en esta disposición y siendo éste su porte, les llegó repentinamente la noticia del acontecimiento de Arato, y cayendo en ellos el sobresalto que era natural en semejante desorden, antes que todos supieran el peligro, los primeros, dando en los Aqueos, huyeron, vencidos ya de antemano, y ahuyentados en tropel llenaron de confusión a los que se iban reuniendo para venir en su socorro.

XXXII.—En este tumulto, una de las cautivas, hija de Epigete, varón muy principal, y ella sobresaliente en la belleza y estatura de cuerpo, se hallaba casualmente en el templo de Diana, donde la había colocado el comandante de las tropas escogidas, que la había elegido para sí poniéndole su casco con los tres penachos. Corriendo, pues, velozmente al tumulto, luego que estuvo a la puerta del templo y se puso a mirar desde arriba a los que peleaban, teniendo en la cabeza los tres penachos, para sus mismos ciudadanos fué un espectáculo sobrehumano, y a los enemigos, pareciéndoles que tenían delante una visión divina, les causó terror y espanto, sin que pudiera ninguno

valerse de las armas. Dicen los mismos Pelenios que a la imagen de la diosa por lo común la dejan inmóvil; pero cuando, movida por la sacerdotisa, es llevada en procesión, nadie se atreve a mirarla, y antes todos apartan la vista, pues no sólo para los hombres es objeto de miedo y espanto, sino que hasta los árboles se hacen infructíferos y se marchitan los frutos en el término por donde pasa. Añaden que en esta ocasión la sacó la sacerdotisa, y volviéndola siempre de frente a los Etolios, se quedaron estúpidos y perdieron la razón; pero Arato nada de esto dice en sus *Comentarios*, sino solamente que derrotó a los Etolios, y cargando a los que huían hacia la ciudad, los arrojó de ella a viva fuerza, matándoles setecientos hombres. La hazaña fué una de las más celebradas, y el pintor Timantes hizo un cuadro en el que estaba esta batalla expresada muy al vivo.

XXXIII.—Como a este tiempo se levantasen muchas naciones y potentados contra los Aqueos, hizo Arato sin detención amistad con los Etolios, y valiéndose para el objeto de Pantaleón, que era quien con éstos tenía mayor influjo, no solamente paz, sino hasta alianza, negoció entre Aqueos y Etolios. Tomó luego el empeño de libertar a los Atenenses, sobre lo que fué censurado y calumniado por los Aqueos, por cuanto, mediando concierto entre ellos y los Macedonios y estando en treguas, intentó, sin embargo, tomar el Pireo; pero él lo niega en los *Comentarios* que nos ha dejado, y echa la culpa a Ergino, aquel con quien se apo-

deró del Acrocorinto, porque acometiendo por sí privadamente al Pireo y rompiéndosele la escala, cuando se vió perseguido, nombró a Arato, llamándole repetidas veces, como si allí se hallara, y con este engaño pudo librarse de los enemigos. Mas parece que esta apología no logró gran crédito, pues ninguna razón había para que Ergino, que no era mas que un particular, y Siro concibiesen por sí semejante propósito, a no haber tenido a Arato por director y haber recibido de él para la ejecución las fuerzas y las instrucciones; de lo que dió pruebas el mismo Arato, aspirando como los amantes desairados, no dos veces o tres, sino muchas, a ocupar el Pireo, no cediendo a los desengaños, sino que por haber estado siempre en muy poco el no haberse cumplido su esperanza, esto mismo le incitaba a confiar de nuevo; y aun una vez se dislocó una pierna huyendo por Triasio, de resultas de lo cual sufrió muchas incisiones en la curación, y por largo tiempo fué preciso para mandar las acciones que le llevaran en litera.

XXXIV.—Muerto Antígono y sucediéndole en el reino Demetrio, tomó con mayor ardor el pensamiento sobre Atenas, mirando con el mayor desprecio a los Macedonios. Por lo mismo, habiendo sido vencido en la batalla cerca de Filacia por Bities, general de Demetrio, y corriendo voces, entre unos de que había sido preso, y entre otros de que había muerto, Diógenes, que mandaba la guarnición del Pireo, envió carta a Corinto, dando orden a los Aqueos de que se desprendieran de

aquella ciudad, pues que Arato era muerto; pero hizo la casualidad que el mismo Arato se hallase en Corinto cuando llegó la carta, y siendo objeto de entretenimiento y risa los mensajeros de Diógenes, tuvieron que marcharse. El rey envió desde Macedonia una nave para que en ella le llevaran atado a Arato, y los Atenenses, poniendo en ejercicio toda la vanidad de su adulación, coronaron sus cabezas apenas corrió la noticia de que había muerto. Irritado por tanto, dispuso otra expedición contra ellos, y llegó hasta la Academia; pero aplacado después, en nada los ofendió, y los Atenenses, tomando en consideración su virtud, como muerto ya Demetrio aspirasen a ser libres, le enviaron a llamar. Arato, sin embargo de que entonces era otro el general y él guardaba cama por una larga enfermedad, llevado en litera se prestó gustoso a servir a la ciudad, y obtuvo del comandante de la guarnición, Diógenes, que entregara a los Atenenses el Pireo, Muniquia, Salamina y Sunio por ciento cincuenta talentos, de los cuales contribuyó él mismo por sí con veinte. Agregáronse inmediatamente a los Aqueos los Eginetas y los Hermionios, y se les hizo tributaria la mayor parte de la Arcadia; y como los Macedonios se hallasen implicados en guerras con sus vecinos y comarcanos y los Etolios fuesen sus aliados, recibió el poder de los Aqueos un grande incremento.

XXXV.—Arato, llevando siempre adelante su antiguo designio, y no pudiendo sufrir la tiranía de Argos, que le era tan vecina, envió quien per-



suadiera a Aristómaco a que, proponiéndolo en junta, procurase agregar aquella ciudad a los Aqueos y a que, imitando a Lisiadas, quisiera más bien ser general de una nación de tanta fama que tirano de una sola ciudad, temeroso siempre y aborrecido. Conviniendo en ello Aristómaco, y pidiendo que Arato le remitiera cincuenta talentos para pagar y despachar las tropas que le servían, se le alargó efectivamente esta suma; pero Lidiades, que todavía era general y ambicionaba hacer suyo este servicio que se dispensaba a los Aqueos, calumnió a Arato ante Aristómaco de que siempre miraba con implacable odio a los tiranos, y alcanzando de éste que dejara por su cuenta la negociación, le atrajo a unirse con los Aqueos. Mas aquí dieron éstos a Arato la mayor prueba de su amor y de la confianza que en él tenían, porque habiendo él hablado en contra, despidieron a Aristómaco, y cuando después, conviniendo ya el mismo, comenzó a hablar del propio asunto, todo lo decretaron prontamente a su gusto, y admitieron a los Argivos y Flisios a la comunión de un mismo gobierno, eligiendo general un año después a Aristómaco. Como éste tuviese el favor de los Aqueos y quisiese invadir la Laconia, llamó a Arato. Escribióle éste desaprobando la expedición, por no querer que los Aqueos contendieran con Cleómenes, que era hombre de extraordinario arrojo y había adquirido maravilloso poder; pero cuando aquél se empeñó en poner por obra su intento, estuvo a sus órdenes y militó a su lado. Por este propio tiempo, oponién-

dose a que Aristómaco trabara combate con Cleómenes, que vino a ponérseles delante, fué acusado por Lidiades, y teniendo a éste por contrario y competidor para el generalato, venció en la elección, siendo nombrado general la duodécima vez.

XXXVI.—Vencido por Cleómenes durante este mando junto al monte Liceo, huyó; y habiendo andado perdido toda la noche, pareció que había muerto, y otra vez corrió esta voz entre todos los Griegos; pero salió salvo, y recogiendo sus tropas no creyó que debía retirarse con seguridad, sino que, aprovechando la ocasión, cuando nadie lo esperaba ni pensaba en semejante cosa, cayó de súbito sobre los de Mantinea, aliados de Cleómenes, y tomando la ciudad puso en ella guarnición, y a los de las aldeas inmediatas los hizo ciudadanos, ejecutando con los Aqueos vencidos lo que apenas alcanzan los vencedores. Mas después, cuando los Lacedemonios acometieron a Megalópolis, habiendo de prestarle auxilio, rehusó dar asidero a Cleómenes, que provocaba a batalla, y repugnó a los deseos de los Megalopolitanos, no siendo por una parte inclinado de suyo a estas batallas de frente, y teniendo por otra pocas tropas para oponerse a un hombre osado y joven, cuando ya en él decaían los humos y estaba amortiguada la ambición; pues creía que si Cleómenes adquiría una gloria nueva a fuerza de arrojo, él debía conservar con cuidado la que ya tenía adquirida.

XXXVII.—Mas habiendo acometido las tropas ligeras, ahuyentado a los Espartanos hasta el cam-

pamento y penetrado en sus tiendas, Arato ni por eso se movió a combatir, sino que, poniendo delante un torrente, detuvo a la infantería y no permitió que lo pasase; pero incomodado de esto Lidiades y blasfemando de Arato, excitó a los de caballería, inspirándoles deseos de auxiliar a los que seguían el alcance para no malograr la victoria, y exhortándolos a que no le abandonasen cuando iba a pelear por la patria. Alentado con que muchos y esforzados se pusieron a su lado, cargó el ala derecha de los enemigos, y habiéndolos puesto en desorden, continuó en su persecución; pero llevado incautamente de su ardimiento y su ambición a terrenos ásperos, llenos de maleza y cortados con anchas acequias, volvió allí contra él Cleómenes y murió después de haber sostenido el más glorioso de todos los combates a las puertas de su patria. Los demás pudieron huir a la hueste, e introduciendo el desorden en la infantería, hicieron participar a todo el ejército de su derrota, formándose un gran cargo a Arato de haber al parecer abandonado a Lidiades; así, violentado de los Aqueos, que se retiraban indignados, hubo de seguirlos a Egio. Celebraron allí junta pública, en la que decretaron no suministrarle fondos ni mantener estipendiarios, sino que él supliera los gastos si quería hacer la guerra.

XXXVIII.—Mortificado de esta manera, pensaba entregar al instante el sello y renunciar el mando; pero, valiéndose de su juicio, sufrió por entonces, y conduciendo los Aqueos contra Orco-

meno, presentó batalla a Megístono, padrastro de Cleómenes, en la que fué vencedor; y habiéndole muerto trescientos hombres, hizo prisionero al mismo Megístono. Hemos dicho que solía ser elegido general cada dos años; pues cuando llegó su turno, como se le llamase, renunció y fué nombrado general Timojeno. Mas pareció que su resentimiento con la muchedumbre sólo era un pretexto poco probable de la renuncia, siendo la verdadera causa el estado que tenían los negocios de los Aqueos, pues que Cleómenes ya no les hacía la guerra tibia y flojamente, ni era contrariado por las autoridades políticas, sino que como, después de haber dado muerte a los Eforos, repartido el territorio y admitido al derecho de ciudadanos a los colonos, tuviese ya una potestad libre, no dejaba respirar a los Aqueos, solicitando el imperio sobre ellos. Por lo tanto, reprenden en Arato que, viendo a la república agitada con tan grande fluctuación y tormenta, se condujese como piloto que se amilana y abandona el timón, cuando hubiera sido justo que, aun contra su voluntad, salvara la liga, o si daba ya por perdidos los negocios y el poder de los Aqueos, que cediera a Cleómenes, y no volver a condenar a la barbarie el Peloponeso con las guarniciones de los Macedonios, no llenar el Acrocorinto de armas etolias e ilíricas, ni hacer árbitros de las ciudades, bajo el blando nombre de aliados, a aquellos mismos a quienes de obra hizo la guerra y procuró debilitar, y de quienes habla continuamente con desdén y vilipendio en sus *Comen-*

*tarios*. Y si Cleómenes era (porque así se decía) violento y tiránico, al cabo sus padres eran Heráclidas y su patria Esparta, el más obscuro de la cual debía ser preferido para el mando al primero de los Macedonios por los que dieran algún valor a la nobleza de los Griegos. Por otra parte, si Cleómenes pedía el mando de los Aqueos, era para hacerles muchos bienes en recompensa de aquel honor y aquel título, mientras que Antígono, declarado general con ilimitadas facultades de tierra y de mar, no se prestó a usar de la autoridad sin que primero le concedieran por premio de su imperio el Acrocorinto, a manera enteramente del cazador de Esopo (1); porque no se puso al frente de los Aqueos, que le rogaban y se le sometían por medio de embajadores y de decretos, hasta que los tuvo como enfrenados con la guarnición y los rehenes. Arato bien alza la voz para defenderse con que fué absolutamente preciso; pero Polibio dice que de antemano, y con prioridad a semejante necesidad, temiendo Arato la intrepidez de Cleómenes, había tratado reservadamente con Antígono y había importunado a los Megalopolitanos para que instasen a los Aqueos a implorar su auxilio, porque éstos eran los más molestados de la guerra, por acosarles mucho Cleómenes. Del mismo modo habla Filarco de estas cosas, al que, a no atestiguarlo también Polibio, no debería darse crédito, porque le saca de tino la pasión en tratándose de Cleómenes; y en

(1) En la fábula de *El ciervo y el caballo*, tan graciosamente indicada por Horacio en la epístola 10, libro I, vol. 34.

la historia, como en un juicio, ya contradice a éste, y ya se pone de parte de aquél y concurre a su defensa.

XXXIX.—Perdieron, pues, los Aqueos a Mantinea, volviéndola a tomar Cleómenes, y vencido junto al Hecatombeo en una porfiada batalla, quedaron tan consternados, que al punto enviaron quien propusiera a Cleómenes el mando, llamándole a Argos. Arato, luego que tuvo noticia de que estaba en camino, cuando se hallaría junto a Lerna con su ejército, como temiese por sí, le envió una embajada diciéndole que, viniendo a sus amigos y aliados, bastaría que trajese trescientos hombres, y que si desconfiaba, tomase rehenes. Manifestó Cleómenes que esto lo tenía por insulto y burla hecha a su persona, por lo que se retiró, escribiendo a los Aqueos una carta llena de acusaciones y quejas contra Arato. Escribió éste otras cartas contra Cleómenes, y corrían injurias y dieterios de uno a otro, en que se desacreditaban hasta por sus matrimonios y sus mujeres. De resulta de esto envió Cleómenes un heraldo que denunciara la guerra a los Aqueos, y estuvo en muy poco que no les tomara por traición a Sicione; y marchando rápidamente de allí, acometió a Pelene, y se hizo dueño de ella por haberla abandonado el gobernador puesto por los Aqueos. Al cabo de poco tomó también a Féneo y a Pentelío, y muy luego se le pasaron los Argivos, y los Fliasios recibieron de él guarnición. En fin, con nada de lo agregado podían contar de seguro los Aqueos, sino que repentinamente

vino una gran confusión sobre Arato, que veía titubear a todo el Peloponeso y a todas las ciudades puestas en sublevación por los que querían novedades.

XL.—Porque nadie estaba tranquilo ni contento con el estado presente, y aun muchos de los mismos Sicionios y Corintios se habían manifestado inclinados a Cleómenes, siendo mucho antes sospechosos de que posponían el bien público al deseo de sus propios adelantamientos. Sobre esto se dió a Arato libre facultad, y en Sicione dió muerte a los que halló complicados; en Corinto intentó inquirir sobre algunos y castigarlos; pero irritó con esto a la muchedumbre, viciada ya y mal hallada con el gobierno de los Aqueos. Corriendo, pues, al templo de Apolo, enviaron a llamar a Arato con el objeto de matarle o prenderle antes de declarar su defección; acudió él al llamamiento, trayendo el caballo del diestro, como si ninguna desconfianza o sospecha tuviese. Viniéronse muchos para él, y como empezasen a motejarle y acusarle, mostrándose afable en el semblante y en las palabras, les dijo que se sentasen y no gritasen así en pie desordenadamente, sino que entrasen también los que estaban junto a las puertas; y al mismo tiempo que así hablaba, se retiraba poco a poco como si fuese a entregar a alguno el caballo. Apartándose de allí de esta manera, y hablando con serenidad a los Corintios que hallaba al paso, mandándoles que fueran al templo, cuando se vió cerca de la ciudadela, montó a caballo y, dando orden a Cleo-

patro, comandante de la guardia, de que la custodiase con esmero, se encaminó a Sicione, siguiéndole treinta soldados, pues los demás le abandonaron o se fueron escabullendo. Habiendo los Corintios notado de allí a poco su fuga, fueron en su persecución, y como no le alcanzasen, llamaron a Cleómenes, y entregándole la ciudad, no le pareció que equivalía lo que se le daba al yerro cometido en haber dejado ir a Arato. Viniéronse además a Cleómenes los habitantes del territorio llamado Acte, y le hicieron entrega de sus ciudades, después de lo cual circunvaló y sitió con muro el Acrocorinto.

XLI.—Acudieron a verse con Arato en Sicione no muchos de los Aqueos, y celebrando junta le nombraron general con ilimitada autoridad. Compuso entonces su guardia de solos sus propios ciudadanos un hombre que por treinta y tres años había mandado a los Aqueos, que en poder y en gloria había tenido la primacía entre los Griegos y que en aquel punto abandonado, escaso de medios y quebrantado de fuerzas, como en el naufragio de la patria, era combatido de tantas olas y peligros. Porque los Etolios, habiendo él implorado su auxilio, se le habían negado, y a la ciudad de Atenas, que por amor de Arato se mostraba muy dispuesta, Euclides y Mición la retrajeron. Tenía Arato en Corinto bienes y casa; pero Cleómenes no tocó a nada, ni se lo permitió a otro ninguno; antes, haciendo llamar a sus amigos y administradores, les dió orden de que todo lo cuidaran y



guardaran, bajo la inteligencia de que Arato era a quien habrían de dar cuentas; y reservadamente mandó a tratar con éste a Tripilo y a su padrastro Megístono, ofreciéndole, además de otras cosas, doce talentos de pensión anual, excediendo en otra mitad a Tolomeo, porque éste le enviaba seis talentos cada año. Su solicitud era que se le nombrase general de los Aqueos y custodiar en unión con ellos el Acrocorinto; pero respondiéndole Arato que él no dominaba la liga, sino que era de ella dominado, y pareciéndole que esto tenía aire de burla, invadió al punto el territorio de Sicione, talándolo y arrasándolo, y por tres meses estuvo sobre la ciudad, aguantándolo Arato, y estando perplejo sobre si accedería a la proposición de Antígono de entregarle el Acrocorinto, pues de otro modo no se prestaba a darle auxilio.

XLII. — Congregándose, pues, los Aqueos en Egio, enviaron a llamar allí a Arato, y la salida era peligrosa, teniendo Cleómenes bloqueada la ciudad. Deteniánle, de otra parte, con ruegos sus conciudadanos, diciéndole que no era razón arriesgara su persona estando tan cerca los enemigos; pendían asimismo de su cuello las mujeres y los niños, abrazándole y llorando como por el padre y salvador de todos. Mas, sin embargo, alentándolos y consolándolos, marchó a caballo a la marina con diez de sus amigos y su hijo, que aun era mozo, y embarcándose en buques que estaban allí anclados, le condujeron a Egio a la junta pública, en la que decretaron llamar a Antígono y entre-

garle el Acrocorinto, sobre lo que le envió Arato su hijo con los demás rehenes. De resulta de esto, llevándolo muy a mal los Corintios, le saquearon cuanto tenía, y de la casa hicieron donación a Cleómenes.

XLIII.—Cuando ya Antígono se acercaba con su ejército, que era de veinte mil infantes macedonios y de mil cuatrocientos caballos, fué Arato con los principales por la parte de mar a recibirle a Pegas, sin que lo entendiesen los enemigos, no teniendo, sin embargo, gran confianza en Antígono ni en los Macedonios, porque traía a la memoria que sus aumentos le habían venido de los males que a éstos había hecho y que sus primeros pasos en el gobierno habían tenido por principal base la enemistad contra Antígono el Mayor. Mas estrechado por la inevitable necesidad y por el tiempo, al que sirven aun los que parece que mandan, cerró los ojos y se entregó al peligro. Antígono, luego que se le informó de la llegada de Arato, a los demás los saludó con un mediano y común agasajo; pero a éste desde el primer recibimiento le honró extraordinariamente, y habiéndole experimentado en todo hombre de probidad y juicio, contrajo con él la mayor intimidad, porque realmente era Arato no sólo útil para los más arduos negocios, sino grato al rey en los momentos de ocio como el que más. Por tanto, aunque Antígono era joven, luego que echó de ver el carácter de Arato, en el que nada había de áspero para la amistad con un rey, para todo se valía de él, no sólo con preferencia a cual-

quiera de los Aqueos, sino aun de los Macedonios que tenía cerca de sí. Sobrevino también acerca de esto un prodigio, pareciendo que el Dios lo manifestaba en las víctimas; se dice, en efecto, que sacrificando Arato poco tiempo antes, se vieron en un hígado dos hieles envueltas bajo una sola tela, y que el adivino le anunció que en breve se uniría en estrecha amistad con sus mayores contrarios y enemigos. Por entonces no dió valor al anuncio, ni en general prestaba mucho crédito a víctimas y adivinaciones, ateniéndose a su razón; pero más adelante, yendo prósperamente la guerra, tuvo un banquete Antígono en Corinto, a que concurrieron muchos convidados, y colocó a Arato en asiento superior al suyo. Pidió de allí a poco una ropa con que cubrirse, y preguntando a Arato si le parecía que hacía frío, como respondiese que en verdad estaba helado, le dijo que se acercase más, y habiendo traído los sirvientes un paño, arrojaron con él a los dos. Entonces, viniéndosele a Arato a la memoria lo sucedido con la víctima, no pudo menos de echarse a reír, y refirió al rey el portento y su explicación. Pero esto ocurrió algún tiempo después.

XLIV.—Luego que en Pegas se afirmaron los convenios con recíprocos juramentos, marcharon al punto contra los enemigos, y eran frecuentes los combates en los términos de Corinto, estando bien fortificado Cleómenes y defendiéndose valerosamente los Corintios. En esto Aristóteles de Argso, que era amigo de Arato, vino secretamente con mensaje para éste, proponiéndole que haría se le

pasase aquella ciudad si quería marchar allá con tropas. Dió parte de ello a Antígono, y encaminándose por mar prontamente a Epidauro desde el istmo con mil quinientos hombres, los Argivos, que ya antes se habían puesto en rebelión, dieron sobre las tropas de Cleómenes y las encerraron en la ciudadela. Cuando Cleómenes lo supo, temió no fuera que, ocupando los enemigos a Argos, le cortaran el paso a Esparta, y abandonando el Acrocorinto, en la misma noche marchó en auxilio de aquéllas. Anticipóse de este modo a entrar en Argos, y allí consiguió rechazar a los enemigos; pero acudiendo poco después Arato, y dejándose ver el rey con el grueso del ejército, se retiró a Mantinea. De resultas volvieron todas las ciudades a unirse a los Aqueos. Antígono ocupó el Acrocorinto, y nombrado Arato general de los Argivos, les persuadió que hicieran donación a Antígono de los bienes de los tiranos y de los traidores. En Cencriis, en tanto, atormentaron y ahogaron a Aristómaco, por lo que padeció mucho la opinión de Arato, diciéndose que con ser éste un hombre de no malas partidas, de quien él mismo se había valido, y a quien había persuadido desistiese de la autoridad y que incorporase su ciudad con los Aqueos, a pesar de todo esto había mirado con indiferencia que se le quitara la vida injustamente.

XLV.—Culpábasele ya de muchas cosas que sucedían, como de que hubieran hecho donación a Antígono de Corinto, como si fuera una miserable aldea; de que después de haber saqueado a Orcó-

meno, le permitieron poner en ella guarnición macedoniana; de haber decretado que no escribirían ni enviarían embajada a ningún otro rey si Antígono no quería, y de tener que sustentar y pagar sueldo a los Macedonios. Dispusiéronse sacrificios, libaciones y juegos en honor de Antígono, habiendo sido los primeros los ciudadanos de Arato, que le recibieron en la ciudad, dándole este hospedaje; así todo se lo atribuían, no haciéndose cargo de que, habiendo puesto en manos de aquél las riendas, siendo arrastrado por el ímpetu de la autoridad real, Arato no era ya dueño sino de sola su voz, que aun corría peligro en la franqueza, y no podía dudarse que había cosas que le mortificaban, como fué lo de las estatuas. Porque Antígono en Argos levantó la de los tiranos, que habían sido echadas por tierra, y derribó por otra parte las de los que tomaron el Acrocorinto, a excepción de sola la suya; y por más que en cuanto a éstas le hizo ruegos, nada pudo alcanzar. Parece también que no pudo ser cosa griega lo que los Aqueos ejecutaron con Mantinea, porque apoderándose de ella con las fuerzas de Antígono, a los más distinguidos y principales ciudadanos les quitaron la vida; de los demás, a unos los vendieron, y a otros los enviaron aprisionados con grillos a Macedonia, y a los niños y mujeres los esclavizaron. Del dinero que se recogió le dieron la tercera parte, y las dos restantes las distribuyeron a los Macedonios. Mas esto pudo en algún modo excusarse por la ley de la venganza; pues aunque siempre es terrible mal-

tratar así por encono a sus compatriotas y deudos, en la necesidad se hace dulce y no duro, según Simónides, dando como cierto alivio y desahogo al ánimo doliente e inflamado; pero lo que después se ejecutó no hay como Arato lo atribuya a ningún motivo, ni honesto ni de precisión; porque recibiendo de Antígono los Argivos en donativo la ciudad, y determinando enviar a ella una colonia, elegido aquél para fundador de ella, y siendo general, decretó que en adelante no se llamara Mantinea, sino Antigonea, que es como se llama hasta el día de hoy, pareciendo que por él la *amable* (1) Mantinea fué borrada del todo, y que en su lugar permanece una ciudad que lleva el nombre de los que la destruyeron y dieron muerte a sus ciudadanos.

XLVI.—Vencido después de esto Cleómenes en una gran batalla cerca de Selasia, abandonó a Esparta y se embarcó para Egipto; Antígono, después de haber hecho con Arato las mayores demostraciones de gratitud y benevolencia, se retiró a la Macedonia, y habiendo allí caído enfermo, a Filipo, mancebo ya y designado su sucesor en el reino, lo envió al Peloponeso, encargándole que atendiese a Arato sobre todos, y por su medio tratase con las ciudades y se diera a conocer a los Aqueos. Tomóle, pues, Arato bajo su cuidado, y le dirigió de manera que le envió a Macedonia lleno de amor hacia él, y de afición y emulación hacia los Griegos.

---

1) Así la apellida Homero. *Iliada*, libro II, vol. 607.

XLVII. — Muerto Antígono, como los Etolios menospreciasen a los Aqueos por su flojedad, a causa de que, acostumbrados a ponerse a salvo por manos ajenas, y sostenidos por las armas de los Macedonios, se habían entregado al ocio y la desidia, se arrojaron a tomar parte en los negocios del Peloponeso, y teniendo por un paseo el saquear a los de Patras y Dime, invadieron el país de Mesena y lo talaron; de lo que incomodado Arato, como viese que Timójeno, que a la sazón se hallaba de general de los Aqueos, emperezaba y perdía el tiempo, y le tocase mandar después de él, se adelantó a entrar en ejercicio cinco días antes, con el fin de ir en socorro de los Mesenios. Reunió, pues, a los Aqueos, faltos ya del uso y cobardes para la guerra, y sufrió una derrota junto a Cafias. Pareció que entonces había procedido con sobrado arrojo y encono; mas para eso luego de tal manera se entorpeció y dió de mano a los negocios y a las esperanzas, que con ofrecerle muchas veces oportunidad los Etolios, sufrió y llevó con indiferencia que estuvieran como banqueteano en el Peloponeso con la mayor osadía y desvergüenza. Tendiendo, por tanto, otra vez las manos a la Macedonia, atrajeron y mezclaron en los asuntos de la Grecia a Filipo, no siendo la menor parte para ello su amor y confianza hacia Arato, pues esperaban que para todo le hallarían dócil y pronto.

XLVIII. — Entonces por la primera vez Apeles y Megaleo, con otros palaciegos, empezaron a cizañar contra Arato, y seducido el rey, se puso en la

junta electoral de parte de la facción contraria, procurando que los Aqueos nombraran general a Eperato; pero como luego le despreciasen completamente, y separado de los negocios Arato nada saliese bien, conoció Filipo su yerro, decidióse otra vez por Arato haciéndose todo suyo y, yendo prósperamente los negocios para su poder y su gloria, se entregó enteramente a él, como que le debía su esplendor y sus aumentos. Parecía, pues, a todos que Arato no sólo era un provechoso preceptor para la democracia, sino que para la monarquía también; porque su conducta y sus costumbres aparecían como un color particular en cuanto el rey hacía. Así, la blandura de este joven para con los Lacedemonios que le habían ofendido, su afable trato con los Cretenses, con el que en pocos días se atrajo toda la isla, y su expedición contra los Etolios, que fué sumamente pronta y activa, si a Filipo le adquirieron la gloria de la docilidad, a Arato le conciliaron la de la buena dirección. Creció por lo mismo la envidia en los cortesanos, y viendo que nada adelantaban con sus calumnias ocultas, abiertamente le escarnecían e insultaban en los festines con el mayor descaro e insolencia, y aun en una ocasión le persiguieron a pedradas hasta su pabellón; de lo que, irritado Filipo, por lo pronto los multó en veinte talentos; mas después, como le pareciese que le malograban los negocios y que excitaban alborotos, les quitó la vida.

XLIX.—Engreído más adelante con verse demasiado favorecido de la fortuna, manifestó ya



muchos y desmedidos deseos, y la maldad ingénita, desenvolviéndose y penetrando por entre los mentidos velos, poco a poco descubrió y puso de manifiesto su verdadera índole. En primer lugar, ofendía a Arato el Menor en el honor conyugal, lo que por mucho tiempo estuvo oculto, por vivir juntos, siendo su huésped. Hízose después despreciable para el trato en los negocios, y se echaba de ver que quería apartar de sí a Arato. Dieron el primer origen a esta sospecha las ocurrencias con los Mesenios, porque habiendo sediciones entre ellos, Arato se atrasó un poco en acudir a apaciguarlos, y Filipo, que sólo se anticipó un día en llegar a la ciudad, se apresuró a encender más la discordia entre aquellos habitantes, preguntando por separado a los magistrados de los Mesenios si no tenían leyes contra la muchedumbre, y por separado también a los prohombres del pueblo si no tenían manos contra sus tiranos. Cobrando ánimo con esto, los magistrados quisieron prender a los demagogos, y acudiendo éstos con la muchedumbre, dieron muerte a los magistrados y a algunos otros ciudadanos, que apenas bajaron de doscientos.

L.—Ejecutada tan abominable acción por Filipo, que aun continuaba exasperando más a los Mesenios unos contra otros, sobrevino Arato; y no sólo se notaba que le había sido muy sensible, sino que al hijo, que sobre ello reprendía a Filipo, haciéndole ásperas reconvenciones, no lo contuvo. Se creía que aquel joven amaba a Filipo, y entonces, entre otras cosas, le dijo que ya ni siquiera le

parecía bello en su aspecto ejecutando tales hechos, sino el más horrible del mundo. Filipo nada le replicó, sin embargo de que se le observaba airado y de que estuvo refunfuñando mientras aquél hablaba, y aun a Arato el Mayor, para dar a entender que no se había irritado por lo que se le había dicho, y que era de carácter benigno y urbano, le levantó del teatro tomándole la diestra, y le llevó consigo a Itoma para ofrecer sacrificio a Júpiter y reconocer aquel punto, porque no es menos fuerte que el Acrocorinto, y en poniendo guarnición puede hacerse tan molesto como es inexpugnable a los del país. Subió, pues, y en el acto del sacrificio, cuando el adivino le trajo las entrañas del buey, tomándolas con entrambas manos, las mostró a Arato y Demetrio Fario, inclinándose ora al uno y ora al otro, y preguntándoles qué veían en la víctima acerca de si se apoderaría de aquella eminencia o la restituiría a los Mesenios. Sonriéndose, pues, Demetrio: «Si tuvieses—le dijo—el alma de un adivino, dejarías intacto el sitio; mas si la tuvieses de rey, asirías el buey por los dos cuernos, queriendo designar el Peloponeso, y que si juntaba a Itoma con el Acrocorinto, enteramente le tendría sumiso y humillado.» Arato estuvo bastante tiempo en silencio; pero instándole Filipo que manifestase lo que observaba: «La Creta, ¡oh Filipo!, tiene muchos y grandes montes, y son muchas las eminencias que la Naturaleza ha puesto en la tierra de los Beocios y Focenses. Son asimismo muchos en la Acarnania, ya tierra adentro, y ya en

la marina, los lugares que tienen una maravillosa fortaleza, y sin embargo de que ninguno de estos puntos has tomado, todos hacen voluntariamente lo que tú dispones; porque los ladrones son los que se pegan a las rocas y se guarecen en los vericuetos; pero para un rey nada es más fuerte o más defendido que la confianza y el amor. Estos te han abierto el mar de Creta, y éstos el Peloponeso, y habiéndolos tenido por principios de tus operaciones, por ellos, todavía tan joven, de unos te has constituido general, y de otros señor.» Sin dejarle concluir entregó Filipo las entrañas al adivino, y volviendo a tomar de la mano a Arato: «Volvamos—le dijo—por el mismo camino», como que le había convencido y le había quitado de la mano aquella ciudadela.

LI.—Arato, que iba retirándose de palacio y cortando poco a poco la amistad e íntimo trato con Filipo, cuando al bajar éste al Epiro le pidió que le acompañase en aquella expedición, se negó a complacerle y permaneció en quietud, temeroso de que sus operaciones le hiciesen incurrir en mala nota y opinión. Mas después que en combate con los Romanos perdió ignominiosamente las naves, y saliéndole mal todas sus empresas, se restituyó al Peloponeso, e intentó de nuevo engañar a los Mesenios, y ya no a escondidas, sino abiertamente los maltrataba, talándoles el país; entonces Arato enteramente se apartó y se puso en oposición con él, habiendo ya llegado a entender el agravio que en el honor le hacía, y llevándolo él mismo dentro de sí con grande pesar, sin descubrirlo al hijo, porque

sobraba con saber la afrenta a quien no podía vengarla. Se veía, pues, que Filipo había hecho una grande y extraña mudanza, convirtiéndose, de un rey benigno y de un joven contenido, en un varón desenfrenado y en un tirano odioso, aunque esto no fué mudanza de índole, sino manifestación en la seguridad de una maldad que el miedo había tenido oculta largo tiempo.

LII.— Porque haber sido mezclado de vergüenza y miedo el afecto hacia Arato, en que desde el principio fué criado, lo manifestó bien en la conducta que contra él tuvo; pues como desease quitarle del medio, por pensar que mientras viviese no podría ser libre, no ya como tirano, pero ni como rey, aunque nada intentó a fuerza abierta, a Taurico, uno de sus generales y amigos, le dió el encargo de que lo ejecutase de un modo oculto, y más particularmente por medio de un veneno, cuando él estuviera ausente. Hízose, pues, amigo de Arato, y le dió un veneno, no pronto y violento, sino de aquellos que causan al principio en el cuerpo un calor lento con tos, y de este modo llevan poco a poco a la muerte. No se le ocultó esto a Arato, sino que, como nada aprovechaba el quejarse, soportó su mal en silencio y tranquilamente, como si fuera una de las enfermedades comunes y frecuentes. Sólo en una ocasión, habiéndole visitado un amigo, como en su presencia arrojase un esputo sangui-nolento y aquél mostrase maravillarse de ello: «Estos, ¡oh Cefalón! — le dijo —, son los premios de la amistad con reyes.»

LIII.—Muerto Arato de esta manera en Egio en su décimoséptimo generalato, deseaban los Aqueos que allí fuese sepultado y que se le erigiesen los monumentos correspondientes a sus hazañas; los de Sicione miraban como una calamidad el que el cuerpo no pudiera ser entre ellos depositado, pues aunque habían alcanzado de los Aqueos que se lo permitieran, había una ley que prohibía que nadie fuera sepultado dentro de los muros; y como sobre la observancia de esta ley hubiese una poderosa superstición, enviaron a Delfos a consultar a la Pitia sobre este objeto, y la Pitia les dió este oráculo:

¿Consultas, oh Sicione!, qué premio  
 por tu salud dispensarás a Arato  
 y qué honores y exequias funerales  
 harás al héroe que sin vida yace?  
 Quien a honrarle se oponga será impío  
 contra el cielo extendido, el mar y tierra.

Traído el oráculo, se alegraron todos los Aqueos, especialmente los Sicionios, y convirtiendo el duelo en fiesta, al punto trasladaron el cadáver, coronados de flores y vestidos de blanco, con cánticos de regocijo y con coros, de Egio a la ciudad; y habiendo designado un lugar espectable, le hicieron el entierro que correspondía a su fundador y salvador. El sitio llámase hasta ahora *Aracio*, y se le hacían sacrificios, uno el día en que los libró de la tiranía, que es el quinto del mes Desio, llamado de los atenienses Antesterión, dando a este sacrificio el nombre de *Soteria*, y el otro día en que hacen conmemoración de su nacimiento. Al primero presidía el

sacerdote de Júpiter Salvador, y al segundo el de Arato, llevando una venda no del todo blanca, sino entretejida con púrpura. Cantábanse a la cítara himnos por los actores del teatro, y conducía el gimnasiarca la pompa de los muchachos y mancebos, siguiéndose luego el consejo coronado, y de los ciudadanos el que quería. De todo esto conservan algunas leves muestras para celebrar aquellos días; pero la mayor parte de los honores referidos, con el tiempo y la serie de otros sucesos, han caído en desuso.

LIV.—Por lo que hace, pues, a Arato el Mayor, esta se dice haber sido su vida, y su índole la que se ha manifestado; en cuanto a su hijo, siendo Filipo malvado por carácter e injusto con crueldad, no le dió veneno mortal, sino uno de aquellos que trastornan la razón, consiguiendo precipitarle en manías terribles y extrañas, con las que intentaba acciones disparatadas y mostraba deseos vergonzosos y abominables; de modo que la muerte, en medio de ser joven y hallarse en estado floreciente, no fué para él una desgracia, sino salvación y redención de males. Mas Filipo no dejó de pagar en vida a Júpiter *Hospital* y *Amigo* las penas de tan horrible maldad, porque, vencido de los Romanos, se les rindió a discreción, y despojado de toda otra autoridad, entregando todas las naves, fuera de cinco, ofreciéndose a pagar mil talentos, y dando en rehenes su propio hijo, por compasión le dejaron la Macedonia y provincias de ella dependientes. Dando después muerte a los mejores y más

ilustres de sus súbditos, llenó todo el reino de horror y odio contra sí, y de un solo bien que tenía, que era un hijo de sobresaliente valor, se privó por su mano, haciéndole morir de envidia y celos por la distinción con que le trataban los Romanos; y dió el reino a Perseo, otro de ellos, que no era legítimo según dicen, sino arrimadizo, tenido en una costurera llamada Gnatenio. De éste triunfó Emilio, y aquí tuvo fin la sucesión en el reino de Antigono, cuando el linaje de Arato se conserva hasta nuestro tiempo en Sicione y Pélene.

---

## GALBA

---

I.—Ificrates Ateniense deseaba que el soldado estipendiario fuera codicioso y amigo de placeres, para que, buscando dar cebo y satisfacción a sus apetitos, peleara con mayor arrojo; pero los más lo que desean es que el cuerpo del soldado, aunque robusto y fuerte, no use nunca de impulso propio, sino que se mueva con el impulso del general. Así se dice de Paulo Emilio, que habiendo encontrado el ejército romano de Macedonia lleno de charlatanería y curiosidad, metiéndose todos a echarla de generales, les previno que de lo que debía cuidar cada uno era de tener la mano pronta y la espada afilada, y lo demás dejarlo de su cuenta. Platón, que no veía que un emperador o general pudiera hacer nada provechoso si el ejército no era moderado y de sus mismos sentimientos, y que pensaba que la virtud obediente no exigía menos que la virtud regente una índole generosa y una educación filosófica, que con lo benigno y humano templara lo iracundo e impetuoso, tiene en otros muchos hechos, y en lo ocurrido a los Romanos después de la muerte de Nerón, testimonios y ejemplos de que nada hay más temible en el Imperio



que las fuerzas militares, cuando, faltas de disciplina, se arrojan a hechos desordenados y temerarios. Porque Demades, muerto Alejandro, comparaba el ejército de los Macedonios, al ver sus extraños e insanos movimientos, al Cíclope después que le cegaron; y al Imperio romano le acometieron agitaciones y accidentes como los de los Titanes, partiéndose en fracciones y volviéndose contra sí mismo en diferentes partes, no tanto por la ambición de los que eran nombrados y saludados emperadores como por el ansia de enriquecer de la soldadesca, que, como sucede con los clavos, hacía que los caudillos se expulsaran mutuamente unos a otros. Y si Dionisio a Polifrón de Feres, que rigió diez meses a los Tesalios y después fué muerto, le llamaba tirano de tragedia, aludiendo con chiste a lo breve de la mudanza, en más corto tiempo recibió el palacio, residencia de los Césares, a cuatro emperadores, introduciendo ahora a uno como en la escena y expeliéndolo al cabo de poco. Un consuelo siquiera tenían en esto los que sufrían, y era que no había necesidad de otra venganza contra los autores, sino que los veían muertos los unos a manos de los otros, y el primero justísimamente aquel que cebó y enseñó a esperar de la mudanza de un César, tanto como era lo que él había prometido, desacreditando la obra más laudable y haciendo que mereciera ser de traición calificada, por el precio que intervino, la sublevación contra Nerón.

II.—Porque siendo Ninfidio Sabino prefecto del

pretorio, como hemos dicho (1), con Tigelino, en el momento que vió del todo perdidas las cosas de Nerón, teniéndose por cierto que éste iba a huir al Egipto, persuadió a los de la guardia, como si hubiese huído ya y no estuviese todavía presente, que proclamaran emperador a Galba, prometiendo a cada uno de donativo a los de las cohortes llamadas pretorias y urbanas siete mil quinientas dracmas, y a los de afuera mil doscientas cincuenta, cantidad que no era posible juntar sin causar a todos los hombres seiscientas mil veces más males que los que Nerón había causado; así es que esto al punto perdió a Nerón, y de allí a muy poco al mismo Galba, porque al uno le desampararon con la esperanza de recibir, y al otro le quitan la vida porque no recibieron, y después, buscando quien les diera otro tanto, se consumieron en apostasías y traiciones antes de conseguir lo que esperaban. El referir individualmente y con puntualidad estos sucesos es propio de la exactitud de la Historia; pero lo que ocurrió digno de saberse en los hechos y casos de cada uno de los Césares ni aun a mí me sería permitido pasarlo en silencio.

III.—Es cosa sabida que Sulpicio Galba era el más rico de todos cuando de particular pasó a la casa de los Césares; y con ser así que les daba grande opinión de nobleza el pertenecer a la casa de los

---

(1) Esta expresión indica que a ella precedía algo que se ha perdido. Opinan algunos que Plutarco debió de escribir las vidas de los Césares, de las que en tal caso son fragmentos esto que queda de la de Galba y la siguiente de Otón.

Servios, él se preciaba principalmente de su parentesco con Cátulo, varón que en virtud y gloria tenía el primer lugar entre los de su edad, si en cuanto al poder cedía a los demás muy de su grado. Tenía asimismo Galba alguna relación de parentesco con Livia, la mujer de Augusto, y por esta razón del palacio salió cónsul a esfuerzos de la misma Livia. Dícese también que se condujo con acierto en el mando del ejército de Germania, y que, nombrado procónsul de Africa, fué uno de los pocos que merecieron elogios. La sencillez de su tenor de vida, y su parsimonia y moderación en los gastos, dieron motivo a que, hecho emperador, se le tachara de pusilánime, o cuando más a que se le atribuyera la gloria poco codiciada de arreglo y frugalidad. Fué por Nerón enviado de gobernador a España, antes que este príncipe hubiese tomado la maña de tener a los ciudadanos colocados en las grandes dignidades; y a Galba, que por naturaleza era benigno, la vejez le añadía la opinión de ser pródigo y precavido.

IV.—Administraban los procuradores las provincias con crueldad y dureza; y aunque no tenía otro medio ninguno para socorrerlas que el manifestarse vejado y ofendido con ellas, esto servía de algún alivio y consuelo a los agraviados e injuriados. Compusiéronse contra Nerón varios poemas, y aunque por muchas partes corrían y se cantaban, no lo estorbaba, ni acompañaba a los procuradores en el encono que mostraban, por lo que era cada día más estimado, pues se había hecho como uno de aquellos naturales, siendo ya el octa-

vo año de su gobierno aquel en que Vindex se levantó contra Nerón, hallándose de pretor en la Galia. Dícese, pues, que antes de aparecer la rebelión, le llegaron cartas de parte de Vindex, a las que no dió crédito, ni las denunció o manifestó detestarlas como otros jefes, que enviaron a Nerón las cartas a ellos escritas, y en cuanto estuvo de su parte desbarataron un proyecto en el que se apresuraron después a decir que habían tenido parte, reconociéndose por traidores no menos de sí mismos que de aquél. Pero cuando más adelante, declarando Vindex abiertamente la guerra, escribió a Galba exhortándole a admitir el Imperio y condescender con un cuerpo robusto que buscaba una cabeza, esto es, con las Galias, donde había cien mil hombres armados y podían armarse muchos más, entonces ya consultó sobre este negocio con sus amigos, de los cuales unos eran de opinión que se mantuviera pasivo a ver qué movimiento hacía Roma y cómo recibía aquellas novedades; pero Tito Vinio, jefe de una de las legiones: «¿Qué es lo que consultas—le dijo—, oh Galba?: porque el inquirir si permaneceremos fieles a Nerón es de gentes que ya han dejado de serlo; lo que hay que preguntar, en el supuesto de ser ya Nerón nuestro enemigo, es si desecharemos la amistad de Vindex, y aun le acusaremos al punto y le haremos la guerra, porque quiere más tenerte a ti por emperador de Roma que a Nerón por tirano.»

V.—Inmediatamente después señaló Galba por edicto el día en que daría individualmente la liber-

tad a los que la pidiesen, y como la fama y el rumor hubiesen atraído mucha gente preparada y dispuesta para la novedad que se intentaba, no bien se había dejado ver en el tribunal cuando todos a una voz le proclamaron emperador; pero él, por lo pronto, no admitió este título, sino que, acusando a Nerón y lamentándose de los varones más ilustres, entre tantos como eran aquellos a quienes había quitado la vida, protestó que consagraría a la patria todos sus talentos, no César ni emperador, sino con sólo el dictado de general del Senado y del pueblo romano. Que Vindex procedió con acierto en excitar a Galba a admitir el imperio se confirmó con el testimonio del mismo Nerón, el cual, habiendo manifestado que despreciaba a Vindex y no le daban ningún cuidado los movimientos de las Galias, cuando se le notició lo de Galba, que fué estando comiendo después de haberse bañado, tiró al suelo la mesa. Sin embargo, habiendo el Senado declarado por enemigo a Galba, quiso disimular y hacer del gracioso con sus amigos, y por tanto les dijo que, hallándose escaso de dinero, no era mala la cuenta que estaba echando; pues, de una parte, cuando se sometiese a los Galos, se tomarían por presa sus bienes, y de otra, la hacienda que existía de Galba, declarado ya enemigo, podía desde luego ocuparla y venderla; así fué que dió orden para que los bienes de Galba se vendiesen, y éste, cuando lo supo, sacó a subasta cuanto a Nerón pertenecía en España, y encontró muchos y muy decididos postores.

VI.—Siendo ya en gran número los que iban abandonando a Nerón, todos se inclinaban, por lo regular, a Galba; solamente Clodio Macer en Africa, y Verginio Rufo, que en la Galia estaba al frente del ejército germánico, obraban por sí mismos separadamente, aunque no con la misma idea; porque Clodio, dado a rapiñas y muertes, por su crueldad y su avaricia se veía que ni se determinaba a tomar ni a dejar el Imperio, y Verginio, que mandaba las legiones más fuertes y poderosas, por las que muchas veces había sido saludado emperador, y estrechado a serlo, decía que ni tomaría el Imperio ni permitiría que se diese a otro, fuera de aquel a quien el Senado eligiese. Turbó desde luego este incidente los planes de Galba; mas después que las legiones de Verginio y Vindex forzaron a éstos, como a conductores de carros que no pueden refrenar los caballos, a un gran combate y que Vindex, después de muertos veinte mil Galos, se quitó a sí mismo la vida; como corriese la voz de que, alcanzada tan señalada victoria, la voluntad general era que Verginio tomara el Imperio o volvieran a reconocer a Nerón, entonces del todo llegó a intimidarse Galba, y escribió a Verginio, exhortándole a obrar de acuerdo y conservar al pueblo romano el imperio y la libertad, y con todo, retirándose otra vez con sus amigos a Clunia, ciudad de España, más pasó el tiempo en arrepentirse de lo hecho y en desear su genial y amado reposo que en ejecutar nada de lo que el tiempo pedía.

VII.—Era la estación del estío, y poco antes de

anochecer llegó de Roma el liberto Icelo en siete días; supo que Galba se estaba tranquilo en su casa, y se fué corriendo a su habitación, y abriéndola e introduciéndose, a pesar de la oposición del camarero, refirió que viviendo todavía Nerón, aunque no comparecía en público, primero el ejército y después el pueblo y el Senado habían proclamado a Galba emperador, y que de allí a bien poco se dijo que Nerón era muerto; y no queriendo creer a los que le dieron la noticia, había ido donde estaba el cadáver, y viéndole tendido, entonces se había puesto en camino. Dilatóse grandemente el ánimo de Galba con esta narración, y acudiendo a la casa en el momento un gran gentío, lo tranquilizó sobre lo ocurrido, a pesar de que la celeridad del viaje parecía increíble; pero a los dos días llegó con otros de los reales Tito Vinio, que anunció punto por punto lo decretado por el Senado. Este fué en el acto promovido a un orden superior; al liberto le confirió los anillos de oro (1), y llamándose desde entonces Marciano Icelo, fué entre los libertos el que gozó de mayor poder.

VIII.—En Roma, Ninfidio Sabino, trayendo a sí todos los negocios, no suavemente y poco a poco, sino de golpe, se alzó solo con ellos con motivo de la vejez de Galba, de quien se creía que con dificultad podría llegar a Roma conducido en litera, porque tenía ya setenta y tres años. Las tropas allí existentes, que ya antes miraban a Ninfidio

---

(1) Es equivalente a decir que lo hizo del orden ecuestre.

con afición, entonces en él sólo ponían la vista, teniéndole por su bienhechor, a causa del donativo, y a Galba sólo por su deudor. Al momento, pues, intimó a Tigelino su colega que depusiera la espada. Daba banquetes, teniendo a su mesa a los varones consulares y que habían mandado ejércitos, y haciéndoles el convite en nombre de Galba. En el ejército negoció que muchos dijeran ser cosa de enviar mensajeros a Galba para pedirle que nombrara a Ninfidio prefecto perpetuo, sin colega. Las demostraciones que en su honor y para aumentar su poder hizo el Senado, llamándole bienhechor, frecuentando diariamente su casa y haciendo que todo acuerdo se tomara a propuesta suya, como si solo lo confirmase, llevaron mucho más adelante su osadía; de modo que al cabo de muy poco tiempo no sólo se hizo fastidioso, sino temible a los que tanto le obsequiaban. Como los cónsules hubiesen nombrado los siervos públicos que habían de llevar los decretos del Senado al emperador, y les hubiesen entregado los diplomas o despachos sellados, en cuya virtud los magistrados de las ciudades en la mudanza de carruajes aceleran la marcha de los correos, se irritó en gran manera, porque no se había puesto su sello a los pliegos y no le habían pedido para este encargo sus soldados, y aun se dice que estuvo deliberando sobre la venganza que tomaría de los cónsules, y sólo se templó porque le dieron excusas e interpusieron ruegos. Para congradarse con el pueblo no impidió que arrastraran de los amigos de Nerón a los que se les ponían de-



lante, y al gladiador Espicilo lo tendieron en la plaza debajo de las estatuas de Nerón derribadas al suelo, y así le mataron. A un tal Aponio, del número de los delatores, lo echaron al suelo e hicieron que pasaran por encima de él unas carretas que acarreaban piedra, y a otros muchos los despedazaron, a algunos sin la menor culpa, de tal manera que Maurisco, varón excelente en sí y tenido por tal, dijo al Senado: «Me temo que en breve habéis de buscar a Nerón.»

IX. — Adelantando de este modo Ninfidio en sus esperanzas, no rehusó que se le llamara hijo de Cayo César, el que imperó después de Tiberio (1); porque Cayo, según parece, siendo todavía joven, tuvo trato con la que le dió a luz, que era bien parecida e hija de una costurera por jornal y de un liberto del César llamado Calisto; pero el trato de ésta con Cayo, a mi entender, fué posterior al nacimiento de Ninfidio. Lo que se creía era ser su padre el gladiador Marciano, de quien por su fama se había enamorado Ninfidia, y a éste era al que más se parecía en la figura. Ello es que, reconociendo por madre a Ninfidia, y atribuyéndose a sí mismo únicamente la ruina de Nerón, no creía haber cogido un premio suficiente en los honores, en las riquezas y en dormir con Esporo el de Nerón, al que tomó desde la misma hoguera cuando todavía ardía el cadáver, teniéndolo en lugar de esposa, y llamándole Popeo, y por tanto aspiraba a ingerirse

---

(1) Calígula.

en la sucesión del Imperio. Para esto daba reservadamente pasos en Roma por medio de sus amigos, de ciertas mujeres y de algunos senadores, habiendo enviado a España a Geliano, uno de los primeros para examinar lo que allí pasaba.

X.—Sucedíale todo bien a Galba después de la muerte de Nerón, y sólo le daba algún cuidado Verginio Rufo, todavía dudoso, no fuera que juntando a un tiempo hallarse al frente de numerosas tropas de las más belicosas, haber vencido a Vindex y haber sujetado una parte muy principal de la dominación romana, que era toda la Galia, agitada todavía con las olas de la sedición, le hiciera todo esto dar oídos a los que le provocaban a apoderarse del mando; porque ninguno tenía tanto nombre ni había adquirido una gloria igual a la de Verginio, que con gran presteza había librado al Imperio romano de dos plagas a un tiempo, de una tiranía insoportable y de las guerras de las Galias. El, sin embargo, atendido siempre a la opinión manifestada desde el principio, dejó al Senado la elección de emperador, a pesar de que, publicada la muerte de Nerón, la muchedumbre volvió a importunarle, y uno de los tribunos, en su mismo pabellón, sacando la espada, le intimó que admitiera el Imperio o el hierro. Mas después que Fabio Valente, comandante de una legión, juró el primero por Galba, y llegaron cartas de Roma expresando lo acordado por el Senado, aunque con dificultad y trabajo, persuadió a los soldados a proclamar a Galba emperador; y habiéndole nom-

brado por sucesor a Flaco Hordeonio, lo reconoció y le entregó el mando, y saliendo a recibir a Galba, que pasaba a corta distancia, regresó con él sin participar conocidamente ni de honor ni de ira. De lo segundo fué causa el mismo Galba, porque le miraba con respeto, y de lo primero sus amigos, y más especialmente Tito Vinio, el cual, creyendo por envidia mortificar a Verginio, sin pensarlo, ayudó al buen Genio de éste; que de las guerras y males que alcanzaron en aquella época a los demás generales lo sacó a una vida tranquila y a una vejez llena de paz y de reposo.

XI.—Encontraron a Galba los embajadores enviados por el Senado en Narbona, ciudad de las Galias, y saludándole, le rogaron se apresurara a mostrarse al pueblo, que deseaba verle. Recibiéndolos y tratólos en todo con la mayor dulzura y humanidad; y como para los convites hallase dispuesto el aparato y servicio regio correspondiente, enviado con anticipación por Ninfidio del que perteneció a Nerón, no haciendo uso de ninguna de estas cosas, sino solamente del servicio de mesa que antes tenía, ganó crédito y concepto entre todos, siendo tenido por magnánimo y superior a las delicadezas del lujo; pero al cabo de bien poco, haciéndole ver Vinio que aquellas disposiciones generosas, modestas y sencillas eran una afectación de popularidad y una inelegancia que desdecía de su grandeza, lo convenció de que debía usar de las preciosidades de Nerón, y no rehusar para los banquetes la magnificencia real. En fin, poco a poco

fué dando a conocer el buen anciano que sería dominado por Vinio.

XII.—Era Vinio el hombre más poseído y dominado de la avaricia, y sujeto además a la pasión y vicio de las mujeres; porque siendo todavía manco y haciendo sus primeras campañas bajo Calvisio Sabino, se llevó por la noche al campamento, vestida de soldado, a la mujer del general, que no tenía nada de modesta, y abusó de ella en el principal, al que los Romanos llaman *principia*. Por este atentado le puso Cayo César (1) en prisión; pero habiendo muerto éste, su fortuna le dió la libertad. Cenando en casa de Claudio César quitó una pieza de plata, y habiéndolo sabido el César, le volvió a convidar el día siguiente, y cuando vió que había acudido, dió orden a los que le servían que no le pusieran nada de plata, sino todo el servicio de barro; pero esto, por la bondad de Claudio, que degeneraba en cómica, no parecía digno de ira, sino de risa; mas lo que después, siendo dueño del ánimo de Galba y quien todo lo mandaba, ejecutó en esta materia de intereses, para unos fué causa y para otros pretexto de sucesos trágicos y de grandes desventuras.

XIII.—Porque Ninfidio, luego que volvió Galiano, el que en cierta manera había enviado de explorador de Galba, al oír que había sido designado prefecto del pretorio Cornelio Lacón y que todo el poder y el influjo eran de Vinio, no habiénd-

---

(1) Calígula

dosele a él permitido ni arrimarse a Galba, ni hablarle a solas, porque le espiaban y observaban continuamente, entró en gran cuidado, y reuniendo a todos los jefes de las cohortes, les dijo que Galba por sí era un anciano de rectitud y bondad, pero que no se gobernaba por su propio juicio, sino que, haciéndose todo a gusto de Vinio y de Lacón, los negocios iban mal; por tanto, que, para no dar lugar a que éstos adquiriesen en ellos el gran valimiento que tuvo Tigelino, convenía enviar mensajeros al emperador de parte del ejército, para que le advirtiesen que, apartando de su lado a solos aquellos dos, sería de todos recibido con más gusto y con mayores aplausos. Mas como no fué esto bien admitido, y antes pareciese cosa extraña y repugnante que a un emperador anciano se le previniese como a un mozuelo que empezara a gustar del poder, de cuáles amigos había de valerse y de cuáles no, tomando otro camino, escribió a Galba asustándole, ya con que en Roma había mucho mal y mucho de qué recelar, y ya con que Clodio Macer en Africa detenía los granos; y otras veces con que había inquietudes en las legiones germánicas, y otro tanto se decía de los ejércitos de la Siria y la Judea. Viendo que Galba tampoco daba a esto grande atención, ni lo creía, determinó ya adelantarse y emplear las manos, a lo que Clodio Celso Antioqueno, varón prudente y su amigo fiel, se le opuso, diciendo que no creía que hubiera de Roma ni siquiera una casa que proclamara César a Ninfidio; pero, por el contrario, muchos se vieron de

este parecer, y Mitridates Pónico, haciendo una maligna alusión a la calvicie y las arrugas de Galba: «Ahora—dijo—le tienen los Romanos en algo; pero luego que le vean, les parecerá que es la mengua de estos días en que se llama César.»

XIV.—Resolvióse, pues, que, constituyendo a la media noche a Ninfidio ante banderas, le aclamarían emperador; pero el primero de los tribunos, Antonio Honorato, congregando a los soldados que estaban a sus órdenes, empezó a reprender la conducta de Ninfidio y la de ellos mismos, que en breve tiempo habían causado tantas mudanzas, sin idea ninguna ni elección para mejorar, sino conduciéndolos algún mal Genio de una traición en otra. «Para lo primero—les decía—había alguna disculpa en los crímenes de Nerón; pero ahora, para hacer traición a Galba, ¿qué muerte de su madre le achacaréis, o qué asesinato de su mujer, o de qué escena o tragedia del emperador os mostraréis avergonzados? Y ni siquiera aguardamos a desampararle después de esto, sino que nos hizo creer Ninfidio que primero nos había él desamparado y había huído al Egipto. ¿Qué será, pues, lo que haremos? ¿Sacrificaremos a Galba a los manes de Nerón, y, eligiendo por César al hijo de Ninfidia, quitaremos de en medio al de Livia, como ya dimos muerte al de Agripina? ¿O, imponiendo a éste el condigno castigo por sus maldades, nos acreditaremos de vengadores de Nerón y de guardias fieles y celosos de Galba?» Dicho esto por el tribuno, asintieron todos sus soldados y exhortaban a los

demás que les venían a mano a permanecer fieles al emperador, a lo que atrajeron a los más. Levantóse en esto grande gritería, y era que Ninfidio, o creyendo, como dicen algunos, que los soldados le llamaban ya, o queriendo precipitar la empresa para disipar tumultos y desvanecer dudas, venía con muchas luces, trayendo en un cuaderno un discurso escrito por Cingonio Varrón, el que se proponía pronunciar a los soldados. Mas viendo cerradas las puertas del principal y a muchos armados en su recinto, concibió temor, y acercándose a ellos les preguntó qué querían y con orden de quién habían tomado las armas. Salióle al encuentro una sola voz de todos, que reconocían a Galba por emperador; entonces él, acercándose más, aclamó también, mandando hacer otro tanto a los que traía consigo. Permittiéndole a esta sazón los de la puerta entrar con unos cuantos, le tiraron con una lanza, cuyo golpe paró delante de él Septimio con su escudo; pero sobreviniendo muchos con las espadas desnudas, dió a huir, y alcanzándole le dieron muerte en el dormitorio de un soldado. Sacáronle luego al medio, y poniéndole entre canceles, le presentaron al día siguiente en espectáculo a los que quisieron verle.

XV.—Muerto Ninfidio de esta manera, como Galba, luego que lo supo, diese orden de que quitaran la vida a cuantos, habiendo sido de los conjurados, no se hubiesen anticipado a quitársela a sí mismos, de cuyo número eran Cingonio, el que escribió el discurso, y Mitrídates Póntico, pareció

que no se había procedido legítimamente, por más que fuese con justicia, en hacer morir sin juicio precedente a ciudadanos no de ínfima clase. Porque todos esperaban otro orden de gobierno, engañados con los anuncios que suelen hacerse en los principios. Fué mayor todavía el descontento con haberse dadó orden de que muriera Petronio Turpiliano, varón consular, que se había mantenido fiel a Nerón; porque para haber ejecutado otro tanto con Macrón en Africa por medio de Treboniano, y en Germania con Fronteyo por medio de Valente, había la excusa de que se hallaban con las armas en la mano y en los ejércitos; pero nada podía oponerse a que se dejara hablar en su defensa a Turpiliano, viejo y desarmado, si se pensaba en hacer ver por las obras la moderación de que tanto se hablaba; tales eran las quejas que había ya con este motivo. Sucedió después que, siguiendo en su viaje, cuando estuvo a unos veinticinco estadios de Roma, se encontró con un alboroto y desorden extraordinario causado por los clasiarios (1), que por todas partes tenían ocupado y obstruído el camino. Estos eran los que habían sido escogidos por Nerón para formar una legión y declarados del ejército; y queriendo hacer que por fuerza se les confirmara esta gracia, no daban lugar a que el emperador fuera visto de los que acudían, ni a que se oyeran las aclamaciones, sino que movían una grande gritería, pidiendo enseñas y sitio para

---

(1) Soldados de la escuadra; en latín, *classis*.



su legión. Remitiendo el emperador el negocio a otro tiempo, y mandando que le hablasen otra vez, tuvieron la dilación por repulsa, y se mostraron indignados, insistiendo en su demanda y continuando en sus gritos y alborotos; y como algunos desenvainasen las espadas, dió Galba orden de que les acometiese la caballería, cuyo choque no sostuvo ninguno de ellos, sino que unos fueron muertos en el momento de dar a huir, y otros en la fuga; lo que no fué de fausto y feliz agüero para Galba, que hizo su entrada en medio de tanta carnicería y por entre tantos cadáveres, sino que si antes algunos le miraban con poco aprecio por su debilidad y su vejez, entonces apareció formidable y terrible a todos.

XVI. — Queriendo dar idea de una gran mudanza en cuanto a lo desmedido y lujoso de los donativos de Nerón, parece que se apartó bastante del blanco del decoro; porque habiendo ido a tañer a palacio durante la cena el flautista Cano, cuya habilidad era entonces muy apreciada, y habiéndole alabado y ponderado mucho, hizo que le trajeran el bolsillo y le dió algunos áureos, diciendo que del caudal propio, y no del público, le daba aquella propina. Dió una orden ejecutiva para recoger las donaciones que Nerón había hecho a la gente del teatro y de la palestra, a excepción de la décima parte, y como fuese muy poco y de ninguna entidad lo que le traían, porque los más, que eran hombres derrochadores y de los que no piensan sino en el día presente, habían consumido lo que recibieron,

mandó hacer pesquisa de los que se lo habían comprado o adquirido en otra forma, y de ellos pretendía recobrarlo. No tenía esto fin y se extendía muy lejos, comprendiendo a una infinidad; y si semejante conducta perjudicaba a su gloria, la envidia y el odio recaían sobre Vinio, diciéndose de él que, haciendo para los demás escaso y mezquino al emperador, en tanto se aprovechaba sin término, ocupándolo y vendiéndolo todo. Porque máxima es de Hesíodo (1):

Al principio y al fin de la tinaja  
la sed debe saciar el cosechero;

mas Vinio, viendo a Galba delicado y viejo, se apresuraba a gozar de la fortuna que a un tiempo empezaba y concluía.

XVII.—No se hacía justicia en varias maneras a este buen anciano, porque unas cosas desde luego eran mal administradas por Vinio, y las que aquél disponía bien por sí mismo, éste las torcía o las estorbaba, como fué lo relativo a los castigos de los neronianos, porque hizo quitar la vida a los malos, en cuyo número se contaron Elio, Policeto, Petino y Patrobio; y cuando los llevaban por la plaza al suplicio, el pueblo aplaudía y gritaba que aquélla era una procesión bellísima y muy acepta a los dioses; pero que los dioses y los hombres estaban reclamando al maestro y ayo de la tiranía, Tigelino; mas éste, como diestro, había sabido ga-

---

(1) *Obras y días*, v. 336

narse sobre buenas prendas a Vinio. Después sucedió que Turpiliano, aborrecido sólo porque no aborreció e hizo traición al emperador siendo cual era, sin que pudiese culpársele de ningún otro crimen, por aquello solo perdió la vida; y el que había hecho a Nerón digno de muerte, y siendo tal por él, le abandonó y le fué traidor, éste quedó para ser una convincente prueba de que con Vinio nada había que no fuese venal, ni nada de que debieran desesperar los que diesen. Pues cuando no podía haber espectáculo en que más se hubiera complacido el pueblo romano que el ver a Tigelino puesto en un patíbulo, y cuando por ello clamaba y lo pedía en todos los teatros y circos, se quedó sorprendido con un edicto del emperador, en que decía que Tigelino ya no podía vivir largo tiempo, hallándose afligido de la tisis, y que les pedía no le agitaran ni quisieran hacer tiránica la potestad imperial. El pueblo bien se irritó; pero riéndose ellos de su enojo, Tigelino hizo el sacrificio que se llamaba de salvación, y dispuso un opíparo banquete; y Vinio, levantándose en la cena de la mesa del emperador, marchó a la francachela de aquél, llevando consigo a su hija, que se hallaba viuda. Brindó Tigelino por ella en doscientos cincuenta mil sextercios, y mandó a la principal de sus concubinas que se quitara un collar precioso que llevaba y se lo pusiera a aquélla, diciéndole que el valor del collar era ciento cincuenta mil sextercios.

XVIII.—Por tanto, aun las cosas en que brillaba la benignidad eran mal interpretadas, como su-

cedió en el asunto de los Galos sublevados con Vindex; porque se creyó que la exención de contribuciones y el derecho de ciudad no lo debieron a la bondad del emperador, sino que los compraron de Vinio. Esto tenía a la muchedumbre disgustada del gobierno, y por lo que hace a los soldados, a quienes no se entregaba el donativo, al principio los consolaba la esperanza de que, si no fuese tanto como se había prometido, les daría lo que había dado Nerón; pero después que, enterado de su descontento, pronunció aquella sentencia digna de un grande general, que estaba acostumbrado a escoger y no a comprar los soldados, cuando tal oyeron, concibieron un violento y fiero odio contra él, porque les pareció que no se contentaba con privarlos por su parte, sino que se erigía en legislador y maestro para los emperadores que vinieran en pos de él. Mas el movimiento en Roma era todavía sordo, y un cierto respeto a Galba presente embataba y reprimía el deseo de novedades; al mismo tiempo el no descubrirse principio ninguno de mudanza, los contenía también y les hacía disimular su descontento. A los que antes estuvieron a las órdenes de Verginio, y ahora a las de Flaco, como, teniéndose por dignos de grandes premios por la batalla reñida contra Vindex, nada hubiesen alcanzado, no podían aquietarlos sus jefes, y del mismo Flaco, que atacado de una terrible gota, no podía valerse de su persona, y que no tenía experiencia de negocios, absolutamente no hacían cuenta para nada. Hubo en una ocasión espectáculos. y

al pronunciar los tribunos y centuriones la plegaria usada entre los Romanos de prosperidad, se alborotó y tumultuó la muchedumbre, y después, insistiendo aquéllos en la plegaria, lo que respondieron fué: *Si lo merece.*

XIX.—Repitiéndose muchas veces iguales o semejantes insultos de parte de los soldados de Tigelino, los procuradores dieron ya parte a Galba, y recelando éste que quizá no era mirado con desdén solamente por su vejez, sino también por no tener hijos, empezó a pensar en adoptar a uno de los mancebos ilustres y en declararle sucesor del Imperio. Había un Marco Otón, varón no obscuro en linaje, pero muy desde luego conocido y señalado entre los jóvenes romanos por su lujo y por su disipación; y así como Homero nombra muchas veces a Alejandro Paris

De Helena esposo la de rubias trenzas,

no teniendo ninguna otra prenda por donde debiera ser alabado, igualmente éste tuvo nombre en Roma por su matrimonio con Popea, de la que Nerón se enamoró estando casada con Crispino; y como aun respetase a su mujer y temiese a la madre, echó por tercero a Otón para que sedujese a Popea. Era Otón su amigo y camarada por su vida disoluta, y muchas veces, cuando éste se chanceaba con él y se burlaba de su mezquindad y tacañería, mostraba holgarse de ello. Dícese que una vez usando Nerón de un unguento de los pre-

ciosos, y salpicando con él a Otón, éste al día siguiente le recibió en su casa teniendo dispuestos por muchas partes tubos de oro y plata que arrojaban y esparcían unguento como agua. Disfrutó de Popea antes que Nerón, y habiéndola seducido bajo las lisonjeras esperanzas de éste, la persuadió a que se divorciara de su marido. Pasado que hubo a su poder como mujer legítima, no tanto se complacía con gozar de ella como le incomodaba la participación, viendo con gusto estos celos, según se dice, la misma Popea. Porque se refiere asimismo que daba con la puerta en los ojos a Nerón, no hallándose Otón presente, bien fuese por preservarse de los inconvenientes del fastidio, o bien porque le fuese molesto el consorcio con César, aunque no rehusase admitirle como amante, por su propensión a la lascivia. Corrió, pues, Otón gran peligro de perecer, y aun se tuvo por cosa muy extraordinaria el que, habiendo Nerón dado muerte a la que era su mujer y hermana por casarse con Popea, dejase a Otón salvo.

XX.—Gozaba Otón del favor de Séneca, y a persuasión y excitación de éste fué por Nerón enviado de propretor a la Lusitania, que termina en el Océano, y le experimentaron aquellos súbditos no áspero o molesto, por saber que aquel mando se le había dado como colorido y velo de un verdadero destierro. Cuando se rebeló Galba, fué el primero de los generales que se le unió, y llevándole cuanto oro y plata tenía en utensilios y mesas, se lo entregó para convertirlo en moneda, ha-

ciéndole al mismo tiempo el obsequio de los esclavos que tenía diestros y ejercitados en el servicio doméstico de un emperador. Mostrósele en todo fiel, y en lo que ocurrió dió pruebas de que a nadie era inferior en el conocimiento y manejo de los negocios. De camino hizo todo el viaje por muchos días en la misma silla, y durante éste no se descuidó en hacer la corte a Vinio, ya en el trato y ya con sus larguezas, pero más todavía con reconocerle el primer lugar; así, por parte de éste tuvo seguro el ser quien de más influjo gozaba después de él.

Aventajábale, empero, en estar fuera de envidia, por ser hombre que servía gratuitamente a los que de él se valían, y que se mostraba afable y benigno con todos. Principalmente daba la mano a los militares, y a muchos los promovió a los mandos, unas veces empeñándose con el emperador y otras interponiendo la mediación del mismo Vinio, o de los libertos Icelo y Asiático, que eran los que tenían mayor poder en palacio. Cuando tenía a cenar a Galba, hacía siempre un regalo a la cohorte que estaba de guardia, dando un áureo a cada soldado; con lo que le contraminaba en aquello mismo que parecía hecho en su honor, atrayéndose la tropa.

XXI.—Consultado, pues, Galba sobre sucesor, Vinio le propuso a Otón, y no de balde tampoco, sino mediante el casamiento de su hija, que había de tomar por mujer Otón después de adoptado por hijo y declarado sucesor en el Imperio; pero

Galba era hombre de quien no se podía dudar que antepondría el bien público al suyo privado, y que procuraría, no lo que más le linsojease a él mismo, sino lo que hubiera de ser más útil a los Romanos; bien que, aun cuando quisiera atender a sus propios intereses, parecía que no elegiría a Otón por heredero constándole que era desarreglado, disipador y que se hallaba abarrancado con deudas hasta en cantidad de cinco millones de sextercios. Así es que, habiendo oído a Vinio tranquila y sosegadamente, suspendió su resolución; mas con todo, como después lo hubiese designado cónsul, y por colega al mismo Vinio, se tenía por cierto que a principio de año le nombraría sucesor. La tropa era seguro que vería con más gusto nombrado a Otón que a cualquier otro.

XXII.—Cogióle todavía entre consultas y dudas el rompimiento de Germania, porque, en general, la soldadesca aborrecía a Galba por no darles el donativo; pretextaban aquéllos, como motivos particulares, el que se tuviese ignominiosamente arrinconado a Verginio Rufo, que se hubiesen hecho gracias a los Galos que contra ellos pelearon y que hubiesen sido castigados cuantos no se unieron a Vindex, que era el único a quien Galba se mostraba agradecido y a quien honraba después de muerto haciendo libaciones públicas en su memoria, dando a entender que a él le debía haber sido proclamado emperador de los Romanos. Siendo éstas las conversaciones que, sin ninguna reserva, se tenían en el campamento, vino el



día primero del primer mes, al que los Romanos llaman las calendas de enero, y, congregándolos Flaco para el juramento que es costumbre hacer al emperador, al paso echaron al suelo las imágenes de Galba y las pisaron, y, jurando por el Senado y pueblo romano, se disolvió la reunión. En esto empezaron los jefes a temer como rebelión aquel estado de anarquía, y uno de ellos dijo: «¿En qué pensamos, ¡oh camaradas!, no nombrando otro emperador, ni defendiendo al que lo es, como si nuestro intento fuese, no el negar la obediencia a Galba, sino, en general, no querer emperador ni ser mandados? A Hordeonio Flaco, que no es mas que una sombra e imagen de Galba, es preciso dejarlo a un lado; pero a un día de camino de aquí está el caudillo de la otra Germania, Vitelio, hijo de un padre que fué censor, cónsul tres veces y, en cierta manera, colega de Claudio César en el Imperio, y que por sí tiene una señal cierta de bondad y grandeza de ánimo en la misma pobreza, por lo que es de algunos escarneido. Ea, pues, eligiendo a éste, hagamos ver a todos los hombres que valemos más que los españoles y lusitanos para nombrar un emperador.» Mientras unos convienen y otros lo rehusan, se salió de entre ellos un portainsignia, y se fué en aquella noche a dar parte a Vitelio, que tenía consigo muchos a la mesa. Corrió la voz por las divisiones, y el primero Fabio Valente, tribuno de una legión, poniéndose a la mañana siguiente al frente de un gran piquete de caballería, proclamó a Vitelio em-

perador. Los días anteriores había éste manifestado que lo repugnaba y resistía, teniendo el Imperio por grave carga; pero entonces, repleto, dicen, del vino y la comida meridiana, salió y se mostró pronto, admitiendo el sobrenombre que le dieron de Germánico y rehusando el de César. Al momento también el otro ejército de Flaco, olvidando sus bellos y democráticos juramentos al Senado, juró al emperador Vitelio para obedecerle en cuanto mandase.

XXIII.—De este modo fué Vitelio proclamado emperador en Germania; y habiendo llegado a los oídos de Galba las novedades allí ocurridas, ya no dilató más la adopción; pero, sabiendo que de sus amigos algunos intercederían por Dobela, y los más por Otón, ninguno de los cuales merecía su aprecio, sin decir nada a nadie envió a llamar a Pisón, hijo de Craso y Escribonia, a quienes Nerón había hecho dar muerte, y joven en quien, con la mejor disposición natural para toda virtud, se descubría una gran modestia y austeridad, y, bajando al campamento, le declaró César y su sucesor. Acompañaron a este acto desde los primeros pasos grandes señales del cielo, porque, habiendo empezado en el campamento a decir unas cosas y leer otras, tronó y relampagueó tantas veces, y vino tal lluvia y obscuridad sobre él y sobre la ciudad, que fué bien manifiesto no aprobar ni confirmar el cielo aquella adopción, que parecía, por tanto, no ser para bien. La disposición de los soldados, por otra parte, era sospechosa y ce-

ñuda, no habiéndoseles hecho tampoco entonces ningún donativo. Maravilláronse de Pisón los que se hallaron presentes, conociendo en su voz y en su semblante que aquel favor no le había conmovido, aunque tampoco lo había recibido con insensibilidad; así como, por el contrario, en la cara de Otón se advertían muchas señales de que le dolía y lo irritaba el verse frustrado de la esperanza, pues que, habiéndosele creído digno de ella antes que a otro y estando ya próximo a realizarla, el ser entonces excluído lo hacía indicio de aversión y mala voluntad de Galba contra él. De aquí es que entró en miedo aun para lo venidero, y, temiendo de Pisón, desechado por Galba y no estando satisfecho de Vinio, se retiró con el corazón agitado de diferentes pasiones, porque tampoco le permitían desesperar y desconfiar del todo los adivinos y caldeos que tenía siempre cerca de sí, especialmente Tolomeo, que le hacía gran fuerza con haberle anunciado repetidas veces que no le quitaría la vida Nerón, que éste moriría antes y que él sobreviviría e imperaría a los Romanos, pues haciéndole presente que aquello había salido cierto, insistía sobre que no desesperara tampoco de esto. Agregábanse los muchos que a solas se quejaban y lamentaban con él del injusto chasco que le habían dado, y los muchos más de los partidarios de Tigelino y Ninfidio, que, habiendo hecho antes un gran papel, arrinconados y maltratados entonces, contribuían a aumentar su disgusto y su encono.

XXIV.—Eran de este número Veturio y Barbio, *especulador* aquél y éste *teserario*: así llaman a los que hacen el servicio de mensajeros y exploradores. Con ellos iba y venía Onomasto, liberto de Otón, para seducir y corromper, ora con dinero, ora con esperanzas, a los que ya estaban picados y no necesitaban mas que un ligero achaque; pues el pervertir a toda una columna de tropa que hubiera estado entera y sana no habría sido obra de sólo cuatro días, que fueron los que mediaron entre la adopción y el asesinato; porque se les dió la muerte al sexto día, que fué, en la cuenta romana, el día 18, antes de las calendas de febrero. En él, muy de mañana, sacrificaba Galba en el palacio, a presencia de sus allegados, y el sacrificador Umbricio, al punto mismo de tomar en sus manos las entrañas de la víctima, exclamó que veía, no por enigmas, sino con la mayor claridad, en la cabeza del hígado señales de gran turbación y un inminente peligro que amenazaba al emperador, pues no le faltaba al dios mas que entregar a Otón, tomándole por la mano. Hallábase éste presente, a espaldas de Galba, y estaba muy atento a lo que Umbricio decía y anunciaba; y como se asustase y tuviese con el miedo muchas alteraciones en el color, el liberto Onomasto, que estaba a su lado, le dijo que le buscaban y le estaban aguardando en casa los arquitectos; porque esta era la seña convenida del momento en que debía presentarse a los soldados. Añadiendo, pues, él mismo que, habiendo comprado una casa vie-

ja, quería mostrar a los destajeros aquellas piezas que necesitaban reparos, se marchó, y, bajando por la casa llamada de Tiberio, fué a la plaza al sitio donde está la columna de oro, en que van a rematar todas las carreteras principales de la Italia.

XXV.—Los primeros que allí le recibieron y proclamaron emperador se dice que no pasaban de veintitrés, por lo cual, aunque no era débil de ánimo, en proporción de lo muelle y afeminado de su cuerpo, sino más bien sereno y arriscado para los peligros, llegó a temer y querer desistir; pero los soldados que rodeaban la litera no se lo permitían, por más que él clamaba que lo habían perdido, y daba prisa a los mozos, porque algunos lo oyeron, y, más bien que conmovearse, se admiraron del corto número de los que a tal se atrevían. Cuando así le conducían por la plaza, vinieron otros tantos, a los que después se fueron reuniendo más, de tres en tres y de cuatro en cuatro, y luego se volvieron todos con él, aclamándole César y protegiéndole con las espadas desenvainadas. El tribuno Marcial, que era el que se hallaba de guardia, aunque no estaba en el secreto, aturrido con lo inesperado del suceso, por temor le dejó entrar, y cuando estuvo dentro, ya nadie se opuso, porque los que no estaban en lo que pasaba, confundidos con los que de antemano lo sabían, al principio se llegaban separados de uno en uno o de dos en dos, y después, enterados y atraídos, seguían a los otros. Al punto se refirió a Galba en el

palacio lo sucedido, presente el sacrificador, y teniendo todavía en sus manos las entrañas de la víctima; de manera que aun los que dan poco crédito e importancia a estas cosas, ahora se quedaron maravillados del prodigio. Como acudiese de la plaza gran gentío, Vinio, Lacón y algunos libertos se pusieron, con las espadas desnudas, a protegerle, y acudiendo Pisón fué a asegurarse de la guardia del palacio. Hallándose la legión ilírica en el pórtico llamado de Vipsanio, fué asimismo Mario Celso, varón de probidad y confianza, enviado a prevenirla.

XXVI.—Quería Galba salir, y Vinio no le dejaba; pero Celso y Lacón le excitaban, oponiéndose vigorosamente a Vinio; en esto corrió muy válida la voz de que a Otón lo habían muerto en el campamento, y de allí a poco se vió a Julio Aticio, varón no de obscura calidad que militaba entre los lanceros de la guardia, venir corriendo, con la espada desenvainada, diciendo a gritos que había muerto al enemigo de César, y penetrando por entre los que tenía delante, mostró a Galba su espada ensangrentada. Volvióse éste a mirarle, y «¿Quién te lo ha mandado?», le preguntó; como respondiese que su lealtad y el juramento que tenía prestado, la muchedumbre gritó que muy bien dicho, y aplaudió con palmadas, y Galba se metió en la litera, queriendo ir a sacrificar a Júpiter y a mostrarse a los ciudadanos. Cuando entraba en la plaza, como una mudanza de viento súbita vino el rumor contrario de que Otón se había hecho due-

ño del campamento; y cuando, como es natural en tan numerosa muchedumbre, unos gritaban que se volviese, otros que continuara, éstos que no desmayara, aquéllos que debía desconfiar, y la litera, en medio de semejante borrasca, era traída y llevada de acá para allá, estando para volcarse muchas veces, aparecieron primero los de a caballo, y luego la infantería por la parte de la basílica de Paulo, gritando a una voz: «¡Fuera el que ya no es mas que un ciudadano particular!» Dió entonces a correr todo aquel gentío, no para dispersarse en fuga, sino para ocupar los pórticos, balcones y corredores de la plaza, como en un espectáculo. Derribó al suelo Atilio Vergelio la estatua de Galba, y, tomándolo por principio de la guerra, empezaron a tirar dardos contra la litera; y como no la acertasen, marcharon hacia ella con las espadas desenvainadas, sin que nadie le defendiese o se mantuviese quedo, a excepción de un solo hombre, único que vió el sol entre tantos millares digno del Imperio de los romanos. Era éste el centurión Sempronio Denso, el cual, no habiendo recibido beneficio ninguno de Galba, sólo para tomar la defensa de lo justo y de lo honesto se puso al lado de la litera, y al principio, levantando en alto la vara con que los centuriones castigan a los que han caído en falta, gritaba a los que se acercaban, intimándoles que respetaran al emperador; después, como embistiesen con él, sacando la espada se defendió largo tiempo, hasta que, herido en las piernas, cayó.

XXVII.—Volcóse la litera junto al lago llamado de Curcio, y, arrastrándose Galba por el suelo con la corona puesta, corrieron a herirle. El, alargando el cuello: «Acabad vuestra obra—les decía—si así conviene al pueblo romano.» Recibió, pues, muchos golpes en las piernas y los brazos, y le decapitó, como dicen los más, un tal Camurio, de la legión décimaquinta. Algunos refieren haber sido Terencio, otros Arcadio y otros Fabio Fábulo, de quien se cuenta asimismo que, ocultando la cabeza, la llevaba envuelta en la ropa, no habiendo, por tan calvo como era, de dónde asirla. Después, no permitiéndole tenerla escondida los que con él se hallaban, sino hacer manifiesta a todos su hazaña, clavó y fijó en la lanza el venerable rostro de un anciano, de un emperador modesto, de un pontífice máximo y de un cónsul, y corrió por la ciudad como los bacantes, volviéndose a cada paso a una parte y a otra, y blandiendo la lanza teñida en sangre. Dícese que Otón, cuando le presentaron la cabeza, exclamó: «Esto no vale nada, ¡oh soldados!; mostradme la cabeza de Pisón», y de allí a poco se la trajeron también, porque, herido aquel joven, huyó, y perseguido por un tal Marco, fué igualmente decapitado delante del templo de Vesta. La misma suerte tuvo Vinio, confesando que había tenido parte en la conjuración contra Galba, porque clamaba que le hacían morir contra la intención de Otón, y cortando asimismo la cabeza de Vinio y la de Lacón, las llevaron al nuevo emperador, exigiendo



donativos. Pues a la manera de aquello de Arquíloco:

Siete los muertos son que en tierra yacen  
alcanzados por pies uno por uno,  
¡y ya los matadores somos ciento!

Así entonces, muchos que ni de mil leguas se habían acercado, tiñendo las manos y las espadas en sangre, las enseñaban y pedían el premio, dando a Otón memoriales. Halláronse más adelante los de ciento veinte, a todos los que hizo buscar Vitelio y les quitó la vida. Llegó en aquella sazón al campamento Mario Celso, a quien acusaban muchos de que había exhortado a los soldados a acudir en defensa de Galba, y pidiendo la turba su muerte, Otón no vino en ello; pero temiendo contradecirles, expresó que no había de quitarle la vida con aquella prontitud, porque había cosas de que convenía informarse de él. Mandó, pues, que se le pusieran prisiones y se le tuviera en buena custodia, entregándolo a aquellos que eran más de su confianza.

XXVIII.—Congregóse al punto el Senado, y como si fuesen otros hombres o tuviesen otros dioses, prestaron por Otón un juramento que no había guardado aquel por quien se juraba, y le aclamaron César y Augusto cuando todavía yacían arrojados en la plaza los cadáveres adornados de las ropas consulares. Cuando de las cabezas no tuvieron ya ningún uso que hacer, entregaron la de Vinio a su hija por dos mil quinientas dracmas; la de Pisón la pidió y recogió su mujer de

Veranio, y la de Galba fué dada de regalo a los esclavos de Patrobio y Vitelio. Tomáronla éstos y, después de haber hecho con ella toda especie de escarnios e ignominias, la arrojaron en el lugar donde son sepultados los ajusticiados por los Césares, llamado *Sestercio*. El cuerpo de Galba lo recogió Helvidio Prisco, con permiso de Otón, y por la noche le dió sepultura Argio, su liberto.

XXIX.—Lo que se deja dicho es lo que hemos tenido que referir acerca de Galba, varón a quien no hubo muchos entre los Romanos que le aventajaran ni en linaje ni en riqueza, y que fué en ambas cosas el primero entre todos los de su edad, habiendo vivido con honor y con gloria durante el mando de cinco emperadores; tanto que, habiendo destruído la tiranía de Nerón más bien con su gloria que con su poder, a los que con él concurrieron entonces nadie los juzgó merecedores del Imperio, aunque algunos se reputaron dignos ellos mismos; pero Galba, apellidado emperador, y no oponiéndose a que por tal se le aclamara, con prestar su nombre al arrojado de Vindex hizo que la rebelión de éste, templada con los nombres de movimiento y novedad, fuese una verdadera guerra civil a causa del varón imperial que tuvo al frente. Por tanto, estando él mismo en la inteligencia de que no tanto se encargaba del gobierno como el gobierno mismo se ponía en sus manos, se propuso mandar a unos soldados viciados por Tigelino y Ninfidio, al modo que Escipión, Fabricio y Camilo mandaron a los de su tiempo. Debilitado por

la vejez, en lo relativo a armas y ejércitos fué un emperador íntegro y a la antigua; pero en cuanto a los negocios, entregado enteramente a Vinio, Lacón y los libertos, que todo lo vendían, como lo había estado Nerón a los hombres más insaciables, no dejó ninguno que echara menos su mando, aunque sí muchos que se lastimaran de su muerte.

---

## OTON

---

I.—Al día siguiente, de mañana, subiendo el nuevo emperador al Capitolio, ofreció en él un sacrificio, y haciendo llamar a Mario Celso, lo abrazó y le habló con la mayor benignidad, exhortándole a que pusiera más cuidado en borrar de la memoria la causa de su detención que en retener el beneficio de la soltura. Respondióle Celso, no sin dignidad ni sin reconocimiento, porque le dijo que su modo de pensar lo manifestaba el delito mismo, habiendo sido su culpa mantenerse leal a Galba, a quien ningún beneficio debía, con lo que quedaron muy complacidos de ambos los que se hallaron presentes, y las tropas los apludieron. En el Senado, cuanto dijo fué muy popular y humano; para el tiempo que le restaba de su consulado, nombró a Verginio Rufo; a los designados por Nerón y Galba, a todos les guardó sus consulados; con los sacerdocios honró a los más ancianos o a los de mayor opinión; y a los senadores desterrados por Nerón, que habían vuelto en tiempo de Galba, les retituyó cuanto estaba por vender de los bienes de cada uno. Con esto, los más principales y honrados ciudadanos, que al

principio se habían horrorizado, pareciéndoles que no era un hombre, sino un castigo o un mal genio el que de repente les había venido, empezaron a dar entrada a lisonjeras esperanzas en cuanto a aquel reinado que así se les sonreía.

II.—Mas nada fué de tanto placer para todos ni le ganó tanto las voluntades como lo ejecutado con Tigelino, pues nadie se hacía cargo de que estaba suficientemente castigado con el medio mismo de un castigo que la ciudad estaba exigiendo continuamente como una deuda pública y con las insufribles enfermedades que padecía. Los hombres de juicio, además, tenían en él por el último suplicio, equivalente a muchas muertes, sus torpezas y liviandades abominables con inmundas ramerillas, a que todavía le arrastraba su disolución y desarreglo; pero, con todo, a la muchedumbre le era siempre de sumo disgusto que todavía viese el sol un hombre después de tantos como por él no lo veían. Envió, pues, un comisionado contra él a sus campos de Sinuesa, donde entonces residía con barcos prevenidos para retirarse más lejos. Intentó, no obstante, corromper a fuerza de oro al enviado, y no habiéndolo conseguido, no por eso dejó de hacerle presentes, rogándole que esperara mientras se afeitaba; y tomando la navaja, se cortó a sí mismo el cuello.

III.—Habiendo dado al pueblo este justo placer el nuevo César, jamás por sí mismo se acordó de vengar sus ofensas particulares, y mostrándose afable y benigno a todos, al principio no rehusó

el que en los teatros le apellidaran Nerón, y habiendo algunos colocado en sitios públicos estatuas de Nerón, no lo prohibió o se opuso a ello; y aun refiere Calvisio Rufo que a España se enviaron despachos de los que se dan a los correos, en los que el nombre de *divo Nerón* estaba añadido al de Otón. Mas como llegase a entender que los hombres de juicio y de opinión se disgustaban de ello, lo dejó enteramente. Con ser esta la ordenación que se propuso de gobierno, los pretorianos se le hacían molestos, previniéndole continuamente que no se fiase, que se guardase y apartase de sí a los hombres de cierto crédito, bien fuera porque al afecto les hiciese temer, o bien porque se valiesen de este pretexto para alborotar y mover disensión. En ocasión, pues, en que enviaba a Crispino a traer de Ostia la cohorte decimaséptima, como Crispino tomase sus disposiciones todavía de noche y pusiese las armas en unos carros, los más osados empezaron a gritar que Crispino no tenía sana intención, y que, maquinando el Senado novedades, aquellas armas se llevaban contra el César, no en su favor. Corrió esta voz, y, sirviendo de incentivo, unos se arrojaron sobre los carros y otros dieron muerte a dos centuriones que quisieron contenerlos y al mismo Crispino. Todos ellos se armaron, y excitándose unos a otros a ir en socorro del César, entraron en Roma, e informados de que tenía a cenar a ochenta del Senado, corrieron al palacio, diciendo que aquel era el momento oportuno de acabar con to-

dos los enemigos del César. La ciudad, como si fuese en aquel punto a ser saqueada, se conmovió toda, y en el palacio mismo todo se volvía confusión y carreras, viéndose Otón en la mayor perplejidad, porque, mientras temía por los senadores, él mismo les era temible y los veía que tenían en él fijos los ojos, estando inmóviles y sobrecogidos de temor; algunos de ellos habían llevado sus mujeres consigo. Envió, pues, a los prefectos quien les diera la orden de que hablaran a los soldados y los sosegaran, y al mismo tiempo, haciendo levantar de la mesa a los convidados, los despidió por otra puerta, siendo muy poco lo que con la fuga se anticiparon a los pretorianos, que penetraron ya en el cenador preguntando qué se habían hecho los enemigos del César. Entonces, puesto de pie delante de su escaño, les habló largamente para tranquilizarlos, y a fuerza de ruegos y aun de lágrimas consiguió, por fin, aunque no sin dificultad, que se retirasen. Hízoles al día siguiente el donativo de mil doscientas cincuenta dracmas por plaza, y entrando en el campamento se manifestó complacido del amor y buena voluntad que, en general, le tenían; y diciendo que sólo se ocultaban allí unos poco malintencionados que desacreditaban su moderación y la buena disposición de los demás, les rogaba que lo sintieran con él y le ayudaran a castigarlos. Aplaudiendo todos e inflamándole se prendió sólo a dos, cuyo castigo no había de ser sentido de nadie, y con él se dió por satisfecho.

IV.—Los que desde luego le eran aficionados y tenían confianza en él hablaban admirados de esta mudanza; pero otros no veían en estas cosas mas que una política necesaria en el momento, a fin de adquirir popularidad para la guerra. Porque ya se sabía de positivo que Vitelio había tomado la dignidad y el poder de emperador, y continuamente llegaban correos con noticia de que se le agregaba alguna fuerza más. Para eso otros anunciaban que los ejércitos de la Panonia, la Dalmacia y la Misia, con sus generales, habían elegido a Otón, y al cabo de poco vinieron cartas favorables de Muciano y Vespasiano, que tenían poderosos ejércitos, aquél en la Siria y éste en la Judea. Engreído de ánimo con estas nuevas, escribió a Vitelio amonestándole a que sólo pensara en su regalo, proponiéndole que le daría bienes y una ciudad donde pudiera con reposo vivir cómoda y alegremente. Contestóle éste por el mismo estilo con cierta burla, al principio templadamente; pero irritados después, se escribieron mil insolencias y dicerios, no con falta de verdad, pero sí con falta de juicio, y de un modo que daba que reír, cuando el uno motejaba al otro de vicios que eran comunes a ambos. Porque en cuanto a desarreglo, mollicie, impericia en las cosas de la guerra, pobreza antes e inmensas deudas después, sería bien difícil discernir cuál de los dos estaba menos tiznado de estos vicios. Dícese que ocurrieron señales y apariciones, pero, fuera de la siguiente, las demás se fundan en relaciones ambiguas o que no



tienen autor cierto. En el Capitolio había una victoria que regía un carro, y todos vieron las riendas aflojadas de las manos, como que no podía tenerlas. En la isla que hay en medio del río, la estatua de Cayo César, sin preceder ni terremoto ni viento, se volvió del Occidente al Oriente, lo que dicen sucedió en aquellos días en que Vespasiano se apoderó ya abiertamente de la autoridad. También lo ocurrido con el Tíber se tuvo comúnmente por señal infausta, pues aunque era el tiempo en que los ríos tomaban más agua, nunca antes había subido tanto ni causado tantas ruinas y destrozos, extendiéndose e inundando una gran parte de la ciudad, especialmente la plaza donde venden el trigo, de tal manera que por muchos días hubo grande escasez.

V.—Cuando ya se anunció que Cecina y Valente, generales de Vitelio, ocupaban los Alpes, en Roma Dolabela, uno de los patricios dió sospechas a los pretorianos de que pensaba en novedades. Contentóse, pues, fuese por temerle a él o a otro, con enviarle la ciudad de Aquino, inspirándole por lo demás confianza. Elijiendo entre los magistrados los que habían de ir con él a campaña, nombró por uno de ellos a Lucio, hermano de Vitelio, sin quitar ni añadir nada a los honores con que se hallaba condecorado. Tomó especial cuidado de la madre y la mujer de Vitelio, haciéndoles entender que nada tenían que recelar. Nombró prefecto de la ciudad a Flavio Sabino, hermano de Vespasiano, ya lo hiciese en honor de Ne-

rón, porque de éste había recibido Sabino este cargo, que después le quitó Galba, o ya quisiese dar pruebas a Vespasiano de su afecto y confianza, adelantando a Sabino; él, por su parte, se quedó en Brischelo, ciudad de la Italia sobre el Po. De generales de los ejércitos envió a Mario Celso y Suetonio Paulino, y, además de éstos, a Galo y Espurina, varones muy principales, pero que no podían en los negocios obrar según su propio dictamen, como lo había creído, por la insubordinación e insolencia de los soldados, que se desdeñaban de obedecer a otros, estando engreídos con que a ellos les debía el emperador su autoridad. No era tampoco del todo sano el estado de los soldados enemigos, ni éstos más dóciles y obedientes a sus caudillos, sino atrevidos y soberbios por la misma causa; pero siquiera tenían experiencia de la guerra, y no huían del trabajo, por estar acostumbrados a él, mientras que éstos, por el ocio y por su vida pacífica, eran muelles, habiendo por lo más pasado el tiempo en teatros y fiestas, y llenos de orgullo y altanería afectaban desdeñar el servicio, porque no les está bien, y no porque no pudieran sufrirlo. Espurina, que quiso obligarlos a él, estuvo muy expuesto a que le quitaran de en medio; por de contado, no hubo insulto e insolencia a que no se propasasen, llamándole traidor y destructor de los intereses y negocios del César, y algunos, poseídos del vino, se presentaron de noche en su tienda, pidiéndole la paga de marcha, porque tenían que ir donde estaba el César para acusarle.

VI.—Sirvió mucho para los negocios y para Espurina el insulto hecho a este mismo tiempo a sus soldados en Plasencia; porque los de Vitelio, llegándose a las murallas, motejaban a los de Otón de que se resguardaban con las fortificaciones, llamándolos gente de teatro y pantomima, espectadores de juegos píticos y olímpicos, pero inexpertos en la guerra y la milicia, de las que no tenían idea, estando muy ufanos con haber cortado la cabeza a un anciano desarmado, diciéndolo por Galba, pero sin tener ánimo para presentarse a combatir y pelear con hombres a cuerpo descubierto. Porque fué tanto lo que con estos baldones se irritaron e inflamaron, que corrieron a Espurina, rogándolo que dispusiera de ellos y les mandara lo que gustase, pues que no habría peligro o trabajo a que se negasen. Trabóse, pues, un reñido combate mural, y, aunque se arrimaron muchas máquinas, vencieron los de Espurina, rechazando con gran matanza a los contrarios, y conservaron con gloria una ciudad tan floreciente como la que más de Italia. Eran, de otra parte, así para las ciudades como para los particulares, menos molestos los generales de Otón que los de Vitelio, porque de éstos Cecina ni en el idioma ni en el traje tenía nada de romano, sino que chocaba hasta con su desmedida estatura, vestido a lo galo, con bragas y mangotes, para tratar con alféreces y caudillos romanos. Su mujer le seguía escoltada de caballería escogida, yendo a caballo sumamente adornada y compuesta. Fabio Valente,

el otro general, era tan dado a atesorar, que ni los saqueos de los enemigos ni los robos y cohechos de los aliados habían bastado a saciar su codicia; y aun parecía que por esta causa marchaba lentamente y se había atrasado en términos de no haber podido hallarse en la primera acción, aunque otros culpan a Cecina de que por apresurarse a hacer suya la victoria antes que aquél llegase, además de otros menores yerros en que incurrió, dió fuera de tiempo la batalla, y peleando flojamente en ella, estuvo en muy poco que no lo perdiese todo.

VII.—Como, rechazado Cecina de Plasencia, fue-se a acometer a Cremona, otra ciudad grande y opulenta, el primero que acudió a Plasencia en auxilio de Espurina fué Anio Galo; pero habiendo sabido en el camino que los Plasentinos habían quedado victoriosos, y que los que estaban en riesgo eran los de Cremona, partió allá con sus tropas y puso su campo muy cerca de los enemigos, y además cada uno de los otros caudillos procuró socorrer al general. Emboscó Cecina gran parte de su infantería en terrenos quebrados y frondosos, dando orden a la caballería de que avanzase, y cuando le acometiesen los enemigos se retirase poco a poco, simulando fuga, hasta que, atraídos de esta manera, les metiese en la celada; pero unos desertores lo revelaron a Celso, y, saliendo al encuentro a aquéllos con sus mejores caballos, con hacer la persecución cautelosamente desconcertó y rodeó a los de la emboscada, llamando entonces

de los reales a su infantería; y si ésta hubiese acudido a tiempo, parece que no habría quedado ninguno de los enemigos, sino que todo el ejército de Cecina hubiera sido deshecho y arruinado a haber concurrido aquélla al alcance, mientras que ahora, habiendo auxiliado Paulino tarde y lentamente, incurrió en la censura de no haberse portado como su fama lo exigía por sobrada circunspección. La turba de los soldados hasta de traición le acusaba, y ensoberbecidos irritaban a Otón, porque, habiendo ellos vencido en cuanto estaba de su parte, la victoria se había malogrado por maldad de los jefes. Otón no tanto les daba crédito como quería dar a entender que no se le negaba. Envió, pues, a los ejércitos a su hermano Ticiano y al prefecto Proclo, que era el que, en realidad, tenía todas las facultades, teniendo Ticiano la apariencia. Celso y Paulino, por otra parte, llevaban el nombre de amigos y consejeros, sin tener en los negocios ninguna autoridad ni poder. Andaban también revueltas en tanto las cosas entre los enemigos, con especialidad en el ejército de Valente, y recibida la noticia de la batalla de la emboscada, se quejaban sus soldados de no haberse hallado en ella y defendido a los suyos, de los que tantos murieron. Con dificultad los aplacó y retrajo del intento de apedrearle, y, levantando el campo, los llevó a unirse con los de Cecina.

VIII. — Otón pasó al campamento establecido en Bedriáco, que es una aldea inmediata a Cremona, y deliberaba sobre la batalla, acerca de la cual a

Proclo y Ticiano les parecía que, estando tan animadas las tropas con la reciente victoria, se combatiera, desde luego, sin dar lugar a que con la inacción se embotara el vigor del ejército, ni aguardar a que el mismo Vitelio llegara de las Galias. Mas Paulino decía que los enemigos tenían ya para la contienda todo cuanto podían juntar, sin que les quedase nada más, y que Otón podía esperar de la Misia y Panonia otras tantas fuerzas como las que allí tenía si quería aprovechar su oportunidad propia y no favorecer la de los enemigos; porque no estarían menos prontos los que con los pocos se arriscaban cuando les llegara mayor número de combatientes, sino que pelearían con mayor confianza; fuera de esto, que la dilación les era favorable estando abundantes de todo, cuando el tiempo había de acarrear penuria y escasez de lo más necesario a los de Vitelio, que se hallaban en país enemigo. A este parecer de Paulino accedió Mario Celso; Anio Galo no asistió al consejo, porque estaba curándose de una caída del caballo; pero habiéndole escrito Otón, le aconsejó que no convenía apresurarse, sino esperar las tropas de la Misia, que estaban ya en camino. Mas no fué esto lo que adoptó, sino que prevalecieron los que incitaban a la batalla.

IX.—Aléganse por otros para esta determinación otras muchas causas. Por de contado, los llamados pretorianos, que constituían la guardia, probando entonces lo que era la milicia, y echando de menos aquellas diversiones y aquella vida

de Roma, exenta de los trabajos de la guerra y pasada en espectáculos y fiestas, no podían contenerse, y todó se les iba en dar prisa para la batalla, creídos de que habían de llevarse de calle a los enemigos. El mismo Otón parece que no estaba muy a prueba de incertidumbres, ni sabía, por falta de uso y por su vida muelle, aguantar la consideración repetida de los peligros; por lo que, oprimido del cuidado, se apresuraba a despeñarse a ojos cerrados como de un precipicio a lo que quisiera hacer la suerte, explicándolo de esta misma manera Segundo el Retórico, que era su secretario de cartas. Otros cuentan que muchas veces estuvieron tentados ambos ejércitos para juntarse y de común acuerdo elegir el mejor entre los caudillos que allí tenían, y si esto no podía ser, convocar al Senado y dejarle la elección. Y no es inverisímil que, no teniendo opinión ninguno de los dos proclamados emperadores, a los soldados de buena índole, ejercitados y prudentes, les ocurriese el pensamiento de que era muy duro y vergonzoso que lo que en otro tiempo, primero por Sila y Mario, y después por César y Pompeyo, afligió a los ciudadanos hasta atraerse la compasión, causando y recibiendo males unos de otros, esto mismo lo repitieran y aguantaran ahora para hacer que el Imperio fuera pábulo, o de la glotonería y borrachera de Vitelio, o de la prodigalidad y liviandades de Otón. Sospechaban, pues, que, habiendo Celso tenido conocimiento de estos tratados, daba largas con la esperanza de que las cosas

se arreglarían sin batalla y sin nuevas calamidades, y que, por el contrario, Otón, temiendo estas resultas, aceleraba la batalla.

X.—Regresó otra vez a Brixelo, cometiendo un nuevo error, no sólo en quitar a los combatientes la vergüenza y la emulación consiguientes al haber de pelear ante sus ojos, sino también en llevarse consigo para la guardia de su persona los soldados más valientes y entusiastas, no menos de caballería que infantería, como quien hace trozos el cuerpo del ejército. Ocurrió también en aquellos mismos días el trabarse un combate en el Po, intentando Cecina echar un puente para pasarlo y peleando los de Otón por estorbárselo. Cuando vieron que nada adelantaban, pusieron en unos barcos hachones cubiertos de azufre y pez, y, levantándose viento mientras hacía la travesía, arrojó aquellos preparativos a la parte de los enemigos. Empezó primero a salir humo, y después a alzarse una gran llamarada, con lo que, sobresaltados, se echaron al río, volcando los barcos, no sin risa de los enemigos, y quedando a discreción de éstos sus personas. Los germanos, trabando pelea en una isleta del río con los gladiadores de Otón, los vencieron, con muerte de no pocos.

XI.—En vista de estos sucesos, como los soldados de Otón que se hallaban en Bedriaco ardiessen en ira por correr a la batalla, los sacó de allí Próculo y los acampó a cincuenta estadios, tan necia y ridículamente que, siendo la estación de la primavera y habiendo alrededor muchos luga-



res con abundantes fuentes y ríos perennes, eran fatigados de la falta de agua. Queriendo al día siguiente llevarlos a los enemigos, camino nada menos que de cien estadios, no se lo permitió Paulino, por parecerle que era preciso dar tiempo y no entrar en acción fatigados, ni en seguida del viaje venir a las manos con unos hombres armados y puestos en formación a su vagar, mientras ellos hacían tan larga marcha mezclados con el bagaje y la impedimenta. Mientras los generales estaban en esta disputa, llegó, de parte de Otón, un soldado de caballería de los llamados números, portador de una carta en que mandaba que no se anduviese en largas, ni se esperase más, sino que marcharan al punto sobre los enemigos. Levantando, pues, el campo, fueron a cumplir con lo que se les prevenía; Cecina, al saber su venida, se sobrecogió, y, abandonando a toda prisa las obras y el río, se encaminó al campamento. Armados ya en la mayor parte, y recibida la seña de Valente, mientras se sorteaba el orden de las legiones, adelantaron lo más escogido de su caballería.

XII.—Concibieron los de la vanguardia de Otón, sin saberse por qué causa, la idea de que iban a pasárseles los generales de Vitelio; así, apenas estuvieron cerca, los saludaron amistosamente, dándoles el nombre de camaradas. Mas como ellos, lejos de recibir afectuosamente la salutación, respondiesen con enfado y con expresiones propias de enemigos, sobre los que habían saludado cayó gran desaliento, y sobre los otros, recelo contra éstos de

que su saludo era una traición; y esto fué lo primero que a todos los trastornó, cuando ya estaban encima los enemigos. En todo lo demás hubo asimismo confusión y desorden, porque el bagaje fué de grande estorbo para los que tenían que pelear, y el terreno mismo obligaba a perder continuamente la formación, estando cortado con acequias y hoyos, pues para salvarlos les era forzoso venir con los enemigos a las manos desordenadamente y por pelotones. Sólo dos legiones—porque este es el nombre que dan los romanos a los regimientos—de Vitelio, la *Rapaz*, y de Otón, la *Auxiliadora*, habiendo salido a un terreno despejado y abierto, emprendieron un combate en toda regla y pelearon en batalla por largo tiempo. Los soldados de Otón eran hombres robustos y fuertes, pero entonces por la primera vez hacían experiencia de la guerra y de lo que era una batalla, y los de Vitelio ejercitados en muchos combates, veteranos ya y en la declinación del vigor. Embistiéndolos, pues, los de Otón, los rechazaron y les tomaron un águila, con muerte de casi todos los de primera fila; pero, rehaciéndose, cayeron llenos de vergüenza y de ira sobre aquéllos, mataron al legado de la legión, Orfidio, y les tomaron muchas insignias. Contra los gladiadores, que eran tenidos por diestros y osados para las refriegas, colocó Alfenio Varo a los llamados Batavos. Son éstos los mejores soldados de a caballo de los Germanos, habitantes de una isla que rodea el Rin. A éstos, muy pocos de los gladiadores les hicieron frente; los de-

más, huyendo hacia el río, dieron con las cohortes enemigas allí situadas, a cuyas manos, en reñida lid, perecieron todos. Los que más cobarde e ignominiosamente se condujeron fueron los pretorianos, pues dando a huir, sin aguardar siquiera a tener los contrarios delante, esparcieron ya el miedo y el desorden en los que se conservaban no vencidos, atravesando por en medio de ellos. Con todo, muchos de los de Otón, que por su parte vencieron a los que les estaban contrapuestos, se abrieron paso a viva fuerza por entre los enemigos vencedores y penetraron a su campamento.

XIII.—De los generales, Próculo y Paulino no se atrevieron ni siquiera a acercarse, sino que más bien se retiraron por temor de los soldados, que desde luego empezaron a echar la culpa a los jefes. Anio Galo, dentro de la ciudad, reunía y procuraba alentar a los que a ella se habían retirado de la batalla, con decirles que ésta casi había sido igual, pues había divisiones que habían vencido a los enemigos; pero Mario Celso, congregando a los que ejercían cargos, los exhortaba a que miraran por lo que a la patria convenía, pues que en semejante desventura y en tal pérdida de ciudadanos no podía ser que ni el mismo Otón quisiese, si era buen Romano, que otra vez se probase fortuna, cuando a Catón y a Escipión, que después de la batalla de Farsalia no quisieron ceder a César, se les hacía cargo de las muertes de tantos excelentes varones como sin necesidad fueron sacrificados en el Africa, sin embargo de que entonces comba-

tían por la libertad de Roma. Porque la fortuna, que en lo demás trata con igualdad a todos, una sola cosa no quita a los buenos, que es el discurrir con acierto, aun cuando hayan sufrido algún descalabro, sobre los sucesos públicos. Persuadió con este discurso a todos los caudillos, y luego que después de algunas pruebas y tanteo vieron que los soldados suspiraban por la paz y que Ticiano se prestaba a que se hiciera legación para tratar de concordia, les pareció que los enviados fuesen Celso y Galo para entablar tratos con Cecina y Valente. En el camino se encontraron con los centuriones, que les dijeron que ya tenían en movimiento las tropas para marchar contra Bedriaco, pero que los generales los habían mandado a hablarles de conciertos. Alabando Celso la determinación, les propuso que se volviesen, para ir juntos todos a tratar con Cecina. Cuando ya estuvieron cerca, se vió Celso en gran peligro, porque hacía la casualidad que se hubiesen adelantado los de caballería de la emboscada, y apenas vieron a Celso, que iba el primero, se arrojaron a él con grande gritería. Pusiéronse los centuriones de por medio para contenerlos, y gritándoles los demás cabos que respetaran a Celso; Cecina que lo supo acudió prontamente, reprimió al punto la demasía de aquellos soldados, y saludando a Celso con la mayor afabilidad, se fué con ellos para Bedriaco. En tanto Ticiano, que fué quien envió los mensajeros, había mandado de propósito, y a los más resueltos de los soldados los había colocado sobre las mu-

rallas, excitando a los demás a prestar su auxilio; pero aguijando Cecina con su caballo y alargando la diestra, nadie hizo resistencia, sino que los unos saludaron desde el muro a sus soldados y los otros, abriendo las puertas, salieron a incorporarse con los que venían. Nadie hizo la menor ofensa, sino que todo era parabienes y abrazos, y al fin todos juraron a Vitelio y se pasaron a su partido.

XIV.—Así es como refieren haber pasado los sucesos de esta batalla los que en ella se encontraron, reconociendo que no estaban instruídos en las particularidades de cuanto ocurrió, por el mismo desorden y por lo extraño del resultado. Caminando yo, al cabo del tiempo, por el sitio, Mestrio Floro, varón consular, me mostró a uno, anciano ya entonces, que había sido del número de los jóvenes, que, no por su voluntad, sino por fuerza, acompañaron a Otón; el cual nos refirió que, yendo allá después de la batalla, vió un montón de muertos tan alto que igualaba a los que desde el suelo se ponían enfrente. Inquiriendo sobre la causa, decía que no la había encontrado, ni quien se la declarase, pues si bien en las guerras civiles, cuando llega el momento de una derrota, es preciso que mueran muchos más, por no hacerse cautivos, porque no hay para qué guardar a los que se cogen, para aquel amontonamiento y hacinamiento no hay ninguna causa racional y probable.

XV.—A Otón, al principio, como ordinariamente sucede, no le llegaba noticia ninguna segura de tamaños acontecimientos; pero después

que se presentaron algunos heridos y los refirieron, no es muy de admirar que los amigos no le dejaran abatirse, sino que le dieran ánimo y confianza; mas lo que excede todo crédito fué lo que pasó con los soldados, porque ninguno se desertó ni se pasó a los vencedores; no se les vió tratar de su propio interés, desesperadas ya las cosas de su caudillo, sino que todos sin excepción fueron a su puerta, y, acercándose, le daban siempre el título de emperador; se deshacían por él, le tomaban las manos entre voces y lamentos, se le presentaban, lloraban y le pedían que no los desamparase ni hiciera de ellos antes de tiempo entrega a los enemigos, sino que empleara sus ánimos y sus cuerpos hasta que por él dieran el último suspiro. Esto le rogaban todos a una voz, y uno de los más desconocidos, presentando la espada, «Sabe, ¡oh César!—le dijo—, que por ti todos estamos a este modo prontos y dispuestos», y se pasó con ella. Mas nada de esto bastó para doblar el ánimo de Otón, el cual, volviéndose para todas partes con rostro sereno y placentero: «Este día—les dijo—, ¡oh camaradas!, es para mí mucho más feliz que aquél en que por primera vez me saludasteis, viéndoos ahora cuales os veo, y siendo para vosotros objeto de tales demostraciones; pero no me privéis de la mayor satisfacción y honor, que es el morir honrosamente por tantos y tan apreciables ciudadanos. Si he sido digno del Imperio, corresponde que dé la vida por la patria: sé que la victoria no es cierta ni segura para los enemigos; dícese que nuestro ejér-

cito de la Misia se halla a pocas jornadas, habiendo bajado al Adriático el Asia, la Siria, el Egipto: los ejércitos que hacen la guerra a la Judea están con nosotros, y en nuestro poder, el Senado y los hijos y mujeres de nuestros contrarios; pero esta guerra no es contra Aníbal, contra Pirro o los Cimbros por la posesión de la Italia, sino de Romanos contra Romanos, y unos y otros, vencedores y vencidos, somos injustos contra la patria, porque el bien del vencedor es para ella una calamidad. Creed que es mucho más hacedero morir con gloria que imperar, porque no veo que pueda ser de tanta utilidad a los Romanos quedando vencedor como sacrificándome ahora por la paz y la concordia, y porque la Italia no vuelva a ver otro día como éste.»

XVI.—Dicho esto, rechazó a los que todavía insistían y le rogaban, y encargó a los amigos que vieran de ganar la gracia de Vitelio, y lo mismo a los senadores que allí se hallaban. A los ausentes y a las ciudades les escribió para que abrazaran aquel partido con honor y seguridad. Hizo llamar a su sobrino Coceyo, jovencillo todavía, y lo exhortó a tener buen ánimo y no temer a Vitelio, pues que él había salvado a la madre de éste, sus hijos y su mujer, ciudando de ellos como si fueran sus deudos. Decíale que, siendo su ánimo prohijarle, por esto mismo lo había dejado para más adelante, y que tuviera presente que, siendo ya César, había dilatado la adopción para que imperara con él, si era vencedor, y no se malograra si fuese vencido. «Te prevengo, hijo mío—añadió—, por último

encargo, que ni enteramente olvides ni te acuerdes demasiado de que has tenido un tío César.» Acabado esto, de allí a bien poco oyó alboroto y gritería a la puerta, y era que los soldados a los senadores que iban a salir les hacían amenazas de muerte si no se estaban quietos, y si, abandonando al emperador, pensaban en retirarse. Salió, pues, otra vez, temiendo por ellos, y ya no con blandura ni en aire de ruego, sino con enojo e ira, miró a los soldados, especialmente a los alborotadores, mandándoles marcharse de allí, y ellos callaron y obedecieron.

XVII.—Era ya entrada la noche, y como tuviese sed bebió un poco de agua; tomó luego en la mano dos espadas, y habiendo estado examinando sus filos largo rato, volvió la una de ellas, y la otra se la guardó debajo del brazo. Hizo llamar a sus esclavos, y habiéndoles hablado con el mayor cariño, repartió entre ellos el caudal que tenía, a cuál más y a cuál menos, no como quien es liberal con lo ajeno, sino atendiendo cuidadosamente al mérito y a la proporción de él. Despidiólos y reposó lo que restaba de la noche, en términos que sus camareros le sintieron dormir profundamente. Al amanecer, llamando al liberto por quien había corrido el cuidado de los senadores, le dió orden de informarse sobre ellos; y volviendo con la respuesta de que al marchar a cada uno se le había asistido con lo que había menester: «Pues vete tú también—le dijo—y haz de modo que te vean los soldados si no quieres recibir de ellos la muerte porque piensen que has cooperado a la mía.» Luego



que el liberto salió, puso recta la espada, teniéndola con ambas manos, y dejándose caer sobre ella, no sintió más dolor que cuanto suspiró una sola vez, dando a los de la parte de afuera indicio del suceso. Levantaron gran lamento los de su familia, y al punto se hizo el lloro general en el campamento y en toda la ciudad, y los soldados corrieron con gritería a la casa, haciendo exclamaciones y prorrumpiendo en quejas y acriminaciones contra sí mismos, porque no habían sabido guardar a su emperador ni impedirle que muriera por ellos. Ninguno de los que se habían quedado con él desertó, con estar tan cerca los enemigos, sino que, adornando el cuerpo y levantando una pira, le llevaron a ella armados, mostrándose muy gozosos los que pudieron adelantarse a poner el hombro y alzar el féretro. De los demás, unos se arrojaban sobre el cadáver y besaban la herida, otros le cogían las manos y otros le veneraban de lejos. Algunos hubo que, dejando las antorchas sobre la hoguera, se quitaron la vida, sin que se supiese que habían recibido del muerto algún beneficio o que tenían motivo para temer algún grave mal del vencedor; de modo que, a lo que se ve, jamás hubo tirano o rey de quien se apoderase un tan violento y furioso amor de mandar como el que aquellos soldados tenían de ser mandados y de obedecer a Otón, pues que ni después de muerto los desamparó el sentimiento de su pérdida, que paró en un odio intolerable contra Vitelio.

XVIII.—Lo demás de este caso tiene su tiem-

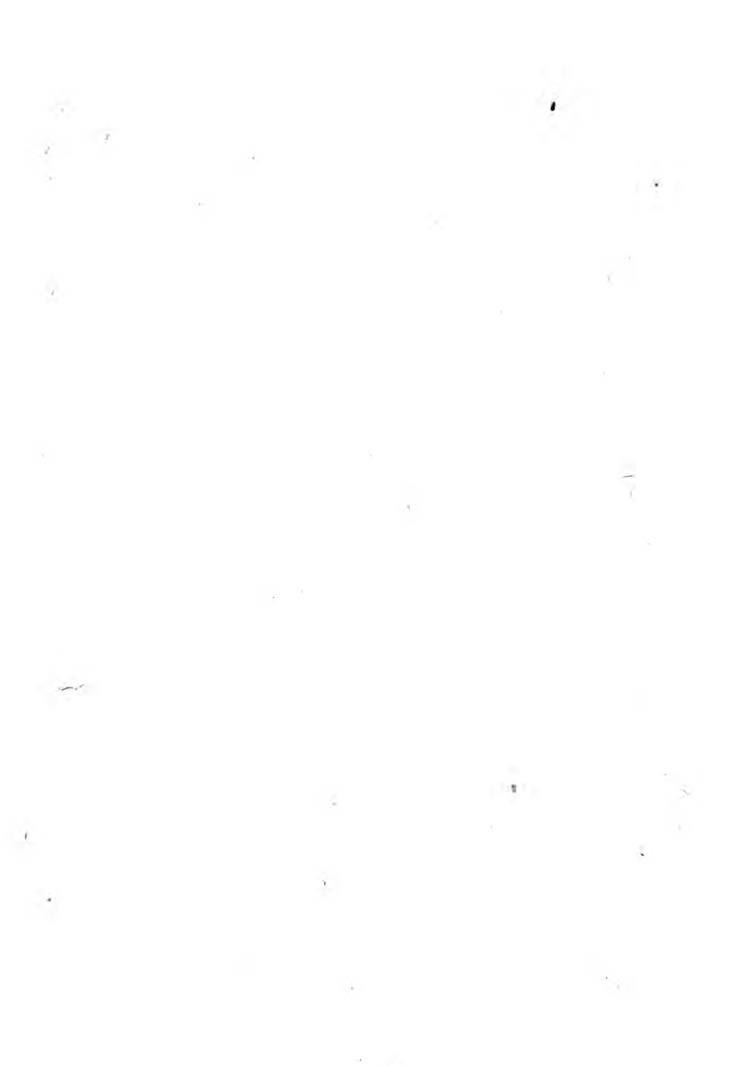
po propio, en que habrá de referirse; cubriendo, pues, bajo de tierra los despojos de Otón, no le hicieron un sepulcro que pudiera ser envidiado o por su mole o por lo arrogante de la inscripción. Vi, hallándome en Brixelo, un monumento sencillo y una inscripción, que traducida es en esta forma: «A la falta de Marco Otón. Murió a los treinta y siete años de edad y a los tres meses de imperio, dejando escritores que celebrasen su muerte no inferiores ni en número ni en autoridad a los que reprenden su vida, porque en ésta no fué mejor en nada que Nerón, y su muerte fué más noble y generosa.» Los soldados, como Polión, el otro prefecto, les diese orden de que jurasen a Vitelio, lo rehusaron; mas, sabiendo que se hallaban allí algunos del Senado, a los demás los dejaron en paz, y sólo pusieron en apuro a Verginio Rufo, yendo armados a su casa, excitándole y exhortándole de nuevo a que tomase el Imperio o fuese a interceder por ellos; pero teniendo a locura tomar el Imperio de unos vencidos, cuando lo había rehusado de los mismos siendo vencedores, y temiendo el ir de legado a los Germanos, que se quejaban de que los había forzado a hacer muchas cosas contra su voluntad, sin que se tuviera de ello noticia, se marchó por otra puerta. Cuando los soldados se vieron así burlados, se prestaron a los juramentos y se unieron a los de Cecina, habiendo obtenido antes el perdón.

## INDICE DEL TOMO DECIMO

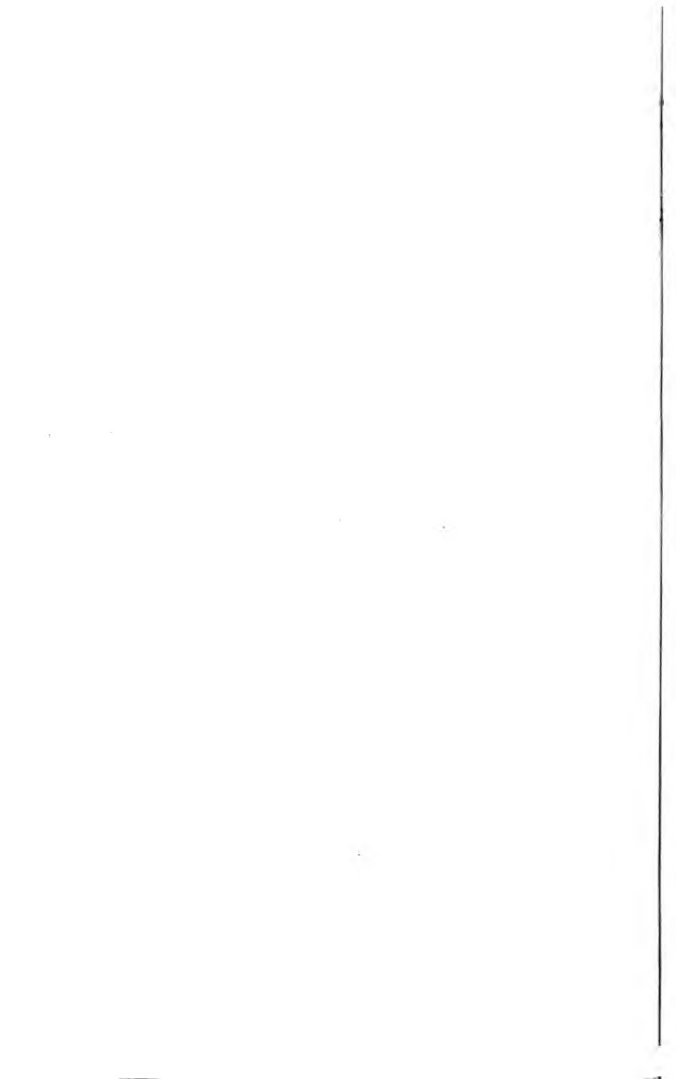
---

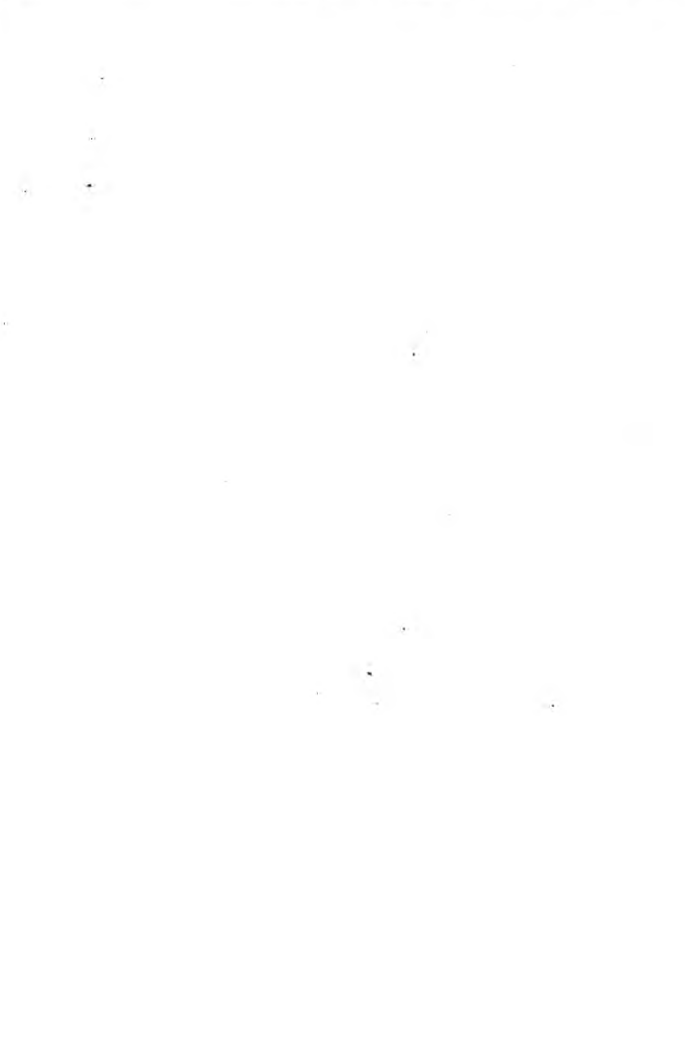
	<u>Páginas.</u>
Dion. . . . .	5
Bruto. . . . .	71
Comparación de Dion y Bruto. . . . .	137
Artojerjes. . . . .	143
Arato. . . . .	181
Galba. . . . .	244
Otón. . . . .	280

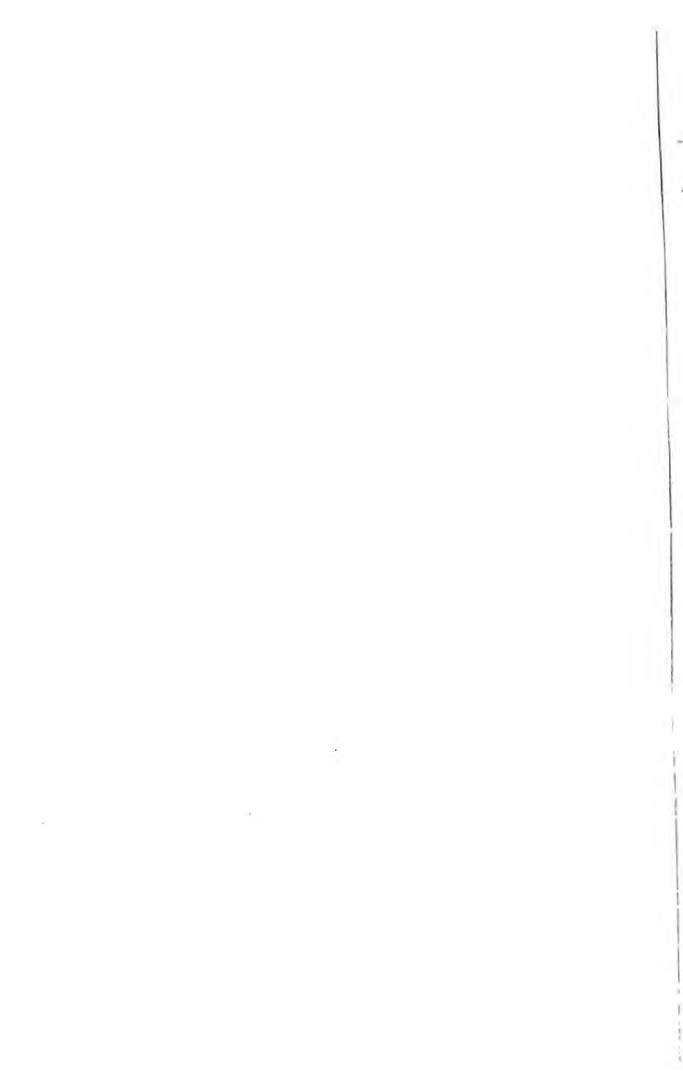
---



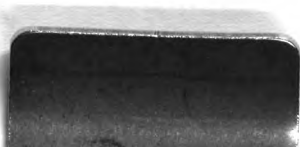












UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 044868336